Ignacio García-Valiño

El ruido del mundo

PLAZA JANÉS

IGNACIO GARCÍA-VALIÑO

EL RUIDO DEL MUNDO

PLAZA JANÉS

www.megustaleerebooks.com

Para Sagrario, por su gran apoyo

Y él se encontraba suspendido entre el resplandor y la oscuridad. Entre la amarga ironía y la fe.

Carson McCullers,
El corazón es un cazador solitario

El mal, para el cual yo vivo, no consiste en la acción, sino en el carácter.

R. L. Stevenson,
Markheim

El hombre se defiende de ser considerado un objeto impotente en el curso del universo.

Albert Einstein

Mi huésped traga ratones

Ah, estoy oyendo ya cómo roe la caja, escucho el ronroneo de sus afilados dientes porfiando por abrir una salida, y su ansia legítima de libertad vierte un goteo de angustia por mis venas. Aprieto el volante con las manos sudorosas, la vista al frente, en el tráfago de Bravo Murillo, que se va tornando por momentos maníaco-depresivo, con instantes de turbulencia que pasan de golpe al frenazo en seco, y mis oídos orientados al compartimento trasero, al acecho, sensibles sólo a ese crujido detrás de mi nuca, mientras maniobro para esquivar los coches, y voy cambiando de pedal, cambiando de marcha, aunque lo que en realidad quieren mis pies es soltar los pedales y saltar del coche y escapar corriendo por la avenida y no parar hasta plaza Castilla.

La ansiedad me parte el pecho. Cómo he llegado a este punto, qué sucesión de trágicos errores, qué puertas falsas me precipitaron a este remolino, qué estoy haciendo con ese repugnante huésped en mi coche, con esa cosa bullente y ratonil que no cesa de arañar el cartón con sus garras menudas, fszzz, fszzz, hociqueando en los respiraderos, hollándolos en un enloquecido afán de escapar. Ah, pero ¿y si ya ha salido y corretea por la tapicería y mira con curiosidad mi pelo que se descuelga del reposacabezas o mis pendientes que se balancean como chucherías? ¿Por qué me dejaría convencer una vez más, si yo no quería llegar a esto? ¿Por qué fui cediendo y claudicando? ¿Qué esclavo destino es este de ser madre? No pienses, no escuches al ratón, atiende al tráfico, esquiva eso, cuidado con el carril, incorporación por la derecha, no te preguntes ahora qué haces conduciendo un viejo Peugeot por Bravo Murillo un lunes de finales de enero con ese bicho detrás, ni por qué lo compraste, sobreponiéndome a tu fobia, qué deriva de la vida te llevó a adquirir cada semana un ratón cuyo destino no es otro que ser engullido por una pequeña boa *imperator* en un terrario de cristal bajo una bombilla infrarroja en el dormitorio de tu hijo Gonzalo.

¿Acaso elegí tener en mi casa una serpiente que traga ratones cual canapés, un grimoso menú que me veo en la obligación de adquirir cada semana en una tienda que huele a arena sucia y a mierda de iguana, y transportarlo hasta mi piso? Sé que es una línea de pensamiento equivocada mientras conduzco. Debo tomar perspectiva de la situación, apartar de mi mente el objeto del miedo por cuanto ya empiezo a notar

que el corazón se me desboca, y mi sobreexcitada imaginación me hace creer cosas que no están sucediendo justo detrás de mi espalda, cosas que convoco con mis erráticos pensamientos, como por ejemplo, la posibilidad de tener que dirigirme a un hospital a ponerme una inyección contra la rabia si ese bicho me muerde en el cuello. Aprieto el volante con demasiada fuerza, como un almirante se aferra al timón en la galerna; tengo los brazos rígidos, la nuca hundida, como si esa cosa fuera a hincarme el diente en cualquier momento. Apenas puedo distinguir las luces de los semáforos, entender qué está pasando a mi alrededor, si es a mí a quien dirigen los golpes de claxon, si debo frenar. Me ha bastado con escuchar ese seco runrún para sentir que sigue ahí, que no se ha fugado, pero hace un rato que he dejado de oírlo roer, y el silencio se prolonga y me penetra como una aguja fría, mientras me pregunto por qué ya no se le escucha, si ha conseguido abrir un orificio de salida y la tapicería del asiento ahoga sus evoluciones, y ya no puedo girarme para comprobarlo, entonces no debo conjeturar, no supongas que finalmente ha logrado escapar por un respiradero, no constates que en estos momentos sube por la parte anterior de tu asiento, que se dispone a deslizarse bajo el reposacabezas y se acerca a tu cuello. El corazón bate bajo el cinturón de seguridad, jadeo, querría llorar, querría gritar, frenar, apearme, huir de estas calles y de esta ciudad, pero estoy atrapada en mi vida con un repugnante ratón cuya propietaria es una serpiente, cuyo propietario es mi hijo.

Un calambre frío me paraliza: ¿lo estoy oyendo? ¿Estoy sintiendo su frío y húmedo hocico en mi cuello?

Actuando por su cuenta, mi pie se hunde en el freno y entro en un remolino; los edificios giran vertiginosamente a través de la ventanilla de la portezuela, las luces rojas rasgan el parabrisas como una mancha de sangre que se va extendiendo, y se confunden con otras luces, ya no escucho otro sonido que el chirrido neumático oponiéndose al giro lateral que me zarandea hasta que de pronto el coche se detiene junto al bordillo. A mi frenazo le sigue una sucesión de frenazos sincopados, y agacho la cabeza esperando un golpe fatal que no llega. Me siento como debe de sentirse un maniquí después de un *crash test*.

Cuando al fin levanto la aturdida cabeza del volante, aparece el tráfico detenido, imagen congelada, pausa dramática, los coches frente a mí, caras de alerta, conductores que han frenado a tiempo, con arisca impaciencia, o miedo. Ha habido una súbita cancelación de la prisa, he desencadenado un paro cardíaco en la arteria principal. Pronto ven que no ha habido colisión, quedan huecos por donde circular, los primeros no dudan en colarse, ya se oyen los cláxones, los motores rugiendo, pasan junto a mí, me echan una mirada entre preocupada y compasiva por la ventanilla, está bien, he invadido el carril contrario, me digo, tengo el coche en posición invertida,

y estoy ilesa de milagro, y debo salir de aquí, pero cómo, debo dejar de ser un obstáculo, la circulación se ha reanudado a trompicones, y enseguida es otra vez Bravo Murillo en hora punta, atronando, con un coche cruzado y al revés, con una conductora histérica que tiembla por todas sus desventuradas carnes. Poco a poco siento que la sangre vuelve a mí, el espacio se ordena, los pensamientos vuelven a tomar sentido.

Un hombre joven y de moreno pelo ralo tamborilea amistosamente con las uñas en la ventanilla lateral.

—¿Se encuentra bien, señora?

Abre la portezuela y, con gesto solícito, me ayuda a salir del coche, y la acera vacila bajo mis zapatos, pero tomo aire rico en carburantes y respondo estoy bien, gracias, aunque lo dudo.

—De acuerdo. Sería conveniente ponerlo en su carril.

Su melódico acento gallego resulta tranquilizador. Mi voz, en cambio, sale enronquecida para declarar que no me atrevo a realizar esa maniobra. Él se ofrece a hacerlo en mi lugar, una vez que le cedo gustosamente el honor, con un gesto desvalido.

Hace rugir el motor, y con la temeridad de un ciclista que atraviesa una estampida de ñus, gana el otro lado de la calzada y orilla mi coche en una parada de autobús que hay justo enfrente. Se apodera de mí una reconfortante sensación de milagro en plena urbe. Bien, mi coche ya está preparado para seguir en la dirección adecuada. Cruzar la calle y reunirme con él. Me he convertido en un cuerpo de luz y éter avanzando, aturullada, hacia el hombre que ha devuelto el caos al orden. De él tan sólo recibo las llaves del coche con una amable sonrisa, y al momento (antes de que le pueda pedir su teléfono para una cita romántica en un restaurante fino con vistas a la Cibeles) se aleja con prisa, mi ángel de la guarda, mi anónimo y gallego salvador.

Mi sangre es aún un penoso cóctel de adrenalina y cortisol cuando meto la cabeza dentro del vehículo. Sigue ahí, el inmundo, puedo escucharlo, ha reaccionado no bien golpeo la caja con la puntera del zapato, se ha puesto a corretear de nuevo por su geométrica oscuridad. Piso el acelerador y… ¡a casa!

Vivir en la octava planta puede tener sus inconvenientes si tienes fobia a los ratones, y una boa enroscada en una urna en tu propia casa; es mi nuevo zoológico, hogar dulce hogar. El trayecto en ascensor se hizo especialmente largo, sentía las gotas de sudor corriendo por mis sienes. Por suerte, pude utilizar el viejo carrito del supermercado que guardaba en el garaje (de los que se desbloqueaban con una moneda de cien pesetas) y una vecina con la que me crucé me miró como si estuviera loca: a quién se le ocurre tanto carro para tan poca carga, una simple caja de cartón. Así entré al recibidor y me dirigí a la habitación del fondo, a la que habría podido ir a ciegas, guiándome tan sólo por el olor a heces de serpiente, a

comida de reptil (tenía vetada la entrada hasta la mujer de la limpieza). Dejé atrás la caja en el suelo, tras apartar con el pie varios pares de zapatillas y calcetines de mi hijo, con intención de que fuera él quien echara el ratón al terrario, pero entonces recordé la advertencia del vendedor: con aquellos diminutos respiraderos no lograría sobrevivir allí más de una o dos horas, y faltaban aún tres para que Gonzalo volviera del instituto.

Examiné a Viola, la *imperator*, la tirana, su pequeña cabeza triangular, en comparación con su cuerpo voluminoso, enroscada en una rama e iluminada por la ardiente bombilla de infrarrojos, a sólo un metro del gigantesco lector de CD Mega Boost-Bass de Gonzalo. Parecía dormida (pero una nunca puede estar segura, cuando una serpiente tiene los ojos cerrados). Tal vez porque me encontraba demasiado extenuada como para sentir una nueva acometida de ansiedad, o acaso para demostrarme que era capaz de sobreponerme a la repulsión, abrí la tapa superior de la urna de cristal, alcé la caja y tras comprobar que la pestaña de apertura estaba orientada hacia el interior del terrario, tiré de la solapa con las uñas y vacié el contenido. El pequeño ratón se desplomó dentro como una suave pelusilla, y me di cuenta de que era hermoso y que merecía vivir.

Su presencia en el terrario destapó la destilación de un olor que como estilete atravesó el arcano cerebro del reptil y provocó uno de esos momentos que se han venido repitiendo desde la noche de los tiempos: los ojos irisados del saurio se abrieron, dos llamaradas en la roja penumbra escudriñando a su presa. Con un silencio aterciopelado se desenroscó de la rama. Allí se iniciaba la enloquecida carrera circular del ratoncillo, recorriendo cada milímetro buscando una salida, intentando trepar por el cristal, donde sus uñas resbalaban. Ni una hora hacía que había sufrido yo una crisis de ansiedad, y ahora lo presenciaba a escala de laboratorio, y ante esta escena de irrevocable desenlace, supe con lacerante exactitud lo que estaba sintiendo el ratón (ese leve bote del estómago), aunque ahora desde la posición de espectadora, sobrecogida, asistiendo a la febril búsqueda de salida del ratón, la repetición sin sentido, la angustia que iba en aumento a cada vuelta completa al perímetro rectangular; cuántas veces lo recorrerá, me decía; en qué momento la evidencia aniquilará su última esperanza y desistirá, y admitirá que su trampa está tan sellada como su destino. De cuando en cuando se detenía, recobraba el aliento sin perder de vista a la serpiente, que se limitaba a esperar. Reanudaba la carrera, volvía a detenerse, alzaba la cabeza, y otra vez a dar vueltas. De pronto se detuvo, colapsó.

Paralizado en ese aire galvanizado bajo el calor de la radiación infrarroja, se limitó a esperar su final. El ataque fue fulminante. Aquella cosa larga y atávica se abatió en una centésima de segundo sobre el ratón y lo engulló de un trago, entero, abriendo desmesuradamente su boca,

volviendo elásticas sus mandíbulas, su cráneo, dejándolo deslizarse hacia dentro. Durante esos instantes en que sólo quedaba la cola del ratón fuera de la boca, removiéndose, mientras el resto de su cuerpo había ingresado ya en una oscuridad sin retorno, me acometió una pulsión de náusea. Salí corriendo al baño, mientras mi móvil, en algún bolsillo interior del bolso, no paraba de sonar.

Seis años antes contemplaba por primera vez en Ikea lo que sería mi despacho de la consulta de la calle Velázquez. Me arrellané en la butaca, miré los muebles sin estrenar del expositor, la estantería Billy llena de libros que no podían abrirse, y me imaginé a mí misma rodeada de todo ese sobrio mobiliario en una representación de mi prometedor futuro. Ahí, ante mí, en esa sencilla butaca vacía visioné a mi primer cliente, un reto fascinante, una biografía llena de claroscuros; imaginaba distintos rostros ante mí, algunos tímidos, vacilantes, esquivos, tal vez atribulados o vagamente implorantes; me gustaba mi papel, transmisora de confianza, cabal, amable, sin falsas condescendencias, interesada en ayudar, sensible a los problemas, lúcida en el análisis. Mi vida iniciaba un nuevo rumbo, ayudaría a personas desorientadas y afligidas a tomar las riendas de sus destinos, sin depender del precio arbitrario de los demás. Les enseñaría el valor de la autonomía y de la claridad mental, según los principios de la terapia racional emotiva.

De modo que me llevé de Ikea aquel despacho desmontado como miniatura de mi propio futuro, panel a panel, tornillo a tornillo, en los planos de mi imaginación, la república independiente de Isabel Arriaga. Me llevaba el despacho y también los clientes que había prefigurado, los retos que ya anticipaba, presagiando una dedicación plena y satisfactoria.

Seis años después, comprendí que nunca sería así. Todas eran mujeres que habían pasado la línea de los cincuenta y que no querían pensar en ello, aunque de hecho no pensaran en otra cosa. Todas ellas vivían en el barrio de Salamanca, sin aventuras, sin alicientes. Me convirtieron en la depositaria de sus secretos, tantos y tan íntimos que me abrumaban. Disfrutaban contándome lo más bochornoso de sus vidas, sus afrentas, sus más tiernos desengaños, sus más sonrojantes errores, sus más recónditos miedos y sus humillaciones conyugales. Al verter sobre mí tanta intimidad radiactiva, me dieron un poder casi ilimitado sobre ellas, como una especie de médium que por imposición de manos podía liberarlas de todo cuanto las esclavizaba a la tediosa rutina. Y sin embargo, ¿acaso quería yo sus secretos? ¿Acaso se los había pedido? ¿Por qué esa insistencia en mirar atrás, en busca de cuanto contaminaba su presente?

No las llamaba pacientes, sino languidecientes, porque eran como lánguidas flores que se van desecando, flores que no recuerdan cuándo

fueron lozanas. No en vano es el barrio madrileño con mayor índice de población que sobrepasa los sesenta años, y por eso se ven por la calle tantos anticuarios y tantas clínicas de cirugía para vejestorios, expertos en estirar la piel, eliminar patas de gallo y bolsas bajo los ojos, para implantar cabello, para estilizar la decrépita figura, disimular deformaciones, poner de nuevo el cuerpo en forma y en marcha; clínicas que frecuentan mis languidecientes, en su desesperado intento por mantenerse vivas.

Cada mañana salgo a la intemperie por la boca del metro Colón, justo a tiempo para ver las intenciones con que se ha levantado el día. Me basta mirar el colosal paño de nuestra bandera de la plaza, ondeando en el cielo, para comprobar el viento y la humedad. Hay días en que nuestra bandera patria se levanta amojamada y alicaída, y hay días en que se agita y despliega como la vela de un barco, ondeando por encima de las moles de hormigón labrado que narra las gestas del almirante, cuya monumental estatua se yergue en el centro de la rotonda, en lo alto del pedestal neogótico isabelino, con sus pináculos y tracerías. Y, más allá, las Torres de Colón, con su mamotrético enchufe verde en la estructura de cubierta. De ahí me dirijo a paso firme hasta la pastelería Mallorca, en el chaflán entre Serrano y Columela, atraída por sus vidrieras decoradas con una exposición de bomboneras, confituras y primorosos lacitos de colores. Por ahí andan ya faenando los obreros, hundidos en los zanjones con sus taladradoras, o descargando en los contenedores metálicos. Siempre les sonrío a ver si me cae algún piropo, pero rara vez hay suerte. Las clientas del Mallorca, algunas de ellas poseedoras de más vistosos encantos, sí desatan largos silbidos, así que he de conformarme con miradas indiscretas. En esta cafetería de postín desayuno mi café con leche, cruasán crujiente con mantequilla rizada y un zumo natural recién exprimido, y me entregan una tarjeta para que abone la cuenta en la sección de caja. Me gusta ver a todas esas señoras encopetadas, jóvenes, chicas Loewe que nunca faltan a la hora del desayuno, y que suelen sentarse a la misma mesa, y tienen una forma de hablar ligeramente afectada, así como ejecutivos y abogados, gerentes con corbatas impecablemente anudadas; me conmueven y me hacen reír con una risa que no se oye. Debería analizar por qué necesito desayunar en este local que aviva en mí un odio reconfortante, que ayuda a que me quiera un poco, y que acuda con algo de ilusión al trabajo.

Hace poco me planteé dejar de frecuentar esta cafetería, a causa de una experiencia nefasta, pero me juré a mí misma que no me iba a doblegar tan fácilmente, que lo superaría, y aunque los primeros días después de este lamentable encuentro temí volver a tropezarme con ella en la cafetería, eso nunca ocurrió. La vi antes que ella a mí, y al reconocerla, a pesar del tiempo transcurrido (cómo olvidarme de su cara, de su afilada sonrisa) sentí una punzada de miedo, o angustia, y rápidamente aparté la

mirada y traté de girarme para que no se diera cuenta de mi presencia, sin éxito. En cuanto pasó a mi lado me reconoció y, con una inexplicable alegría, mostró su sorpresa. Yo estaba tan nerviosa que no me atreví a oponer ninguna objeción cuando me propuso conversación.

—¡Isabel Arriaga! ¡La que siempre se sentaba en la última fila! ¿Te acuerdas de mí? Soy Beatriz Marcos.

—Sí, claro, qué tal —dije estrechando su mano y sonriendo sin entusiasmo, para no desairar su tono radiante. Y enseguida detesté mi propia sonrisa.

—¡Cuánto tiempo! —Hizo un gesto exageradamente femenino—. ¿Cómo te va la vida? Parece mentira, qué coincidencia, ¿verdad?

—Desde luego. —Y lo era. Madrid es una ciudad grande, pero no lo suficiente para evitar desagradables encuentros.

Se sentó a mi mesa (es decir, invadió mi espacio), celebrando el reencuentro, aludiendo a lo guapa que estaba y lo bien que me conservaba a nuestra edad. A los pocos minutos ya me estaba contando su vida, con profusión de gestos e interjecciones: era secretaria de un abogado, separada, con una hija adolescente «súper problemática», vivía en Majadahonda, con otro hombre que acababa de conocer, era fontanero, pero ganaba más dinero que ella, tenía su propia furgoneta, su equipo, su distintivo, me enseñó su foto en el móvil, no se le veía apenas la cara, sólo una barba roma, espesa y castaña, también me enseñó la foto de su hija, con su vestido negro y su peinado gótico, estudiaba primero de Bachillerato de Artes. Yo todavía estaba digiriendo el suceso, la repentina aparición de aquella antigua compañera de colegio, su intrusión en mi presente, ¿por qué hacía eso? ¿A qué se debía esa ansia por complacerme y demostrarme lo bien que recordaba los años escolares? ¿Tal vez pretendía limpiar su conciencia? Hizo algunas alusiones a los profesores que teníamos en aquel exclusivo colegio, Nuestra Señora del Recuerdo, sobre todo a los más peculiares, por sus motes, a las rarezas de cada uno, y se reía ella sola al evocarlos. Acudían en tropel recuerdos que me iban poniendo un nudo en el estómago. Imágenes que nada tenían que ver con su retahíla, apenas con la mujer que veía ahora, amable e inofensiva. Formas que adopta el desprecio, la jocosa crueldad en una esquina, fuera de la vista de testigos. Ella era sólo una más del grupo, acaso la más inofensiva. Con qué rapidez olvidan sus actos inicuos, con qué facilidad limpian su conciencia. Cobré conciencia de que, una vez más, me estaba plegando a las expectativas. Estaba siendo indulgente, cuando en realidad hervía en deseos de clavarle el cuchillo de la mantequilla en el fondo de los ojos. Entonces, reparando al fin en mi semblante serio, me preguntó si me ocurría algo. Ya lo creo que sí. Empezaba esa sensación odiosa que ya me resultaba demasiado familiar, el mareo, la opresión en el pecho, la adrenalina. Era la Furia.

—Sólo es que… perdona. No me encuentro bien.

Miró el desayuno, como si buscara algún indicio de toxicidad.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—¿Recuerdas cuando me desnudasteis y me escondisteis la ropa para obligarme a cruzar el patio desnuda, ante la mofa de todas? ¿Recuerdas cuando, en el vestuario del gimnasio, me sujetasteis entre tres, una del pelo, levantándome la cabeza, para que todas las demás pudieran pasar en fila y escupirme a la cara? Os divertíais mucho con estos juegos.

Se quedó perpleja, horrorizada, sin disimulos. Incapaz de reaccionar. Añadí, saboreando mis palabras y poniendo mi peor sonrisa:

—¿Sabes lo mejor que puedes hacer para ayudarme? Morirte. Pulverizarte. Me das asco hija de puta.

Corrí hacia el cuarto de baño, alertada por un espasmo en mis tripas. Algo me atenazaba las sienes. Estaba ocupado. Aún hube de esperar medio minuto. Apoyada en la pared, trataba de apaciguar mi respiración. Me invadía un ataque de furia que no podía dominar, como en tantas ocasiones, una oleada que no tenía ni palabras ni imágenes, sólo un terrible deseo de gritar, como si me desgarraran mil manos, de golpear todo lo que me rodeara, hasta destrozarlo. Finalmente la ocupante salió y pude entrar. Me incliné sobre el váter y eché todo lo que acababa de comer; una pasta amarilla, amarga. Un revoltijo del fondo de mis entrañas.

Enseguida me sentí mejor. La respiración se aquietaba. La Furia ya no estaba, había vuelto a su profunda covacha. Sólo ese olor ácido que no se libraba del remolino del sumidero. Bebí un trago de agua del grifo, tras enjuagarme la boca. No me sentía tan ruin como otras veces. Me había apuntado una pequeña victoria. Había tenido el valor de llamarla hija de puta. Aboné la cuenta en la caja y salí sin mirar atrás.

Sin embargo, enseguida comprendí que había desperdiciado una gran oportunidad para escupirle en la cara. Lamenté no haberlo hecho.

Camino todas las mañanas hacia mi consulta bajo los toldos burdeos de los edificios señoriales, de tejados franceses y terrazas con sabor *art nouveau*; es como pasear por Oxford Street, con sus edificios neogóticos y sus clínicas de adelgazamiento, sus bancos romboidales sin respaldo y sus alcorques en forma de triángulos segmentados, como los que se encuentran en el recorrido de la Biblioteca Nacional al Museo Arqueológico, rodeando el edificio por Jorge Juan. Cuánta bella geometría, cuánta matemática en el paisaje. Camino deprisa, cruzo semáforos al paso del gorigori, deambulo por las hileras de plataneros sin hojas, momificados; doblo grácil cual doncella por Ramón de la Cruz, dejando atrás el bullicio del tráfico, atravieso Claudio Coello, con sus anticuarios y galerías de arte, la arquitectura barroca de sus casas antiguas, donde aún se ven lo que fueron

entradas para carruajes, Lagasca, bellas acacias de tronco moteado, anticuarios de relucientes pasamanos, boutiques para *fashion victims* que exponen tocados, guantes de piel fina, plumas, broches, de las que salen altivas mujeres con bolsas de la compra. Carolina Herrera, Prada, Yves Saint Laurent, galerías de arte que exhiben grabados con escenas de caza y retratos de perros importantes, y la Boutique del Gourmet, todo lo que no ofreceré a mi paladar, El Elixir del Caviar, con la última delicadeza, microhuevas de caracoles del Kurdistán, y por supuesto, pato traído de la Bretaña, envasado al vacío. Y en medio de tanto lujo y refinamiento, no falta algún que otro mendicante por los suelos, acompañado por las faltas ortográficas de un cartel, aunque ya no necesitan recordarnos que no vivimos en un mundo de abundancia y prosperidad, sino en una cueva de Alí Babá, poblada de parados, corruptos, jugadores de la Bolsa, vendehúmos, y donde hasta el más retrógrado e ignorante puede llegar a ministro de Educación y Cultura.

A veces me desvío y subo por Serrano, paso junto a la iglesia de los jesuitas, último lugar donde escuchó misa el almirante Carrero Blanco antes de emprender la Ascensión a los Cielos. O me asomo a la verja de la embajada de Estados Unidos, en cuyos jardines se pueden contemplar carros blindados. La guerra y la gloria. Este barrio es mi itinerario laboral, puedo ver todo lo que no puedo comprar, lo que no puedo lucir, lo que no puedo calzar, lo que no puedo colgarme al cuello, lo que no puedo hacerme en la cara, lo que no puedo poner en el recibidor de mi casa, aunque luciría de maravilla. Paso junto a la tienda de embarcaciones deportivas Marina Sport, regentada por un tipo de bigote de lápiz que no hace feliz a su mujer, cliente habitual de mi consulta, pero vende cosas que no caben en cualquier parte, lo cual no es poco, y al llegar a Velázquez, entro en el portal junto a un edificio negro y ferruginoso de CESCE, Compañía de Seguros de Crédito a la Exportación, con su reloj de esfera azul que puedo mirar a través de la ventana de mi consulta y desde mi sillón Ikea sin que el cliente —al que no le concedo ese ángulo— pueda saber cuántas veces miro disimuladamente la hora. Pero es un edificio feo, el de CESCE, deprimente, circundado todo él por un extraño andamiaje tubular, se supone que con fines ornamentales, ya que no alcanzo a adivinar su función, y con cristales tintados, que presagian turbios secretos, una actividad clandestina en su interior. Lo llamo el edificio de bronce. Tal vez allí dentro se encuentran esos hombres de negro que conspiran para que nuestra economía se siga hundiendo a plomo.

Unas fueron llamando a otras, se intercambiaban los síntomas y las referencias, de una calle a otra calle, de una vida truncada a otra que trataba de enderezarse, cuando una acudía a mi consulta, tiraba de otra unida a la misma sirga. Habían llegado a ese momento vital de los cincuenta en que se daban cuenta con horror de que nada sería como

habían imaginado, que nunca podrían llevar esa existencia que habían ansiado, ni siquiera con sus solventes talonarios y sus visones, y prendas exclusivas de las mejores boutiques, reducto de un pasado más glorioso. Egoístas como los hombres con quienes habían contraído matrimonio en la Almudena, habían enviado a sus hijos a los colegios más caros del cogollito, a sus hijos que ya no las querían, y todas ellas sabían que su único proyecto de futuro era la vejez, y su único privilegio cierto es que no acabarían en manos de una rumana, sino en una residencia de distinguidas momias. Lo contaban con distintas voces y palabras, tantas veces macilentas, gesticulantes, o lejanas y abstraídas, removiéndose en la butaca, clavándome los ojos ardientes, respirando con ansiedad bajo sus collares de perlas, buscando en mí una réplica conmiserativa; lo contaban cada una a su manera, con nombres y personajes distintos, como en cierta obra coral en la que salían de una en una al escenario a continuar el tedioso monólogo de la anterior. Buscaban comprensión, necesitaban ser escuchadas. Sus hombres nunca serían los hombres que habían creído conocer, los hombres con los que se habían casado, sus descastados hijos cambiaron demasiado pronto, o no colmaron sus expectativas, y todo se había vuelto contra ellas. Llegaban a mí sin valor ni entereza para romper con el pasado. Ellas eran las que escribían mi rutina.

Allí, después de colgar sus abrigazos de marta en el perchero, arrellanadas en mi butaca de Ikea, las languidecientes hacían resbalar entre sus dedos las ajadas cuentas de sus agonías. Había algo falaz en sus depresiones autoinducidas, una nota discordante, con la que querían reforzar la intensidad en su aria dramática. La mayoría ni siquiera padecía una verdadera depresión; habían llegado a ese fingimiento tan entregado que se convertía en cierto. Nunca supe cómo se gestó exactamente este extraño fenómeno, cómo me convertí en una terapeuta burguesa de afecciones burguesas, qué invisibles hilos conectaron a unas con otras, qué extrañas referencias se intercambiaron, qué esperanzas suscitó mi presencia, qué atributos convoqué en la atormentada imaginación de estas mujeres, qué estimuló sus flageladas carnes para encaminar sus pasos hacia mí, qué azarosos vientos empujaron las cartas de recomendación de un portal a otro del barrio. Puede que fuera mi estudiada postura, los hombros hacia atrás, la espalda ligeramente enderezada, a la escucha, mis manos entrelazadas sobre las rodillas enfundadas en finas medias, el acompasado pestañeo, la modulación sincopada. Algo tuvo que influir para que, en cosa de pocos meses, tras abrir Aurora y yo la consulta tuviera ya una docena de pacientes dispuestas a entretener mis horas con la gesta de sus tormentos imaginarios. Sin hacer nada por merecerlo me convirtieron en su tabla de salvación, en su convicción de que braceaban en un mar proceloso, cuando en realidad se estaban ahogando de tedio en su barrio gerontocrático, ahogándose de nada en sus enormes manantiales de

burbujas e hidromasaje *Elegance Daydream* junto a un dry martini.

Al principio lo tomé como una racha de suerte, porque mis tres primeras pacientes tuvieron una evolución muy favorable, debido sin duda a factores ajenos a mí, y yo diría que todo el mérito era de mi vecino melómano. La idea se me ocurrió cuando quedó libre el despacho contiguo porque la tercera terapeuta del equipo decidió dejarnos después de que Aurora Iriarte y yo le transmitiéramos con especial cortesía que su método terapéutico descendiente de las cavernas del psicoanálisis no era compatible con nuestro modo de trabajar, sino que incluso resultaba perjudicial para la clientela. De modo que, no bien me encontré una habitación libre junto a la mía, cuyo alquiler teníamos que pagar las dos, instalé allí un ordenador con Spotify y un par de buenos bafles y probé modulando el volumen y los agudos y graves para que desde mi consulta pudiera parecer que la música provenía del piso del vecino, y no fue difícil conseguir el efecto, gracias a los sólidos tabiques de la vivienda que a sus cuarenta años de construcción gozan de estupenda salud. Mi vecino melómano, pues, escucha música clásica a todas las horas en que yo recibo pacientes, haciendo mucho más llevaderas las sesiones tanto para mí como para ellas (sin mencionar los efectos beneficiosos de la musicoterapia subliminal) pues en los silencios podemos deleitarnos con lo más granado de Chopin, Mendelsson, Schumann, Schubert, Bach, Beethoven, Mahler, Saint-Säens, Wagner, Chaikovski, Prokófiev, Rajmáninov y tantos grandes. De vez en cuando, desde mi butaca de falsa piel me veo obligada a deslizar un discreto comentario sobre mi vecino melómano, previa exhalación de un suspiro resignado, cuando los acordes del *Bolero* de Ravel alcanzan tal maravillosa vehemencia en el *crescendo* que la música suplanta los lánguidos silencios de mis languidecientes, o cuando los *allegros* de los compositores románticos me ayudan a sobrellevar sus existencias vacías.

No me dedico a indagar en las causas profundas, dondequiera que estén, no voy buscando los renglones torcidos de las biografías, para reescribirlas con mi florida pluma porque yo pueda tener ideas mejores de lo que pudo haber sucedido o de lo que hubiera o hubiese sido más adecuado. Ninguna intención de hurgar en la sordidez de las vidas; ciertos baúles mohosos es mejor no abrirlos, ciertas lápidas cubiertas de una pátina de liquen es mejor que sigan cerradas. No voy a la caza de traumas. Tampoco soy de las que recomiendan a sus pacientes lucir con orgullo sus fealdades y deformidades. Y no aspiro a saber cómo se sienten, porque la única manera de entender qué siente un amputado es amputarse el mismo miembro a la misma altura. Y por esto mismo, es deshonesto decir: «Sé cómo te sientes». Además, por supuesto, hay razones oscuras que no merece escarbar en la turba, razones sobre las que es inútil romperse la cabeza.

Cada cual se fabrica sus pretextos y subterfugios. Desempañamos

lentes, graduamos focos. No ofrecemos soluciones rápidas con certificado de garantía, ni una visión clara y exenta de incertidumbres del futuro; no ofrecemos inmunidad diplomática ni seguro a todo riesgo; tan sólo un poco de claridad en la bruma. Hay que sobrevivir al naufragio.

Algunas veces me quedaba hasta muy tarde en la consulta, pasando a limpio los diarios de las sesiones, un ejercicio que me servía para desenredar la confusa madeja y preparar la próxima puntada, y en esta ocasión me dieron las dos de la mañana, aprovechando que Zalo dormía en casa de su padre. Eché un vistazo a la bandeja de correo electrónico. Once amigos esperaban mi respuesta en Facebook, algunos de los cuales ni siquiera conocía, y otros procuraban mi amistad. Pues que siguieran esperando. Cuando apagué el ordenador salí al balcón para desentumecer mis miembros y sentir el fresco de la noche de invierno en el amplio patio de luces. Solía hacerlo antes de abandonar la consulta, y siempre descubría la ventana encendida de algún noctámbulo. Al apoyar las manos en la fría barandilla observé a un hombre asomado a otro balcón, a medio centenar de metros, en la novena planta.

Él no me había visto. Parecía corpulento, su rostro apenas se perfilaba por la falta de luz. Miraba fijamente hacia abajo, apoyado con los brazos rectos en el antepecho y la espalda arqueada. Cuando uno se asoma a un balcón, no mira hacia abajo, a menos que se le haya caído algún objeto. Resulta perturbador ver, de noche, a un tipo inclinado sobre un antepecho y mirando fijamente al fondo oscuro, tanto que mi primer pensamiento fue dejar de mirar, protegerme de aquello, cerrar la ventana y olvidarlo. Pero me contuve. ¿Y si lo hacía? Un punto rojo se quemaba en su boca, una colilla que lanzó y cayó como una pavesa hasta disolverse en la oscuridad. El hombre no se incorporó, siguió mirando al fondo, escudriñando la trayectoria en elipse. Poco a poco fue adquiriendo rostro, me pareció ir descubriendo algunos rasgos por los que podría identificarlo; en mi ensimismado temor quedó sólo él enfocado como un actor en el escenario de una tragedia, bajo los focos, percibí su angustia, cuyo eco me llegaba como una emanación tóxica. Un frío que venía más allá de la noche, del mismo hierro que él sujetaba, con la fuerza de quien quiere ganar impulso, me agarrotó. Retrocedí.

El desconocido se estremeció violentamente y al fin, para mi alivio, se separó de la baranda. Miró alrededor y me descubrió espiándole, y pareció congelado en un sobresalto, y nuestras miradas se cruzaron en la noche, de lado a lado, en una extraña prefiguración, como un cable unido a dos terminales, transmitiendo una corriente dolorosa. Yo había sido su testigo en su momento dramático. Desde el otro lado del patio interior había adivinado su pavorosa inclinación. Fue un mensaje interceptado en una

milésima de segundo con la claridad de una centella, y que no estaba destinado a confluir en nosotros. Respiré hondo, conturbada, tenía una mano en el pecho. Rectificó. Ingresó dentro, cerró la puerta y pronto apagó la luz. Y así fue más o menos como empezó mi historia con él.

Cinco días más tarde, el individuo sombrío se presentó en mi consulta. Nada más verlo lo reconocí, sobrecogida. Temí que fuera a pedirme cuentas, o a reprocharme mi malsana curiosidad, o a exigirme discreción, y, obviamente, nada de esto sucedió. Acudía simplemente en busca de ayuda. Tal vez el hecho de conocer su secreto me confería cierta ventaja y me acercaba a su problema, por eso me habría elegido como confidente.

Era mi último caso del día. El cielo había ido hinchándose como una enorme panza de rumiante, a través de claroscuros, transformando la ciudad en un paisaje descolorido, donde el viento discurría levantando remolinos de hojarasca de las aceras, ese viento que bisbisea nuestras miserias al filtrarse por algún resquicio de mi ventana a pesar del sistema de cierre hermético de aluminio. Y por fin el cielo comenzó a soltar su panza de agua, primero con indolente lentitud, agua que se volvía sucia al instante de chocar contra la calzada y los edificios, al absorber el hollín en su caída, al desdibujarse en los parabrisas y las ventanas, como la de mi despacho. Cuando alcé la cabeza vi a un tipo corpulento, de rictus amargo y ojos anocturnados; manos grandes en el brazo del sillón, las manos de un programador informático: trabajaba en una compañía de software, una filial americana. Tenía una voz grave, casi ronca, y opaca. Desde el primer momento estuve segura de que era él, y también de que me había reconocido y quizá me había buscado.

Parecía un hombre acaudalado, que cuida su imagen. Se había aflojado la corbata jaspeada antes de entrar y no por ello dejaba de ser un ejecutivo de lustrosos zapatos italianos y perfilada línea en el pantalón. Mejillas bien afeitadas y un brillo de amargura en las pupilas.

Procedía con cautela, aunque se limitara a ocupar un espacio extraño, escoger la postura, comprobar que la butaca se giraba sobre un eje interior, para elegir él mismo el ángulo de su posición con respecto a la terapeuta. Todo lo examinaba con una mezcla de perspicacia y disimulo, tomando nota mental: la reprografía de un cuadro del Art Institute of Chicago, de Grant Word, o el póster enmarcado que reza: «*Making Mischief: DADA Invades New York. Whitney Museum of American Art*», mostrando el icono de una pala de carbonero en posición vertical. Y juraría que cuando dirigía los ojos a los anaqueles que había a mis espaldas, trataba de leer todos los títulos de los lomos de los libros.

Haciendo un gesto de desagrado hacia mi portafolios, murmuró:

—Nada de apuntes ni grabadoras. Lo que aquí se hable, aquí se queda.

—Puede contar con ello.

—Ni apuntes, ni archivos informáticos, ni conversaciones con terceros.

Guardé el portafolios, contrariada. No me gusta que me marquen el guión desde la primera sesión. Y las preguntas las hago yo.

—Trabajamos desde la confidencialidad —dije—, pero es normal que lleve un diario de sesiones, que guardo en mi ordenador personal.

—Puede que no sea seguro. ¿Tiene una buena clave de seguridad? ¿Cortafuegos? ¿Actualiza el antivirus? Tiene medidas contra el phising? ¿Guarda las copias de seguridad bajo llave? ¿Entra en webs que le piden sus claves o contraseñas?

—Por favor, todo esto es absurdo. Parece usted un inspector del departamento de protección de datos.

Mi primer impulso fue echarlo de la sala y decirle que no volviera, pero algo me contuvo: su elegancia, la de un hombre importante que trata de ocultarlo, que irradia autoridad sin alzar la voz. Su mirada, dura, destilaba persuasión. Su voz vibraba allí, en el espacio compartido.

—Sé que tienen supervisores, a los que les consulta sus casos.

—Ya se lo he dicho. Si no se fía, usted es libre de irse.

Nos envolvió un largo silencio. Reconocí el Preludio de la *Suite n.º 1 para violonchelo* de Bach vibrando en graves al otro lado del tabique —cortesía de mi vecino melómano, suscrito a Spotify— a la modulación exacta para dejarse escuchar. Él no se inmutó, e incluso parecía aprobar mi reacción de castigo. A través de la vidriera empañada veía el disco luminoso del semáforo en el cruce de Goya.

—Bien, entonces comencemos —dijo—. No necesita saber mucho de mí. Vivo en un buen chalet, viajo con frecuencia a Londres, a Nueva York o a Tokio si dispongo de más días, me gusta estar solo, me tomo mis copas por la noche, no entiendo las canciones de amor, apuesto en Bolsa desde mi casa. Ah, he matado a un hombre.

—¿Cómo ha dicho?

—Ha oído bien. No salí en los periódicos. Nunca fui interrogado. No estoy en el cartel de Se Busca. Por eso, la confidencialidad es clave para mí.

Había sido un día duro. No tenía la mente despejada para pensar, para decidir una reacción cabal ante tamaña confesión. Había abierto con un extraño y funesto gambito, que conducía el juego por una senda impredecible. Comenzaba a llover como una destilación contaminada del día y recordé que tenía el coche aparcado a cuatro manzanas y no llevaba paraguas. Deseé estar ya dentro y calentarme los pies con el chorro del desempañador al máximo, y poner una suave melodía de Norah Jones. Retrocedí a esa noche, el hombre que había arrojado la colilla, un punto de luz combándose al vacío, y luego él abismándose, allá abajo, como si estuviera viendo cómo quedaría, aplastado y desfigurado en las baldosas

del patio. Pero, me dije, si fuera cierto, no me lo contaría, no así, de esa manera. No a mí, sin conocerme siquiera.

—¿Ha matado a un hombre?

—Asesinado. No le pido que me responda ahora, si acepta tratarme. Ahora sabe lo que tiene. Volveré la semana próxima. Entonces me dice.

Su ausencia de énfasis, su tono desafecto me produjo un vivo malestar. Miré su cara de linóleo resquebrajado, bajo su apariencia de hombre sereno y de éxito. En realidad, apenas tenemos elementos para juzgar si uno es lo que afirma ser o lo contrario, si miente o se mira a través de una lente distorsionada. En ese pequeño espacio que había querido hacer acogedor, con libros, la intimidad de una luz discreta, mobiliario suave, una alfombra de tono pastel, procuraba que las personas se sintieran como invitados a un espacio neutral, y sobre todo, que se encontraran, cosa que rara vez sucedía.

Se levantó, dando por concluida la sesión, y se dirigió a la salida a pesar de mi advertencia de que aún nos quedaban treinta y cinco minutos. Después, en el hueco del aire que dejó su ausencia, me quedé pensando en lo que acababa de suceder, tratando de aclarar y ordenar mis sensaciones, en las que iba tomando forma la vaga impresión de que acababa de conocer a un tipo que sólo buscaba de mí repudio y desprecio.

Mi hijo quiere ser biólogo

Junto a la vidriera batida por el aguacero, que imantaba mis ojos como un espectáculo nunca visto antes, con los transeúntes corriendo para buscar refugio, y los coches levantando el agua sucia de la calzada contra las aceras, Aurora Iriarte comenzó a hablarme de las últimas solicitudes recibidas para trabajar en nuestra consulta de Velázquez. Las calles se habían llenado de charcos sucios donde oscilaban las luces amarillas y rojas de los coches, manchas informes desbrozando la lluvia, viandantes con paraguas y flacos vendedores de paraguas, subsaharianos, capaces de correr quinientos metros de avenida a velocidad de gacela si asomaba un policía o algo que se le pareciese. Hace muchos años decidí que no me gustaba el invierno y que haría lo posible por escapar a uno de esos países en los que el invierno es sólo una palabra, y cada año renovaba mi juramento, aunque nada cambiara. Aurora abrió un sobre color salmón con las candidaturas del mes, y la redacción de diez líneas adjunta al currículum que habíamos exigido en nuestro anuncio, idea muy acertada de mi amiga y colega de trabajo, pues se conoce mejor a una persona por diez líneas de libre redacción que por cien líneas de su currículum.

«María Teresa Ochoa, licenciada en Psicología. Máster en hipnosis clínica y relajación, sin dejar por eso de ser madre y esposa. Eterna aprendiz de la vida, buscadora incansable de respuestas y permanentemente sorprendida ante los milagros de la mente y el alma del ser humano…» Era la primera candidata. Carmen Fernández era la segunda: «Trabajo en el ámbito del desarrollo personal, con una psicoterapia dinámica basada en el autocontrol emocional. Me interesa la terapia como potenciación de las energías positivas de las personas. Llevo seis años ejerciendo la profesión y todavía tengo la suerte de que cada día un fenómeno, un momento o una conducta me siguen maravillando». Escribía con tinta azul celeste y tenía una letra llena de diminutos caracolillos, con la que contaba que era una investigadora espiritual. «Me considero una persona abierta, polifacética. He investigado sobre el Octograma de la Esencia y tengo un máster como Resonadora de Armónicos por la Universidad de Buenos Aires.» Caray, sonaba tan musical como un órgano de iglesia. Aurora me pasó otro, el último de la remesa: «Lucía Cubas, especialista en Terapia de Mariposas, técnica singular para acceder a los más ocultos bloqueos emocionales de la persona. A través de

las mariposas se revela todo aquello que el sujeto protege de manera inconsciente. Quien posee la valentía de enfrentarse a esta terapia, mediante una serie de técnicas, meditaciones y ejercicios de introspección y trabajando directamente con las distintas mariposas, avanzará a través de su intrincado paisaje interior, subiendo uno a uno los distintos escalones de su evolución espiritual». Incluía un pequeño catálogo de mariposas de vivos colores, creaciones pictóricas impresas en papel satinado. Aurora y yo nos reímos bastante con aquel excéntrico aunque meritorio catálogo.

Aurora tenía pocos pacientes en la consulta, y el alquiler del piso constituía una carga mayor para ella que para mí, que no andaba escasa de clientela. ¿Por qué todas esas depresivas se empeñaban en acudir a mí? Era algo que no había elegido, y me hubiera gustado poder cederle algunas languidecientes, ahora que me había salido un caso interesante, el del hombre sombrío. A veces me preguntaba si me envidiaba por ello, si mi éxito le hacía sentirse mal. Era injusto que abonáramos a medias el alquiler. Ya habíamos tratado antes este asunto y le había propuesto hacer una partición proporcional a nuestros ingresos, pero no había aceptado. Insistí una vez más y se limitó a cabecear.

—Me parece que ninguna vale.

—Eso pienso yo.

—Seguiremos esperando, entonces. Lo que te aviso que no va a ocurrir es que tengamos una candidata experta en la terapia racional emotiva.

—Sólo busco una persona seria, de confianza.

Había amainado. Cuando salimos a la intemperie, la calle tenía el olor limpio de la hojarasca podrida. Hojarasca y hollín mojado, y viejas frituras de aceite rancio.

Hacía cinco meses que mi ex marido y yo no nos veíamos las caras. Nos habíamos visto, pero no nos habíamos mirado a los ojos, en los breves encuentros de traspaso, una vez a la semana, los viernes, durante algunos minutos, nunca quietos, saliendo, entrando, en ese tránsito de incomunicación en el que Luis Gálvez y yo nos cruzamos y dirigimos algunas palabras impersonales y resolvemos el trámite del canje filial; pero luego, cuando se iba con Gonzalo, me volvía y me quedaba unos segundos mirándolos, alejándose de espaldas, bajando las escaleras o entrando en el Audi azul metalizado y, en esos momentos, me interesaba por su voz, por cuanto era la voz y el tono que escuchaba mi hijo, y juzgaba si era agradable, y lo era, y me parecía bien en la medida en que no se dirigiera a mí ni hablara de mí, y en esas palabras con que hábilmente captaba la atención de Zalo y le proponía un plan interesante (para acentuar el contraste con la aburrida perspectiva de quedarse con su madre), una

sugerencia que él abrazaría sin pensarla, con el mismo interés irreflexivo con que desecharía una propuesta mía, y en esos momentos me sentía capaz de apreciar a Luis, de pasar por alto sus errores del pasado, de las veces que se había jactado de ser una influencia positiva para Zalo, por librarlo de las garras de su madre, enemiga de los McDonalds, de los iPods, de las salas de juego con escopetas láser y todas esas cosas.

Luis Gálvez era y había sido siempre un buen editor. Me había ofrecido mi primer trabajo en su editorial a los veintitrés años, cuando yo era una recién licenciada en Psicología y recién alistada en la selecta hermandad del INEM. Entonces no estaba segura de si mi verdadera vocación era la psicología o la literatura, y me presenté a una prueba de selección de personal en la oficina de una importante editorial con sede en Madrid y Barcelona, como lectora de manuscritos, o correctora, o lo que fuera. Luis fue quien me entrevistó y yo, en mi silla de candidata, en lugar de acobardarme, me di cuenta de que me miraba con buenos ojos, muy masculinos, y arqueé ligeramente la espalda y saqué el do de pechos. Visiblemente impresionado por mi, digamos, elocuencia, me entregó seis manuscritos anónimos con la encomienda de entregarle, en el plazo de diez días, un informe completo de cada uno de ellos, calibrando tanto la calidad literaria como su gancho comercial. Cumplí con diligencia y me felicitó por haber hecho unas apreciaciones muy parecidas a las del equipo de veteranos lectores, entre los que pronto tuve un hueco. Él era el editor viajero y culto de quien tanto tenía que aprender, así que no tardé en idealizarlo y en llevármelo a la cama, y nuestra relación nunca fue obstáculo para una excelente compenetración laboral, al punto de que nos casamos a los cuatro años de noviazgo en los que debo reconocer, mal que me pese, que estuve muy enamorada, y viajamos a esas ciudades llenas de cultura, Londres, París, Amsterdam, Viena, Berlín, San Petersburgo. En mi mente trataba de mantener siempre esa disociación clara: él era mi marido y mi jefe, y debía cumplir sus encargos con escrupulosa profesionalidad.

Los manuscritos que me encomendaban nunca eran de escritores noveles, por lo que mi labor no consistía en descubrir talentos, ni en aupar a primerizos. Me pasaban trabajos de autores consolidados, con buenos contactos, cifras de venta interesantes y con aspiraciones de ir a mayores. Muchos de ellos eran malos escritores con capacidad de llegar al gran público, prestigiados por sólidas agencias literarias catalanas, y sólo algunos pocos conseguían una verdadera calidad literaria, y estos últimos, a pesar de mis informes trufados de elogios y recomendaciones, solían ser desestimados en su mayoría por criterios comerciales reñidos con los valores que yo ponderaba. Con el paso de los años, a pesar de disfrutar de un contrato fijo en la editorial, comprendí que la editorial no tenía nada que ver con la literatura, ni apenas con la verdadera creación, y que a Luis, a pesar de que compartíamos similar gusto por los clásicos y de tener una

vasta cultura literaria, tampoco le dolía prendas admitir que el espacio para los autores que nos gustaba leer les estaba vedado en su sello editorial, porque allí las que decidían eran las cifras de ventas. Pasado el período de idealización y el de adaptación, me fui desanimando, comprendí, mes a mes, año a año, que no me gustaba aquello, no tenía otra función que la de plegarme a las consignas del mercado. Estaba ya encinta de Zalo, y mi relación con Luis iba de mal en peor. Me llegaron ofertas de editoriales independientes que publicaban los libros que sí leía por placer, pero los sueldos eran muy bajos y finalmente opté por dejar ese mundo y completar mi formación clínica y abrir una consulta. Luis cambió en pocos años de editorial hasta cuatro veces, viajó al extranjero y regresó, y actualmente dirige una colección de novela negra perteneciente a un gran grupo de comunicación.

Ahora nos encontrábamos en una entrevista con la tutora de Zalo, en el instituto. Era uno de los pocos momentos en los que se nos podía ver juntos, pues nos tomábamos muy en serio la marcha escolar de Gonzalo. No veníamos a escuchar noticias agradables, ni palabras de comprensión. Los padres siempre somos culpables de las fechorías de nuestros hijos, según la nueva pedagogía. Hacía tiempo que las reuniones con los profesores de Zalo eran un peaje donde al sacar las manos por la ventanilla recibíamos una buena ración de varazos.

La tutora sabía enseñar, aunque no incitar al aprendizaje. Se tomaba en serio su trabajo, e incluso me enviaba muchas notas en los márgenes de los cuadernos de Zalo. El problema era que yo estaba hasta las gónadas de ella, aunque tuviera razón en reprocharnos la actitud de Zalo, o precisamente por eso. Durante un buen rato nos había hablado de asignaturas, nos había enseñado exámenes casi en blanco, trabajos donde reconocíamos su desidiosa caligrafía, y expedientes disciplinarios. Escuchar aquellos escuetos relatos de los incidentes que provocaba resultó bochornoso, humillante. Y qué mal escritos estaban aquellos partes: «No hace ni el huevo, es un mueble». Daban ganas de protestar.

—Le gusta la biología —murmuré casi excusándome, frotándome las punteras de los zapatos bajo la mesa, como en un ataque de urticaria.

Con aire displicente lo admitió, ah, sí, claro, la biología, puesto que era la única asignatura que aprobaba, y, por cierto, con sobresaliente, detalle que consideró adecuado pasar por alto. Recordárselo tampoco era mi papel, pero sí apunté su deseo de ser biólogo.

—Pues mal camino lleva.

Durante media hora habíamos asistido con impotente resignación a la retahíla de quejas de la tutora, en aquel despacho acristalado con vistas al patio, de donde llegaba un atemperado gentío de niños en clase de educación física, algunos toques de silbato. No podíamos rechistar, sino sólo admitir los cargos. Estábamos de mal humor, no teníamos ánimo para

cortesías. Y de golpe dejé de escuchar a su tutora y visualicé a Gonzalo, su zangoloteo cansino por las mañanas, esa indolencia reunida en una caída de párpados, ese arrastrar las zapatillas por el pasillo hasta su cuarto, donde a buen seguro se tumbaría en la cama en compañía de su sibilante mascota.

—Lo sabemos —fue la seca respuesta de Luis, levantándose para acabar de una vez con una entrevista que no nos aportaba nada nuevo. También yo me puse en pie, y por un momento parecimos una pareja bien avenida y compenetrada. La despedida fue seca, cortante.

Diez minutos más tarde Luis y yo tomábamos una caña en un bar cercano, amenizado por la música del Séptimo de Caballería de la tragaperras, uno de esos bares donde parece que prohíben la entrada a las mujeres y a los hombres menores de cincuenta años, a juzgar por la clientela encorvada sobre la barra junto a una caña y una tapa de ensaladilla rusa sospechosamente amarillenta. Luis llevaba una americana de ante que le favorecía y olía bien. Disponíamos de cinco minutos para llegar a un acuerdo sobre las medidas a tomar.

—¿Qué tal un par de semanas sin televisión?

—Ni videojuegos —añadí.

—Vale, pero sin gritos ni histerias.

—¿A qué viene eso? —protesté.

—Me ha dicho que le gritas.

—¿Ah, sí? Y tú le crees antes que a mí. Fantástico.

—Si no conozco tu versión, no sé cómo voy a creerle a él antes que a ti.

—Ya la tienes, no le grito. ¿A quién crees ahora?

Me dedicó una sonrisa indulgente, esa forma suya de hacerme tan idiota.

Y ahora que estábamos ambos frente a frente, decidí abordar el espinoso asunto de la boa. Necesitaba su ayuda para echarla de mi casa.

—¿Qué pasiones tienen los chicos de su edad que no estén hechas de píxeles? —objetó él—. Al menos eso es real. Viola es una criatura impresionante de la naturaleza.

—Me encanta el naturalismo, Luis, pero preferiría que se dedicara a prensar hojas con los matices del otoño entre las páginas de una enciclopedia. Me encantaría ir a buscarlas con él al bosque. O podría cambiar la serpiente por un cangrejo ermitaño, con el que también podría encontrar una inmensa afinidad.

—Tú coleccionabas hojas de otoño, Isabel. No intentes aplicarle tus recetas.

Era cierto. Mis recetas estaban obsoletas. ¡Es tan difícil ser una madre moderna en estos tiempos! Para comprender a mi hijo, sólo tenía que ponerme a pensar qué hubiera sido contrario a mis gustos, a mis principios y a mi modo natural de vivir.

—¿Intentas convencerme de que nuestro hijo tiene vocación naturalista?

Por su forma de sonreír, deduje que éste era el tema que él quería discutir conmigo, porque había pensado sobre ello.

—Isabel, tendrías que haberle escuchado contar cómo mudó la piel, cómo se va desenfundando. ¿Sabes lo que dijo?

Parpadeé varias veces para reconocer mi intriga de ignorante y madre.

—Dijo estrato córneo. —Sonrió, victorioso.

—¿Estrato… córneo?

—Exacto. Así se denomina la piel de la serpiente, que en realidad no es piel, sino estrato córneo. Ésa es la diferencia. No una cuestión meramente nominal.

Estrato córneo. Repetida varias veces, las palabras se enredaban en el paladar. Carecían por completo de lirismo. Era como leer: «Antiaglomerante E551». Luis prosiguió:

—Se ha documentado. Me ha explicado la relación de la muda con las glándulas endocrinas. Lo interesante de esta conversación no ha sido su explicación, sino cómo me lo ha explicado. ¿Era otro Zalo? No, era el auténtico.

No podía dejar de sentir cierta envidia, porque a mí no me había contado el apasionante proceso de cómo el bicho excreta su repugnante epidermis, cómo se desuella con mudo placer y abandona su desnudez convertida en un cartilaginoso amasijo de resecas y lívidas escamas.

Pero tenía razón en una cosa: la serpiente era real. No empezaba por www. Verla en acción te inyectaba en el cuerpo una apabullante dosis de realidad. Se hacía respetar con un solo bocado silencioso. Tal vez era lo único real y físico en mi mundo perceptivo. Si el universo es un confuso holograma, yo estaba dentro y la boa fuera; ella me imaginaba a mí. Yo era su holograma.

—Cierto, me perdí la apasionante explicación.

—Me ha enseñado portales especializados, chats de coleccionistas, reptilmaníacos… Conoce todos los tipos de serpientes, sus características, su crianza, su reproducción, sus ciclos y sus parásitos.

Parásitos, sí; buena palabra. Y así siguió un rato más, perorando sobre cuánto puede dar de sí tan refinada afición. Escuchándole hablar sentí que había perdido definitivamente la perspectiva de lo anómalo de la situación. Nunca hubiera debido permitir la entrada en mi hogar a un animal al que la evolución, a lo largo de los siglos, lo destinó a las marismas pantanosas de las selvas boreales. Y es que hasta lo más extraño puede resultar verosímil si se insiste en que lo es.

Y cuando me habló de la última muda del bicho, sentí que la muda que yo quería era la de desplazar el hábitat del reptil a su casa, para que él también pudiera disfrutar de ese portento de la naturaleza, esa fuerza

envolvente y maravillosa.

—Ya se lo he ofrecido, pero Zalo no quiere, porque la mayor parte del tiempo vive contigo.

Era cierto, además existían otros inconvenientes: ¿con quién hablaría Zalo si desaparecía la boa de mi casa? ¿Quién le haría compañía? No había opción.

Acepté la situación, pero todavía quedaba un asunto de extrema gravedad, que le planteé con una voz sin gallardía:

—¿Y qué haremos cuando Viola se vuelva gigante? He oído que llegan a alcanzar los cinco metros. Y cuando eso ocurra, no habrá espacio para ella y yo, por lo que tendré que hacer las maletas.

Él sonrió con su detestable mezcla de arrogancia y paternalismo, no exenta de atractivo sexual.

—No dramatices, Isabel. Él sabe que tarde o temprano habrá que venderla o sacrificarla. Se lo explicamos bien cuando la compramos, no lo ha olvidado.

De nuevo sonaron las trompetas equinas del Séptimo de Caballería, llamando a los clientes a acudir con monedas que se deslizarían suavemente por su ranura, para dar comienzo de nuevo al carrusel de frutas, a la ruleta de la fortuna.

Para él era fácil. Luis no había tenido que guardar en la nevera bolsas de fetos de ratones. Durante los primeros meses, cuando la boa era una cría, su dieta consistía en esas pequeñas cosas rosadas e informes que vendían en la misma tienda que suministraba serpientes y otros reptiles. Aquellas bolsas de húmedos fetos apenas del tamaño de un dedal me cortaban la digestión, al punto de que casi contraje aversión a todo lo que guardaba en mi nevera, lo mismo fuera un fiambre de pavo que un Häagen-Dazs de fresa con tarta de queso. La *strawberry cheese cake* me sabía a feto de ratón. Incluso compartían el pálido color rosado.

Luis confiaba en que terminaría con éxito sus estudios. Basaba su pronóstico en las altas capacidades de Zalo (lo cual no dejaba de ser otro pronóstico), ya que no en la disposición al estudio que había demostrado, y su probada capacidad para levantar un torneo que ya parecía perdido.

Éramos conscientes de que en realidad no era él, sino un personaje que interpretaba con maligna precisión, era un boicot solapado, una sorda protesta. Pero ¿quién era él, entonces? Era todavía el niño que había querido dejar de serlo, el niño que trataba de olvidar, desterrar, y para el que aún no tenía ninguna alternativa convincente. Era el que disfrutaba recogiendo piñas en el campo y haciendo cabañas con palos o un barco en un tronco tronchado, pero ya no jugaba a eso porque lo consideraba cursi e impropio, de modo que había optado por atrincherarse entre pantallas. Lo único que podíamos decir es que estábamos al corriente y nos pesaba, y asegurar que, si no habíamos conseguido cambiar su actitud, no había sido

por negligencia, ni por falta de severidad, sino porque la batalla era dura y él estaba mostrando una inquebrantable resistencia, oponiendo su indolencia a nuestro enfado, su pasividad a nuestros castigos. Cierto que no era aplicado, que era ineducado. Cuestión de encontrar el momento en que se dejara ayudar, y de que estuviéramos alerta para detectar ese momento tan excepcional como el paso de una estrella errante.

Luis apuró la cerveza ya sin espuma y pareció que nuestro reducido léxico se había agotado. Y llevábamos hablando más de cinco minutos. Quince, para ser exactos. Y todo iba sorprendentemente bien. Sin embargo, yo aún tenía algo más en la reserva.

—Me pregunto si fuma.

—¿Lo crees? Nunca le he visto un cigarrillo.

Adoptó una expresión seria. Pertenecía al selecto club de los antitabaquistas, que nunca supieron disfrutar de un buen cigarro, ni saben lo difícil que resulta dejarlo.

—¿Estás segura? ¿Cómo lo sabes?

—He olido su ropa.

—Eso no es una prueba. ¿Le has encontrado algún cigarrillo? Seguro que ya habrás registrado su habitación.

Dijo esto último con un retintín sarcástico. Entraba en su forma de juzgarme una madre invasiva. Ocurría que él se había desentendido de Zalo de una forma tan extrema que yo, a su lado, parecía el ama de llaves de Rebeca, sólo por querer saber dónde estaba cuando no estaba.

—Por supuesto que he registrado su habitación, al milímetro. Soy así de tiquismiquis, ya sabes. No guarda los cigarrillos en casa. Sabe ser prudente cuando le interesa. De hecho, le he descubierto porque se ha pasado de prudente. Metió en la lavadora ropa con mucho olor a tabaco, cuando la mayoría de las veces la tengo que recoger del suelo, en un amplio perímetro alrededor de su cama. Bueno, rectifico: excepcionalmente deposita sus calzoncillos en el cesto del baño, cuando han aflorado… estratos córneos.

—Puede haber estado junto a amigos que fuman, ya sabes que el fumador pasivo también absorbe humo por todos sus poros.

—Lo sé. Veremos en qué se resuelve la cosa.

Luis se comprometió a tener una charla con él «de hombre a hombre». No me sonó demasiado bien esa expresión (aunque ciertamente prometía más que «de madre a hijo»). Era capaz de seguir mintiéndome así le saliera humo de los bolsillos.

Ya no teníamos mucho más que decirnos. Se agotaba el saldo. Nos miramos a los ojos, durante un par de segundos llenos de significado; yo sabía interpretar esa mirada, y él también la mía, así que la retiramos, un tanto avergonzados de habernos sorprendido haciendo algo prohibido. Se encogió de hombros, miró alrededor (aunque no había gran cosa que

observar). Pagó la cuenta, como de costumbre. Se fue con una rápida caricia en el hombro como despedida, y sentí que en realidad no quería irse, y yo tampoco quería que se fuera aún, pero corríamos el riesgo de volver a mirarnos demasiado tiempo. Se volvió desde la puerta antes de salir a la calle y alejarse hacia el aparcamiento. La verdad es que aún se conservaba joven y atractivo.

Me quedé un rato más en el bar, pensando en él, en cómo desapareció cuando nuestro hijo tenía cuatro años, y la forma en que le contaba a Zalo que su padre se había ido a una isla muy lejana y paradisíaca en avión, y desde entonces él señalaba con gran excitación todos los aviones que surcaban el cielo en una u otra dirección, papá podía ir en cualquiera de ellos, en todos ellos, de nada servía indicarle que ya habría llegado a su exótico destino, para él siempre estaba en tránsito, siempre podía volar en uno de aquellos aviones que se recortaban contra el pálido azul dejando una larga estela blanca, todos eran el mismo avión y tenían ahora una razón de existir, de aparecer: papá, mirándole por la ventanilla mientras él le saludaba alzando la manita.

Cuando ya no esperaba nada de él, reapareció cuatro años después para recuperar la relación con su hijo. Había dejado atrás «una crisis personal», cuya naturaleza nunca aclaró. Noté que había cambiado, se había vuelto más tolerante, más cálido. Quiso volver conmigo. Demasiado tarde. Los plazos se habían agotado. Nuestro proyecto se había hecho añicos. Lo dejé. Él no quería, insistió en rehacer nuestra relación. Yo me negué y él acató, respetuosamente, como había hecho siempre. Mantuvo su dignidad intacta y no perdió el contacto conmigo. El viento pasa y se lleva la hojarasca. Quedó un poso de buenos recuerdos, a los que a veces me aferraba. No obstante, aún había entre nosotros algo difícil de definir, un deseo de prolongar los encuentros, de convertirlos en algo más que un trámite para concertar el paso con Zalo.

Ricardo Alvear había vuelto, una semana después, a la misma hora para la segunda sesión, cuando había dudado de que lo hiciera. Y no estaba segura de si debía alegrarme, aunque me dije que debía hacerlo, porque la vida sin riesgos se desvanece en la oquedad. Venía del trabajo, con una chaqueta nueva y cara, corbata discreta, pantalón negro y lustrosos zapatos de piel. Su único rasgo de desaliño era su barba de dos días. Tenía las uñas bien cortadas y el contorno plateado de su reloj de diseño asomaba por el puño de la camisa color hueso. Durante unos segundos movió circularmente las puntas de los zapatos con los talones afianzados en el suelo y las piernas casi estiradas.

Aun sin muchas esperanzas de conseguirlo, hice un tímido intento por servirle en bandeja una alusión a la noche en que nos vimos, algo que no

me correspondía a mí revelar. Yo era la persona que conocía su secreto, pero necesitaba una suerte de confirmación, que eludió darme. Seguramente esperaba de mí algo más prosaico. Tras un tenso silencio, dije:

—Así que es usted programador.

Me pareció una buena forma de empezar sin grandes sobresaltos.

—No. Soy desarrollador de software.

—De acuerdo. ¿Cuál es la diferencia?

—El programador es el que traslada las instrucciones del diseñador de software en un código ejecutable por la computadora. El desarrollador es algo más, es un arquitecto de sistemas. Diseñamos la arquitectura a varios niveles. Tenemos la visión del todo, y de cómo se conforman e interconectan las partes.

—La verdad es que estoy bastante pez en el asunto. ¿Qué tipo de software es el que desarrolla?

—Se llama SAP, ese-a-pe, y tiene aplicaciones de gestión empresarial, para grandes y medianas empresas. Bueno, ¿qué ha decidido? ¿Continuamos o lo dejamos?

Me quedé unos segundos en silencio, pensando y observándole. No parecía incomodarle en absoluto mi mutismo, e incluso sentí que si lo dilataba varios minutos, tampoco se impacientaría. Al fin, tras un suspiro que traté de hacer notar como si fuese de tranquilo desdén, le dije que muchos clientes sienten cierto poder cuando ocupan ese mismo sillón donde se hallaba sentado. Son los protagonistas, saben que estamos expectantes de cada palabra que digan. Y algunos deciden tener un arranque estelar. Entonces revelan que son perturbados peligrosos, degenerados, maníacos sexuales, revelan que espían a las niñas en los parques, o las fotografían, revelan un desmedido afán de violar, matar y saquear, se muestran asustados con lo que creen que es un impulso incontenible de destruir sus vidas y las de los demás. Parecen esperar que me encoja aferrada al bolso o corra a esconderme tras las cortinas. Y así se lo expresé.

Frunció el ceño con extrañeza y replegó el mentón. Decidió que mi discurso no merecía comentario alguno. Así que seguí hablando yo sola, tratando de ocultar mi nerviosismo, escondiéndome en las palabras, esforzándome en resultar convincente, en llevar la iniciativa (él había empezado tratando de impresionarme, pero ahora era mi turno, le demostraría que no iba a poder conmigo tan fácilmente, que no me iba a manipular tirándose esos faroles nada más comenzar el juego). Le dije que este perfil de paciente necesita impresionar a su terapeuta, seducirla con alguna perversión maníaca inspirada en un telefilme americano. Es el típico narcisista egotípico y pronuncié esta última palabra dedicándole una caritativa mirada, no exenta de malicia. Dejé pasar un silencio en el que

traté de adivinar qué pensaba, qué sentía, cómo me estaba percibiendo, cuál sería su reacción. Y él se limitó a menear la cabeza, haciendo aprecio, discretamente divertido de mi táctica errática, pero ingeniosa.

—¿Cree que soy uno de ellos? —se burló.

—En definitiva —concluí—, al final descubro que el maníaco sexual carece de vida sexual, y que el perverso sociópata no se atreve con una mosca. Además, ¿por qué un asesino se delataría? ¿Espera que lo denuncie, o que lo absuelva?

—Nada de eso.

—No sé qué pretende, ni qué espera que yo haga.

—Nada en especial. No estoy aquí por eso. Es sólo un dato, aunque comprendo que para usted tenga su relevancia.

—¿No teme que lo denuncie?

Sonrió torciendo la boca.

—Usted no tiene nada. Ningún dato de quién, cuándo, dónde, cómo, por qué. Yo no se lo daré. Olvide eso.

El corazón me palpitaba. Y esa descarga de adrenalina era vivificante. Nos pusimos en pie casi a la vez.

—¿Por qué ha venido a esta consulta?

—Usted me vio primero.

—Así es.

Y al estrechar su mano no pude evitar pensar que estrechaba una mano homicida.

Tiempos convulsos

Es mi santo, cinco años desde la muerte de Paul Newman. Tuvo la suerte de irse antes de que empezara el descalabro. Eran mejores tiempos, en que podías leer la prensa sin que acabaras asqueada de este mundo. Corruptelas, engaños, fraudes al fisco, bonos que caen, la resaca de los derivados financieros sacudiendo nuestras costas, arrasando el paisaje inmobiliario y dejando en los alrededores de Madrid miles de hectáreas de solares con fantasmagóricos mamotretos de hormigón como un paisaje después de una guerra. Es aconsejable no estar informado, no saber a cuánto asciende la trampa, cuánto nos mintieron, dedicarnos tan sólo a buscar la forma de pagar los recibos aplazados. Aun así, a pesar de mis esfuerzos por no estar informada, me iban poniendo al día mis languidecientes, en cuya crisis todas las noticias malas, e incluso las desastrosas, eran buenas noticias para ellas, las confortaban, seguras en sus pequeñas islas de prosperidad, inmunes al déficit. Si aumentaba el desempleo, si la precariedad laboral, si la desconfianza en los gobernantes, ellas encontraban un enorme desahogo, una forma de desviar por allí su desconsuelo vital, aunque ni los parados ni los indignados ni los ocupantes de viviendas vacías les importaran una higa. Su incapacidad para sentir placer, para encontrar alicientes en sus vidas parecía refrendarse con la ristra de calamidades que sacudían nuestro país, en las desgracias reales del prójimo. Con eso se consolaban algunas. Otras pensaban que ciertos parásitos sociales, acostumbrados a vivir del cuento o del presupuesto, se lo tenían merecido.

Y allí quedaba nuestro Paul, que murió sin ver llegar la crisis, porque él sólo conoció el esplendor. Entonces, cuando nos llegó la noticia de su definitiva partida, muchas sentimos que ya nada sería como había sido. Habíamos perdido la última coartada para el idealismo: sus ojos oceánicos.

Era encender el ordenador y allí aparecían ellos, en Facebook, mis cada vez más numerosos amigos fantasma en el paraíso de las redes sociales. Algún que otro viejo conocido. Dios mío, qué tengo yo que mi amistad procuras, qué misteriosos designios o morbosa curiosidad te lleva a llamar a la puerta de esta menesterosa, lo cual no me infundía sino una pereza horrible asomarme y mirar quién y por qué o para qué, y con qué mensaje o qué archivo deseaba compartir conmigo. Mejor esperar a una ocasión más propicia. Apagué el portátil.

Mi hermana Sonia me recordó que era mi santo. Su voz alegre al teléfono siempre lograba ponerme un poco nerviosa. Qué mal la había educado mi madre, por ser la pequeña. Envidiaba su buen humor. Es fácil tomárselo todo así para quien vive en Marbella y está casada con un guapo arquitecto hijo de familia alemana que se dedica a hacer proyectos de mansiones lujosas de rusos y alemanes, y a cobrar el diez por ciento del presupuesto de la obra. Es fácil para quien no tiene que trabajar, y su única responsabilidad consiste en ser madre de una preciosa niñita rubia de cuatro años llamada Elda que va al colegio alemán y siempre se disfraza de princesa, y tiene su habitación empapelada de rosa. ¿No es acaso Elda un nombre de princesa? Una niña que corretea libremente por el espléndido jardín de una casa de ensueño diseñada por su padre, y en abril ya se baña en la piscina. De vez en cuando Sonia me envía fotos de mi sobrina en la playa. Un mundo de caramelo.

Me quedaba aquí con mi hijo, que estaba experimentando, si no con sustancias psicotrópicas, con el riesgo de no estudiar, o de perder el interés por los estudios. Tal vez era una situación pasajera, porque él siempre había sido un buen alumno en Primaria, brillante y casi aplicado, aunque nunca diera demasiada importancia a las calificaciones. Su mundo estuvo siempre fuera de la escuela, en los experimentos, en la música, en el patinaje, en los amigos. También yo había sido importante para él, algunos años atrás, y debía resignarme a que ahora no era así, y confiar en que esto pasaría, y recuperaríamos la complicidad que tuvimos alguna vez, cuando se despejaran del panorama algunas amenazas de piel fría y escamosa.

Tras la llamada de mi hermana, me quedé pensando de nuevo en Paul Newman y aquellas películas que marcaron mi infancia, como *El golpe*, o *Dos hombres y un destino*, y cuando pude darme cuenta sufrí una inundación de soledad.

En la tercera sesión de terapia, Ricardo Alvear entró con calculada desgana en el rectángulo de luz opuesto a la ventana. Tenía buena planta, atlética, piernas largas, hombros anchos, sin exagerar, pero no se movía con soltura, sino con excesiva tensión. Me miró un segundo relampagueante, al entrar, como si tratara de leer mis pensamientos. Delgado y más bien alto, y unos ojos de color de ónice que despedían una mirada inteligente, pero con poca empatía. Labios finos que se curvaban en una sonrisa oblicua, pelo castaño con leves entradas. Discretamente elegante, sin énfasis.

Con un discreto tirón, alzó su pantalón negro antes de acomodarse en la butaca. Tenía un rictus hermético, el labio fruncido hacia dentro en la comisura, una arruga larga cincelando su frente despejada, la mirada paciente, las manos sobre los brazos del sillón. Llevaba camisa blanca, sin corbata, y una chaqueta de lana prácticamente nueva, con ribetes de cuero

en la cremallera. Parecía venir de una reunión importante, que le hubiera desagradado sobremanera.

Esperaba poder increparlo sobre algo que fuera legítimamente suyo, algo que pudiera dolerle, arrancarle la costra seca, revelar qué sentía después de su atrocidad, si es que era cierto, y si no lo era, dar con esa nota falsa que revelaría la verdad de una impostura.

Para empezar, necesito que me hable de esa faceta, le dije, y alzó un costado de la boca mostrando un colmillo, en lo que entendí que era una sonrisa, provocada por mi escrupulosa designación, «faceta». Eludió entrar en esa cuestión y se conformó con reiterar que llevaba una vida normal, para darme a entender que no tenía ninguna clase de tratos con la policía, ni mafia, ni banda, ni estaba en ninguna lista de sospechosos. Aun así, en esa tranquila indiferencia, creí detectar una velada ansiedad por eludir la cuestión o por ocultarme sus verdaderos sentimientos. Y si era así, si su indiferencia era fingida, en mi vida había encontrado a un mejor fingidor. Por tanto, no podía fiarme de mi instinto, resultaba muy plausible que ciertamente no le pareciera un hecho dramático o terrible, o acaso heroico, haber asesinado a un hombre, e incluso de que no se ufanara de haber burlado a la policía y haber salido impune. Era algo que tenía que considerar como una posibilidad muy real. Tras dar unos leves golpecitos en el suelo con la puntera roma del zapato, con una regularidad de metrónomo, cabalgó el tobillo sobre una rodilla.

¿Estaba tratando de impresionarme? Descrucé las piernas y corregí la postura, para marcar un cambio.

—De acuerdo. Tengo algunas preguntas preliminares, cosas que necesito saber, para hacerme cargo. Necesito que conteste con franqueza, y le advierto que son cuestiones muy directas.

Asintió, tranquilo.

—¿Ha cometido delitos sexuales?

—No. Nunca maltraté a una mujer. No tengo nada en contra de ellas, se lo aseguro.

—¿Tiene algo en contra de mí?

—¿Qué? —Sonrió, perplejo.

—¿Tiene previsto cometer algún otro crimen?

Fuera de contexto, la pregunta resultaba grotesca. Humor macabro.

—No, no está en mis planes próximos.

—Así que tiene su expediente policial limpio.

—Casi. Me denunciaron por un asunto feo.

—¿Qué ocurrió?

Se tomó unos segundos antes de empezar, calibrando lo que iba a decir y sus consecuencias.

—¿Conoce esos cursillos que se imparten a directivos y ejecutivos, para librarse del estrés? Se dedican a romper televisores viejos, ordenadores y

otros aparatos inútiles. Les dan un palo de golf, un *driving iron*, y hale, a atizar.

—Sí, he oído hablar de ellos.

—Yo lo probé. No en uno de esos cursillos, sino de verdad, en una tienda de electrónica y tecnología. Destrocé hasta el último cacharro. Fue estupendo.

—¿Por qué lo hizo?

—Llevaba varias horas sin dormir, en plena noche, porque se había activado la alarma de la tienda, que estaba enfrente de mi piso. Y no cesaba. Cinco horas aguantando aquel gorigori, sentía que me estaba volviendo loco. Cogí el cepo metálico del coche, rompí el escaparate, la alarma, y luego todo lo que había dentro. No dejé un solo aparato intacto. Alguien avisó a la policía y caí en mi propio cepo. Aprendí la lección.

El Juan Sebastián Bar estaba casi vacío a las ocho de la tarde, pero ya se dejaban escuchar unos compases de guitarra saliendo por los altavoces en las esquinas del fondo. Nos gustaba el ambiente de contrastes, las mesas de color marfil contra las paredes sepia, las pequeñas lámparas que iluminaban discretamente, por rincones, el embaldosado en ajedrez, la abstracción de los cuadros y la vidriera ahumada de la entrada. Solíamos quedar allí Aurora y yo, al final de la jornada de los jueves, para discutir casos que nos generaban dudas o reírnos de las anécdotas hilarantes de la consulta y, en definitiva, para despojarnos de toda carga de dramatismo que depositaban sobre nuestros hombros. Era una sana costumbre que nos proporcionaba un ángulo de visión distinto, un desahogo del trabajo.

Allí, bajo la luz dorada, con un gin-tonic cada una, le hablé por primera vez de Ricardo, de cómo lo sorprendí una noche al otro lado del patio, mirando al vacío, y de su asesinato confeso, del cual había borrado todas las coordenadas, para evitar una posible delación. Ella me escuchó en vilo, intrigada. Apenas podía creerlo. Sabemos que hay personas que cometen horribles crímenes, asesinatos, pero produce un horror particular tenerlas delante, saber que han salido impunes, que están lejos de cualquier sospecha. Nos preguntamos cómo han sido capaces de cometer tal atrocidad.

—Debe de sentirse muy culpable para haber buscado ayuda. Quizá te busca para descargar esa culpa, porque necesita confesar su delito a alguien que no sea de la policía.

—Si es así, no lo parece.

Se quedó unos segundos pensativa. Era la primera vez que abordábamos un caso tan espinoso. Me alegré de haberlo hecho.

—Vamos a ver. Ha acudido a ti porque sabe que fuiste testigo de ese momento. ¿Por qué pensaste que se iba a arrojar abajo, a suicidarse?

—Fue la forma en que se inclinó. Permaneció así un tiempo largo, y uno sabe estas cosas en cuanto las ve.

—Entiendo. Ha ubicado la consulta en la misma manzana. Puede que el ser testigo te haya hecho de alguna manera especial para él. Alguien que comparte un secreto, puede recibir otro.

—De acuerdo.

—Está desesperado. Y eso conecta con su asesinato. Si no, ¿por qué te lo iba a contar en la primera sesión? Necesitaba soltarlo.

—Asegura que es para que sepa desde el principio a qué atenerme.

—Eso suena a amenaza.

—No lo dijo para alertarme de un peligro, sino de una dificultad. Es consciente de que puedo sentir repulsión a tratarlo, o un escrúpulo de conciencia. O simplemente que el caso me supere. Por eso me lo advirtió. Quiso darme la oportunidad de rechazarlo como paciente antes de empezar.

—Qué delicadeza.

Lo dijo con ironía, pero, ciertamente, para mí había sido un detalle muy de agradecer. Me habría indignado que este dato saliera más adelante. Si te adentras en una gruta, más vale saber qué te puedes encontrar.

Aurora Iriarte bebió un trago, intrigada.

—Lo más extraño es que insiste en que esto que nos sobrecoge no tiene importancia para él.

—Eso no tiene sentido. ¿Por qué acude a una terapia si no se arrepiente? No quiere admitir sus sentimientos. Negación maníaca.

—Es verdad que intenta ocultar algo. Tiene que ser importante para él. Creo que podría haber una relación entre su idea de suicidio y ese asesinato. Es una explicación.

Aurora cabeceó. Y de golpe abrió mucho los ojos y golpeó la mesa.

—¡Tú no puedes descargarlo de culpa! Sería como quitarle el muerto de encima. Que se lo coma a pedazos. Es un cabrón, ¿no? ¿Sufre por ello? Es su problema. Tú no estás para sacar esos marrones de la gente.

—Debe de estar forrado hasta las cejas. Es uno de esos tiburones de las telecomunicaciones. Presidente de una entidad con ramificaciones bursátiles. Muy inteligente. Y totalmente lúcido.

—¿Y qué ganas tú tratándolo?

—No lo sé. Pero es como una necesidad de hacerlo. Es como ver un neumático deshinchado, y tú tienes una bomba de hinchar en la mano. Sientes la impulsión de inyectarle aire.

—Pero esto no es materia de impulsos.

—No —admití.

—Razona eso —objetó.

—No hay gran cosa que razonar.

—Sí la hay, y tú lo sabes.
—¿Lo sé?
—Lo sabes.
Asentí. De sobras que lo sabía. Y lo peor es que me gustaba.

Con razón o sin ella, Luis Gálvez y yo nos sentíamos culpables de la apatía de Gonzalo, porque nuestro mensaje no había llegado; por la razón que fuera se había perdido en el camino, en un campo de constantes interferencias urbanitas, entre rótulos luminosos, sirenas, promesas, escaparates, y ahora su indiferencia nos interpelaba y desgastaba, en pago por nuestros afanes y procuraciones, sobre todo de los míos, que habían sido mucho mayores que los de su padre. Y nos pesaba también el divorcio, con sus disputas previas y sus trifulcas y rencores, un maloliente hipopótamo viviendo en el salón de nuestra casa, moviendo su mastodóntico trasero y dejando sus heces por la alfombra. Así las cosas, no era de extrañar que finalmente se hubiera conformado con traerse a mi casa y sin mi consentimiento previo una serpiente de considerables dimensiones y lustrosas escamas.

Luis y yo teníamos que concertar nuestros esfuerzos. A las nueve de la noche me dejé conducir hasta su deslumbrante salón con más de mil libros, de los cuales no había leído ni la mitad, me dejé servir un malta escocés hundida en su sillón como en un mar de algodonosas texturas, con una sinfonía de Mahler en el mar de fondo, y traté de mirarle como antaño, cuando sentíamos algo bueno el uno por el otro; pude hacerlo porque se encontraba lánguido y sin fuerzas siquiera para el rencor ni el reproche, una gastroenteritis, un maldito virus que anda circulando por ahí, se lamentó, mientras se hacía un zumo de limón como purgante. Y qué tal el trabajo, le pregunté. Sin mucho énfasis me explicó el plan editorial en Cataluña, resultante de un estudio de mercado. Iban a lanzar las traducciones de los maestros del Siglo de Oro español en catalán, venta segura, así como otros títulos que ya habían recibido gran aceptación en el estudio de mercado, como la *Guía sonora de insectos catalanes*, que incluirá un audio CD, todo en perfecto catalán.

—¿Insectos catalanes?

—Ya sabes, el grillo del Montsant, las cigarras de los Aiguamolls de l'Empordà, los mosquitos trompeteros de la Cuenca del Llobregat…

Eché una mirada al fondo del pasillo. Gonzalo se había desentendido de nosotros, ignorando que era el único punto de convergencia de nuestras vidas, y buscado refugio en la habitación más alejada, con su música directamente conectada en sus oídos. Ahora tenía el pelo largo, a lo paje, y se espantaba el flequillo a resoplidos, frunciendo la boca como Popeye.

Luis se mostraba más cortés de lo normal, su mirada tenía un

chisporroteo lánguido. Llevaba todo el día sin probar bocado, admitió, tratando de no mostrarse apesadumbrado, aunque lo justo para contener un velado reproche: traerle el hijo ahora, con el mal cuerpo que tenía. Comentó con aire abatido que la longitud de las patas del mosquito trompetero del Llobregat era un milímetro mayor que la del resto de las comunidades autónomas. Los entomólogos catalanes, fascinados con el descubrimiento, aún no se habían puesto de acuerdo sobre la razón de tan portentosa diferencia.

—Las propiedades salutíferas del agua de Vichy —dije.

Esbozó una sonrisa franca como un armisticio.

—Así que te has metido en la mierda hasta los corvejones.

—Es la crisis. Hay que salir adelante como sea. Estudiar nuevos nichos de mercado.

—Nichos.

—Eso es. El libro electrónico. El dichoso libro electrónico, e-book, llámalo como quieras. Tenemos que estar ahí, también. No perder el tren, ni dejar que descarrile.

—No me interesa ese cacharro.

—Claro. Lo sé. A mí tampoco. Recuerdo que eras una buena asistente. Con mucho olfato.

—¿Te refieres a mis trabajos en la editorial?

Asintió.

—Sí, recuerdo que solías decírmelo.

—Y habrías sido mucho mejor en otro sello, más literario.

—Así es la vida.

Tras esto, pasamos a hablar de los deberes de Zalo para el fin de semana, que eran todos los deberes acumulados durante la semana, a lo que venía a sumarse el reinado de Carlos III.

—He olvidado completamente a Carlos III. —Cabeceó.

Despeinado, pálido, ojeroso, en bata beige y, diantre, todavía atractivo. Me habló de un posible viaje con Zalo este verano al Tirol, una granja hotel, cerca de Insbruck, rusticidad y jardines y pastos verdes y bien polinizados con mansas vacas lecheras y resplandecientes neveros en lontananza. Me fijé en su fina nariz, en el carnoso y húmedo labio inferior. ¿Por qué se deja de amar a un hombre y se le sigue deseando? Ganas me dieron de parar su carrusel tirolés con una estaca y confesarle que lo encontraba guapo. Para mis tan breves como malhumoradas visitas de traspaso filial siempre elegía algún modelo muy escotado; blanco para la lencería —su color favorito—, y bermellón para los labios curvados hacia abajo, y en el cuello unas gotas de Escada *Desire Me*, confiando en que no hubiera perdido la memoria olfativa. Habiendo prescindido de la servidumbre de la amabilidad, las ex mujeres no podemos renunciar a ser deseables, encantadoramente odiadas, distintas a como nos conocieron.

Tras diez minutos de tensa conversación, que amenazaba con prolongarse demasiado, consideré oportuno emprender la retirada dejando a medias el malta sobrecargado de hielos. Ducho en leerme los gestos antes siquiera de iniciarlos, comprendió mi propósito y se puso en pie antes que yo, allanándome el camino. Gran gesto de cortesía: me acompañó hasta el rellano de la escalera. El sensor automático de la luz no funcionaba, por lo que quedamos sumidos en la penumbra, muy cerca el uno del otro, tocándonos, y experimenté un extraño temblor, se me erizó el vello, sentí una acometida irracional, como cuando experimentamos un imperioso impulso de gritar en lo alto de una montaña deshabitada; siempre que me encuentro en un paraje montaraz, donde no hay nadie en miles de metros a la redonda, siento una inexplicable necesidad de arrancarme de lo profundo de la garganta un grito desgarrado, y resulta bastante liberador. A veces no tenemos más remedio que ceder a estos impulsos atávicos, y esta vez venía dictado por el deseo, de modo que lo aferré por los hombros, lo atraje hacia mí y lo besé. Sus labios cedieron, se abrieron para dejar paso a mi lengua voraz, harta de tantas soledades, y en aquellos sabores gratos que acudieron a mi recuerdo como centellas hubo una descarga de vivencias indescriptibles, un estado repentino entre la conciencia y el sueño, del que apenas podía sustraerme. Sus hombros estaban tensos, también él quería oponer resistencia, su respiración entrecortada y cálida por la nariz acompañó a la mía en ese momento en que nos entregamos al más dulce de los errores.

Cuando me separé de él, estaba tan desarmado que podría haberlo derribado con un suave empujón de dedo, habría caído recto como una estatua sedente de yeso hueco, antes de hacerse añicos; lástima que tampoco yo anduviera sobrada de fuerza, sobre todo moral. Ya no teníamos nada que decirnos, sino recomponer la postura, dar un paso atrás, carraspear, esconder las manos. El ascensor llegó para salvarnos. Abrí.

—¿Por qué has hecho eso? —balbució.

—¿Por qué no? —repuse, ya con medio cuerpo dentro. Pude haberle dicho que llevaba demasiados años sin tener sexo, y que eso comenzaba a hacer mella en mí, pero no era la respuesta apropiada para la ocasión.

—Puede que te haya pasado el virus de la gastroenteritis.

La mortecina luz del ascensor arrancó destellos a su pálida faz.

—Bueno, no existe el riesgo cero —dije—. Sólo la probabilidad cero, para divorciados.

Digno final para un día de armisticio. El aire fresco de la noche, el bullicio del tráfico, el crisol de luces, sumado a la sirena de una ambulancia, todo eso disipó mi ofuscación y le devolvió el cuerpo a mis zapatos. Recobrar la seguridad. Un beso robado es más dulce que uno entregado, produce un chute de feromonas y oxitocina, te devuelve la

confianza en la vida, te reconcilia contigo misma. Ayuda a aferrarse a cosas reales, agarrar objetos. Palpé mi bolso de saco, lleno de cosas sólidas, solventes y prácticamente inútiles. Las cosas (un monedero reventón, un móvil de pantalla táctil, una agenda con GPS por si me pierdo en Madrid, el lápiz de labios, el espejo de mano, la vaselina labial, las pastillas Juanola y otras chucherías varias) también son útiles para no perder la perspectiva. Gonzalo se quedaba ahí arriba un día entero, un día de libertad para mí, una halagüeña perspectiva. Recuperé el optimismo, si no intacto, al menos su olor.

Crucé la avenida América a paso resuelto, respirando el aire seco, entre la multitud ensimismada en sus propios problemas, y yo, por supuesto en los míos. En el hueco de un cajero un hombre pedía limosna asomando su muñón tras la empalizada de cartones. «Tengo ambre.» Una señora extremadamente obesa, sentada en un banco, miraba un donut de chocolate que tenía en la mano, como demorando el momento de hincarle el diente, para sentir el placer del remordimiento, mientras a su lado su hijo jugaba con una Nintendo. Había prisa en los rostros, la gente pasando de largo, mirando sin ver, conversando. ¿Por qué la mujer precisa el amor de un hombre? Miré el reloj; tenía prisa por llegar a casa, tomar una ducha y quitarme de encima los posos del día, antes de acostarme para empezar el siguiente.

Ciertos ruidos molestos

Hubo un tipo al que estuve a punto de liquidar por querer venderme una aspiradora. Era un buen cacharro, lo admito, pero escogió un mal momento para presentarse en mi casa. Última tecnología; entonces, una de esas mierdas que arrancan los pelos más tenaces de las alfombras más rancias, la materia ínfima e incrustada en los entresijos. ¿No ha oído hablar de la Kirby? Esto fue hace muchos años, se lo advierto, no quiera saber cuándo, ni dónde, si en España o en el extranjero; alguien vino a mi casa, un desconocido, alguien vino a enseñarme la Kirby, uno de esos que cobran a comisión, llamando de puerta en puerta. Yo vivía en un chalet de una urbanización como tantas otras en las afueras de alguna ciudad como tantas otras, y era un día laborable y me sorprendió que llamaran al timbre. Ante mí surgió la sonrisa aduladora, ojos de cerdito, con el pelo rapado al cero, excesivamente perfumado, con una corbata de un rojo eléctrico bajo su doble papada, embutido en un traje acartonado y con una maleta en la mano. Intenté decirle que en realidad no estaba, pero esa gente está entrenada, y cuando una puerta se abre, es para que pueda entrar. Y lo hizo sin dejar de hablar y de sonreír y saludar y agradecer esos minutitos que iba a robarme y que yo agradecería por el resto de mi vida, porque no era él, sino la fortuna misma quien había llamado a mi puerta aquella mañana inolvidable.

»La fue extrayendo de una maleta, pieza a pieza. Al principio no sabía qué era aquello, qué artefacto futurista ensamblaba con sus manos regordetas pero expertas, como un buen soldado montaría su fusil de asalto, y todo ello sin dejar de parlotear y dirigirme obsequiosas sonrisas, sin permitirme la menor interrupción. Me decía que había sido una gran suerte para mí porque era su primera visita del día. Venía solo, cada día llenaba el maletero de Kirbys de la compañía y partía para dar a conocer aquel invento prodigioso. El aparato iba adquiriendo forma; era estilizado como una pequeña nave plateada, tenía pequeños alerones, un diseño aerodinámico y provisto de ruedas. Hasta que no conectó el tubo no me di cuenta de que era una aspiradora. Anunció que era el Mercedes de las aspiradoras, con un motor de turbinas sin parangón en el mercado.

»Me invitó a sentarme en mi propio sillón para que presenciara el prodigio. Se quitó la chaqueta y en cuanto encendió el cacharro, sonó un zumbido poderoso, pero él siguió hablando por encima del zumbido, casi

gritando, mientras el cabezal iba dejando una huella de color por la alfombra, colores que ni sospechaba que tuviera bajo las vetas de mugre y ceniza. Y mientras revitalizaba la alfombra me contó la vida de su creador, el inventor americano que consiguió salvar a la humanidad de la tiranía del polvo, los ácaros y las partículas cancerígenas.

»Cuando hablaba con aquella voz engolada y monocorde parecía que no hablara él, sino una grabación que se hubiera tragado y que salía a través de su boca cuando la movía. "¿Sabe lo que he hecho con su alfombra? —dijo sin hacer una sola pausa—. No la he limpiado. Le he hecho una biopsia. Acérquese y vea." Me mostró el contenido de la bolsa digestiva, un polvillo semejante al hollín. Lo depositó en un cenicero plano, en una capa fina, y tras la lupa que tenía a mano pude ver los ácaros removiéndose; qué asco. "Lo peor no son los ácaros —dijo—, sino el cáncer que inhala usted en el aire. Si analizara esto encontraría hexalatos, bromos y policlorobifenilos. ¿Sabe cuál es el peor de todos? El dicloro-difenil-tricloroetano, se usa mucho en alfombras, y es como suena, muy cancerígeno, y cada día están entrando micropartículas de estas sustancias por sus pulmones. Alégrese, porque esta alfombra ya no le envenenará, gracias a nuestra tecnología."

»No sé si fue por su sonrisa untuosa, su retórica aprendida, los pliegues carnosos bajo la nuca, de donde brotaban pelos muy negros, rapados, como púas, o por la mugre viviente que iba sorbiendo a través del tubo, por su salmodia insufrible sobre los hexalatos y los policlorobifenilos, de los tumores que provocaban, de sus aplicaciones en la industria química, o por su forma de irme desplazando en mi casa, de rincón en rincón, para que viera las maravillas de su motor, síntesis de potencia y diseño, pero el caso es que comencé a sentir arcadas. Sí, arcadas de furia y asco. Me acorraló con el tubo extensible y regulable de aleación de titanio. Yo retrocedía, alzaba las manos para aplacar su optimismo agresivo, y en cuanto abría la boca, se adelantaba a mí: "Sí, sí, ya sé lo que está pensado: que hay truco. El tubo es lo primero que se rompe de una aspiradora, cree que ésta es igual que las demás. Pues no es así; vea, vea, es indeformable". La emprendió con el tubo y comenzó a retorcerlo con todas sus fuerzas, enroscándoselo en el cuello grasiento, en los sobacos y por la barriga; peleó contra aquella serpiente como un demente, trató de aplastarla contra el pecho. Tendría que haber visto cómo asomaba su barrigón bajo la camisa blanca, sus belfos relucientes de sudor, y los círculos oscuros en sus axilas. Ese hombre había profanado mi espacio de intimidad, se había metido en mi propia casa a hacer su repugnante exhibición. Todos tenemos el oculto deseo de matar a alguien. Y hay momentos en que ese deseo refluye con fuerza, como un vómito. Lo que me pedía el cuerpo era pasarle las pelotas por un rayador de queso. No sé si comprende a qué me refiero.

—Sí, lo comprendo.

—Necesitaba mantener la sangre fría. Me aseguré de que había venido solo, nadie sabía que estaba allí, siempre viajaba solo, sin un itinerario prefijado, confiaba en su instinto de viajante, hoy aquí, mañana allá, quién sabe. No había testigos. Eché un vistazo afuera a través de la ventana, no había vida en la callejuela de chalets adosados, sólo el viento barriendo la hojarasca. Me pedía mi cama, mi intimidad, suplicaba, corriéndose de gusto por los placeres que anticipaba, esos repugnantes ácaros que descubriría para mí, mis queridos convecinos, colonias enteras en mi lecho, con las que dormía en fatal inconsciencia. No pudimos verlos, pero cuando vació el contenido de la purga, en una placa metálica, le prendió fuego y olió como la piel del cochinillo en la brasa. Ahí lo tenía. Me enseñó fotografías de ácaros al microscopio, pequeños monstruos de patas peludas y bocas con pinzas, y me dijo: «No querrá usted compartir su cama con ellos, ¿verdad?».

»Me estremecí de asco. Asco hacia él, hacia el gran ácaro gordinflón que había allanado mi piso y mi dormitorio, y profanado mi cama, y ahora pasaba la Kirby por el colchón, para desparasitar mi sueño, mientras ascendía aquel zumbido del motor que perforaba los tímpanos. No podía soportarlo más, aquel ruido me enloqueció, fui a buscar un cable metálico y… —hizo una pausa, como si buscara las palabras, o tomase conciencia de lo que iba a revelarme— un cable metálico para cerrárselo alrededor del cuello y asfixiarlo. Me acercaría por detrás, y él no me oiría, y al sentir aquello estrangulándole trataría de zafarse, mientras su cara se hinchaba y se volvía roja, y luego morada.

En ese momento me pregunté si no debía haber dicho, más bien. «Me acerqué por detrás y él no me oyó, y al sentir aquello estrangulándole trató de zafarse, mientras su cara se volvía roja, y luego morada.» Tal vez en el último momento había decidido cambiar el final, no dejar pistas claras.

—Sin embargo en ese momento algo me detuvo —prosiguió—. Fue la conciencia de lo que me estaba sucediendo. Miré por la ventana, vi un par de vecinos en los jardines de enfrente, vi su coche aparcado en la calle, sabía que era el suyo por exclusión, porque conocía los de todo el vecindario, y en un par de segundos… me di cuenta de que algunos podrían saber que ese hombre había estado en mi casa, puede que incluso su jefe, y que aunque me llevara el cadáver en su coche y lo hiciera quemar o desaparecer en la otra punta del país, alguien podría relacionarlo conmigo, y entonces no viviría tranquilo pensando en que cualquier día se presentaría un inspector de policía a hacerme algunas preguntas. Y en ese momento abandoné mi impulso, y fue una lástima, porque hubiera disfrutado haciéndolo, viendo cómo su lengua le salía por un costado de la boca como un pez muerto mientras su cara se iba hinchando y volviéndose blanca. Me contenté con echarlo a patadas, pero creo que esta situación retrata lo que soy, en esencia: alguien capaz de todo, capaz de lo peor,

pero que nunca actúa a menos que esté completamente seguro de que nadie podrá sospechar de él. Y estas ocasiones son muy raras. Son muy pocos esos momentos en los que uno puede disfrutar siendo plenamente él mismo.

Su testimonio y sus palabras quedaron retumbando en mis oídos muchas horas después de la sesión. ¿Había cambiado Ricardo la versión para ocultarme el crimen y protegerse de una posible delación? Por más que no podía asegurar que fuese así, se instaló en mí la sospecha.

Aprovechando que Zalo pasaba el sábado con su padre, me dediqué a aclarar mis ideas. Necesitaba un plan. Necesitaba entender la naturaleza de la patología a la que me enfrentaba. Y si era una psicopatía, ¿qué sabía yo de cómo tratar semejante cuadro? Tenía la desagradable sensación de estar metiéndome en un charco de mierda con tacones de aguja.

Caminaba por la atrafagada Gran Vía sumida en estos pensamientos. Los rótulos luminosos de cafeterías, bares, salas de cine y tiendas me producían una suerte de trance hipnótico. ¿Lo había asesinado? ¿Había sido el ruido un factor desencadenante? Me parecía que el zumbido agudo de la aspiradora había aventado su furia. Hay personas que enloquecen a través de los tímpanos. Eso creaba una conexión con su delito de vandalismo, el que provocó la sirena de la alarma en el local vecino.

En la riada de transeúntes que apenas me veían sino como un obstáculo físico que evitar, me preguntaba cuántos de ellos eran sádicos exitosos, maníacos camuflados. Alzaba la vista y hallaba, junto a los carteles de las salas de cine, los grandes bloques de oficinas de cristales tintados, tras los cuales sin duda maquinaban y medraban ejecutivos despiadados, inversores bursátiles, con ojos que escaneaban a gran velocidad pantallas llenas de datos, abogados de potentados sin escrúpulos. Tal vez no era demasiada casualidad que me hubiera tocado un espécimen así en la consulta.

Necesitaba concertar el paso con estudios recientes, no en vano me enfrentaba a una patología de cariz moderno, capitalizado y exitoso. Necesitaba entender qué me traía entre manos, qué posibilidades tenía, qué escollos debía sortear. Entré en la Casa del Libro y me dirigí a la planta de Psicología, sorteando las mesas de novedades alrededor de las cuales se arracimaban los curiosos, examinando libros. Los estantes conformaban una pequeña encrucijada de caminos: el de la Verdad, la Sabiduría, el Equilibrio, la Aceptación y otras ventajas que de momento se hallaban muy lejos de mis posibilidades físicas y espirituales. Seguí desplazándome por las hileras donde todo lo inalcanzable se me ofrecía como posible, si seguía el Método, ya fuera un puesto en un consejo de administración, un Ferrari último modelo o sexo creativo con tu cónyuge

sobre un piano Steinway. Allí se concitaban *El Poder del Ahora*, *El Poder del Pensamiento Positivo*, sin olvidar *Supermemoria para el éxito*. Me fijé en uno que desentrañaba las claves de todos nuestros sueños. El diseño gráfico de la portada tenía letras luminosas y con relieve. Y en otro aparecía un presentador de televisión, feliz, con una promesa por título: *Vive la vida de tus sueños (Live the Life of Your Dreams)*. *Tu guía al éxito y la felicidad*, por si la aclaración en inglés no era suficiente. También aguardaba en un lado muy visible de la mesa de novedades *Disfruta el sexo tántrico*, prologado por Sánchez Dragó; contenía algunas ilustraciones, poco o nada lascivas. Y uno que se exhibía en una pila: *Supera tus complejos (en quince posturas para realizar en casa)*.

Tantos títulos que me hablaban de lo que yo no era, de lo que jamás había conseguido, más que para darme el lujo de expresar mis verdaderos sentimientos, o decidir con quién no vivo, ni avenirme a alimentar a una serpiente que aborrezco, con ratones que me producen miedo y repugnancia. Yo era la demostración personificada de que se puede vivir sin nada de eso, la antítesis del éxito, la felicidad y el sexo tántrico, la contrafigura de todo manual esperanzador, la antilectora ideal de todos esos manuales que me proporcionarían enseguida éxito, supermemoria, sincrodestino, el poder de cambiar mi presente, muchos amigos y sexo inmanente.

Seguí buscando, pero cada vez más mareada por la sobreabundancia de títulos, letras saltonas, promesas. Veía a la gente asomándose a estos expositores, abriendo libros, hojeándolos, escogiendo. En esto nos habíamos convertido, vendedores de guías turísticas a Shangri-La. Tanta autoayuda me dejó desasistida. Empezaba esa opresión en la boca del estómago, el mareo opaco, una corriente que me subía desde los talones, y pensé, ya está aquí, la Furia. Sin embargo, esta vez no había palpitaciones, sino un acceso de repugnancia alimentado por algún bacilo causante de gastroenteritis que alguna persona, en un momento de excesiva proximidad, me habría contagiado, lo cual, unido a aquel torrente de títulos, me había removido las tripas. Mis intestinos comenzaron a expandirse y contraerse, emitiendo sonidos extraños, grooonch, gruuuek, todas las señales de alarma se activaron, algo bajaba a velocidad descontrolada hacia el sumidero, en medio de un enloquecido centrifugado. ¡Dios mío! ¡Maldito seas, Luis!

Salí de allí corriendo, sujetándome el abdomen, y me metí por una bocacalle de Gran Vía en el primer bar pestilente que encontré, y antes de sentarme en la taza aún tuve energía para limpiarla con un pañuelo de papel. Y le seguí maldiciendo, entre dientes.

Las únicas entradas con su nombre y apellidos remitían a su empresa, y

pude ver su cargo en la web: *Senior Manager of Software Development, EMEA Division.* Diseño con modernas y sofisticadas animaciones, desgloses, productos, aplicaciones, gestión integral de su negocio, soluciones de *business intelligence*, planificación estratégica, filiales en Europa, Oriente Medio y África, los perfiles de su equipo, sus clientes principales. Incluía una breve semblanza profesional: *cursó estudios universitarios de ingeniería informática en la State University of New York at Buffalo, donde se graduó en 1991, y continuó estudios doctorales en Computer Science. Máster en Data Mining, Knowledge Discovery & Knowledge Management. Realizó sus primeros trabajos en Peoples' Soft en California. En el año 2001 regresa a Madrid donde fija su residencia. Actualmente ostenta el cargo de Director Ejecutivo de Desarrollo de Software para la EMEA Division, ofreciendo productos de gestión empresarial a grandes corporaciones de Europa, Oriente Medio y África.* No había otras entradas con su nombre y apellidos. No estaba registrado en Facebook ni en Twitter. Extraño. No tenía ninguna otra ubicación donde seguir su pista.

Cuando uno teclea «psicópata» en un buscador te cae encima un alud del que es difícil emerger indemne. Asesinos en la pantalla, rostros duros, malos ejemplares, llevan gafas de sol impenetrables, no se giran cuando se produce una conflagración a sus espaldas, empuñan la pistola ladeada. Nada de esto me interesaba. Me dirigí, saltando escollos, a los análisis clínicos, a la investigación en curso, a las perspectivas técnicas, en inglés y español. Fui durante horas de un lado a otro, haciendo clic aquí, imprimiendo esto, seleccionando aquello, llenando la pantalla de pequeñas ventanas interconectadas. Ingería agua con limón y agua de arroz. Era una ventaja no tener siquiera que cocinar, olvidar mis vísceras y entregarme a los placeres del intelecto sobreexcitado. Abundaban, por desgracia, los abyectos más primarios del género del matonismo, orangutanes criados en las cloacas del extrarradio de alguna gran urbe, bestias sin conciencia ni intelecto, degenerados. Ninguno de ellos tenía nada que ver con un tipo como Ricardo Alvear, *Senior Manager of Software Development,* desarrollador de SAP para grandes empresas y con tarjeta VISA oro, sintonizado con el mercado bursátil y lector de suplementos financieros.

En el lisérgico viaje por internet no sólo se disuelven las distancias en el espacio, sino también la sensación de transcurso del tiempo ante la pantalla cambiante igual que el paisaje por la ventanilla de un tren de alta velocidad. Iba buscando artículos en inglés de especialistas, últimas investigaciones, datos verificables. Y así es como fui a parar a la web de un especialista llamado Philip Prine que utilizaba la técnica de tomografía por emisión de positrones para indagar en los cerebros de estos sujetos y ver en qué se diferenciaban de los demás. Las características distintivas se daban en el cerebro emocional, la capacidad de experimentar sentimientos como empatía, afecto o piedad. En los cerebros de los grandes criminales

hay menos actividad en las zonas que gobiernan los impulsos y que nos permiten inhibir, controlar. Así pues, ¿existía una anomalía cerebral, una huella orgánica identificable, el sustrato del mal? Según esta investigación, el cerebro violento tiene su propia arquitectura distintiva.

Unas horas después descubrí un original investigador español, Adrián Siles, catedrático de Neuropsicología en la Universidad Autónoma de Madrid. Había estudiado en el Mental Research Center de Boston con una beca *Fulbright*, y entre sus áreas de trabajo figuraban el comportamiento antisocial y las patologías de violencia extrema. Actualmente desarrollaba una investigación en el Instituto Rojas Marcos, con ratones agresivos, tratados farmacológicamente. Me interesó que se centraba en los psicópatas no criminales y en aquellos que habían alcanzado cierto éxito social o profesional. Leí un artículo suyo publicado en *Journal of Personality and Social Psychology*, en el año 2004, titulado «The psychopathology of crime: Criminal behavior as a clinical disorder», donde distinguía dos grupos de delincuentes violentos: los primarios e impulsivos, y los de sangre fría; estos últimos capaces de liquidar, anular, machacar y borrar del mapa, en el más amplio de los sentidos, sin mancharse y sin dejar huellas. Capaces de pisar cabezas con relucientes zapatos de Farrutx, sin inmutarse. Estaban mimetizados entre nosotros, ocupando cargos de poder, tipos que se mueven rápido, audaces, embriagadores, ladinos.

Me tomé un descanso para ir a la cocina y prepararme un purgante zumo de limón y zanahoria que saqué de una receta de *Saber Vivir*; «Pon orden y equilibrio en tu interior», se titulaba el artículo.

Leí, sin ganas, un artículo sobre lo que llamaban OMS, que no era la Organización Mundial de la Salud, sino el Orgasmo Múltiple Saludable. Revelaba que el clítoris, aunque no lo parezca, mide nada menos que 22 cm (aunque a simple vista parezca mucho más pequeño) y que una mujer tiene un treinta por ciento más de posibilidades de sentir un orgasmo si lleva calcetines de lana durante el sexo, ya que esto mejora enormemente la circulación sanguínea en el clítoris.

Tras una breve carcajada por el OMS, dejé la revista y volví al blog de Adrián Siles. Me dirigí a la dirección de contacto de su web, un correo breve, amable, presentándome como una terapeuta de Madrid que tenía entre mis pacientes a un hombre cuyo perfil podía encajar con los sujetos que él estudiaba. Necesitaba guía, asesoramiento, y me parecía que él era la persona más indicada. Como era de esperar, no me contestó. Al cabo de una semana le remití un nuevo correo, y esta vez fui menos fría y escueta: dejé traslucir, de forma discreta, mi preocupación y desorientación profesional ante el caso que me ocupaba. Terminaba el correo dedicando un par de líneas elogiosas a sus trabajos. El silencio volvió a ser su respuesta.

Dos semanas después, armándome de paciencia, volví a intentarlo.

Aludí a los dos correos anteriores para reiterar mi ruego e incluí un enlace con la página web de nuestra consulta y donde podría verme en una foto en la que salía favorecida. Ese mismo día recibía su respuesta:

> Señora Isabel Blanco:
> Disculpe mi retraso en contestarle. Gracias por sus amables palabras. Me interesa mucho su caso, ya que forma parte de mi especialidad. Espero poder ayudarla, en la medida de mis posibilidades, para lo cual necesitaré más información sobre su paciente. Por supuesto que no tengo ningún inconveniente en charlar con usted, ya que vive en Madrid. ¿Le parece bien el próximo viernes? Tengo un hueco en mi agenda…

Terminaba su correo proponiéndome un café cubano en el barrio de Ópera. Me pareció una idea original. Acepté.

Una puesta a punto

En mi reflejo tropecé con el rostro de una mujer recientemente entrada en los cuarenta, Isabel Blanco, distante ya de un matrimonio fracasado, con un ex marido que aún es demasiado guapo y ya no la quiere y con un hijo que es demasiado listo y apenas se interesa por los estudios, y un reptil que la mira con esos ojos de un vívido amarillo desde el fondo de su terrario. Una psicoterapeuta que lleva dentro, agazapada, una Furia. Me preocupaban los accesos de vómito. No eran demasiado frecuentes, digamos que cada dos meses podía sufrir uno, pero mi incapacidad para superarlos y entender su naturaleza me hacía cuestionar si estaba capacitada para librar a otros de sus propios demonios.

Éste era mi medio de vida. Trataba de consolidar un pequeño negocio de problemas ajenos en el despiadado barrio de Salamanca, un barrio con un estilo que no encajaba con mi forma de ser, tratando a depresivas que no lo eran, pero se comportaban como tales (y en su derecho estaban), y me requerían para verter sus fragantes ponzoñas matrimoniales, como necesita la plañidera el funeral y el difunto. Debía mantener la distancia emocional. Pero no estaba del todo a salvo. Miraba ese reflejo y podía atisbar ya sombras rielando en el fondo de la corriente, mis ojos que al mirar ya mostraban lo que fluía aguas adentro. Pronto me parecería a una antepasada.

Eh, me digo, para un momento, ¿vas a dejar arrastrarte? ¿Vas a dejarte llevar a la deriva de esas ideas? Sabemos cómo llegan sin que las sientas aproximarse, se te cuelan y van escarbando por tus recovecos más recónditos, y cuando quieres darte cuenta, te ha calado el menosprecio. Tu vida está cambiando, Isabel, nuevas oportunidades se barruntan en el horizonte de posibilidades, no te quedes ahí parada, lamiéndote las heridas. Sal a cornear la realidad. Quema toda esa adrenalina que te abruma, la mala saña acumulada; expúlsala por todos los poros de tu piel, quémala con los bíceps; estruja, golpea, levanta, desahógate de una vez en un lugar donde sea cívico hacerlo. Aún tenía en el bolso la tarjeta que me había dado Aurora, Wellness center, en el corazón del barrio de Salamanca, un nuevo concepto de bienestar, salud y belleza. Piscinas climatizadas, zonas de spa, salas de fitness, actividades aeróbicas dirigidas. Fenómeno. Llamé a Aurora y quedamos en vernos allí al cabo de una hora. Cogí la ropa de deporte, bañador y toalla, y allá que fui.

Lo primero que me maravilló fue su enorme salón-tocador. El espejo, de unos veinte metros de largo, flanqueado de focos halógenos, a lo largo de un tocador de mármol estilizado y provisto de ocho lavabos de la más moderna grifería plateada, esbeltas botellas de perfume, expendedores de *body milk* y secadores de pelo en sus correspondientes cartucheras. Del área de las duchas salían algunas chicas de exuberantes cuerpos con sus bien depilados pubis, para mostrar al mundo cuán satisfactoria era su vida sexual. Pues bien, que haya mucho sexo en el mundo y que nos toque un poco a todas. Mientras me cambiaba no dejaron de sonar, en sincopada mixtura de melodías, docenas de móviles dentro de las hileras de taquillas, dispuestas como los anaqueles de una biblioteca.

Ellas, las que se paseaban desnudas o semidesnudas, o embutidas en sus camisetas hipertranspirantes, parecían sentirse orgullosas de sus cuerpos, aunque no fueran perfectos, de sus culos duros, respingones, mientras que el mío, que lo había sido en tiempos, estaba, ay, en caída libre (a pesar de mis vaqueros de marca). Pero aún podía levantarlo un poco de nuevo, y, si no redondearlo, al menos reducir su perímetro.

Aurora se retrasaba y la llamé. Había mucho ruido de fondo al otro lado.

—Estoy en pleno at (…) por la circunvalación (…) sido imposible (…) media hora.

—¿Media hora?

—Llego en ap (…) media (…)

—De acuerdo, tú tranquila, que yo te espero aquí quemando kilocalorías.

Embutida en mis pantalones turbocompresores de licra, agarré mi toalla y, para ir levantando la moral, subí las escaleras a gráciles saltos, vigorizada, rumbo a la sala de máquinas.

Era un escenario abrumador, que rezumaba esfuerzo y sexualidad. Cuerpos que se contemplaban a sí mismos, que buscaban otros cuerpos, se recreaban en su visión. Avancé como pude, aturdida, entre el tam-tam de las bielas, pistones, poleas, engranajes musculares, bíceps, tríceps, cuádriceps, tendones, cables de acero, máquinas de tensar, palancas, resortes, clavijas, planchas de metal, férreos puños con mitones que enlazaban, vibraban, levantaban y hacían entrechocar planchas de metal para quemar combustible calórico de los exultantes cuerpos. Arriba, abajo, arriba, abajo. Máquinas que movían cuerpos, cuerpos que evolucionaban como máquinas bien engrasadas, mujeres recostadas que abrían sus piernas para fortalecer sus abductores, satisfechas de poder hurtar miradas lascivas. Hombres que remaban para ensanchar aún más sus espaldas. Ahí tenía ante mí la viva imagen de la contracción del producto interior bruto. Mujeres jóvenes de camisetas húmedas, ceñidas, que se arqueaban en las colchonetas, levantaban sus piernas, curvaban la cintura y sacaban el culo.

Machos que levantaban pesas o corrían por cintas rodantes que trepidaban al ritmo de las zancadas, todos trotando a la vez y en el mismo sitio, pedaleos furiosos, resoplidos, el tabaleo metálico. Dios mío, cuánto movimiento, cuánta excitación, no podía quedarme ahí parada, mirando, o tal vez vendría un vigilante a detenerme, un tipo encantador y de no menos de cuatro palmos entre hombro y hombro.

Eché un vistazo al programa del día: *stretching*, *pilates*, *aqua Express*, *ABD*, *energy cycling*, *body combat*, *aqua sculpting*, *body pump*, danza oriental. Ante tal galimatías, pregunté a un fornido entrenador personal —tatuaje de sirena en sus depilados hombros—, qué me recomendaba para liberar estrés. *Body combat*, sala 5, me indicó; gracias, guapo, le dije. La sesión ya había dado comienzo en una sala con tabiques de vidrio. En la tarima, marcando el ritmo, una joven fajada dentro de un top sacudía frenéticamente la melena en su danza tribal. Llevaba un pinganillo para transmitir mejor sus gruñidos y sonreía con furia mientras lanzaba ganchos y jabs, puños, rodillas y pies, al ritmo del tecno trepidante, para su exaltada horda de imitadores, frente e ella. Traté de buscar un hueco entre la densidad humana, sin recibir un puñetazo, y logré situarme en una esquina, amedrentada. Hice un torpe intento de unirme a la horda, pero no alcanzaba a sincronizar mis golpes, salían de mí sin garbo, mis manos bailoteaban como las de una enferma beoda, y mientras tanto, el paroxismo circundante me embotaba los sentidos, y a los pocos minutos estaba exhausta y aturdida; peor aún, a punto de entrar en shock. Debía salir de ahí y maldije a Aurora por haberme abandonado. Con la espalda pegada a la vidriera empañada, traté de avanzar hacia la puerta, esquivando los directos que unos y otros lanzaban hacia mí con miradas psicopáticas. Finalmente, a gatas y lívida, logré ganar la puerta de salida. Mis niveles de potasio sin duda se habían disparado.

Tras beber más de medio litro de Aquarius me fui serenando. La toalla había quedado empapada.

Decidí esperar a Aurora en la cafetería —un lugar donde no te puede ocurrir nada malo— levantando una jarra de cerveza, que también fortalece las muñecas y es diurética; quien no vive sano es porque no quiere. En las vitrinas se exponían todos los productos antioxidantes imaginables, en hermosas cajitas. Revitalizadores musculares. Extractos de plantas naturales que activan tu metabolismo, entre los que no podía faltar el aloe vera. Un cartel me invitaba a contratar los servicios del entrenador personal, y me regalaban un «chequeo biomecánico» completo. La sesión de masaje incluía chocolaterapia. Un festín dérmico.

Cuando por fin llegó, con los nervios a flor de piel por el estado del tráfico —esa irritación que sientes crecer dentro de ti cuando ves que el poco tiempo que tienes libre te lo roban los embotellamientos—, saludó y dijo:

—Estoy agotada y acabo de llegar.

—Madrid es dura. En fin, tú conoces este gimnasio. ¿Qué hacemos?

—Creo que necesitamos algo que nos relaje y nos recargue.

Consultó el programa y vio que ya llegábamos tarde a la sesión de biodanza y a la de yoga Iyengar. En quince minutos iba a empezar una de Tai Chi. Ella ya lo había probado y me aseguró que me iba a dejar como nueva.

Extendimos nuestras finas colchonetas al fondo de la sala acristalada. El entrenador era joven, guapo y argentino, y llevaba un atuendo sedoso, blanco y convenientemente zen. Tenía los pasos ensayados para hacer su entrada inspirando tranquilidad, infundiendo paz en nuestros corazones. Había que saludarle con una inclinación de cabeza y así lo hice cuando vi que todas las demás lo hacían, pues ya me lo dijo mi madre: allá donde fueres, haz lo que vieres. Se movía con gran suavidad y sigilo. Nuevas chicas comenzaron a entrar y disponer las colchonetas. Primero nos infundió optimismo con una miradita de satisfacción, y tras crear un ambiente propiciatorio con música de Kítaro a volumen bajo, nos explicó que hoy era un día especial, el día del Buda Iluminado.

Así que respiramos hondo, muy hondo, sintiendo cómo se expandían las costillas y el abdomen se aflojaba, y con parsimonioso movimiento ingresamos en la ondulante realidad del *Tantien*. Piernas separadas, cadera curvada, rodillas ligeramente flexionadas, hombros hundidos, dedos extendidos.

—Muy bien, chicas y chicos, vamos a controlar un poquito la respiración, que es la clave del control del movimiento. Tenemos que sentirla desde las puntas de los pies hasta la nuca. No os tenséis. Vamos a tomar conciencia de nuestra respiración, vamos a imaginar que es una ola tibia que nos recorre, que fluye por nuestros miembros y nos llena de paz.

El monitor realizó un lento movimiento rotatorio de brazos, extendidos hacia arriba, trazando un círculo en el aire, y todos lo remedamos. Lo repitió hasta seis veces. Se escuchaban los leves crujidos en las colchonetas y el sonido del aire al ser exhalado, junto con el movimiento de las mareas estelares de los bafles a bajo volumen.

—Estamos liberando la energía del Chi desde el ombligo, a través del canal del tronco y los brazos. Así desbloqueamos todo lo que nos constriñe. Liberamos energía y la reintegramos a través del estómago. Es el circuito espiral de la fuerza dinámica, uniendo la conciencia con el movimiento corporal. Eso es, muy bien.

Con lentitud de pulpos en el fondo acuoso, asentamos el *Qi* en *Tantien*, variante del culo en pompa con las piernas separadas.

—Vencer el movimiento con la quietud, vencer la dureza con la suavidad, vencer lo rápido con lo lento. Usar la mente más que la fuerza muscular. Esto es espíritu y movimiento del Tai Chi.

Trataba yo de mantener mi mente en calma, pero más que un junco en la quietud del lago me sentía como una patera con fuerte marejada en el estrecho de Gibraltar. Tras estas y otras figuras de la mecánica ondulatoria y la gravedad cuántica, concluimos con la postura de la grulla, desplegando livianamente los brazos, y finalmente, nos aplicamos a extraer seda de un invisible capullo, estirando el brazo.

—Ahora tenéis la conciencia desde el cuerpo, la conciencia de ocupar un espacio. Conciencia plena de lo que nos rodea. Nuestro cuerpo habita en ese espacio físico y mental.

La sesión había terminado y nos aplaudimos animadamente.

Era cierto, me encontraba mejor, y cuando acabé de relajarme del todo fue tras la larga ducha bajo el chorro humeante. El calor húmedo en la nuca y las cervicales me insufló vigor. Aurora me esperaba sonriente, embutida en su albornoz blanco y peinándose el pelo húmedo con la cabeza ladeada. Para purificarnos por dentro, lo mejor era tomarnos un zumo en el Hawaika, comentó. No me pareció mala idea. El local estaba a sólo un par de manzanas de allí.

El Hawaika tiene el aroma frutal de la lujuria. Te atienden suaves tailandesas de piernas largas, vegetales, y cabello azabache con un pacífico prendido en la nuca, y todas ellas visten saris amarillos o anaranjados. A través de una puerta robusta de nogal, entras en la Polinesia, ya no escuchas el tráfago de la calle y todo está en tu karma. Plantas de aloha cuelgan del techo y te acarician la mirada, cañas de bambú en los flancos tras las mesas de teca en penumbra, papagayos inmóviles y casi reales te vigilan en la espesura de ficus y araucarias, en la embriagadora música de un ukelele y el largo mostrador tiene el granuloso, áspero y maravilloso tacto de la cáscara de coco, y reposas tu trasero sobre blandos cojines de vivos colores. Y hay acuarios y frondas en los rincones, fotografías de playas de arena blanca y canoas, y bancales de arroz, y un gran mural de Bora Bora, vista desde los montes de Otemanu, mares cristalinos, donde nadar con delfines o mantas rayas debe de ser tan normal como encender la tele. Y la carta es enorme en el Hawaika, y hay que elegir entre guayaba, papaya, mango, maracuyá, tamarindo, piña y coco, amén del combinado tropicana, con las últimas novedades en tan luminosas imágenes, las copas de cristal con el brillo del frío, el Karakatoa, color de mora batida, acompáñese de un chorrito de vodka, y, cómo no, el Sex in the Beach, destilación de todas las esencias tropicales, filtro amoroso y digestivo.

—Yo empezaré con el elixir *d'amour* —dijo ella—. Con un chorrito de tequila, por favor.

Y así, alegre el ánimo por estos colores gratos al paladar, me confesó que sin duda necesitaba recurrir a la magia polinesia para atrapar el escurridizo corazón de su ex novio, Juan. Porque, estaba segura, ella

todavía le gustaba.

—Todavía nos vemos, ¿sabes? Como amigos, claro.

—No tengo la bola de cristal.

—La mayoría de los hombres no creen en la amistad con las mujeres. Aún me mira el culo. —Se dio una palmada, riéndose—. Fue todo muy extraño. Estábamos muy bien y le entró el pánico.

Experimenté una súbita ternura hacia ella. El amor le arrancaba brillos ensoñados a sus ojos, y palpitaba en ella una ansiedad que conocía bien, el miedo a no alcanzar la fruta que realmente codiciaba, y que no se vendía en el Hawaika, después de todo.

—¿Por qué nunca lo tienen claro? ¿Qué les pasa a los hombres?

—No lo sé. Mi vida no es un ejemplo de éxito. No me tengas por un modelo.

Asintió con aire contrito y dejó escapar un suspiro ensimismado, como quien acaba de leer la prensa.

Un tucán de madera abría y cerraba las alas al tiempo que giraba la cabeza. Esos pajarracos tropicales siempre parece que sonríen, por la curva del pico aserrado, pero éste se diría que tenía especialmente un buen día. Podría haberse encaprichado mi hijo de un animal así. Era un crisol de vivos colores, entre las botellas de licor, bajo el techo de teja acanalada. Terminé el zumo y decidí que tenía ganas de otro.

—¿Crees que podremos mantener la consulta en estas condiciones?

—Estas nuevas ricas no sufren tanto la crisis económica. Sufren las demás. ¿Qué tal este de la Picadura de Escorpión? —dije señalando la foto de la carta—. Tiene buena pinta y se bebe en un coco hueco.

—No parece que esté malo. Aunque a mí me tira ahora Sex in the Beach.

—Yo me conformaría ahora con un simple Sex in the Fucking Bed.

Nos echamos a reír.

El mundo en retirada

No sé cómo explicarlo. Es… como cuando vas conduciendo —dijo Ricardo Alvear con voz sombría y monocorde, mirando fijamente la pared —, llevas muchas horas al volante y ya ni sientes el cansancio, es como un dolor viejo que no molesta, y comienzas a no fijarte en lo que ves al frente, más allá del parabrisas, y van pasando las horas, ruidos, escenarios cambiantes, líneas en fuga, unas en la calzada, otras a los lados, en la perspectiva que se abre ante ti, tu mente entra en un estado flotante, no piensas en nada, al menos en nada concreto, van sucediéndose las horas y cae la noche y no la sientes llegar tampoco, porque la llevas metida dentro, y de pronto te das cuenta de que el mundo está en retirada, y tú te quedas a un lado y observas cómo sucede, como si el paisaje pasara a través de una cinta transportadora, y todo, paisaje, gentes, horas, la misma vida que creemos vivir, queda finalmente engullido por la oscuridad, llevas viéndolo mucho tiempo, pero de pronto caes en la cuenta de que ya no estás, no participas, sólo miras y sigues, no sé si comprende lo que trato de decir, en fin, no importa.

Le hice ver que sí le comprendía, a mi modo; era como si se sintiera un mero espectador de una representación ajena. Una tramoya de sombras, o algo así.

—Todo el mundo se mueve —prosiguió—, todo el mundo actúa, creyendo que va a alguna parte. Hacemos cosas, creyendo que hacemos cosas.

—Pero usted también se mueve y hace… cosas.

—Eso parece; es fascinante, ¿verdad? —Sonrió—. Parece como si todo esto fuera de verdad. Como si estuviera en el mundo real.

—Parece que en ése estamos, y ahí seguiremos los dos.

Quise enfatizar esto último, «los dos». Era una forma sutil de advertirle que no se saldría con la suya.

Asintió. Por un momento me parecía que por fin se instalaba entre nosotros algo parecido a la sintonía. Le dejaba quedarse callado cuanto quisiera, y por mi parte trataba de disimular, de hacer como si no me importara la espera.

—Sentimos la vida como un apósito extraño, pegado a nosotros. Tanto tiempo que ya ni notamos que no es nuestro. Entonces buscas nuevas diversiones, gastas más dinero, conoces a más chicas y las llevas a sitios

más caros, porque puedes hacerlo, se bebe, se folla, y llega otro día, lo quemas, y otro más, tratas de que no te acorralen, de que el tiempo no se te meta dentro de la cabeza, te llene de vacío, vas inventándote objetivos que en realidad no te importan, sabes que no te importan, pero procuras no decírtelo, para seguir teniendo cosas que hacer y creer que las haces por voluntad propia. Si cumples tus objetivos sigues ganando dinero para poder seguir gastándotelo. Nos vamos convenciendo con relativo esfuerzo de que esta vida está bien, que las cosas marchan como tienen que marchar, y que hay que aceptarlas así. Dependiendo de la imaginación que tengas resulta más o menos verosímil; mi problema es que tengo escasa imaginación.

Exhaló un leve resoplido y, como si ya se hubiera cansado de hablar, se enfundó en un silencio absorto e indiferente, en su rincón, un silencio que me envolvía en humo, levemente girado a otra parte, pero sin atreverse a darme el perfil, aunque más bien me pareció que se quedaba escuchando la música del vecino melómano, una pieza de Frescobaldi lánguida y contrapunteada, que venía en nuestro rescate. Traté de pensar en algo hermoso, recuperé el semblante de mi hijo cuando era pequeño, era mejor así, ahora, con mi nuevo paciente, Ricardo Alvear, aunque se me hiciera un doble nudo en el estómago, por cuanto realmente no sabía cómo actuar, qué decirle, cómo ganarme su confianza y hacer avanzar. Cómo podía ayudarle ni cómo hacer por averiguarlo.

Quise saber cómo se sentía exactamente. Ricardo se refirió vagamente a un «estado». ¿Un estado de ánimo?, pregunté. Un estado sin ánimo, dijo.

No quería que tomara notas de lo que decía o de mis apreciaciones, y si bien al principio me rebelaba internamente contra esa imposición, en realidad tampoco habría sabido qué escribir, cómo dar concreción a aquella sugerencia de lejanía, arbitrariedad y desafecto, pero era tan real en él que me traspasaba como un estilete, me costaba tomar distancia de su distanciamiento.

Le pedí que me describiera su despacho. Quería imaginar un retal de su vida cotidiana. Subí con él, superados los controles y torniquetes del amplio y luminoso vestíbulo, lleno de personal de seguridad, subí en un ascensor acristalado y futurista a la planta treinta y ocho de la torre Picasso, con diáfanas vidrieras que daban vistas a Azca y a toda la parte norte de la ciudad y al vasto cielo marfileño. Le gustaba quedarse quieto mirando el paso de las nubes hacia las proximidades de la sierra, y le gustaba ver cómo la ciudad se encendía, ventana a ventana, farola a farola, en el tránsito al ocaso. Se detuvo en describir el preciso sistema de aislamiento de las ventanas, las paredes forradas con planchas Soundless de 6 grados, por el que apenas podía escucharse el ruido del tráfico, o el de las oficinas contiguas. La alfombra de rafia del pasillo amortiguaba el trasiego de pasos más allá de la puerta. Era el habitáculo de un amante de

la soledad. Le gustaba que su despacho fuera un búnker de silencio. Entonces encendía toda su maquinaria inteligente.

—Mi mesa de trabajo tiene forma de L, con un ala de trabajo en la parte izquierda, y es de cristal oscuro sobre aluminio cromado. Mis criaturas predilectas están en la parte frontal: tres pantallas de treinta pulgadas conectadas a una *workstation* que tiene asociado un *hard disk* de almacenamiento externo de un terabyte, marca Lacie, y un tablero gráfico Wacom para la interacción gráfica. En el lateral izquierdo tengo una *workstation multitouch* de Hewlett Packard para navegación y tareas habituales. Ambas estaciones están interconectadas a través de un *bridge* para compartir almacenamiento. Las pantallas también están conectadas para configurar un escritorio intercambiable.

—¿Y hay algo de… mobiliario humano?

—Buena calidad y gran discreción. Suaves modales, susurros. Son dos asistentes, una danesa y otra coreana, muy rubia una y muy morena la otra, y ambas me filtran el ruido de fondo, y me pasan sólo las llamadas importantes. Saben comportarse.

—¿Son bonitas?

—Sí, pero no soy esa clase de jefe.

—Entiendo. ¿Qué opina del sexo? Imagino que es importante en su vida.

—Claro. Siempre lo ha sido. Pero es mi intimidad y no voy a contársela.

Carraspeé.

—Sí, desde luego. Es usted libre de hablar de lo que le parezca.

—No hay mucho que decir. Todo normal. Ya le dije que soy respetuoso con las mujeres.

Asentí.

—¿No me cree?

—Sí, desde luego.

—Una cosa es que le oculte cosas y otra que mienta.

—De acuerdo, dejémoslo ahí. Por su descripción de la oficina y de sus secretarias, diría que a usted no le gusta el ruido.

Asintió, conforme.

—¿Tiene vecinos muy ruidosos?

—Mi casa es tranquila. En una buena urbanización. Los vecinos son gente tranquila, y viven detrás de un muro de cuatro metros. Lo malo es que tienen un perro muy ladrador y muy mordedor.

—Entonces deduzco que su casa no es la que está al otro lado del patio interior que se ve desde un despacho de este piso.

Esbozó una sonrisa desganada, y en su mirada advertí un brillo de suspicacia.

—No, ésa no es mi casa.

—Ah. ¿Y de quién es?

Me quedé esperando un rato, por si hacía alguna aclaración más, pero no advertí la menor intención.

—Bien, estábamos hablando de los ruidos —dije.

Asintió.

—¿Qué clase de ruidos le molestan más?

—Palabras.

—¿También las nuestras, aquí?

Negó con la cabeza. Trazó algo con los dedos en el brazo del sillón, un signo fortuito, distraído, y luego alzó la vista y me descubrió atenta, con los codos apoyados y una mano en vilo. Rotó levemente el sillón hacia la ventana y señaló el recuadro luminoso.

—La tele, la gente de la tele, las cotorras, los indiscretos, las torticeras, los gilipollas. A cualquier hora, en cualquier canal, ahí están, sembrando el aire de naderías. Es insufrible. De niño viví en una casa donde siempre se escuchaba el ruido atroz de las vidas ajenas.

—¿De niño? ¿Cómo era su vida?

—Esa parte no se toca.

Fue como un perro que enseña los colmillos cuando osas acercarte a su plato de comida.

Nos quedamos en silencio, pero el silencio no se quedó con nosotros. A través del tabique entraban unos compases que pugnaban por formar una melodía, la suite-ballet de los cisnes. Qué contrapunto más tranquilizador.

—¿Y la música de mi vecino melómano? ¿Le molesta?

—No hay problema. Es clásica.

—¿Vive solo?

—Tengo relaciones esporádicas con mujeres, pero sí, vivo solo. Practico *cocooning*.

—*¿Cocooning?*

—Procede de *cocoon*, cápsula; también se admite capullo como acepción. Ésta podría ser la más adecuada para mi caso. Es la práctica de la soledad por placer.

Sus hombros se adelantaron, tomaron posiciones. Algo más que su espalda se encorvó hacia mí cuando le pregunté, a quemarropa:

—Imagine que le detiene la policía, su caso es noticia, los reporteros toman algunas declaraciones a sus vecinos. ¿Dirían aquello de «parecía un hombre normal, de buen talante»?

—Procuro no salir de casa con un garrote.

Sonreí.

—Pero sí; hay una vecina que podría verme como un tipo extraño. Se lo contaré en la próxima sesión. —Echó un rápido vistazo a la esfera dorada de su Rolex.

—Cuéntemelo, por favor. No importa que nos quedemos unos minutos

más.

—Está bien. Una de esas momias cuya edad real es absolutamente imposible de identificar, tal es la pasta que se gastan en cosméticos, operaciones, estiramientos, alisamientos y encofrados. Vive en el chalet contiguo, en el del perro mordedor. Se presentó un domingo por la tarde en que me hundía en el tedio más absoluto. Estaba pensando en formas de largarme de este mundo. La momia quería mi voto para la próxima reunión de vecinos de la calle, algo sobre asfaltar la calzada o cambiar el diseño de los buzones, no me acuerdo. Se coló en mi casa con maneras persuasivas, voz muy engolada, me echó a la cara un buen montón de cháchara, sin dejar de husmear. A los diez minutos conseguí echarla, y ardía en deseos de estrangularla, pero claro, esos cadáveres lo ponen todo perdido y gritan pidiendo socorro hasta cuando están fríos. Pero al minuto de irse, me sentí vivo de nuevo. Mi desesperación había sido sustituida por ese sentimiento vivificante de ira, gracias a ella. Me invadió el optimismo del desprecio, que siempre conduce a la acción. ¡Desprecio! Todo cuanto soy se lo debo a este sentimiento. Estoy en deuda con ella.

—Se merecía que fuera a la reunión de vecinos y le diera su voto.

—No le quepa duda.

Una nave espacial se mueve, partiendo del reposo, con una aceleración constante de 8 metros por segundo. Calcula la velocidad instantánea al cabo de 5 segundos. Zalo se aplicó a este problema sentado a la mesa de la cocina, mientras yo preparaba albóndigas para cenar. Cuarenta metros por segundo era el resultado que escribió. Antes de que me preguntara si era correcta la respuesta, sin que me viera, le envié el problema por mensaje de texto a su padre, y en menos de medio minuto tenía su respuesta: «40 m/s». Así, a hurtadillas, iba supervisando sus ejercicios sin poner en evidencia mi burricie cinemática. Me habría sentido orgullosa de él, por su facilidad para razonar, si no fuera porque con idéntica facilidad suspendía esta y otras asignaturas. En su mástil ondeaba la bandera rebelde, pero no eran las flechas de la insurrección, las que en mi época cantaba Manolo García; no había flechas, ni halcón ni arco en su insurrección, sino hastío, ralentización.

Me senté junto a él y antes de abrir la boca advertí que ya estaba cansado de mis palabras y consejos, cansado de saber lo que le iba a decir y de oírme decir lo que ya sabía que le iba a decir aunque aún no se lo había dicho. Y es que hacía tiempo que su madre había perdido no ya la ilusión, sino aún peor, la persuasión. Me costaba trabajo concluir una simple frase. Una mirada suya bastaba para desvitalizar mis palabras, para reducirlas a retórica de humo y nada. Esa mirada suya me interpelaba en silencio, me despojaba de mi patética bata de profesora de instrucción

moral con un simple y brusco tirón de mangas.

—Serías un gran biólogo, Zalo. Lo llevas dentro. Tu padre y yo lo sabemos.

—Corta el rollo.

—Antes tendrás que cursar el Bachillerato de Ciencias de la Naturaleza. No hay otro camino.

Pronuncié con delicadeza las últimas palabras para aquilatar su brillo, consciente de que tenían buena sonoridad para él, especialmente la última. A tiempo había hecho un quiebro para evitar las palabras abominables, como «aprobar» y «título». Con Zalo era más importante evitar decir ciertas palabras que convocar las convenientes. Y bien sabíamos los dos que estaba por ver que aprobara la secundaria obligatoria. Alzó la cabeza del brazo y consideró que mi delicadeza merecía el esfuerzo de su respuesta.

—Es para empollones.

—Si te lo propones, lo conseguirás. En fin, ¿quieres las albóndigas con salsa de tomate o te las embadurno directamente en ketchup?

Sacudió la cabeza y volvió a hundir el mentón en el hueco del brazo. Inútil pedirle que se sentara correctamente. Le dije algo sobre la importancia de motivarse en aprender, sin saber muy bien ni yo misma lo que decía y sin saber tampoco si todavía me escuchaba, dándole la espalda para estrujar el bote de salsa pringosa encima del plato, qué desperdicio de albóndigas. ¿Dónde había quedado su curiosidad infantil? De pequeño siempre estaba preguntando los porqués de las cosas. Esa sed de conocimiento no había muerto aún, pero estaba sepultada bajo toneladas de apatía.

Le expresé mi convicción de que podía sacarse el Bachillerato, y seguí hablando en tono optimista, ya para mí, para animarme, sin esperar respuesta, recordando que a su edad yo era una alumna modélica (y probablemente me habría ido mejor no siéndolo, me habría ahorrado mucho sufrimiento, vejaciones, escupitajos, tirones de falda y de pelo y otros ultrajes que prefiero reservarme). Lo que me sacaba de quicio no era su bajo rendimiento, sino su elevada inteligencia, o la mezcla de ambas. Me indigna que no se confiera valor a lo que se tiene, que no se aproveche un capital en medio de tanta carestía. Una no puede evitar preguntarse si no debía habérselo puesto todo tan fácil, a su alcance, para que aprendiera a luchar por lo que le interesa. Lo mirara por donde lo mirase, siempre el resultado era un suspenso a mi papel.

La voz de mi hijo me distrajo de mis erráticas cavilaciones:

—Cuántas virutas tiene que comer un pavo para tragarse un tablón —murmuró.

Me giré. Garabateaba algo en su cuaderno de ejercicios, sin levantar la cabeza.

—¿Un pavo, dices?

—Para tragarse un tablón de un metro por veinte centímetros.

Me acerqué a él. El último problema de física consistía en inventarse un problema y resolverlo. Había escrito literalmente ese enunciado, el del pavo y el tablón.

—¿Cuál dirías que es la solución? —le reté.

—Suponiendo que picando el tablón el pavo lo desmenuza a veinte virutas por segundo y tarda un minuto en convertirlo en virutas, y suponiendo que el pavo no ha comido en una semana, la cantidad de virutas es inversamente proporcional al cuadrado del radio del culo del pavo.

Me estremecí, no sé por qué; puede que por el tono con que lo dijo, paladeando las palabras. Sentí que lo quería, que no era tan difícil, que era como aguardar ante un semáforo, a que el disco virase de color y paso franco. A veces me parecía que tenía la cabeza tan vacía como un nabo amarillo, y otras veces me parecía que callaba porque sabía demasiado.

Cuando regresé con su cena en un plato, ya había transcrito la respuesta junto al dibujo de un enorme pavo picoteando una tabla con una inscripción:

S.O.S.

En ese momento sonó el teléfono. Era Luis. Nada más intercambiar unos saludos, noté que se había tomado una o dos copas. Su voz sonaba especialmente amable. Y era extraño que me telefonease un miércoles por la tarde.

—¿Por qué hiciste aquello? —preguntó inopinadamente.

—¿Qué hice?

—Me besaste.

Debí ruborizarme. Menos mal que no podía verme.

—Ah, no tiene importancia. Un impulso tonto, ya sabes.

—Un impulso extraño, ¿no crees?

—Bueno, sí, bien mirado es extraño y… extemporáneo. Pero ya me conoces, a veces hago tonterías, soy una mala chica.

—¿Te arrepientes?

—No, la verdad es que no, aunque creo que me pasaste el virus de la gastroenteritis, y tuve que hacer algunas escapadas de urgencia al baño.

—Vaya, lo siento muchísimo, Isabel.

—Ya no importa. Estoy curada. Quizá me lo merecía. Fue mi justo castigo. ¿Crees que debería estar arrepentida?

—No. Me alegro de que no lo estés.

—Últimamente tengo mucho trabajo, y los problemas me salen por todas partes, en los momentos más insospechados. Hace poco casi tuve un accidente, por llevar un ratón en el coche, en Bravo Murillo. Y Zalo escribe

cosas extrañas, mensajes de socorro.

—¿Qué mensajes?

—Un ese-o-ese, para ser exactos. Algo le ocurre y su propia madre no tiene ni idea de qué es.

—Vaya —murmuró.

—No sé qué riesgo es, qué peligro le acecha.

Tras un silencio, dijo:

—Puede que sea menos de lo que imaginas.

—Tal vez te lo diga a ti.

—Tal vez.

—Nota tu aprecio. Y eres su padre.

—Está en la edad.

—Todos estamos en la edad, en alguna edad. Pero te lo agradecería. Eres un buen tipo. Has mejorado mucho con él.

—Soy más viejo. Y lo que no aprendemos con los buenos consejos, lo aprendemos por viejos. Gracias por el elogio.

—No solíamos ser muy positivos el uno con el otro, ¿verdad?

—Había más espacio para los reproches.

—Éramos como dos de esos mastodónticos luchadores de sumo, empujándonos fuera del espacio a golpe de barriga.

—Sí, algo así.

Tras un breve silencio, insistió:

—Entonces no te arrepientes.

—Fue una chiquillada.

—Me gustan las chiquilladas.

—Son cosas que pasan así, impremeditadamente, y no se repiten.

—Ya, comprendo.

—Tuve un sueño erótico contigo, después del sueño. En fin, Luis, seguiremos hablando. Este sábado te lo llevo.

—A las nueve de la mañana.

—Puntualmente.

Adrián Siles

Ahí estaba yo, citada a ciegas con un eminente neurocientífico. El lugar era propuesta suya, un café cubano, nostálgico, sibarita, con olor a molienda. Su decoración interior conjugaba el estilo colonial y el mestizado, con una larga barra de nogal coronada por una reproducción de una enorme cafetera antigua, de tonos cobrizos, digna de museo. Al entrar te saludaba una losa grabada donde se leía: «Más se perdió en Cuba. Y volvieron cantando».

Tras las mesas redondas, con mantel a cuadros, se exhibía una interesante colección de fotografías cubanas en blanco y negro, enmarcadas e iluminadas por pequeños focos dorados; la mayoría databan de la etapa colonial. La más antigua, muy granulada, era un impresionante convoy ferroviario de tropas españolas en 1898. La más moderna, titulada *El Quijote de la farola*, mostraba a un tipo estrafalario, delgado, con gorro de aviador, subido a lo alto de una farola, oteando algo sobre un mar de cabezas en una concurrida manifestación en la plaza de la Revolución. Estaba fechada en La Habana, 1959. Seguí recorriendo aquella galería de imágenes. Estampas de cobertizos en cafetales, gente pobre, guajiros tabaqueros con sombrero blanco, raído, un feraz campamento manigero mambí de la época revolucionaria, tipos cargando fardos de tabaco en rama en los Almacenes Adolfo Moeller, en 1919, cañaverales y atezados cortadores de caña, y un café bullente de vida, frente al escaparate de una corsetería con un rótulo de letras *art nouveau*: «*La Francia*, el palacio de la moda». El local tenía una acogedora atmósfera amarilla, y la música de fondo era suave y envolvente, con la Vieja Trova Santiaguera.

Había llegado a las nueve, puntual y nerviosa, con mis grandes gafas de sol modelo abeja Maya, chaqueta de sastre verde a juego con el pañuelo al cuello color espliego y blusa con un botón de más desabrochado para insinuar mi sujetador de encaje color vino que daba la forma perfecta que reivindicaba (y nunca tuvo) mi pequeño busto. Me había depilado hasta el entrecejo y me decía a mí misma que no tenía por qué sentirme intimidada, porque estábamos en la misma curva del diagrama. Ningún hombre merece que nos sometamos a su consideración, ni que resista un análisis frío e implacable, por mucha aureola profesional que quiera hacer relucir. Ningún hombre fue tan bueno conmigo como prometía al principio. Y menos en estos tiempos de constante mudanza. Nadie podía

devaluarme como una moneda, y yo me presentaría como una tendencia alcista en Wall Street, pisando segura en mis tacones de Chanel, aunque nuestra economía se fuera a pique y nuestros bancos estuvieran a un paso de ser intervenidos, mientras la Frau, a golpe de voz, ponía orden en Europa.

En un principio, Adrián Siles me había propuesto la cita a las cinco, para un café, pero a esa hora yo tenía consulta, y finalmente —todo por correo electrónico— la fijamos a las nueve. Quince minutos después se presentó con una chaqueta de lana estilo inglés, con remates de cuero en hombros y cremallera. Aire de guapo profesor universitario cuarenta y muchos, sienes blanqueadas, mirada tranquila, que realizó un relampagueante viaje a mi pechera. Pero no hay velocidad, por alta que sea, que no quede registrada en el sensor de una mujer coqueta. Le tendí la mano. Se desprendió de la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de la silla.

—Me encanta este lugar —dije con un amago de coquetería—. Tienes buen gusto para elegir los sitios. ¿Eres cliente habitual?

Asintió, clavando los codos en la mesa sin dejar de examinarme. Dijo:

—¿Te gusta el ron? Es la especialidad de este local. Tienen el mejor del mundo.

—Fenómeno. Me encantan las especialidades especiales.

Me sentía todavía tensa, con miedo a no estar a la altura. Para no reflejar mi inseguridad, me hice un poco la coqueta, un discreto movimiento de pelo, llevarme la mano al lóbulo de una oreja, reivindicando mi pendiente de oro, y mantener la sonrisa que reflejaba un momento anímico envidiable e invulnerable al desprecio.

El camarero, más cubano que un habano, a petición de Adrián dejó sobre nuestra mesa una botella de ron Matusalem Paticruzado y nos lo sirvió en vasos pequeños, blancos, donde el oro quemado brillaba con un matiz crepuscular. De fondo sonaba un tema del quinteto santiaguero, voces cansadas por la edad, pero de una tierna tibieza, esa cálida melancolía cubana. El licor atravesó mi lengua como un breve fuego antes de extinguirse.

Tras un carraspeo formidable para recuperar alguna nota de mi epiglotis, dije:

—Yo creí que a mí no me gustaba mucho el ron —dije.

—A lo mejor te gusta sencillamente porque te he dicho que es bueno.

—No. Me gusta porque es bueno.

Me serví otro vaso. Estaba muy dispuesta a emborracharme.

—Te contaré un experimento curioso que se hizo en una universidad californiana. Hicieron un escáner cerebral a un grupo de voluntarios mientras les hacían probar dos vinos Cabernet Sauvignon, informándoles de que uno costaba noventa dólares la botella y el otro, cinco dólares. Unos probaron primero el caro y luego el barato, y otros a la inversa. El

resultado fue que casi todos ellos afirmaron que les había gustado más el caro. Y el escáner reveló que se producía mayor actividad en la región del placer cuando probaban el vino caro.

—¿Y qué tiene de extraño?

—Los investigadores habían intercambiado las etiquetas de los vinos. El caro era, en realidad, el barato. Pura sugestión.

—¡Vaya! —Alcé la cabeza, sinceramente impresionada.

—¡Lo que hace la sugestión! Eso lo sabrán los publicistas.

La mesa cojeaba ligeramente y Adrián improvisó una cuña con servilletas de papel. Debió de ponerla demasiado gruesa, y se balanceaba por otra pata. Fue haciendo pruebas, hasta que llegó el camarero y lo solucionó rápido, con una cuña que tenía ya preparada para la ocasión. Observé un furtivo gesto de contrariedad en Adrián; tal vez lo importante no era cuadrar la mesa, sino hacerlo bien para mí. Unos clientes de la mesa más cercana pidieron un carajillo con naranja y limón.

—Extraño carajillo —comenté, para disipar la tensión.

—No te creas. El verdadero carajillo, el original, se prepara con ron, piel de naranja y limón, un trozo de canela en rama y unos granos de café, y azúcar moreno. Y hay que flambear el alcohol quince segundos, con una llama azul. ¿Sabes de dónde le viene el nombre?

—Ilústrame.

—Cuando Cuba era nuestra colonia, recién invadida, se creía que el ron y el café, al mezclarlos, infundían coraje, algo muy necesario entonces. Antes de entrar en combate, los soldados españoles decían: «Vamos a coger corajillo», y se tomaban ese café con ron, limón y canela. De ahí viene la reverberación corajillo-carajillo. Al final se impuso la «a» sobre la «o», porque resultaba más gráfico pensar en el carajo que en el coraje. Es como «echarle cojones».

—¿Carajo tenía entonces el significado que tiene hoy?

—En efecto. Ya se llamaba así al órgano sexual masculino. Curiosamente, carajo pasó a llamarse también a la canastilla que había en lo alto de los mástiles de los antiguos navíos españoles, donde los vigías gritaban: «¡Tierra a la vista!». Era un lugar incómodo, solitario, proclive a los mareos y desguarnecido. Y también era un lugar de castigo. De ahí vino la expresión «mandar al carajo». Ahora, lo que no sé es por qué se le llamaba a ese lugar del barco «carajo».

—Puede que por su forma, parecida al carajo.

—Es una posibilidad.

Me miró con interés antes de continuar:

—En fin, creo que querías hacerme algunas preguntas sobre mi especialidad.

—Reconozco que no sé mucho de esto. Me ha llegado a la consulta un nuevo paciente, muy hermético y autor confeso de un asesinato a sangre

fría.

Consideró durante unos segundos mi declaración, con aire reflexivo.

—Es extraño.

—¿Por qué?

—Esa gente no va al psicólogo. No se tumba en un diván y dice, doctor, tengo un problema, me he cargado a tres tipos y tengo programada para la semana que viene una sesión doble, y no sé si utilizar el laminador de zanahorias o la motosierra.

—Entiendo.

El caso es que había sucedido. No sabía si sentirme afortunada. Para empezar, no estaba en absoluto segura de lo que tenía. Su resentimiento contra la humanidad no me dejaba un escenario claro, sino brumoso. Adrián me hizo ver que nada sabía de mi paciente, de su vida, su familia, sus relaciones personales. Nada sobre su crimen. Traté de describirle su frialdad, su distancia, pero era un retrato incompleto. Me asustaba la posibilidad de que fuera un maníaco peligroso, y también me asustaba mi propia impericia, mi incertidumbre.

—¿Y si es un mitómano, un mentiroso compulsivo, que se ha fabricado una identidad falsa, y paga para poder contarla a alguien una hora a la semana? —conjeturó.

—No lo creo. No parece en absoluto esa clase de paciente.

—Necesitas instrumentos diagnósticos fiables.

—Yo trabajo con la palabra.

—Las palabras se las lleva el viento.

No me agradó este comentario. Tal vez se las llevaba el viento, pero cargadas de significado. Ellas nos hablan del interior de las personas, de cómo ven el mundo y de cómo lo entienden, y de dónde se sitúan para contarlo. De todas formas, no estábamos allí para discutir sobre eso. Me limité a cabecear. Entonces él dijo algo que no me gustó en absoluto:

—La mayoría de los psicólogos tienen tanta objetividad como una habitación llena de críticos de arte. Con perdón de los críticos de arte.

Sonrió ante su propia ocurrencia.

—Probablemente, señor sabelotodo, seremos más necesarios a medida que la tecnología nos domine. No vamos hacia una sociedad de más escucha, sino de más pantallas, más planas y más táctiles.

Ahora su semblante mudó a serio, preocupado.

—Admítelo, la mayoría de los psicólogos desprecian nuestros métodos. A mí me han tildado de reduccionista.

—No es ése mi caso.

Respiré hondo. Examiné su cara. ¿Era guapo? Podía llegar a encontrarlo guapo. Era elegante, interesante, probablemente soltero. Lo castigué con unos segundos de silencio y expresión gélida. Él alzó las cejas, hizo una mueca de disculpa, curvando los labios hacia abajo, como un

payaso pillado en un desliz. Resultó gracioso, pero no se lo di a entender.

—Pero, puestos a ser sinceros —dije, con una sonrisa un punto hostil—, ¿por qué no admitir de una vez que los psicólogos somos subjetivos? En terapia nos manejamos con conceptos que no sabemos muy bien lo que son, ni dónde están, ni qué composición tienen. Por ejemplo, hablamos tanto de la autoestima sin saber de qué está hecha. ¿Cuáles son sus ingredientes? ¿Contiene lípidos, prótidos o glúcidos? ¿Es respetuosa con el medio ambiente? ¿Biodegradable? ¿Fotosensible? ¿Es algo en algún lugar particular del cerebro? ¿Hay un lugar para la alta autoestima y otro para la baja, o las dos viven arrejuntadas?

—Vale, vale. Era sólo una broma inofensiva.

—Soy una terapeuta subjetiva —agregué—. Pero no me agrada la idea de que nuestro futuro sea decirle a un paciente con una fobia que su problema es su amígdala hipersensible, y que ahora tenemos un fotomatón que se la saca muy favorecida y en colorines.

Habíamos apurado la botella. Ya no me encontraba a gusto con él, y además estaba ebria y lúcida al mismo tiempo. Deseaba darle su merecido, por juzgarme sin datos ni conocimiento (una clara muestra de falta de objetividad). Hazlo, me dije; sé tú misma por una maldita vez. Quizá el carajillo me había dado el coraje que necesitaba, como a los antiguos soldados españoles en la Cuba ocupada. Miré el reloj y dije:

—Oh, voy a llegar tarde a una cita con mi ondontólogo.

Adrián asintió, disimuló su contrariedad y llamó al camarero para pedir la cuenta. Tras pagar y levantarnos, avanzó pensativo hacia la entrada, como si tuviera que decidir algo, o dar un paso delicado, pedirme una segunda oportunidad, concertar una nueva cita para hablar más detenidamente del caso. No le di opción y me marché simulando una enorme prisa. Aun así, consiguió que aceptara su tarjeta y le entregara la mía, de la consulta.

—Por si tienes problemas —dije mirándole a los ojos.

Me llegó al despacho un ramo de rosas blancas. Las trajo un mensajero de Interflora. Escrita con estilográfica y tinta azul, su nota tenía una letra con personalidad, aunque con algún rizo de más, para la ocasión. O eso me pareció.

> Isabel, sirva este detalle para disculparme por mi torpe broma del otro día, sobre los psicólogos y los críticos de arte, quienes, por cierto, podrían aprender mucho de personas como tú.
>
> Un saludo, Adrián

A veces me gustaría poder comportarme como una reina, y en los cuentos de hadas las reinas siempre se retiran tan altivas y dejando a sus

súbditos con la palabra en la boca. Estaba claro que era un gesto excesivo, pero no puedo decir que no me sentí halagada y cortejada.

Con la debida aquiescencia, y haciendo constar que no era necesario tanto («Me siento abrumada y agradecida», etc.), en cuanto regresé a casa, me cambié de ropa y puse las flores dentro de un jarrón de cristal, en la alacena del vestíbulo, contesté —por correo electrónico— que el carajillo tal vez me había dado demasiado coraje, y le pedí que me concediera una nueva entrevista. Mi pantalla plana Philips alzada sobre un pedestal de tomos de la enciclopedia *El País* —nunca tuvo un mejor uso— emitió un chisporroteo de aprobación, o así me lo pareció. Acto seguido, comprobé, entre admirada y aterrada, que ya ascendía a treinta y ocho el número de amigos que esperaban mi respuesta en Facebook. Así pues, me salían amigos por todas partes, su número crecía, era como una pugna silenciosa, en un perentorio deseo de integrarme en ese maravilloso y fascinante mundo. En cambio, Adrián Siles era una persona real, un hombre interesante en perspectiva, a quien en absoluto conocía, precedido por la aureola de un cierto prestigio profesional (no sé qué tienen los investigadores, que nos resultan tan seductores incluso antes de la primera vista). En ese momento llegó mi hijo, arrastrando los pies, con el pantalón a medio culo, tan sexy como un alcornoque descortezado. Dejó la mochila junto a la puerta de la cocina, abrió la nevera, cogió algo y la cerró. Cuando se giró hacia mí, al llamarlo, advertí su expresión cansada y supe que no quería hablar. Tenía una botella de yogur líquido en la mano.

—¿Qué quieres?

—Nada, déjalo.

—Me has llamado.

—Es… sólo… bueno, el otro día escribiste algo en tus apuntes.

Se quedó esperando a que acabara la frase.

—Escribiste ese-o-ese.

Bebió un trago de yogur, alzó la mochila y se fue a su habitación con paso desganado.

De nuevo me condenaba a la impotencia. Me pregunté si eso le producía un cosquilleo de placer.

Ahí estaba otra vez Ricardo Alvear, en el mismo lugar en apariencia, parecía no haber transcurrido una semana desde la última sesión, o que en vez de irse él me hubiera ausentado yo, para regresar ahora a mi butaca, y él continuara en la misma postura irresoluta de la última vez. Aunque su chaqueta de reluciente piel negra y sus zapatos de larga punta roma pudieran darle un aspecto ligeramente distinto, más siniestro y hasta atractivo, su mirada perdida reflejaba un infierno interior.

Durante un rato hablé sola, tratando de que no lo pareciera, de cederle

una buena oportunidad para tomar la palabra y pasar a la escucha. Mis manos subían y bajaban, describían círculos, pero enseguida querían borrar las líneas de trazo demasiado brusco, difuminar señales, desordenar las letras que pudieran quedar flotando, en un intento de hacerlas desaparecer, casi arrepentida al poco de haberlas pronunciado, y sin poder girar mi butaca hasta situarme de espaldas, cara a la ventana, para perderme en el agradable bullicio de la calle. Su presencia allí, inquisitiva y confusa en un ángulo incierto, era insoslayable y yo era un reflejo en sus pupilas en el que no me reconocía. No había correspondencia, como cuando hablas por el móvil y ante un prolongado silencio no sabes si se ha perdido la línea o el otro sigue ahí, porque el silencio nos devuelve un reflejo pavoroso de nosotros mismos, la vacuidad de nuestras palabras y maneras gastadas, nuestra torpe repetición de fórmulas para conquistar esa ansiada aprobación. Nada de eso estaba con él, y a veces me preguntaba si trataba de ponerme nerviosa o si hacía por resultarme odioso, o asustarme. Y cuando sonaba su voz grave y lenta, era un descanso, dijera lo que dijese.

Él me marcaba el ritmo balanceando el pie sobre la rodilla. Sus manos eran pálidas, de apariencia suave, uñas bien cortadas, no parecían las manos de un asesino, capaces de aferrar un instrumento letal o de apretar sin freno, capaces de enlazar una soga y pasarla por encima de un travesaño. De vez en cuando se deslizaban por los pliegues de su bien planchado pantalón.

No conseguí evitar que mis preguntas, para saber si distinguía el bien del mal, salieran empañadas por un tono de salmodia moral, porque cualquier alusión a algo tan elemental como el respeto a la vida era como lanzar un avión de papel en una sala tan caldeada que se convertía en una llama voladora. Y, no obstante, era mi obligación hacerlo, no permanecer neutral. Le hablé del valor de la vida como principio universal, palabras que quedaron flotando en su silencio de estatua sedente. También yo me callé, finalmente.

De todo esto algo en claro saqué: no tenía futuro como monologuista. Me devolvió una imagen desenfocada de filípica donde también podía verme, replegada en mi butaca, no demasiado favorecida, por cierto. Tras un silencio, me sorprendió con una pregunta desconcertante:

—Dice que la vida es interesante. Deduzco que la suya se lo parece.

—¡Desde luego! —Sonreí—. Incluso en mi trabajo, aquí, ocurren cosas muy inesperadas, como usted.

—¿Yo?

—Sí. Su aparición por aquí fue sorprendente. Usted le da ese toque mágico de adrenalina.

—Adrenalina —asintió, para hacer aprecio—. Espero que no le moleste si le hago otra pregunta. Yo también tengo mi pequeño cuestionario de

bolsillo.

Sospechaba que no iba a ser una pregunta fácil, y le animé a hacerlo. Me agradaba encontrarlo más locuaz. Su mirada no estaba desprovista de humanidad, y empezaba a ver algún destello de agrado hacia mí.

—¿Siente la vulgaridad que nos rodea? —Hizo un gesto abarcador, como si se refiriera a la sala donde nos encontrábamos, aunque en realidad iba más allá, cancelando el mundo entero.

—¿A qué se refiere, exactamente? —fingí.

—Usted me entiende: la vulgaridad.

Pronunció esa palabra como quien dice «Dios» o «la Totalidad», algo vasto, inabarcable; algo de lo que uno no puede escapar. Suspiré.

—Creo que no, en el sentido en que usted lo expresa. Además, no creo que todo sin excepción le resulte vulgar. Seguro que es capaz de decirme algo que le ha apasionado.

Tras reflexionar unos segundos, repuso:

—En un tiempo me atrajeron las matemáticas. Veía belleza, orden. La programación, las matrices interconectadas, los sistemas lógicos, todo eso me atraía. Ya no. Al final, todo acaba cansando, se impone esa sensación de hastío y vulgaridad.

—Hastío.

—Sí. Al final es la impresión que queda, el resumen.

—Hoy le noto especialmente enfadado.

—Me ha aburrido su discurso moral. Ese cuento mil veces repetido.

—¿Qué cuento?

—El del bien y el mal. El bien triunfa. Y el que a hierro mata, a hierro muere. Todo crimen tiene su castigo. Arrepentíos, pecadores. Sed compasivos y misericordiosos, porque el final está cerca.

—Usted discrimina perfectamente entre el bien y el mal.

—Por cierto, yo también conozco un cuento sobre esto.

—Me gustaría escucharlo.

—No le gustará. Le parecerá vulgar.

—¿A usted le gusta?

—Me encanta, por su final.

—Entonces, sorpréndame.

—¿Seguro?

—Llevo tanto tiempo hablando sola en esta sala que escucharle un cuento me haría ahora mismo feliz.

—De acuerdo. Allá va. Un comerciante portugués, a principios del siglo XX, llamado José viaja a Amsterdam por negocios. Las cosas no le van bien, tiene deudas, no sabe qué hacer con su vida, en fin. Y mientras recorre la ciudad se topa con una mansión que le deslumbra por su lujo palaciego. Pregunta a uno de los vigilantes quién es su propietario, y éste le contesta: «Kannitverstan». Admirado por los nombres tan complicados que tenían los

holandeses, el comerciante sigue su camino y se dirige al muelle. Allí le llama la atención un barco enorme, majestuoso, donde un grupo de estibadores descarga exóticas mercancías. Pregunta a un marinero quién es su propietario y la respuesta es: «Kannitverstan». ¡Vaya, otra vez el mismo hombre!, se sorprende. Así que es comerciante, como José, y sin embargo, la suerte le ha sonreído, no como a él. Ahora bien, ¿ha tenido que ver la suerte? ¿Cómo ha hecho para amasar semejante fortuna? Esa noche, en su modesta habitación del hostal, apenas puede dormir cavilando sobre todo esto. Él ansía lujo y fama, como ese Kannitverstan, pero su afán por ser honrado y justo no le ha traído buenos negocios. Otros, más aprovechados y astutos, han sacado oro. Kannitverstan sin duda es uno de ellos. Habría empezado robando pequeñas cantidades, sobornando a éste y a aquél, especulando para que los géneros alcancen un precio muy por encima de su valor… Así habría ido ampliando el negocio, haciéndose con el mercado, pisoteando a sus rivales. Cuantas más riquezas amasaba, más poder tenía para seguir robando. Esto sublevaba a José. ¡Por ser honesto ahí estaba él, hecho un pobretón, durmiendo en una mugrienta posada! ¡Pues esto se iba a acabar! Al día siguiente, José salió decidido a cambiar, a engañar con astucias, a aprovecharse de los demás. Mandaría a paseo sus escrúpulos morales. De pronto vio un gentío en una plaza y se acercó a curiosear. Un pelotón de gendarmes a caballo custodiaba un carruaje con un detenido encadenado en su interior. Preguntó a un transeúnte que observaba como él quién era el detenido. Para su perplejidad, la respuesta fue: «Kannitverstan».

»Todo había dado un vuelco insólito. Ahí mismo tenía la prueba de que el inmoral acaba recibiendo su castigo. Claro, no podía ser tan fácil amasar una gran fortuna sin despertar sospechas. La justicia siempre terminaba prevaleciendo. Y con la misma rapidez con la que Kannitverstan se había presentado ante sus ojos como un modelo, se convirtió en un ídolo caído. Y el comerciante portugués olvidó sus fugaces planes de convertirse en un negociante sin escrúpulos; mejor ser honrado y modesto que rico y en la cárcel. Nunca olvidó esta lección que aprendió en su breve paso por Amsterdam, y siguió siendo un honrado trabajador el resto de su vida, aunque la verdad es que nunca disfrutó de una buena casa ni de un buen barco, y terminó su vida como un mero subordinado de los negocios ajenos, un pobretón. Otro destino habría tenido si hubiera sabido algo de lengua holandesa, pues he aquí que Kannitverstan no era nadie. Kannitverstan significa “no le entiendo” en holandés. Es lo que le contestaban a ese comerciante que les preguntaba en portugués.

—Al final, toda su construcción moral se basaba en un malentendido idiomático. —Sonreí.

—Cuántas sorprendentes teorías se han originado a partir de un error, ¿verdad? Pero ese primer error que desató la cadena ya está tan lejos que

no lo encontraríamos. Es el error de un gigantesco sudoku.

No supe qué contestar, y me limité a asentir, pensando que una vez más un paciente de imprevisibles dotes narrativas me empujaba suave y cortésmente hacia el borde de un acantilado, para ver cómo batían las olas espumosas, allá abajo, contra las rocas. Sí, él se sitúa detrás de ti, y te susurra que mires abajo.

En ésas estábamos cuando en un bolsillo de mi pantalón comenzó a vibrar enloquecidamente el móvil, activado en el modo «reunión». Me extrañó ver el número de Luis —jamás me llamaba en horario de trabajo— y salí un instante del despacho para atender la llamada. «Me acaba de telefonear Zalo, ha tenido un accidente patinando en los alrededores del colegio. Yo estoy en mi oficina y no puedo moverme de aquí.» Mi primera reacción fue de ira, porque al parecer su trabajo siempre era más importante que el mío, y, para colmo, al primero que había llamado era a su padre, pero todo esto quedó barrido del cuadro de mi conciencia ante la perspectiva de que le hubiera pasado algo grave a mi hijo. Hube de poner fin a la sesión de forma intempestiva, aunque sólo restaban quince minutos, y Ricardo se mostró comprensivo o más bien educadamente indiferente.

Zalo tenía la voz quebrada, irreconocible. Le costaba hablar, y a mí me costaba respirar sin que mi teléfono sonara como un fuelle. «La pierna —murmuró—, me he caído, hostia puta.» «De acuerdo, tranquilo. Ahora dime sólo una cosa: ¿te duele algo más? ¿Te has lesionado otra parte?» Tras un silencio mortal, repuso: «No, pero no puedo moverme de aquí». Yo misma me fui calmando. «De acuerdo, no te muevas, no te quites los patines, no hagas nada, voy a buscarte, voy volando.»

Las lágrimas me saltaban al tiempo que yo me saltaba todos los semáforos por Recoletos. No quería que él me viera llorar, así que debía derramarlo todo rápidamente. Sabía que era grave, pues de lo contrario no habría llamado a su padre, ni habría pedido que le fuera a recoger.

Yacía en el suelo de baldosas de la plaza Colón, enervado, muy pálido, rodeado por cuatro amigos patinadores, todos con el mismo trapajerío: pantalones holgados, rotos y desflecados, sudadera con capucha y la visera girada. Permanecían junto a unas escaleras de siete peldaños en las que practicaban saltos. Le habían quitado el otro patín. Sólo con verle la cara me di cuenta de que sufría. Al besarle la frente para darle ánimos, sentí su sudor frío. Y también percibí el inconfundible olor de la marihuana. Sus amigos me explicaron la caída, hablaban con cierto apuro, intentando expresarse con más corrección de la habitual, como signo de deferencia. Parecían buenos chicos y todos ellos se movían como palomas chifladas con los pantalones caídos a media asta, que mostraban sus calzoncillos Armani. Estaban desconcertados y deseosos de hacer algo por él, y no paraban de decirle que enseguida se iba a poner bien. Y allí estaba Elvis, el

rumano, su mejor amigo, un alumno brillante que nunca hacía por parecerlo.

En cuanto hice amago de arrastrarlo hasta el coche, aulló de dolor, así que cambié de plan y avisé a una ambulancia, que nos trasladó hasta el hospital La Paz, donde enseguida se pusieron manos a la obra. Se había hecho astillas la tibia. Mientras aguardábamos su ingreso en quirófano lo sedaron. Pena me daba verlo así, tan fuera de combate, y —no pude evitarlo— lo cubrí de besos, y no opuso resistencia, incluso me sonrió, como un niño pequeño, como cuando era un tierno infante y me dejaba cogerlo en brazos (claro que no era él mismo, estaba dopado). Lo bajaron a quirófano a las dos de la madrugada, yo me mordía los dedos, y una hora después, todavía bajo los efectos de la anestesia, dos enfermeras lo dejaron sobre una cama limpia de la habitación 316, donde yo le esperaba extenuada por la tensión.

Todo había ido bien, me aseguró el cirujano; le habían reconstruido el hueso e insertado una placa de titanio para facilitar la soldadura. Por suerte, la rodilla estaba intacta. Le habían escayolado toda la pierna y dormía benditamente. Me eché una manta por encima y me estiré todo cuanto pude en el sillón de invitados.

Dormí sólo cuatro horas y tuve un sueño erótico con Ricardo, mi paciente predilecto. Él entraba en mi consulta y yo salía, y ahí, bajo la jamba, me susurraba: «¿Bailamos?». Me tomaba de la cintura y comenzábamos a evolucionar por la sala, de baldosas plateadas, que había adoptado la amplitud de un salón de gala, sólo que no había nadie más que nosotros, envueltos en la penumbra y presas de una dulce liviandad. Después pasaban cosas más interesantes que no debo contar ahora. Al terminar, irrumpía Aurora en la sala, nos miraba horrorizada, y su angustia se transformaba en ira desbocada.

Un sol blanquecino, desdibujado, ascendía lentamente arrancando brillos mortecinos a los edificios de Barajas, trémulo y vacilante en la niebla matinal. Zalo se despertó. Por su cara ceñuda y contraída me di cuenta de que volvía a ser el de siempre, o peor.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. Creo.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No.

—¿Estás dolorido?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes?

—Déjame en paz.

Durante los días que permanecimos en el hospital recibió tres visitas de su padre, en las que se quedó a solas con él más de una hora. De vez en cuando abría un poco la puerta, para intentar captar algo de la

conversación, pero no entraban en mi campo visual y no captaba sino un delicado tapiz de murmullos, con pausas silenciosas. Tras la visita, Luis se iba sin hacer muchos comentarios, salvo los de circunstancias —«se va recuperando»— y yo me retorcía de ganas de saber de qué habían hablado. También recibió una visita de sus amigos patinadores y estuvieron viendo fotos del móvil, y riéndose. Mi madre también se dejó caer con unos pasteles salados y dulces, de los cuales dio buena cuenta. A pesar de todo, Zalo no se mostró nada comunicativo con ella. Para las horas muertas, le compré una novela gráfica titulada *Los hermanos negros*, que no se dignó siquiera hojear.

Viéndolo así, tan desvalido y al mismo tiempo tan desafecto, no pude por menos que recordar cuando era un niño, mi instinto de protegerlo de todos los peligros. Recuerdo que en cierta ocasión en que nos bañábamos juntos en Platja d'Aro, cuando apenas él sabía nadar, pensé que si en aquel momento venía un tiburón blanco, antes que dejar que le atacara yo me habría interpuesto para que saciara conmigo su hambre (por suerte no solían verse escualos por aquella playa). Y ahora, sólo una década después, mi propio hijo era incapaz de expresar agradecimiento por todo lo que había hecho por él, por todo lo que le había dado y por lo que en mi fantasía habría sido capaz de hacer, llegado el caso, como servir de carnaza humana. El mismo amor persistía en mí, pero lo que antaño era un sentimiento embriagador, ahora se había tornado desgarrador.

A Zalo le gustaba hablar de Elvis, con oculta admiración. Era de familia humilde, habían emigrado de Rumanía tres años atrás, y durante este tiempo había aprendido a hablar un español casi perfecto. En una ocasión incluso había corregido un error en un desarrollo matemático del profesor. Vestía como un zarrapastroso, pero con la gorra de medio lado, impoluta. Imitaba la jerga de los patinadores grounch, llena de tacos, pero con acento rumano —eso le daba un aire divertido— y cuando le pregunté si estudiaba mucho, se encogió de hombros con indiferencia. No le gustaba presumir. Su padre era constructor, pero la crisis le había condenado al paro, y estaban pasando verdaderos apuros. Me agradó verle allí, tan jovial con Zalo, y su forma de despedirse, asegurándole que se iba a poner bien muy pronto. Se marcharon todos juntos, armando un buen jaleo por el pasillo. No sé qué broma hizo uno de ellos que se echaron todos a reír, y no pararon hasta meterse en el ascensor.

Aurora también le hizo una visita. Vino acompañada de Sergio, el hijo de Juan, su ex novio. Para mi sorpresa, el chico me saludó con un beso en la mejilla, cosa que no solía hacer mi hijo. Rubio, guapo, tenía una expresión inocente, incapaz de albergar torcidas intenciones, y ese candor natural lo hacía diferente de la mayoría de los adolescentes. No me extrañaba que Aurora le tuviera tal querencia maternal. Lo encontré muy delgado, más que en la última ocasión en que lo había visto, en una

piscina de la que Aurora era socia. Venían de hacer compras en la sección de música de la FNAC. Aurora le había regalado a su protegido *LeftRightLeftRightLeft*, de Coldplay y, para Zalo, *Songs for Drella*, un viejo trabajo de Lou Reed y John Cale. Enseguida se animó la habitación con una conversación sobre música. Sergio y Zalo descubrieron que tenían gustos similares, y que ambos detestaban por igual la «bazofia comercial», como la llamaba Zalo (Sergio, más comedido, se echó a reír con la expresión). A los dos les gustaba el rock alternativo. Aurora y yo nos quedamos admiradas escuchándoles conversar sobre grupos cuya existencia desconocía por completo, como *The Strokes* o *The White Stripes*, refiriéndose a su discografía y a sus últimos conciertos en vivo. Y de ahí pasaron con toda naturalidad al rock gótico de *The Cure* y al post-punk británico.

Miró el reloj y comentó que tenía que irse. Llamó a Sergio, quien obedeció con prontitud y enseguida se alejaban los dos por el pasillo recién fregado.

Compartíamos la desgracia de habernos enamorado del hombre equivocado en el momento adecuado. Es mejor cometer errores en momentos infortunados, porque las propias circunstancias nos llevan a cambiar el rumbo y corregir la elección. Pero si nos entregamos en cuerpo y alma a un hombre y es el momento de tu vida en que estás deseando hacerlo, porque estás bajo el signo de no sé qué ciclo biológico o marea lunar, más vale acertar en la elección, porque no es una apuesta con devolución, y tardarás mucho en darte cuenta, y ya será tarde.

La madriguera científica

Cuando le dieron el alta y regresamos al fin a casa, mi atribulado hijo había decidido que no era digna de que me dirigiera la palabra, y me lo hizo saber de ese modo, con una mirada experta en el arte de fulminar. Había demostrado ya en otras ocasiones su tesón para esta clase de sordos boicots. Era bueno en eso. Además, tenía su móvil interactivo, sus redes sociales, su chat, su galería de imágenes, su MP3xd, su iPod, también yo había caído en la fácil trampa de comprárselos. Tenía a su serpiente, bien cebada, lustrosa, voraz, saludable y en proceso de expansión. Ella le daba vigorosos abrazos. ¿Para qué me necesitaba a mí?

Mi error había sido un comentario despectivo, en el coche, mientras volvíamos a casa del hospital. Uno de esos errores que lamentas durante horas.

—¿Se puede saber a qué juegas? ¿Te crees Batman, saltando por ahí? —le espeté.

Contestó con su silencio despectivo. Con esa escayola hasta la cadera no estaba en su mejor momento. Aun así, se manejaba bien con las muletas y rehusó mi ayuda para salir del coche y entrar en casa. Se tumbó en la cama con los acordes de Coldplay rezumando de sus auriculares y una expresión de satisfecho autismo. No quiso cenar. Poco después llegó mi madre con una bolsa de regalos y una empanada de atún de considerable tamaño. Apenas se asomó a su cuarto para preguntarle qué tal se encontraba, Zalo le gritó:

—¡En este momento no podemos atenderla!

Mi madre acudió a mí con expresión cariacontecida.

—Pero ¿qué le pasa a esta criatura?

—No lo sé, mamá, y ya no es una criatura, y deja ya de decirlo.

—Pobre criatura. ¡Mira que romperse la pierna! Menos mal que la cadera la tiene entera. La cadera es lo peor de todo. ¿Te acuerdas cuando yo me rompí la cadera, que estuve cuatro meses…?

—Sí, mamá, me acuerdo perfectamente —la interrumpí.

—Cuatro meses como un palomo cojo.

Dejó sobre la mesa de la cocina la comida, los regalos y su frasco de pastillas variadas para sus variados quebrantos. A su nieto le traía un entrañable póster de vampiros, inspirado en la saga Crepúsculo, y a mí un precioso cartel de Paul Newman, con el que prácticamente podía

empapelar la cara interior de la puerta de mi dormitorio.

La besé en la mejilla y comenté que ya no era una chiquilla adolescente. Su escote olía a tabaco de pipa, y recordé que la última vez también olía así.

—Oye, mamá, ¿te estás tirando a un viejo lobo de mar?

—¿Por qué lo dices? —se alarmó, mirándose el vestido, como si pudiera revelar alguna mancha onerosa.

—Te huele a pipa hasta el sujetador.

Puso carita de niña buena.

—Es un perfecto caballero y triple campeón de mus Ciudad de Móstoles. Me trata bien y es cariñoso.

Ah, mi madre había cambiado, ya lo creo. Siempre fue una mujer severa, la perfecta casada, y desde que enviudó, hace casi una década, se encamaba con todos los hombres del salón de jubilados y del club social de la comunidad de vecinos del barrio Oeste de Móstoles. Mi pobre padre no la habría reconocido, no habría aprobado su conducta, lo habría juzgado como una onerosa traición a su memoria. Bien, mi madre había guardado el luto tres años, tras los cuales había decidido vivir, reinventarse. Para hablar con su último amante, a gritos, por el móvil, se quitaba el audífono de un oído mientras iba y venía por el corredor. Prefería pensar que cuando le besaba por la noche no se quitaba la dentadura postiza. Su incipiente sordera era una ventaja para llevarse bien con Gonzalo porque no la ahuyentaba el estridente volumen de la música. Sólo tenía que desprenderse de los audífonos.

¿De qué le había servido tanta beatería y recato si ahora llevaba una vida disipada? ¿Cómo empezaron a disolverse, como polvos en el agua, todas sus convicciones y prejuicios morales a los pocos años de enviudar? Con mi padre era en extremo celosa, le ponía mala cara si una noche salía con sus amigos, vigilaba siempre sus compañías y tuve que sufrir incontables discusiones por sus siempre injustificados celos, ya que mi padre era incapaz de ponerle cuernos, y de hecho había jurado, el día en que falleció Grace Kelly, que jamás habría ya sobre la faz de la Tierra una mujer capaz de hacerle perder la virtud, como si la princesa de Mónaco hubiera sido un desliz en su vida (imagino que se habría recreado en ella en sus fantasías más íntimas). Y es que en el hogar donde crecí, el recato conyugal era un templo venerado y mi madre su sacerdotisa reina y su celadora (la que custodia los celos), controladora y vengativa como Eris, diosa de la discordia. Pues bien, en este ambiente almibarado fui educada, en aquella casa donde sólo se escuchaba el piano de Richard Clayderman y los pomposos coros de Ray Coniff. Y asistí, cómo no, a un colegio de jesuitas, Nuestra Señora del Recuerdo, donde sufrí, durante un año y medio, las peores vejaciones imaginables de mis compañeras de clase. Con veinte años me emancipé, para despertar la cólera de mis padres,

temerosos siempre de que mi pérdida de virtud se acompañara de un evento abultado y embarazoso.

Y ahora quién te ha visto y quién te ve, brujita desvergonzada, paseándote tan despechugada con tu lencería de rancias puntillas de mantelería, disfrutando de una libertad que nunca me diste a mí cuando tanto la necesitaba. ¿Cómo puede disolverse de la noche al día una identidad tan crudamente labrada con el sacrificio y el padecer de una hija? Sin duda nuestra identidad está hecha de dúctiles arcillas.

Nos quedamos una hora charlando y finalmente se fue envuelta en su toquilla de lana, con su sonrisa sexualmente satisfecha. Por fin quedó la casa sumida en un silencio reparador. Tras una larga ducha vaporosa me contemplé desnuda en el espejo. Todavía atractiva, a pesar de las crecientes envolturas de grasa en las caderas y nalgas, y mi vientre no del todo liso; a pesar de mis esfuerzos por recuperar la figura que tenía antes de quedar embarazada, perceptibles estrías recorrían mi piel. Sin embargo, aún no me había vuelto invisible, aún podía maltratar el corazón de un hombre.

Me embutí el camisón y clavé el gran póster de Paul en la pared, encima de la cómoda. Me dedicó aquella sonrisa —con un ramalazo de nostalgia— que cautivaba a sus compañeros de reclusión en *La leyenda del indomable*. Sentada en el borde de la cama como quien se sienta en un banco de un museo a contemplar la mirada de un Goya o un Velázquez, lentamente pasó de ser la belleza, su provisionalidad, su cautiverio. Sus años muertos, el fin de una época: la clásica. Ese tiempo en que una podía salir arrebatada de una sala y conservar un poso en los días posteriores; el tiempo en el que un libro, un buen filme, podía cambiarnos la vida, alimentar nuestros sueños más intensos o sumirnos en una insondable melancolía. Paul Newman había dejado de existir, Europa se desintegraba, nuestra divisa perdía solvencia, y también nuestra credibilidad, y ya no quedaba casi nada de lo que algún día fuera sólido, esencial, insustituible.

Aurora se interesó por el estado de Gonzalo; creía que era bueno, a juzgar por los indicios que había ido recogiendo por ahí, pequeñas pistas, ninguna con nicotina; supongo que el batacazo le había hecho aterrizar con los huesos en la dura realidad. Con la pata estirada pasaba las horas enganchado al navegador, mientras escuchaba música. El hueso ya había soldado y pronto le retirarían la escayola. Mientras tanto, nos enseñó esa web que le tenía fascinado.

—Ouijacking punto com —dijo Zalo con voz monocorde, mirando la pantalla y moviendo diabólicamente el ratón por extraños dominios llenos de oscuridades, relampagueos y letras góticas.

Aurora se sentó junto a él en el sillón.

—¿Eso es una güija? —Aurora sonrió, maravillada.

—¿Qué es esa cosa? —le pregunté.

—Espiritismo —puntualizó Aurora—. Mensajes de ultratumba a través de un vasooo.

Gonzalo abrió para Aurora pestañas a través de las cuales podíamos recibir asistencia de médiums, aparecidos, animales telépatas y clarividentes señoras que se comunicaban con los difuntos a través de sus mininos.

—La ha diseñado Elvis. Es un crack y se sabe todos los trucos sobre webs. Gracias a este invento ya se puede practicar la güija en grupo y sin salir de casa. Se va a forrar.

Recibía diariamente más de un centenar de visitas, gente que quería practicar en grupo, con otros internautas, y tener audiencia con esos seres que ni muertos permanecían quietos. Aurora asentía y decía ¡uau!, con aire divertido, y eso animaba a mi hijo a prodigarse mucho más de lo que lo habría hecho conmigo. Por mi parte, no lo encontraba gracioso. No me parecía una buena noticia que Gonzalo perdiera el tiempo en esos lugares donde al parecer conviven los muertos con los vivos, en agradable conchabamiento.

—Pero si tú nunca has creído en los fantasmas —dije.

Me contestó dirigiéndose a Aurora.

—No me gustan los fantasmas que aparecen en mansiones decrépitas con salones fríos y espejos agrietados, y pianos desafinados y todo ese rollo teñido en sepia. Éstos son modernos.

—¡Son modernos! —dijo Aurora.

Nos hizo una demostración de su ágil navegación por el tablero virtual de la güija, escoge tu escenografía: satánica, cabalística, gótica, manga… La puerta a lo Oculto no tenía restricciones, y en la misma sesión podían sumarse otros internautas y así ampliar el campo energético.

—Ahora Elvis me va a ayudar a montar mi propio nicho.

—¿Vas a crear tu nicho? —exclamé.

—Un nicho de serpientes.

Continuaba dirigiéndose a Aurora; era su refinado modo de hacerme sentir ignorada, como si yo fuera esa presencia invisible, el espíritu que hay que convocar. Su web tendría diferentes secciones para cada especie, con consejos sobre alimentación, cuidados básicos, sin olvidar una de intercambios y otra de vídeos, comentarios y chats. Incorporaría enlaces con terrarios domésticos de internautas de todo el mundo, provistos de una webcam para asistir, a tiempo real, a la vida íntima de las serpientes, la eclosión oval, el proceso de la muda, la reproducción, las fases de desarrollo… Lo tenía ya todo planeado y se lo contaba a Aurora con un entusiasmo desacostumbrado. En su plan, los usuarios podrían escuchar los consejos de expertos en materia de publicaciones herpetiológicas y

terrariófilas, conseguir accesorios difíciles, como plantas en miniatura, hormigueros, cenagales a pequeña escala, reproducción exacta de las del hábitat original, o arena y piedras recogidas en sus remotos ecosistemas, con sus bacterias y parásitos autóctonos, hormigas, matorrales xerófilos, sahuaros, pitahayas y zinitas. Como en su propio hogar, todo cerca, sin necesidad de ir arrastrándose por ahí. Y es que había todo un mercado emergente en el dominio de los terrarios avanzados: sensores térmicos, reguladores de humedad para reproducir las condiciones climáticas de desiertos, pantanos y selvas, grabaciones de los sonidos de la naturaleza a ras de suelo para crear una suerte de hilo musical de fondo, bombillas y filtros para simular la luz solar… Para adquirir alguno de estos productos no tendría más que hacer clic en la sección correspondiente, en la que aparecería un directorio de tiendas especializadas por compra online. Igual que en una web que él frecuentaba mucho, *Pet Connection*.

—Qué talante más emprendedor —comentó Aurora. Sonó irónico, pero no lo era.

—Creo que tú podrías ayudarme —le dijo.

—¿Yo? —Se sobresaltó como cogida en flagrante delito.

—Me gustaría incorporar una sección especial sobre psicología.

Aurora me miró con perplejidad.

—Tengo el contenido —insistió él—, sólo hay que darle forma. Son cuestiones básicas; por ejemplo, la importancia de evitar los mimos y las caricias excesivas, porque eso las cabrea. ¿Cómo se dice esto en vuestra jerga?

—¿No sobreprotegerlas? —probó Aurora.

—¿Ves? —Chasqueó los dedos con satisfacción, disfrutando del placer de ningunearme.

—Esto es horrible —le dije a Aurora.

—Hay que apoyar los proyectos creativos de los hijos.

Me preguntaba cómo iba a afectar todo eso a sus estudios.

Pero Gonzalo tenía dudas. ¿No sería acotar demasiado el terreno alojando sólo a las serpientes? La otra posibilidad era ampliarlo al dominio de la reptilmanía, un *hosting* donde tuvieran cabida especies tan fascinantes como los dragones de Comodo, las iguanas del Yucatán, las salamanquesas de las selvas de Costa Rica, el monstruo de Gila, considerado el único lagarto venenoso del mundo, por no hablar del Tegu, el lagarto más grande de América, que llega a medir un metro veinte, y se defiende propinando latigazos con la cola, o mordiendo si es menester, y es cazador y carroñero, o ese bicho casi extraterrestre llamado Basiliscus, miniatura de dragón verde, de ahí lo de «venir hecho un basilisco» (dislocado, desencajado, como este engendro escamoso), o el prehistórico Sauromalus, superviviente de impactos de meteorito en el Pleistoceno, y de terribles glaciaciones. Mascotas exóticas cuyas fotos se exhibían pinchadas

en el corcho de la pared de su cuarto que yo había habilitado con la esperanza de que pusiera sus fechas de exámenes y su agenda de responsabilidades.

Aburrida de esta conversación —conocía de sobra la retórica reptiliana de Zalo—, deambulé sin saber qué hacer por la habitación. Observé que sobresalía un dibujo de una carpeta, tiré del papel y encontré un apunte a plumilla, en el que un joven descansaba con la cabeza apoyada en una mesa, como si durmiera. El mueble contenía una inscripción. «El sueño de la democracia produce monstruos.» Vampiros y extrañas criaturas con cabeza de reptil sobrevolaban el durmiente, a quien reconocí enseguida, por su ropa. Era él. La factura tenebrosa del dibujo estaba claramente inspirada en el aguafuerte de Goya. Mi corazón se anudó como un manzano viejo.

Le llevé el dibujo a Aurora.

—¡Es precioso! —dijo, examinándolo.

—Hurra —replicó Zalo, sin emoción.

Me arrebató el dibujo en un gesto displicente y lo metió de nuevo en la carpeta, de forma tan brusca que temí que lo arrugara. Me pregunté si Aurora había reparado en el mensaje de la inscripción.

—Deja de cotillear en mis cosas, ¿vale?

Y siguió hablando para ella de bichos exóticos, como si corriera un tupido velo sobre mi sorprendente descubrimiento, o tratara de apartarme de nuevo de la conversación. Y Aurora escuchaba, complacida.

En esos momentos me daba cuenta de que quizá estaba subestimando a mi hijo, preocupada por su zanganería en los estudios y sus aficiones. Zalo tenía talentos sorprendentes, era capaz de pensar con sentido crítico, se indignaba, leía el periódico cuando lo traía a casa, y no lo leía al revés. Lo cierto es que había perdido de tal forma la perspectiva que tan pronto pensaba una cosa de él como la contraria, tan pronto me enternecía como me hacía aflorar los más bajos instintos asesinos.

Tenía su despacho de trabajo en el centro Rojas Marcos. Intimidaba entrar en esta institución oficial, como si cada vieja alfombra que pisaba, cada rechinante listón del parqué fuera suelo bendecido por ínclitas razas ubérrimas. Allí reinaba un silencio ajetreado y absorto, de ordenador a fichero, un abejorreo mínimo de una a otra celda hexagonal. Contaban con avanzados equipos de videoconferencia y ordenadores dispuestos en red, con grandes pantallas. Sobre una mesa hallé un número de la revista *Science*, cuya portada la dedicaban a la neurociencia computacional: «*Modeling The Mind*». En este tránsito, Adrián Siles me fue explicando que los contratos Rojas Marcos son muy competitivos, pero al quinto año se terminan, como era su caso. Se lamentó de que el personal carecía de

puestos permanentes, y la posibilidad de renovar el contrato quedaba supeditada a lograr una evaluación excelente por el comité de becas y para ello debía contar con un proyecto muy solvente y respaldado por publicaciones internacionales. Era la única forma de obtener puestos de carácter permanente, los *tenure-track*. Pronto nos salió al encuentro un joven investigador obeso y rubicundo, de pequeños ojos astutos y mentón mal rasurado, que se presentó como Manuel Climent, posdoctorado del equipo de Adrián. Era matemático de formación, además de criminólogo. Me cayó bien a primera vista, por su forma de sonreír descuidada y jovial. Estreché su mano gordezuela.

—Bienvenida a nuestra lobera, señorita —saludó, y me guiñó un ojo.

Manuel Climent movía bruscamente los brazos al hablar, apartando fantasmagóricas presencias. La madriguera tecnológica estaba habitada en su mayor parte por investigadores sin puesto definido, como ellos. Becarios, doctores recientes, posdoc… Se estaban hundiendo a gran velocidad.

—Sería una pérdida para Manuel. Es uno de los mayores especialistas en Andréi Chikatilo. Está haciendo su tesis doctoral sobre él.

—¿Andréi Chikatilo?

—El carnicero de Rostov. El único asesino en serie de la Unión Soviética. Un hombre con estudios.

—Lengua y literatura rusas e ingeniería —apuntó Manuel.

—Eso es. Admitió haber matado a cincuenta y cinco personas en doce años. Niñas y adolescentes, en su mayoría, ¿verdad, Manuel?

—¡La vas a espantar! —protestó.

—No he venido a ver una exposición floral —le animé.

Fue Adrián quien me explicó la línea de trabajo, muy original, por cuanto realizaba un análisis de la patología neurológica de un psicópata desde una perspectiva matemática. Chikatilo, relató Adrián, era el típico marido sumiso, un padre que nunca levantaba la voz ante los hijos, un respetado miembro del Partido Comunista que leía los periódicos y se mantenía al corriente de la actualidad. Trabajó como maestro de escuela. Había sufrido una infancia muy desgraciada, de pobreza, en un pueblo de Ucrania. Comenzó su espiral asesina en el 1978, con cuarenta y dos años, y ya no pudo parar. Su primera víctima fue una niña de nueve años. Encontraron su cadáver en el río Grushovka. Escogía a sus víctimas en estaciones ferroviarias y en paradas de autobús, y con algún pretexto, las convencía para que lo siguieran a alguna zona boscosa, a menudo cerca de la estación de Donlesjoz. Una vez allí las violaba, las apuñalaba con saña, les arrancaba los ojos y los genitales y se los comía. Eso lo calmaba. A una chiquilla le extirpó el útero con tal precisión que todos los cirujanos de la provincia de Rostov pasaron a ser sospechosos en potencia. Lo atraparon en el año noventa y fue ejecutado cuatro años después, de un tiro en la

cabeza. Su frase más famosa es: «Soy un error de la naturaleza, soy una bestia salvaje». La pronunció ante un tribunal.

—¿Se comía también los ojos? —inquirí, con un repeluzno.

—Creía que los ojos de las víctimas mantenían una imagen del asesino después de muertos. Era muy prudente, y en cuanto a gustos culinarios, no era lo que se dice un gourmet.

Manuel se avino a darme un esbozo simplificado del modelo matemático que estaba desarrollando.

—Básicamente es un patrón que explicaría los intervalos de tiempo que transcurren entre los asesinatos de ciertos maníacos como él.

—Nunca pensé que pudiera haber ninguna lógica en eso.

—En las redes neuronales hay patrones, umbrales de excitación. Analizando sus crímenes, he observado que seguían un patrón que en matemáticas se conoce como «Escalera del Diablo». Concretamente, detrás de cada crimen cometido por Chikatilo existiría un brote psicótico, que surge a partir de la activación simultánea de varias neuronas en el cerebro. Una vez que una neurona se enciende no puede volver a dispararse hasta que se ha recargado, un tiempo conocido como período refractario. En fin —alzó las grandes manos en un gesto un tanto cómico—, no voy a aburrirte con mis asuntos.

Climent se disculpó y nos dejó para seguir con su trabajo. Mientras cruzamos el módulo de experimentación animal, maloliente habitáculo lleno de jaulas en las que los ratones llevaban una peculiar forma de vida —en la que servir a la ilustre ciencia no parecía un consuelo satisfactorio a sus tormentos—, Andrés me explicaba que el centro Rojas Marcos, como tantos otros, atravesaba momentos inciertos. Los mejores estaban huyendo a otros países con perspectivas para la investigación más prometedoras. A él mismo, transcurrido el plazo de cinco años de su contrato Ramón y Cajal, no se lo prorrogaban dos años más, a pesar de que sus trabajos habían sido evaluados positivamente.

—Aquí sólo hay ya cancelaciones de programas, recortes, retrasos y aplazamientos. Así que los compañeros vuelven a marcharse a países que les ofrecen mejores perspectivas para desarrollar su labor, con una plaza fija. Es una traición, porque nos prometieron puestos permanentes. Aquí, si no eres funcionario, ya te puedes despedir, por bueno que seas o por relevantes que sean tus trabajos, o por buenos que hayan sido tus resultados.

—¿Qué piensas hacer?

—Estoy en comunicación con un centro de investigación de la mente en Sidney. Allí les ha interesado mi perfil y puedo tener un sueldo digno.

—Es una pena que tengamos este sistema tan encorsetado y obsoleto. Imagino que te dará pena marcharte.

—No lo sé. Aquí te acabas quemando, tarde o temprano. No te sientes

apoyado ni valorado.

Aquellos chillidos agudos de ratones enjaulados me eran ingratamente familiares; reconocía en ellos el signo de la ansiedad ante la inminencia de la muerte en el buche de una boa *constrictor* que lleva dos semanas en ayunas.

En una jaula apartada, un ratón de mayor tamaño me escudriñaba a través de los finos barrotes con sus dos diminutos puntos de sangre. Parecía anhelar que aproximara mi mano para arrancarme un dedo. Un ratón psicópata. Aquellos puntos rojos clavados en mí tenían un efecto hipnótico, me fueron lanzando, despacio, a una morbosa ensoñación, en la que este roedor sometido a manipulación química caía dentro de la urna de Viola para servir de almuerzo. Pero esta vez no iba a ser como las anteriores.

—Pertenece a la cepa a la que les ponen acetato de plomo en el agua —escuché en alguna remota distancia—. Éste es el más agresivo, porque ha recibido la dosis mayor.

En vez de correr a la desesperada a lo largo del perímetro rectangular o de patear el cristal buscando una muesca para trepar, el roedor se encaraba a su depredadora. La boa *imperator* se deslizaba hacia él con cautela, sibilina, estirando la cabeza suspendida en el aire, mientras el grueso de su cuerpo moteado de amarillo aún seguía quieto.

—… Los ratones agresivos son manipulados genéticamente en otro laboratorio —continuó Adrián—, insertándoles un gen que permite controlar su actividad neuronal con sólo encender una fuente de luz, que ilumina las neuronas con una precisión nunca obtenida antes. Es una técnica nueva y revolucionaria del laboratorio, y así podemos rastrear sus circuitos de dopamina y serotonina…

El ratón dopado con plomo se lanzaba con ímpetu vesánico sobre Viola y le hundía sus afilados dientes frontales en la cabeza. La boa realizaba una relampagueante maniobra defensiva, replegándose, enroscándose para tratar de liberarse del ratón, que la emprendía a furiosos mordiscos que atravesaban las escamas. Pronto lidiaban una feroz batalla en la que apenas podía percibir quién llevaba las de ganar, pues la boa estaba desatada, el ratón chillaba, y cuando conseguía quitárselo de encima, allí estaban otra vez, en combate mortal. Y yo animaba al ratón, clávale esas palas afiladas, desángrala, y luego muérete tú, maldito.

Una fugaz caricia en el brazo me arrancó de mi vertiginosa ensoñación. Sin querer, recreando la batalla, me había arañado el dorso de las manos.

—¿No te parece intrigante?

Asentí, poco verosímil, pensando que en realidad era una crueldad, pero quién era yo para opinar sobre eso, cuando en materia de indulgencia con ratones no me había ganado una buena reputación.

—¿Podría llevarme uno? ¿Este mismo? —murmuré, sin pensar.

—¿Qué?

Me miraba como si hubiera perdido el juicio.

—Enjaulado, claro —añadí, con una risa tonta.

—¡Estarás de broma! No son mascotas, son animales manipulados, peligrosos. Los utilizamos para desarrollar fármacos efectivos contra la psicopatía.

Ante su gesto de preocupación, dejé escapar una carcajada nerviosa.

—¡Claro que estaba de broma!

Él también hizo por reír, con pocas ganas, y comentó que tenía un extraño sentido del humor. Me conminó a seguirle por un pasillo. Subimos escaleras a una planta superior. Él siguió hablándome de otros proyectos en los cuales no participaba, y yo di en imaginar qué ocurriría si envenenara con acetato de plomo a las presas de la serpiente.

Llegamos a su despacho, al fondo del ala izquierda. Era una pequeña sala exterior, con dos ventanas que daban a un jardín circundante. Un mueble estantería de estructura metálica daba cobijo a la hemeroteca, y en la pared opuesta otra, de madera, a la biblioteca. En la pared del fondo, tras el escritorio, se erguía un enorme panel que ilustraba un simposio: *Neuroethics; mapping the field*, con la imagen de un rostro segmentado en planos superpuestos, semejante a un retrato cubista, desvelando cortes histológicos y ramificaciones neuronales. Dana Foundation, Stanford Center for Biomedical Ethics.

Abrí la ventana, todavía ofuscada por mi fantasía violenta, y aspiré una bocanada de aire procedente del jardín, y me quedé contemplando la pulverización del agua en el retroceso de los aspersores, una luz nimbada que no llegaba a formar un crisol. Era una grama limpia, muy verde, flanqueada de arriates de begonias y hortensias, un lujo para los ojos en el centro de Madrid. No había árboles. Respiré hondo. Acepté aquel caso para poder experimentar lo nuevo y lo complejo, e incluso lo perverso, y tal vez me equivoqué y me había metido en un jardín de espinos. Sólo aspiraba a ser una mujer normal, una buena madre, una terapeuta eficaz.

Me moví de allí, en otra dirección. Acudí a la ventana opuesta, donde vi a un tipo barrigón limpiando su coche, uno de esos tipos de aire bondadoso que parecen secundarios de un *western* de John Ford. Hombres buenos y hombres malvados. Ricardo era un samurái sin amo. Pero los samuráis eran hombres de honor. Tenían una ética personal. También se mata por sentido del honor. Y por pasiones.

Era manejable esa tensión con él, me ayudaba a estar en guardia. Siempre tenía la sensación de que estaba a punto de colmar su paciencia. Y no porque yo fuera impertinente. Quizá porque lo hacía mal, dando palos de ciego, y en cada uno, él recibía. Trataba de que eso no me influyera, para poder disparar como un cazador cuando asoma la presa. No quería arredrarme. ¿Y qué pasaría si perdía la paciencia? Fuera lo que fuese, nada

bueno.

—Vive en un mundo despersonalizado —dije, para cambiar de orientación el foco—. No es que no haya personas en él, sino que lo domina un vacío mental. Emociones y vivencias sin edición. Sólo la ira. Tiene una lista de ofensas. Todos hemos firmado en ella.

Una terapeuta que no tiene control alguno sobre su paciente, eso es lo que le transmitía. Atrapada en un anillo de fuego, envía un mensaje de socorro, pero es de humo, así que no se distingue el humo de la hoguera. Saber que él era un asesino me hacía más vulnerable. Tenía su secreto.

—¿No puedes darme alguna pauta útil?

Mi pregunta le hizo sonreír con paternalismo.

—Escucha, Isabel, la terapia funciona cuando se produce un vínculo entre el terapeuta y el paciente, basado en la confianza, la sinceridad y la cooperación. Y éstos son, precisamente, los criterios que los psicópatas no cumplen: son mentirosos, superficiales, manipuladores y carentes de empatía. Además, la terapia puede volverse en contra del terapeuta si el paciente la utiliza para exhibir su ego. Puede que no haya acudido a ti en busca de ayuda, si no reconoce tener ningún problema. Puede que simplemente se aburra y tú seas su juego.

—Yo no soy su juego.

—¿Por qué estás tan segura?

—No tiene ego. No interpreta.

Recordé su mirada gris, de lluvia. Destilaba franqueza e impotencia.

—Como… un actor invisible —sugirió Adrián.

—Puede ser.

—No descartes que esté tratando de cautivarte fingiendo no hacerlo.

—No descarto nada.

Necesitaba un instrumento más fiable que mis sospechas, para un diagnóstico diferencial.

Siles lo tenía en su despacho. Y por eso estábamos allí. Me entregó un maletín de piel negra con la Escala PCL-R, *Psychopathy Checklist Revised*, de Robert Hare.

—Trátalo bien. Es delicado.

Me pareció que se refería a caro. Siles observaba con intriga y curiosidad. Tendría que leer cuidadosamente sus instrucciones de pasación y corrección.

—Si tu paciente alcanza un mínimo de treinta puntos sobre el total de cuarenta, mejor será que abandones la terapia, Isabel.

—Supongo que ése es tu consejo, que lo deje, en cualquier caso.

—Entraña un riesgo —dijo, serio—. Por no decir un peligro.

Qué iba a contestar. Mejor no hacerlo.

Me ayudó que se girara para atender un mensaje telefónico. Me dio un respiro. Ahí tenía la prueba. Abrí el maletín. Todo en inglés, perfecto. Él lo

hablaba. Empecé con intención de leer sólo un par de preguntas. Pronto aquello comenzó a interesarme de verdad. Sentí un calor en las orejas. Descubrí que yo podía contestar afirmativamente a muchas de ellas, si lo hacía con cruda sinceridad. Albergaba fantasías sobre truculentas torturas, que reservaba para determinadas mujeres, antiguas compañeras de colegio, como Beatriz.

—Puede que yo diera esa nota de corte —murmuré.

Adrián Siles dejó de teclear y leyó mi semblante grave.

—Supongo que estás bromeando —dijo, cerrando el móvil—. Hoy en día, con los tiempos que corren, cualquiera desearía atracar un banco y torturar al director.

—Ojalá fuera sólo eso.

Tras unos segundos de silencio se acercó a mí y posó su mano cálida sobre la mía.

—Creo que confundes realidad con fantasía.

Retiré la mano.

Tenía un nudo en el estómago. No pude evitar cuestionarme si no estaba yendo demasiado lejos, si no habría hecho mejor en mantener la boca cerrada. Acababa de abrir una espita tóxica. Pero ese hombre podía entenderme sin alarmarse. ¿Es por eso por lo que lo hacía?

—¿A qué te refieres?

—No soy la que parezco.

Me había elaborado una personalidad, un camuflaje, un disfraz con hebras delicadas, con el mejor género, seda salvaje. Un colegio privado, jesuitas, la alumna modelo (quizá por eso la tomaron conmigo, fui blanco de odios e impulsos sádicos de aquellas niñas de papá). Zapatitos blancos para ir a clases de piano. Tuve que sacrificar mi identidad para meterla en el molde blanco con ribetes de encaje. Si no entraba a la primera, con un buen golpe se incrustaba. Podía transformarme en una variada galería, excepto en mí. Una trágica escisión. Y temía perder el control, cuando la Furia entraba en escena, me dominaba, me llevaba a vomitar. Esa Furia me avisaba de que algo no estaba en su sitio. Y, casi más que perder el control, temía dejarme controlar, y aquí entraba en juego Ricardo, por dos razones bien distintas: la primera, porque temía que, en efecto, estuviera tratando de ejercer sobre mí una nueva y extraña forma de seducción —de lo cual no podía estar segura, dado que, hasta ahora, no había sentido ese intento de aproximación, por sutil que fuera—, y la segunda, porque él mismo se comportaba como si temiera que alguien tuviera información sobre él, para controlarlo. Tal vez así había sido en su pasado, una información comprometedora o demasiado personal, que nunca debió propalarse, le hizo daño, lo expuso, lo volvió vulnerable y desconfiado.

—Mira —dijo, contemporizador—, puede que en realidad no tengamos una personalidad definida, un yo esencial. ¿Somos como creemos ser o

como nos ven los demás? Puede que seamos el calidoscopio de identidades que adquirimos según con quien tratamos. Nos vamos adaptando a los otros, eso es todo.

—¿Quieres decir que la forma en que nos perciben, eso somos?

Adrián asintió.

—Diferentes máscaras para cada ocasión —añadí.

—En latín, máscara significa persona. La persona es la máscara. No podemos mantener un yo consistente e invariable. Ni siquiera somos lo que creemos que somos. Y no somos una arista, sino el poliedro completo. ¿Crees que finges ser otra persona? Puede que sólo finjas ser exactamente quien eres.

—Suena extraño.

—Lo es. Tantas veces creemos que nos malinterpretan, y lo que ocurre es que nos malinterpretamos.

—No obstante, hay un límite. Imagina que tú me odias, que deseas herirme, y sin embargo, te muestras amable y considerado conmigo. ¿No estás traicionando tu natural sentir?

—Me cuesta creer que albergues sentimientos tan negativos.

—No hacia ti, claro. Pero sí, es mi triste realidad. Por mis venas no circula leche condensada.

Cabeceó, poco convencido, sin dejar de mirarme con una simpatía que me inclinaba a hacer más confidencias. Añadí:

—Además, tu teoría me resulta, no sé cómo decirlo… Nihilista.

—¿Por qué?

—Es ilusorio decir que debajo del camaleón no hay nada, ningún yo real y único. ¿Acaso cuando estamos solos nos diluimos en el vacío? Pavese dijo: «Todo lo que no podemos hacer solos disminuye nuestra libertad».

—¡Vaya! ¡Eres dura de pelar! —Se echó a reír—. Oye, tengo hambre. Te invito a comer.

Almorzamos en una tranquila arrocería entre timones de barcos en miniatura y cuadros con todas las clases de nudos que una mujer moderna como yo jamás sería capaz de desatar ni con todos los dientes y todas las uñas. El dueño era un amante de la pesca que gustaba de retratarse con grandes ejemplares de boca abierta y una ufana sonrisa; uno de ellos era un pez espada de considerable envergadura. Cerca de nosotros había un grupo de cuatro trabajadores del barrio, de aspecto honrado, que tomaban el plato del día y charlaban sobre ultrajes de los bancos, engaños de los que habían sido víctimas por parte de individuos y jerarquías. Uno de ellos sacó a relucir un dato que yo había leído en la prensa: más de un millón de personas comen en centros de Cáritas. En su opinión, el sistema del bienestar que tantas décadas había costado crear, había quedado definitivamente desmantelado. ¿Eso era democracia? A otro le habían

rebajado el sueldo hasta ochocientos euros, y otro temía un despido inminente. Así no podían mantener a sus familias. En cuanto se pusieron a hablar de fútbol experimenté cierto alivio.

Se le notaba a Siles más tranquilo y confianzudo. Sonreía con los labios apretados. Me habló de su vida, de sus viajes, sus aficiones, sus relaciones pasadas. Sin embargo, no se había desprendido de su bata de sabelotodo. Mientras degustábamos un arroz caldoso con marisco supe que había tenido una pareja estable, una chica de buena cuna londinense y afincada en Nueva York que trabajaba de intérprete, con la que había mantenido una relación sentimental de seis años, tras los cuales se había instalado en una cómoda soltería, aunque no por ello sedente. Era un hombre en constante movimiento, amante de los viajes y de las mujeres, que no perdía ocasión de hacer relucir su educación chapada en oro. No sólo conocía mi línea de trabajo, la terapia racional emotiva, sino que incluso había estado en el Albert Ellis Institute, en la calle Sesenta y cinco de Nueva York y había tratado personalmente a Jeffrey Bernstein, presidente del Board of Trustees, de lo cual se enorgullecía sin disimulo.

Por mi parte, me referí a mis únicos compromisos serios: mi descastado hijo (no empleé este calificativo), que escribía S.O.S. en su cuaderno, ahora en fase de rehabilitación de su pierna, y su mascota (no especifiqué la especie); dos bocas que alimentar, a cuál más fría y enroscada, en el zoológico de mi hogar, y ambas fuente de grandes sobresaltos. Asuntos propios de la crisis de los cuarenta, cuando comienzas a descender la montaña de tu vida, pero no sabes si te has equivocado de arista, con grave peligro de despeñarte. Una vez más traté de mostrar mi mejor cara de mujer moderna, al fin y al cabo tenía ya mi smartphone para enviar WhatsApp, televisor con Home Cinema multimedia de no sé cuántas pulgadas y la termomix, qué más podía necesitar. Él se echó a reír.

—¿Crees que me he quedado obsoleta como terapeuta? ¿Debería usar un escáner para ver qué bulle en las cabezas de mis pacientes?

—No necesitas esa tecnología. Tienes un don especial, la percepción.

—No tan especial. Es algo que las mujeres llevamos en la cabeza, ya sabes, entre el hipotálamo y el troncoencéfalo, justo detrás de la campanilla. Y justo debajo, la afición al cotilleo.

—Como dijo Yogi Berra, *half of this game is 90 per cent mental*.

Nos echamos a reír, aunque ignoraba quién carajo era Yogi Berra, porque el único «Yogui» que yo conocía era el que robaba emparedados de una cesta, en el parque Yellowstone. Se lo pregunté.

—Un famoso jugador de béisbol. Famoso por su frase, que no por su juego.

—Tratas de ser amable conmigo, pero antes me has dado un buen palo, al recomendarme que no trate a mi paciente. Crees que me ha seducido, pero no es así. No parece que actúe para mí.

—Saben hacerlo para que no parezca que actúan. Te contaré una historia. ¿Has oído hablar de Hermann Goering?

—«Cuando oigo hablar de cultura, echo mano a mi pistola.»

—Exacto. —Sonrió—. Aunque parece que la frase exacta fue: «Cuando oigo hablar de cultura, quito el seguro de mi Browning».

No sabía mucho de Goering, salvo que fue lugarteniente de Hitler y ministro del Aire. Me interesé por él a tenor de un filme, *La batalla de Inglaterra*, en la que aparecía gordo y con un uniforme blanco lleno de lustrosas insignias. Su estrategia aérea no consiguió aniquilar a los veloces escuadrones de Spitfire ingleses.

Él me aclaró que fue, además, comandante supremo de la *Luftwaffe*, fundador de la Gestapo, el mayor mariscal del Reich que quedó vivo tras el suicidio de Hitler, Heinrich Himmler y Goebbels.

Me mostró en la pantalla de su móvil una fotografía en blanco y negro, formaba parte de un artículo sobre jerarcas nazis. El gesto adusto, la mirada gélida y altiva, un uniforme claro, de ministro del Aire, con numerosas condecoraciones de guerra, entre las que destacaba, prendida al pecho, un medallón de plata, estrellado como un copo de nieve: la Orden del Águila alemana. Tenía el pelo planchado hacia atrás, ojos que se adivinaban claros, azules, rasgos duros, atractivos. A su lado había otra fotografía de un hombre joven, sonriente, la viva imagen de un buen tipo. Le pregunté quién era.

—Se llamaba Douglas Kelley, psiquiatra militar del ejército estadounidense. En Nuremberg, mientras Goering se encontraba en prisión, a la espera del juicio, se le encomendó analizar su personalidad y determinar si estaba cuerdo y era apto para ser juzgado. Douglas Kelley se tomó muy en serio su misión durante seis meses en los que se ganó la confianza y el aprecio de Goering. Y éste impresionó a Kelley por su inteligencia, tenacidad y elocuencia. Le asignó un cociente intelectual de ciento treinta y ocho, y lo consideró absolutamente lúcido. Es importante saber el perfil psicológico de este sujeto. Se había casado con la bella actriz Emmy Sonnemann, llevaba una vida de lujo, en una casa de ensueño, que había sido visitada por los duques de Windsor. Le encantaba recibir visitas de los personajes importantes europeos. Era vanidoso, ególatra, adicto a la popularidad, vividor, hedonista, teatrero, le encantaba lucir uniformes de fantasía, que le daban personalidad propia. Amaba el arte, a su manera; el arte que robaba a manos llenas. Sus valiosas obras provenían de expolios de colecciones privadas y museos europeos. Fingía ser el más fiel seguidor del Führer, pero la verdad es que delante de Hitler no mostraba el tacto y la sumisión que convenían. El propio Hitler lo proclamó Mariscal del Reich y lo designó sucesor en el cargo de jefe de Estado. Y fue uno de los primeros jerarcas nazis que se dio cuenta de que la guerra estaba perdida. En un gesto de valentía, a finales de abril de 1945, Goering envió una

carta a Hitler sugiriéndole que le traspasara el poder, en vista de que Hitler, protegido en el búnker subterráneo bajo la Cancillería del Reich, ya no estaba en condiciones de hacerlo. Hitler vio en ello una traición, le hizo detener y confinar a él y su familia en un castillo cercano a Berlín; le destituyó de todos los cargos y le amenazó con que si él moría, toda su familia sería asesinada. Por suerte, no sucedió así. Caído el Reich, y muerto Hitler, a Goering lo atraparon en un atasco de carretera, en su Mercedes acorazado. Llevaba cuarenta y nueve maletas y una fabulosa colección de joyas robadas a los judíos, que él llamaba botín de guerra, entre los que se encontraban enormes diamantes azulados y esmeraldas. Custodiado por una fuerte escolta, lo llevaron al cuartel general de Stack, y luego a Kitzhübel. Los oficiales y periodistas americanos lo trataron como a toda una celebridad. Era una pieza de caza mayor. Allí empezó su cautiverio. Pero tenía un ego tan inmenso que se lo tomó con deportividad. A Goering le gustaba compararse con los Nibelungos y afirmó que era el último representante del Renacimiento. Se consideraba a sí mismo como el prisionero número uno, porque Hitler y Himmler ya estaban muertos. Siempre quería la primera silla en el tribunal. Todo está documentado, ya que los papeles personales de Kelley y los historiales médicos se han dado a conocer hace poco. Lo primero que hizo Kelley fue tratar la adicción de Goering a la paracodeína, un analgésico que consumía desde los años treinta. Douglas lo convenció haciéndole ver que él, un gran hombre, podía vivir sin analgésicos cuando millones de hombres débiles lo hacen. Y Goering dejó la paracodeína. En los diarios de Kelley se va viendo cómo experimenta, sin darse cuenta, el síndrome de quienes trabajan con delincuentes sanguinarios: pese a aborrecer las atrocidades que el preso cometió y ordenó, llegó a considerarle cautivador. Tanto es así que abogó por él en pequeños detalles: bancos más cómodos en el juicio e incluso consiguió que le dieran un permiso para escribir a su familia, y esto resulta intrigante. Al final de sus días, Goering, en su celda número cinco de Nuremberg, quiso despedirse del único amigo que le quedaba; le regaló una fotografía dedicada que Douglas Kelley siempre conservaría.

—Impresionante. El psiquiatra se convirtió en confidente y compañero.

—Pues aún hay más. Cuando se le notificó a Goering su condena de muerte, llevó a cabo un desafío que sorprendió a todos: dos horas antes de ser llevado a la horca, consiguió eludir la ejecución.

—¿Cómo es posible?

—Se tragó una cápsula de cianuro. Fue su gran jugada. Ya estaba muerto cuando los guardianes lo fueron a buscar. En su celda encontraron una carta en la que aseguraba que había sido dueño de su propio destino.

¡Murió como un auténtico jerarca nazi! Realmente, me pareció una jugada maestra.

—Es un misterio, cómo llegó el cianuro a sus manos, porque estaba

sometido a una extrema vigilancia, y ningún orificio de su cuerpo escapaba a las inspecciones rutinarias. Se sospechó de su mujer, que pudo haber sobornado a los guardianes. Otros reclamaron este dudoso honor, pero nada se sabe seguro sobre esto. Lo que está claro es que el ex mariscal tenía sus contactos fuera, así fue cómo se enteró de la hora y la fecha de su ejecución, y esos mismos contactos pudieron llevarle el cianuro hasta la celda. Tal vez fue el propio Kelley quien se la proporcionó. No sería tan extraño, habida cuenta de cómo llegó a admirarlo. Me temo que nunca sabremos con seguridad quién lo hizo. En fin, su cuerpo fue incinerado y sus cenizas arrojadas al río Isar.

—¿Y qué fue de Kelley?

—Murió joven, a los cuarenta y cinco años. ¿Adivinas cómo? ¡Se tragó una cápsula de cianuro!

—¡Ah, no!

—Como lo oyes.

Sonaba como si no fuera real, como si se tratara de una historia urdida por un guionista de Hollywood. Dos días más tarde, en casa, consultaría un artículo en inglés de la *Scientific American* analizando los documentos de Kelley, y confirmaría que los hechos eran verídicos, tal fue el mimetismo que el psiquiatra adquirió con su paciente. En sus diarios, Kelley lo describe como narcisista, obsesionado con su apariencia física, cínico y «cargado de fatalismo místico». Me gustó esta expresión, fatalismo místico, muy wagneriana. Había sido llamado a una misión grandiosa, pero aún creía que podía culminarse, y de hecho, le confesó al psiquiatra: «Me colgarán, pero dentro de cincuenta años habrá estatuas de Goering en todos los pueblos alemanes». Era evidente que no albergaba el menor atisbo de arrepentimiento o culpa. El psiquiatra se convirtió en el abogado de Goering para las pequeñas cosas. El origen de la píldora de cianuro, nunca aclarado, le daba a esta historia ese toque exótico, casi sobrenatural. Lo que más me impresionó fue leer un texto del propio Douglas Kelley, elogiando el orgullo de Goering en un libro que publicó poco después: «Soportó tan estoicamente su largo encarcelamiento que pudo desmoralizar al tribunal aliado, e intimidó a los fiscales lo mismo que hicieron ellos … Su suicidio … fue inteligente, incluso brillante, el toque final, terminando el edificio para que los alemanes lo admirasen en tiempos venideros … La Historia bien podrá demostrar que al final Goering triunfó a pesar de ser condenado por el Alto Tribunal de las potencias aliadas».

Era evidente que fue un golpe de efecto brillante, pero al escribir «terminando el edificio para que los alemanes lo admirasen en tiempos venideros» y «Goering triunfó», la mente que guiaba estas palabras parecía más la de un nazi que la de un patriota norteamericano. No podía por menos que sentir que Goering había logrado adoctrinar a Kelley.

Para cuando Kelley decidió suicidarse con una cápsula de cianuro potásico, doce años después, en su casa de Berkeley, su vida había descarrilado: alcoholismo, problemas matrimoniales… Lo insólito fue el método que escogió digno del discípulo que sigue el ejemplo del maestro.

De nuevo en el presente, allí, en la arrocería, junto a mi cancerbero que me conducía por la laguna Estigia, lo que estaba comprendiendo era que las personas como Goering no eran psicópatas. Es lo que quería hacerme ver Siles: el historial delictivo no habla necesariamente de un perfil psicopatológico. Goering era sólo un militar ambicioso, cumplidor de su deber por la Gran Nación y la raza. Los peores eran personas lúcidas, afectuosos con los suyos, compasivos con sus compañeros y correligionarios, tiernos con los animales, idealistas en su visión megalómana de una Gran Alemania, confiados en la perspectiva de un mundo mejor, de hombres y mujeres orgullosos y sanos de mente y espíritu. Su problema es que estaban inmersos en un sistema distorsionado. No había perspectiva posible, cualquier ventana fuera del sistema estaba clausurada. La ley había creado el pensamiento único.

Adrián Siles terminó su relato haciendo hincapié en que el riesgo de quedar atrapada por la personalidad de mi paciente era real. Haría mal si no me avisara. No obstante, yo entresacaba otra enseñanza: el asesinato a sangre fría de mi paciente, dondequiera que se hubiese producido, no demostraba por sí mismo una patología. Por eso necesitaba un buen diagnóstico, y una prueba fiable, como la que él me había prestado.

Una noche ajetreada

Pasamos la tarde de café en café. Adrián tenía algo de irreal, pues no se parecía a nadie que hubiera conocido o esperase conocer. Sonreía con los labios apretados. Hacía por parecer culto. Carecía de ironía para sí mismo, y trataba de coincidir —sospechosamente— con mis gustos. Trataba de que sonara verídico que le gustase la jardinería japonesa, el arte de la talla de ébano y la *nouvelle vague*. A ratos le buscaba un gesto en falso que delatara una cualidad de actor o farsante o lo hiciera un hombre corriente, amante de la Fórmula 1, fan de Mourinho, de las chicas con pechos opulentos, del cine de acción y las costillas de cerdo con salsa barbacoa. Buscaba en él un gesto delator en el enorme espejo tras la barra, donde se reflejaban unas lámparas rematadas en tulipa naranja, otras mesas ocupadas por clientes, breves fulgores provenientes de la calle, el empapelado verde tapete. En ese espejo veía un ángulo diferente de su cara, y también me veía a mí misma, de una forma en la que tal vez no me hubiera gustado reconocerme, ansiosa, a medias embelesada, discretamente seductora, mal peinada (ese viento de la calle), mordisqueándome el labio inferior. No acababa de sentirme cómoda ante tanta pulcritud y aprovechaba cualquier oportunidad para desviarlo a temas intrascendentes, reivindicar la frivolidad y el absurdo, arrancarlo de su *gravitas*.

Me trataba con demasiada delicadeza para mi gusto, y me miraba a los ojos, y aprovechaba cualquier oportunidad para decirme que algo de lo que yo hacía, decía, pensaba o insinuaba le parecía «admirable». Ésta era una palabra usual en su repertorio. A veces parecía querer jugar un poco a ser un *gentleman*, pero yo le quitaba las ganas con algún gesto de impaciencia. Me lo perdonaba, como me hubiera perdonado probablemente que le hubiera arrojado a la pechera la delicada cubierta del azucarero de porcelana japonesa del local. Sentía predilección por las buenas ideas, y probablemente tenía un sexto sentido para apreciarlas, como un guionista o un creativo que sabe detectar, en medio de una cascada de argumentos trillados, un pespunte original. Él no hablaba de idea, sino de *percepción*. Alguien había tenido una percepción en el ámbito artístico o científico; era una suerte de eclosión o estado de gracia. Mi problema era que nunca he creído en esa clase de epifanías de lucidez en las que, como en una extraña simultaneidad de perspectivas, abarcas el todo y calas la Esquiva Esencia. En mi vida, siempre había ido entendiendo

las cosas poco a poco, merced a duros batacazos y con largos compases de espera entre el interrogante que abre la oración y el que la cierra. Y a estas alturas, consciente de mi humana poquedad, ya no esperaba beneficiarme de ninguna súbita iluminación o visión esclarecedora, sino tan sólo de que mis pechos fueran todavía resultones a los cuarenta.

A las diez me llevó con mi completa aprobación en su Peugeot negro a su dúplex de la Castellana, un piso que no estaba al alcance de cualquiera. No era la investigación la que le había proporcionado una holgura económica, sino la herencia de un padre que fue notario, gracias a la cual, precisamente, podía dedicarse a su vocación sin pasar apuros. En aquel espacio tan diáfano se podría haber hecho el piso más bonito del mundo, pero, por desgracia, el gusto decorativo no era una de las cualidades de Siles. Los muebles, enormes, dificultaban el tránsito, y las plantas en las esquinas —troncos de brasil, kentias— obligaban a hacer extraños giros para acceder a las habitaciones. En el amplio salón reinaba un considerable desorden de libros, revistas, informes, carpetas… No había conseguido darle una identidad distinta a la de un despacho comedor con un sofá para la televisión y la cadena musical con dos torres azabaches de sonido Bang & Olufsen. La alineación de los libros de la estantería de puertas acristaladas no se regía por la verticalidad, sino que tenían cabida todas las posiciones. Su ropa yacía fuera de las perchas, en las sillas, sobre la mesa de trabajo, atestada de papeles, y durante unos minutos se dedicó a recogerla a toda prisa, excusándose, y a arrojarla al fondo de un armario empotrado. En fin, no era lo que se dice un hombre ordenado. Las paredes tampoco se libraban de su gusto por lo recargado, con sus cuadros de motivos mitológicos que habían pertenecido a la notaría de su padre.

Mientras iba al mueble bar a preparar las copas de brandy, me acerqué a su nutrida biblioteca, con más títulos en inglés que en castellano, y curioseé algunos ejemplares. Sobre el aparador, enmarcadas, encontré fotos de su familia. Siles volvió con las copas. Nos sentamos en un cómodo sillón color burdeos y apresé su mano y le pregunté, a quemarropa, qué esperaba de mí.

—No lo sé —dijo—. Me gustas.

Llevé esa mano a mis labios y a mi lengua, a mi vientre y a mis pechos, y él suspiró de placer, y la llevé al vientre, a los muslos y al sexo. La hice palpitar, y me hizo separar las rodillas y arquear la espalda, y comenzamos un compás *à deux*.

Mi cabeza zumbaba y afuera la noche iba girando como una enloquecida constelación de abejas.

A la mañana siguiente me desperté sola en la cama doble y al abrir los ojos lo primero que vi fueron cinco envoltorios de preservativos rasgados, sobre

la mesita. Y esa visión trajo a mi cabeza dolorida el resumen de la noche. Me incorporé con esfuerzo, cegada por la luz que se filtraba por las cortinas.

—¿Holaaa? —desafiné.

No hubo respuesta. Sobre la colcha encontré una nota suya, dos líneas: «Me marcho a Barcelona. Reunión trabajo. Mete la llave en mi buzón. Pienso en ti».

Me encontraba demasiado deshecha para razonar algo coherente, como la razón de mi presencia allí. Me dolían los muslos, las ingles y la cabeza me daba vueltas. Traté de recordar, y todo eran imágenes confusas al principio, hasta que se fueron ordenando, conforme fui encontrando mis prendas desparramadas por el suelo. Él me acariciaba los pezones duros y me miraba a los ojos, pero era una mirada licuada en sus propias sensaciones, ajena a mí y ajena a lo que su semblante me mostraba, ajena a mi placer o displacer, a mi avidez o a mi hartazgo. Me miraba para recordar a quién poseía. Se mordía los labios y de vez en cuando emitía breves gruñidos de placer, y en el momento final cerraba los ojos con fuerza. A las cinco de la mañana ya había tenido suficiente y le dije que quería dormir. Se mostró de nuevo amable, sonriente, fue al lavabo y debí de dormirme antes de que regresara. Al cabo de un par de horas estaba otra vez dispuesto y yo, recostada de lado, con las rodillas flexionadas, noté cómo recomenzaba desde atrás; me empujaba suavemente con la pelvis mientras me asía la cadera.

Me llevó a acometidas y sobresaltos igual que si cabalgara un toro bravo en un rodeo de Dakota, dominado por ansias cada vez más ciegas y animales, y me di cuenta, oscuramente, de que se estaba desatando su Furia. Yo era la hoguera en la que quemaba sus frustraciones, necesitaba sentir que me domeñaba, que yo era su esclava carnal, y entonces dejé de reconocerlo, o más bien vi a un hombre diferente del que había visto hasta ese momento, y no me gustó en absoluto lo que veía, y no podía desasirme de él, tan fuerte me tenía sujeta por la cintura. Mis protestas no fueron escuchadas, hasta que no se desahogó soltando un largo bufido caliente de satisfacción junto a mi oído, doblegó la testuz, hincó la rodilla y pude retirarme a un hueco tranquilo de la cama y cerrar los ojos, sintiéndome utilizada, carne para su provecho, desahogo de no sé qué insatisfacción vital. No era muy reconfortante. En descargo de Adrián también podía alegarse que estaba cegado por el deseo. Y resultaba tentador consolarme con la idea de que el objeto de tal deseo fuera yo, aunque… si me hubieran cambiado la cabeza y el alma y me hubieran dejado sólo los muslos y genitales, ¿acaso hubiera cambiado algo para él?

Estaba sola. Ah, Dios; olía ácida, a todos los fluidos corporales, tenía los músculos entumecidos y corrí a meterme en la ducha. Era un alivio que se hubiera marchado, pues nunca logré aprenderme el protocolo de la

mañana siguiente. Es duro encontrarte con el mismo hombre de la noche pasada, con otra cara y con la ropa de un trabajador honrado, investigador de las oquedades de la mente. Entonces habría sonado como un desacorde chirriante cualquier alusión a su brusquedad y afán de dominación carnal. Seguramente ni se acordaría, porque su conducta se produjo en un punto ciego de su conciencia, en su lado menos humano, y mi reproche a su comportamiento totalmente desconsiderado habría creado una situación embarazosa. Y aunque no hubiese hecho ninguna referencia a nuestra peripecia sexual ni llevado la conversación a cualquier asunto inofensivo y banal, estaba segura de que no hubiera sabido comportarme con desenvoltura y naturalidad.

El agua caliente cayendo sobre mí en cinco chorros a distintas alturas me hizo sentir mejor, a pesar de ser una extraña en una casa extraña. Por encima de la vibración del agua sobre mi piel elástica escuché mi móvil sonando y recordé que últimamente, mientras me duchaba, siempre me llamaban por teléfono, ¡no fallaba una! Nuevas llamadas perdidas. Tenía la impresión de que siempre sonaba mi móvil cuando estaba duchándome, una irritante casualidad. Aunque tal vez para llegar a esa conclusión debería contabilizar, junto con los casos positivos, los negativos: duchas sin llamadas. Ésas no habían sido computadas.

Me envolví en una toalla suave color miel, preguntándome qué otros cuerpos de mujeres de gallarda figura habría envuelto en los últimos meses. ¿Qué hacía yo en la cama con mi asesor terapéutico? Más me hubiera valido marcharme antes a mi casa. Lástima no tener a mano mi pasta blanqueadora con fluroscidrina —especial para encías sensibles— para purgar de mi boca todos los salados mordiscos. Las imágenes inconexas de la noche, mientras desayunaba una mezcolanza de cereales, me traían un regusto de vicio y desmesura. No halaga nuestro sentido estético mirar retrospectivamente, reconocerse animales sedientos, trepando por la piel. Apenas nos conocíamos, pero cuando una llega a una edad, se hace responsable de sus gestos y pasiones. Era cierto que me había ofrecido a él sin reparos, más de lo que solía ofrecerme a Luis, por lo menos en los últimos años. Mi ex solía tener más atenciones conmigo, aplicaba el *ladies first* para el momento culminante, un gesto muy de agradecer. No es que me arrepintiera de haber tenido una experiencia salvaje, sino que sentía, con un mordisco de humillación, haber vendido barata mi intimidad. Hay algo vagamente sucio y grotesco en la entrega, y aun así, para qué engañarnos, por mucho que cante mi admirado Walt Witman, somos animales deseando convertirnos en personas. La llamada perdida era de Luis. Ésa sí me importaba.

¿Cómo justificas tu existencia?

A veces tenemos la conciencia de estar haciendo exactamente lo contrario de lo que deberíamos hacer, o de lo que aconseja la cordura y el sentido común, y pese a todo, seguimos adelante, no podemos parar, o no sabemos cómo hacerlo. Es como ir en un coche con los frenos averiados. Confías en que un cambio de rasante, un tramo en pendiente o una zona de frenado de emergencia te libre del accidente, y mientras tanto vas utilizando el freno del motor para ir aminorando la velocidad.

En mi ánimo pesaba la advertencia de Adrián Siles, en su papel de experto en lo que yo más temía, también la de Aurora y, con todo, no me decidía a claudicar: cada semana Ricardo Alvear volvía y yo trataba de avanzar. ¿Por qué persistía? Me pregunté si era acaso el miedo a que él tomara algún tipo de represalia si interrumpía la terapia, aunque realmente no creía que fuera a hacerlo, pues él mismo me había dejado la puerta abierta desde el principio. Ahora que sabes lo que hay, puedes dejarlo antes de empezar, había dicho. O puede que tuviera que ver con el contraste: me había topado con alguien peor que yo. Alguien que me hacía parecer mejor.

También podía ser —y no como algo excluyente, sino añadido a una de las causas anteriores, o a ambas— la fascinación del miedo. Esto es lo que me rondaba por la cabeza algunas noches en las que no podía dormir, al amparo de la oscuridad, en las que se me revelaba su corazón sombrío como el Éboro. Al levantarme por las mañanas, mientras sorbía el primer café, estaba segura de que la verdadera razón no era otra que mi exacerbado sentido de la responsabilidad profesional, que me impide dejar un trabajo a medias, o a un hombre a merced de su ideación suicida, y de superar las dificultades que me iba encontrando. Una y otra vez volvía a mí el recuerdo de ese hombre inclinado sobre el antepecho de su terraza, una noche fría, mirando al vacío. Y tenía la seguridad de que era la única vez que había visto al verdadero Ricardo.

La *Psychopathy Checklist Revised*, de Robert Hare, préstamo de mi nuevo guía espiritual, constaba de varios cuadernillos, uno de ellos con preguntas de esa clase que es mejor no hacer si quieres tener la fiesta en paz. Cuestiones vidriosas que escarban cimientos perversos, ilícitos. Aficiones sórdidas. En un grueso manual de corrección e interpretación se graduaba la gravedad de las posibles respuestas. Buscaban una mente imperturbable

al horror, al sufrimiento, o que incluso se regodeara en él; formas de sadismo doméstico, tortura de animales y hasta de personas. La actitud ante las preguntas —indiferencia, impasibilidad o placer— también puntuaba. Examiné con curiosidad el cuadernillo para confeccionar el perfil, a partir de las respuestas. Los resultados se ubicaban en un diagrama con un eje de dos gradientes. Algunos marcadores positivos de psicopatía eran alto concepto de sí mismo, tendencia al aburrimiento constante y necesidad de estimulación, falta de remordimiento o culpa, insensibilidad, delincuencia juvenil y versatilidad criminal. Había otros indicadores, veinte en total. No parecía difícil de pasar y corregir, y a simple vista no estaba segura de poder augurar una puntuación alta para Ricardo Alvear, la que hace un corte diagnóstico.

Lo llevé a la consulta, lo dejé junto a mi butaca, a mano, a la hora en la que teníamos nuestra cita. Acudió, como siempre, puntual. Venía directamente de una junta importante, cuya naturaleza no me aclaró, y tenía toda la pinta de haber sido una reunión aburrida, y de aburrirse en todas las juntas importantes, de aburrirle el dinero que ganaba, sus colegas de trabajo, sus proyecciones, su ciudad y su gente.

—¿Cómo ha ido? —pregunté, como saludo.

—Bien —dijo con atonía.

—Me alegro. Es agradable saber que hay gente que no nota la crisis.

—Claro que la noto.

—¿En qué?

—Las cloacas del sistema han emergido.

—Ajá.

—De todas formas, no es un tema del que me interese hablar. Y menos aquí.

Vestía a la italiana con chaqueta larga y corbata, que se había aflojado antes de entrar, con fastidio. Traía la boca fruncida en un gesto de recelo no dirigido particularmente a mí. Levanté del suelo el maletín del test, como si contuviera pequeños regalos.

—Hoy haremos algo diferente.

Él frunció el ceño, adivinando su contenido.

—¿Qué carajo es eso?

De nada sirvió explicarle la finalidad del diagnóstico diferencial, aclarar que una tiene sus herramientas de bricolaje terapéutico. Sencillamente, le desagradó la idea desde el principio, antes siquiera de que abriera el maletín, que miró con una mueca de desagrado, como si contuviera explosivos. Con gesto expeditivo zanjó la cuestión:

—Ya hice suficientes de ésos.

—¿Cómo?

—Pruebas, preguntitas.

Acababa de producirse una revelación interesante, la insinuación de

que mi paciente podría tener un historial en alguna parte, o que otros se habían aventurado ya por ahí.

—Espero que comprenda que si le han hecho ya un estudio previo, debo conocerlo. Me ayudaría mucho. Tenga en cuenta que no sé nada de su pasado y…

—Lo siento, pero no tengo acceso —me interrumpió—. Ni usted tampoco. Nadie lo tiene.

—¿Por qué?

—Protección de datos.

—¿De qué época estamos hablando?

Tardó unos segundos en contestar, y lo hizo de mal grado, con una pereza que iba más allá de la pereza. Ésta era mi principal dificultad, mantenerlo comunicativo, sacarlo de un mutismo largo y anquilosado, con el cuidado con el que un arqueólogo va desenterrando un frágil esqueleto de la antigüedad, pincelada a pincelada.

—Tenía once años. Es una historia muerta. Expedientes muertos y llenos de repugnantes mentiras.

Tap, tap, tap. Tap, tap, tap. Comenzó a golpear la puntera del zapato en el suelo. Estaba intrigada. Si había sido sometido a una evaluación clínica en la infancia, debía tratarse de algo importante.

—¿Tuvo problemas en el colegio?

—No, no es eso. Olvídelo.

Sus cejas alzándose con el mínimo de sorpresa consentida por el buen tono, pero en el fondo, virando hacia la hosquedad.

—Sí, ha pasado mucho tiempo, nada de eso tiene vigencia —concedí—. Aun así, me ayudaría saber por qué se le hizo ese examen, quién se lo hizo.

Tap, tap, tap.

—¿Y bien? —insistí—. No sé nada de su vida.

Carraspeo de incomodidad.

—Yo tampoco.

—Se ha referido a expedientes y mentiras.

—Verá, ocurre que no guardo buen recuerdo de ellos.

—¿Quiénes son ellos?

Tap, tap, tap.

—Hombres sin rostro.

—¿Sin rostro?

—Varios. Nunca los mismos. No les pongo cara. Venían unos, llegaban otros. Preguntaban más o menos lo mismo. Cuestiones insidiosas.

Chasqueó la lengua con amargor o repugnancia, antes de seguir:

—Tipos hurgando en mi vida. Carroñeros. Por un lado de la boca decían que su trabajo era protegerme, pero sólo querían controlarme. Y yo tratando de escapar, pero sin saber, sin comprender, sin ninguna oportunidad, porque hay un período en tu vida en que no puedes rebelarte

contra las desgracias porque crees que te las mereces o que son inevitables, y aunque te sientes desgraciado, lo asumes como una fatalidad.

—¿De dónde? ¿Escapar de dónde?

Tap, tap, tap.

—De sus garras blancas. De sus buenas intenciones. De sus edulcoradas sonrisas compasivas y sus expedientes y sus anamnesis, de sus falsos especialistas. De sus paredes con floripondios y alegres payasos para niños sin familia.

Para niños sin familia. Se quedó apretando los labios, con un surco de amargura brillando en su rictus sudoroso junto a la lámpara de pie y las manos contraídas en los costados de la butaca, y en los ojos comenzó a dibujarse una negrura de pozo que me estremecía y cautivaba. Una parte de mí me decía para, no sigas, y mi curiosidad me empujaba a indagar, a preguntar, aun a riesgo de romper la cuerda.

—¿Dónde estaban? ¿Dónde estaba usted? ¿Quiénes eran ellos?

Chasqueó los labios como si paladeara una fruta ácida.

—Todo ese espacio ya no existe. Ya no forma parte de nada. No hay caminos que nos lleven. Se han borrado.

—Creo que me está hablando de un centro de menores.

—Cristo Rey.

Cristo Rey. Lo guardé en mi mente como un pequeño regalo en un paquete con un precioso envoltorio.

—Dependía del Patronato de Protección —dijo—. Nadie podía protegerte una vez que entrabas bajo esa protección franquista.

No era difícil imaginarse cómo había acabado en un lugar así. Abandono, maltrato, familias tóxicas. Falta de amor. Muchos escapan, buscan la libertad de la calle. Otros permanecen arrinconados por el miedo, hasta que alguien los rescata. Por eso Ricardo no quería hablar. Su herida supuraba. Un carácter esquivo, desconfiado. Un afán de desaparecer de cualquier escenario.

—¿Qué le preguntaban esos hombres?

Cerrar los ojos con un discreto bufido y cruzarse de brazos fue su manera de decirme basta. Tal vez mis preguntas le recordaron aquellas otras preguntas de los anónimos merodeadores de su infancia robada.

—Créame que lo siento —dije tras un largo silencio.

Ya estaba lejos, ausente en sus pensamientos. Se había situado ya fuera de mi ángulo de abordaje.

—¿Y su familia? ¿Qué papel tuvo en todo esto? Nunca me ha hablado de ella. De su padre, o de su madre. De sus hermanos, si los tuvo. No sé nada de su pasado. En cuanto quiero dar un paso para acercarme, me planta una mina.

No hubo respuesta. Por supuesto que le estaba importunando, pero yo no iba a claudicar, ahora que por fin había encontrado un elemento clave.

—¿De qué querían protegerle esos hombres sin rostro?

Un incómodo, ahogado silencio.

—Y sobre todo, ¿por qué?

Insistí varias veces en la misma pregunta, por qué, hasta que ocurrió algo inesperado, una explosión repentina, un rugido rasgando el aire, un grito ensordecedor: «¡basta!».

Aquel grito cavernoso, aquel trueno que retumbó en las paredes me produjo tal sobresalto interior que durante varios segundos fui incapaz de respirar, y sólo sentía mis sienes latiendo enloquecidamente. Él se quedó inmóvil, encarándome con las mandíbulas apretadas. La reconocí enseguida: allí estaba ella, la Furia.

A los pocos segundos irrumpió Aurora en la consulta. Alarmada, con una mano abierta sobre el pecho, nos escrutó, buscando indicios de violencia.

—¿Qué…? ¿Qué ocurre?

—Estoy bien, no hay problema —dije, con voz ahogada.

Ricardo se había llevado una mano a la frente, cabizbajo.

Con un gesto, Aurora me conminó a que saliera, y me llevó unos metros más allá de la puerta, hasta el recibidor. Me temblaban las rodillas y me apoyé en la madera del aparador, enervada y estremecida.

—Esto no puede continuar así —murmuró.

—Aurora, gracias, pero sé cuidarme sola.

—¡No seas inconsciente! Esto ha llegado demasiado lejos. ¡Es peligroso!

—Ha sido culpa mía. He tocado un tema delicado, he… insistido tercamente, cuando ya me había advertido.

—¿Es que no te das cuenta?

—Sólo ha sido un grito.

—¡Casi te ataca!

La sorpresa le redondeaba los ojos, ante mi negación de lo evidente. Alcé la mano en un gesto que pretendía restar dramatismo a la situación. Nos quedamos con la palabra en la boca, porque en ese momento Alvear abandonó la consulta en dirección a la salida, y al pasar junto a mí, con un tono que quería ser amable pero resultó siniestro, comentó que había dejado el importe sobre la mesa. Me tendió la mano y trató de sonreír.

—¿Hasta la semana que viene?

—Claro —murmuré con voz ahogada, estrechándola, por no contrariarlo, y me sentí ridícula y cobarde ante Aurora, que me fulminó con la mirada, antes de abrirle la puerta con un gesto nada cortés.

Él ralentizó sus movimientos, se despidió alzando una mano al pasar de largo y darnos la espalda. Aurora esperó hasta asegurarse de que bajaba en el ascensor. Solté como un fuelle una bocanada de aire. Ella también relajó la expresión y avanzó un brazo, para tocarme, pero se contuvo.

—Tenemos que hablar muy seriamente, Isabel.

Se lo dije sin pensar, en un momento de debilidad; escuché salir de mis labios la palabra que definía su posible trastorno. Después hubo un silencio, una parálisis del acontecer, hasta que empezó a pestañear muy deprisa, como en un tic, y su voz salió queda y ronca para preguntarme si había oído bien, si había dicho lo que había dicho. Tuve un destello lúgubre, una visión en la que sufría todas las afrentas juntas, las de mis pacientes, la de mi hijo, la de mi ex marido, y después me quedé en blanco, y ella reapareció ante mí, cada vez con mayor claridad.

—¿Por qué admites un paciente así? Es peligroso.

—Espera, deja que te explique. He tomado precauciones.

—¿Qué? De haber tomado precauciones lo habrías derivado a una unidad especializada. No entiendo por qué te metes en estos problemas.

Me dejé caer en una butaca, abatida.

—No pretendo implicarte. Sólo intentaba tenerte informada, pero si llego a saber que te ibas a poner así…

Arrugó el entrecejo y dio un puñetazo en la mesa que hizo tambalear las bebidas.

—No estás sola en el despacho.

—Te lo consulté, recuerda.

—Sí, pero esto ha llegado demasiado lejos. Llevo varias semanas preocupada. No quería decírtelo, pero ya no puedo más. Es una amenaza también para mí. Estamos en el mismo barco. O eso creía.

—Hasta ahora se ha comportado con corrección.

—¿Y si es un asesino vocacional?

Había temido esa pregunta. Omití una respuesta, lo cual sólo contribuyó a empeorar las cosas, porque su mirada viró de la ira al desconcierto, y muy pronto al miedo.

—¿Lo es?

Tenía sus ojos candentes agarrados a los míos como lapas negras.

—No puedo contestarte. Es confidencial.

Aurora se tapó la cara con las manos. Estaba asustada; mi negativa a contestar era una clamorosa afirmación.

Cuando se retiró las manos y volvió a mirarme, estaba pálida y tenía una seriedad glacial.

—No lo quiero ver por aquí. ¡Haz que desaparezca!

—Lo siento. Me he comprometido.

—No puedo creerlo. ¿No te importan mis sentimientos?

—Claro que me importan. Pero no puedo dejarlo tirado ahora.

—¿Es que para ti él es más importante que yo?

—Por favor, Aurora.

Me dirigí resuelta a mi despacho. Ella no se iba a quedar cruzada de brazos, y me siguió con no sé qué resolución. Sobre el escritorio había dejado un fajo de billetes, lo correspondiente a cinco sesiones, cuando sólo

me debía dos, contando con la que acababa de concluir antes de hora. Tomé nota mental de no cobrarle las tres siguientes. Pero había algo más sobre la mesa. Una pequeña nota escrita a mano, que Aurora interceptó antes que yo pudiera evitarlo, y leyó con una muda conmoción, antes de pasármela. Era tan escueta como inquietante:

¿Cómo justificas tu existencia?

Un mal presentimiento cayó sobre mí como la Casa Usher.

Vislumbraba una acusación, un aviso o —aún peor— un ultimátum. Mi existencia sospechosa de tantas carencias, errores, incumplimientos, insuficiencias, desaires y, en definitiva, también de resultar decepcionante para quienes depositaron en mí alguna expectativa de curación o mejoría.

—Qué espero yo de la vida —repuse—. Eso es lo que significa, Aurora.

La miré, de espaldas a la librería, en el claroscuro de la ventana, su pelo liso y negro enmarcando su rostro oval. Era cinco años más joven que yo, cinco años más inexperta, aunque sin duda perspicaz. Y me conocía muy bien, y eso me obligaba a simular que controlaba la situación.

—Vamos, ni tú misma te crees eso. —Frunció la boca.

Se acercó a mí y me asió la muñeca para enfrentarme a sus ojos acusadores. Me contuve en mi impulso de darme la vuelta, escapar a su escrutinio. Sé que lo hacía con la mejor intención del mundo, y aun así me resultó crispante.

—¡Es una provocación, Isabel!

—De acuerdo —me zafé con brusquedad—, pero no es para ponerse así. Soy libre de contestar, y por supuesto que no voy a hacerlo.

Porque era una negación de mi persona, de mi proyecto, una burla de mi horizonte, una manera velada de decirme que soy un suceso aleatorio e insignificante y que nada hay en mi vida digno de ser recordado o que haga merecer su prolongación. Tal vez para él yo era como el otro, el que eliminó, una anomalía injustificable, un excedente de fábrica. Y mi empeño en ayudar a las personas era inútil y hasta peregrino. Este pensamiento me merodeaba con pertinacia de perro sarnoso. No había forma de mantenerlo a raya, no había hueso que lo mandara a otro jardín.

—Cree que eres una fracasada —me leyó el pensamiento—, y está furioso contigo.

—Estás elucubrando, no tienes ninguna base.

—He oído su grito. Le he visto la cara. He visto cómo se ha ido. Es capaz de todo.

No me quedaba energía ni coraje para mentir. Apesadumbrada, negué con la cabeza. Cambiábamos constantemente de ubicación, como si no encontráramos un buen lugar para hablar.

—¿Sabes al menos por qué mata? —insistió.

Volví a gesticular una negación.

—Ritualista —sentenció.

—¿Cómo?

—Lo echan a cara o cruz, o según salga en el tarot. Marcan a uno, convencidos de que no debe seguir existiendo. Ésa es la falta de justificación de tu existencia, Isabel.

Su seguridad estaba poniendo a prueba el temple de mis nervios.

—Ah, por Dios. Nunca me ha hablado del tarot. Lees demasiada literatura sueca. Estás intoxicada.

Chasqueó la lengua y me dio la espalda.

Se sentó ante el ordenador y yo no tuve más remedio que permanecer a su lado, preguntándome adónde quería ir a parar o qué esperaba hallar. Introdujo en el navegador las palabras que Ricardo había tenido la gentileza de dedicarme y se desglosó en el buscador una panoplia de entradas rocambolescas acerca de cómo se justifica la existencia de Dios, del mal en el mundo o la existencia del hombre en el universo. Las había que se ocupaban de otras existencias que afligían a la humanidad: el infierno, los reyes de España, los paraísos fiscales, la asignatura de Religión en las escuelas, el Vaticano, el FMI y las centrales nucleares. Una web titulada *Justifica tu existencia* guiaba a sus clientes hacia una reencarnación tranquila, y otra explicaba cómo el amor justifica nuestra existencia, y así una galería de espacios virtuales como los espejos de las peluquerías, que se multiplican hasta el mareo. Y cuando parecía poco probable encontrar algo de utilidad, ya muy lejos del origen de mi propósito, mis ojos toparon con un resultado que me hizo fruncir el ceño, por su extraño encabezamiento:

Arañas de la puerta de la trampa
… de la tarde de la huésped «¿cómo justificas tu existencia?» …
Asimov modeló libremente a sus «viudos negros»
en seises de las arañas de …

Esa entrada pertenecía al blog de un colombiano y, a pesar de su pésima, casi ininteligible redacción, pudimos sacar en claro que Asimov había escrito un libro de relatos titulado *The Trap Door Spiders*, que el bloguero traducía —literalmente— como «arañas de la puerta de la trampa», aunque la edición en castellano se refería como *Cuentos de los Viudos Negros*. Y me estremecí cuando leí una alusión a la «pregunta ritual: ¿cómo justificas tu existencia?». De todo ello acertamos a inferir que Isaac Asimov había escrito una serie de relatos detectivescos en torno a un grupo de personas, llamados los Viudos Negros, que se reunían a cenar siempre con un invitado distinto, en lo que se adivinaba una trampa. Y era de rigor que la primera pregunta que se le formulase en el interrogatorio fuera ésa, la misma que había dejado escrita Ricardo Alvear en la nota.

Ya teníamos un punto de partida para avanzar o para perdernos definitivamente en sendas descarriadas. No bien Aurora tecleó este título en el buscador se abrió un abanico de referencias a esta obra de Asimov. Aurora escogió un archivo con el texto pirateado de la edición española. Accedimos así al comienzo de uno de los relatos, titulado «La risita adquisitiva». Y lo que leí me produjo vértigo:

> Aquella noche era Hanley Bartram el invitado de los Viudos Negros, que se reunían mensualmente en su tranquila guarida y juraban matar a cualquier mujer que osara inmiscuirse en sus asuntos.

—Aquí lo tienes —dijo Aurora, visiblemente nerviosa—. La pregunta ritual, de cuya respuesta depende su próximo movimiento.

Sentí que aquello ya había llegado demasiado lejos. Me alejé del ordenador, retrocediendo, sin dejar de mirar la chisporroteante pantalla, echa un manojo de nervios.

—¡Me estás intoxicando con esas ideas descabelladas!

—¿Así que crees que son suposiciones?

—Por supuesto. Improbable que sea un asesino en serie. Improbable que sea, además, un asesino ritual. Pero el colmo de lo imposible es que, aun en el caso de que fuera un asesino múltiple y ritual, se inspirara en esa obra tan desconocida.

Por fin pareció alcanzada por mis palabras, y reconsideró la interpretación.

No había mucho más que hablar. En cambio, había mucho que reflexionar. Me alejé del despacho y salí de la consulta. Hasta que no respiré el aire contaminado de la calle no me sentí algo mejor. Las fuerzas volvieron a mí. Me alejé de allí deprisa, sorteando los coches aparcados en batería, irritada con Aurora y conmigo misma.

Guerra química

Y de pronto saltaron de la oscuridad del insomnio las palabras que estaba buscando sin saberlo, en forma diferida, los Viudos Negros, las palabras que se habían emboscado en mi memoria como en una ratonera aguardando el momento de salir, donde serían objeto del correspondiente zarpazo felino. Cómo justificas tu existencia, esa pregunta me había procurado un malestar del que no lograba zafarme, y ese verbo, justificar, tan malintencionado, tan tramposo.

Voy caminando, espoleada por la ansiedad, y no sé adónde, de vez en cuando me detengo, entro, miro, compro, cargo, otra vez enfilando la acera, balanceándome con tantas bolsas rectangulares, rodeando los pilotes de obra, los conos, las barreras, las tablas polvorientas sobre las zanjas, las pilas de cascotes a pocos metros de los bien dispuestos escaparates; cuántas emboscadas para terminar con mi injustificable existencia, cuántas malintencionadas brechas en el suelo, dragados y zanjones por donde asoman ferruginosas tuberías abiertas entre montones de arena alquitranada, un corredor de la muerte que llaman «obras de ensanche». Voy conmigo y con mis bolsas, huérfana de pensamientos que no controlo, no sé qué acabo de comprar, puede que haya estado aquí, suena mi móvil pero sólo puedo mirar al suelo que piso y además no me quedan manos para cogerlo, no sé dónde tendría que empezar a buscarlo, a tentarme, pero juraría que había dejado el coche aparcado por aquí cerca de algún dragado, todos los dragados son tan parecidos y todas estas calles son tan parecidas, en cuadrículas, todos los coches se alinean, el metro cuadrado está por las nubes, todos quieren abandonar su coche por aquí, se desesperan por conseguirlo, yo misma anduve dando vueltas, tantas, que ahora mismo no recuerdo dónde acabó el periplo, aquí lo tengo, llamada perdida de Adrián, una flecha roja torcida, quebrada, flecha que no llegó a la diana, nunca lanzada por Cupido, escaso es el tiempo que le concedemos a esa vibración del receptor, en tiempos de prisa y ajetreo y malas noticias que quisiéramos esquivar, compromisos que no elegimos, y también de aparcamientos saturados y olvidos y despistes, y ahora mismo me siento como una polilla cruzando la infernal circunvalación, entre el remolino de los camiones homicidas. Debería tener un plan para deshacerme de ese paciente que veladamente me amenaza, a través de un código culto, ésa sí sería una buena forma de justificar mi existencia de terapeuta, destruirlo,

pisotear su podrida conciencia moral, animarlo al suicidio. Eso es, que acabe de una vez, que baje el telón, yo no quiero participar de su macabra representación.

Sacad a este tipo de mi vida, gritaría a todos los obreros que cargan y descargan; no quiero recibirlo más, él es la amenaza para nuestra seguridad. Y qué razón tenía Aurora cuando me avisó de la imprudencia que cometí tomando su caso a cargo, esa presencia insidiosa, su forma fija de mirarme, de evaluarme, de incriminarme en silencio. Un tipo que certifica su existencia con horribles asesinatos, y preguntarme por mis avales. Tal vez él conocía una forma mejor de librarme de mis fracasos.

No me he traído pastillas para el miedo. No he aprendido cómo escapar de las ratoneras, cómo evitar exponerme ante un paciente así. Puede que vigile mi vida, que siga mis pasos erráticos, buscando el lugar donde actuar. Puede que salga emboscado junto a mi coche, dispuesto a empujarme dentro de mi maletero.

Cuando las cosas andan mal en tu vida, todos los males se confabulan para ir de la mano o en ristra. Mis languidecientes, hechas a la vida muelle de sus salones profusamente decorados con figuras de Lladró, brillos de Swarovski, chucherías de Vuitton, cupidos, abanicándose en la parroquia y suspirando en las camas frías de sus dormitorios, comenzaron a impacientarse ante mis escasas muestras de piedad en la consulta, y mi manía de quitarles fuste a sus epopeyas, a desinflar sus dramas, y a hacerles creer que su dolor no tenía lírica, no les salvaría de la mediocridad, no les brindaría ninguna epifanía heroica. Se les arrugaba la cara y el alma cuando trataba de hacerles ver que no había envés. Me dejaban indiferente sus amagos de sollozos. Tenía algo más importante entre manos.

Era la incertidumbre, la nota de Ricardo Alvear, los Viudos Negros, cómo justificas tu existencia, cómo la justificaba yo, increpada por él, puesta en su punto de mira, a causa de mi inoperancia clínica y mi falta de un buen plan de ataque. Una pobre mujer desguarnecida, jugando a psicoterapeuta. Una pulga desafiando a la pantera. Ni siquiera sabía nada sobre ese libro de relatos de Asimov, más allá de unas alusiones en internet. Oscilaba como un péndulo entre la sospecha de que Aurora me había intoxicado con sus aprensiones y la de que, en efecto, me hallaba ante un sujeto verdaderamente peligroso y que albergaba ambiguas intenciones para conmigo.

Después de perder una mañana entera buscando el libro, que estaba descatalogado, regresé a casa con la esperanza de poder descansar y me encontré con Zalo mirándome pálido, con la cara que pone sólo cuando tiene una noticia muy mala que darme.

—Viola se ha escapado —murmuró.

—¿Qué… qué estás diciendo?

—Tranquila, no ha podido salir de casa. No tiene llave. Y no sería bien vista en este barrio.

Tuve que apoyarme en la pared. La voz se me ahogaba en la garganta. Había temido que llegara ese momento, pero nunca quise creer que se produciría.

—¿Cómo ha… podido… suceder… eso?

—Es culpa mía. Olvidé cerrar la tapa. He registrado la habitación y nada. Está en algún lugar de la casa.

Sentí un vuelco al corazón. Me costaba respirar sin jadear.

—¡Encuentra ahora mismo a ese bicho o llamo inmediatamente a la policía! —chillé, sin saber ni lo que decía.

Gonzalo pasó el sábado entero buscándola por todos los rincones. La llamaba por su nombre, ¿Viola? ¿Dónde estás, pequeña?, como si ella fuera a contestar desde su escondite, como si ella fuera pequeña. Telefoneó a un par de amigos suyos patinadores y durante horas procedieron a hacer un registro completo. Deambulaban de aquí para allá con sus pantalones caídos y desflecados, sus camisetas deportivas cuyos faldones ocultaban sus calzoncillos (excepto cuando se agachaban a mirar bajo un mueble), mascando chicle, abriendo sin ningún cuidado armarios, levantando alfombras, colchones, moviendo cortinas, desplazando sillones, armarios.

—¡Con cuidado, por favor! —iba diciendo yo, impotente.

Deambulaba de un lado para otro, evitando acercarme a ningún mueble, sin poder sentarme (por miedo a que el abominable reptil se abalanzara sobre mí saliendo de las sombras en las que se emboscaba, esperando una oportunidad para cambiar de dieta), y sin poder alejarme tampoco, por miedo a que acabaran con los muebles de mi casa, o se llevaran alguna joya u objeto de plata. No es que mi casa fuera la Casa del tesoro, pero siempre podías encontrar algo que cupiese en el bolsillo de uno de esos pantalones.

El registro duró hasta tarde y, tras darles de cenar un *roast beaf* con salsa de manzana, que engulleron con hambre de lobos, los amigos se retiraron sin haber encontrado a Viola, confraternizados y discretamente zarrapastrosos. A estas edades se tienen tantos amigos, y duran tan poco. Zalo no sospechaba qué pronto sus nombres y caras se borrarían de su memoria, como se han borrado los amigos que tuve yo a su edad, por desgracia, aunque alguno de ellos todavía trate de contactar conmigo a través de alguna red social que no abro.

Apenas pude pegar ojo en toda la noche, pensando que la boa podría estar en mi habitación. Imaginaba que se había ocultado tras el cabecero de la cama y que esperaba su ocasión para enroscarse en mi cuello cuando cayera vencida por el sueño. Entonces empezaría a tragarme por arriba. Y yo despertaría asfixiada, con la cabeza encajada dentro de su mandíbula elástica, que me succionaría lentamente, hacia una gelatinosa oscuridad.

Enterrada viva.

Dos o tres veces a lo largo de la noche moví el cabecero para asegurarme de que no estaba allí. Por supuesto, también miré debajo de la cama, aunque mi habitación había sido la parte de la casa que se había registrado con mayor ahínco. Habíamos abierto incluso los cajones que ninguna boa ni ofidio de las selvas y pantanos del mundo podía haber abierto.

—Mamá, no te pongas histérica —me había dicho Gonzalo antes de ir a acostarse—. Las boas son inofensivas. No tienen colmillos ni veneno. No te puede hacer ningún daño.

Extraña manera de desearme felices sueños.

Destrozada por una noche en la que me había sentido como una ofrenda inmolada al altar del dios serpiente Quetzalcóatl, me dirigí con paso vacilante y ojos entumecidos a la ducha, a quitarme aquellos malos sopores, esas pesadillas que se pegaban a mi piel. Y al ir a asir el mango del difusor, horror y espanto, una visión infernal apareció ante mí, enrollada en el cable, y no pude gritar, tan sólo tambalearme, sacudida de espanto.

Apoyada en la pared, con la respiración entrecortada, víctima de una especie de parálisis, no podía dejar de mirarla. Yo allí, desnuda y vulnerable, ante el reptil. Ella frente a mí, a la distancia perfecta para un salto. Hubiera querido pedir socorro, pero tenía la lengua pegada al paladar. Hubiera querido salir de la bañera, apartar los ojos de la manguera chapada de aluminio, donde ella me miraba. ¡Sólo de pensar que había estado a punto de agarrar la serpiente en lugar de la alcachofa! Recobré una movilidad trémula y jadeante. Me agarré donde pude, tanteando, aferré la cortina impermeable, con tal fuerza que el mástil se desprendió y me cayó encima. Entonces sí grité, creyendo que tenía encima a Viola. La cabeza me empezó a dar vueltas, hasta que una mano exterior retiró el plástico. Era Gonzalo, su expresión alarmada por mi grito.

—¿Estás bien, mamá?

Sentada en el suelo con las piernas abiertas y descabaladas, ofreciéndome ante él con una negligente impudicia, como un desnudo de Egon Schiele. Y lo único que logré hacer en ese momento, antes de cubrirme, fue señalar el difusor, donde la boa me escrutaba con inmóvil perplejidad, alzada la cabeza. A mi hijo se le cambió el semblante por una expresión de júbilo, algo que no tenía oportunidad de ver muy a menudo, y que, dado mi lamentable estado, me encontraba lejos de poder compartir y disfrutar.

—¡Joder! ¡Ahí estás pequeña! —Y dio un saltito infantil—. ¿Tenías sed, eh, bonita?

Se encorvó y la tomó con sumo cuidado (y, por cierto, parecía haber duplicado su tamaño), temiendo que se le desprendieran las brillantes

escamas amarillas, desenroscándola del fino tubo niquelado. Ella inició un sinuoso movimiento por su brazo, sacando y metiendo la lengua bífida con celeridad, desplazándose hacia el cuello de mi hijo, y yo me contraje ahí abajo, acurrucada. Él se echó a reír cuando sintió en el cuello el contacto de la boca y la llamó mimosa, zalamera, sinvergüenza y no paraba de acariciarla.

—Fíjate, mamá. —Se volvió a mí, alegre—. ¡Me reconoce perfectamente!

Increíble cómo le había mudado el humor a Zalo. Le reconvino paternalmente, moviendo el dedo índice a la altura de sus ojos: «Muy mal por escaparte, chiquitina, eso no se hace, y que no se vuelva a repetir».

Ahora venía la mejor parte: la comunicación de la noticia. Fue yendo y viniendo por el pasillo con el móvil pegado a la oreja, convocando a sus amigos, el retorno de Viola a su mazmorra luminosa merecía un festejo. Me encontraba tan abatida que no pude hacer nada para impedir la reunión. Una hora después comenzaron a aparecer, con las mismas camisetas desgarradas (como si hubieran dormido con ellas), sus vaqueros raídos colgándoles a medio culo y sus zapatillas Converse con los cordones desatados, bamboleándose con ese andar simiesco de los raperos y patinadores de bordillos, en fin, tan convencionalmente alternativos. Allí estaba Elvis, el alumno brillante, con su acento rumano, diciendo «me cago en la leche» con una perfecta naturalidad. El más fondón de los tres, llamado Lucas, apodado Lucky, traía alimento vivo. Era un hámster enorme y orondo, de pelo dorado con manchas blancas. En cuanto vi aquello sentí tal congoja que decidí retirarme a mi aposento.

—¡Joder! ¡Es un puto hámster! ¡Estás loco, Lucky!

—¿Cómo le vamos a dar este bicho tan precioso? —clamó alegremente Zalo, consumado naturalista—. ¿No te dije que compraras un ratón? ¡Ratón!

—¡Es lo mismo! ¡Un ratón de gourmet!

—Pero ¿cómo se puede ser tan capullo? —dijo Elvis—. ¡Te habrá costado un huevo!

—No lo he comprado, listillo. Es de mi hermana.

—¿Te lo ha dado tu hermana?

—Se lo he birlado, jo, jo. ¡Que se joda!

—Oíd, tíos; su hermana está buena —dijo Elvis con exquisita educación.

Los tres soltaron una sonora carcajada. Les escuchaba sin quererlo, postrada en la cama, tratando de recuperarme del shock, de alejar de mis ojos el chisporroteo de hormiguitas luminosas y parar el batir de pistones en mis sienes, pim, pam, pim, pam. Esos mal nacidos habían abierto la nevera y se repartían las cervezas que había comprado para mí. Durante un rato que se me hizo eterno escuché su jolgorio en la cocina. Después

soltaron el hámster dorado, que echó a correr por el pasillo y logró alcanzar el salón y se deslizó debajo del aparador, de donde lo expulsaron con la escoba. Armaron un buen alboroto corriendo por toda la casa en persecución del roedor; era una pequeña tribu enloquecida, dando gritos y soltando risotadas sin cuento. Finalmente, el animalillo, exhausto, desistió de huir de aquella horda salvaje. Al no servir ya de juguete, se lo ofrecieron a Viola como víctima propiciatoria.

Era el momento de gran expectación y podía imaginarme que Zalo se sentía orgulloso de poder enseñar a sus amigos algo que nunca habían visto fuera de una pantalla. Algo de lo que hablarían en días posteriores.

—¡Es demasiado grande, no podrá tragarlo! —clamó uno.

—Que te digo yo que sí le entra.

—Fijaos cómo prepara la musculatura de la mandíbula y el cuello —escuché a mi hijo.

—¡Hostia puta! ¡Es cierto, se le están hinchando los músculos!

—¡Si es tres veces más grande que su cabeza!

—Calla y observa. Lo vas a flipar…

—¡Joder, ya empieza! ¡Mira cómo se abre! ¡Es como… como una boca tragándose un pollón!

—¡JUA, JUA, JUA! —vociferó.

Maldije a mi hijo por encima de todas las criaturas infames sobre la faz de la Tierra. Debo hacerlo, debo acabar con esa criatura abominable, me repetía, estrujando la almohada. Debo acabar con esa maldición (castigo divino por los errores que pude cometer como madre, y que me pasan factura a un interés exorbitante), convertirla en un cinturón. A las diez de la noche di un par de gritos para anunciar a todos que estaba muy, pero que muy cabreada y los chicos se marcharon (ya se habían agotado las cervezas frías). Sólo Elvis se dignó venir a mi cuarto y disculparse, sinceramente, y con irreprochable educación. En cambio, Zalo, entre risas, se encerró en su cuarto, donde se puso a escuchar Dover a todo volumen.

Medité fríamente un plan: acabar con el reptil. El problema era cómo hacerlo de forma discreta, sin que se notara que había sido yo la autora de la matanza. Como si se hubiera muerto ella sola. Estaba agotada de tener conflictos con mi hijo. Siempre era yo la que salía perdiendo de nuestras disputas, aunque la razón estuviera de mi parte, o precisamente por eso. Además, él había cumplido parte de su pacto, había aprobado todas las asignaturas en el segundo trimestre, con suficientes, excepto un sobresaliente en biología, y ésa era la condición negociada con su padre para poder mantener a Viola. Yo no podía cargarme el pacto, no me lo perdonarían. Así las cosas, ni yo misma sabía quién mandaba en mi casa. Ese acuerdo no lo había fijado yo, por tanto, tenía derecho a cargármelo.

No tenía por qué seguir soportando esa situación humillante para mí. Las cosas habían llegado demasiado lejos. Él sabía que tenía ese dominio sobre mí, ese poder para asustarme. Estos desafíos se deben acometer, no dejarse vencer por ellos.

Envenenarla, como hacían en Roma, me dije. Como los Borgia.

Con todo lo que había en aquel enorme local de cuatro pasillos flanqueados de estanterías se podía hacer una guerra química en algún país de Oriente Medio atestado de talibanes, o yihadistas, esa gente que canta la muerte desde las almenaras y los torreones. Recorrer sus pasillos mirando las estanterías era una experiencia hipnótica. Corrosivos, cáusticos, salfumán, hipoclorito de sodio, bactericidas, pulverizadores para hormigas resistentes de la clase *Acromyrmex* y *Oecophylla*, también para cucarachas recalcitrantes y para pulgas que habían desarrollado una gran resistencia en entornos difíciles con trifulcas de pareja, y por supuesto, el producto estrella, especial desatrancador de cañerías (no mirar el interior del bote y taparse la boca mientras se vierte el líquido, evítese el contacto con los ojos, libera gases tóxicos). Ahora verás, maldita, lo que voy a hacerte por atacarme en la ducha, cuando más indefensa me encontraba. Morirás con terribles dolores. Te arrastrarás con fuego en el estómago. Qué maravilla lo que tenía ante mí, lo que surgía a mi paso. Vitriólicos disolventes de cemento en azulejos. Botes herméticamente cerrados, sórdidamente alineados. Limpiadores de cal y de cadáveres, cadmio y bismuto, raticida exterminador. Muerte rápida. Altamente perjudicial para el medio ambiente. ¡Cuidado, producto cancerígeno! Corrosivos (usar guantes resistentes y mascarilla).

Tras recorrer las hileras aturdida de mirar etiquetas con todos los símbolos de peligrosidad (equis rojas gigantescas, calaveras negras, admoniciones), encontré lo que buscaba, un producto netamente letal: tetracloruro de carbono. Tenía todos los requisitos para matar sin dejar rastro. Comprobé que estaba bien cerrado, antes de llevarlo al mostrador.

Después me dirigí sin demora a Bichorium, la boutique del reptil, donde ya me conocían.

—¿El catering para su boa? —bromeó el chico que solía atenderme, juntando los dedos. Tenía tatuado en el cuello: MUÉRDEME. Y el pelo teñido de granate y dos pendientes de aro.

—Asegúrese de cerrar bien la caja, por favor. Esta vez no quiero sustos.

—¿Quiere que se lo lleve al coche?

Era una buena pregunta. Le pedí que me lo llevara al maletero.

—¡Eso está hecho, señora!

Una hora después ya estaba en casa, guantes de goma y mascarilla. Manos a la obra. Tenía que aprovechar esa tarde en que mi hijo estaba con

su padre. A pesar del tranquilizante que me había tomado (a este paso, la boa llevaba camino de convertirme en una pastillómana), las sienes me latían, tam-tam. Con unas pinzas largas de barbacoa, extraje el ratón de la caja y lo sumergí en un platito de tetracloruro de carbono, de forma que no se mojara la cabeza. El baño no fue de su agrado y comenzó a emitir sonidos agudos y a abrir y cerrar su pequeña boca y a agitar las patitas rosadas.

—Hoy va con guarnición —le dije a Viola, dulcificando la voz, como si tratara de engañar a un niño de lo delicioso que iba a saberle el puré de puerros de mamá, mientras hacía descender su almuerzo al interior del terrario con mis pinzas de barbacoa y mirando en dirección opuesta.

El ratón emprendió su enloquecida carrera ya en su prisión de cristal. Todo fue como de costumbre: la boa se limitó a esperar, mientras el roedor iba dejando su olor por todas las esquinas, corriendo presa de la desesperación y tratando de escalar unas paredes en las que no hallaba resquicio donde agarrarse.

—Vamos, bonita, ¿a qué esperas? Abre esa boquita tan linda.

Como me temía, al cabo de un loco deambular, el ratón claudicó y se ofreció sin resistencia, pero Viola declinó el manjar. Sin duda su olfato le advertía que algo no iba bien. Y yo no era su amiga. Se quedó en un rincón, ovillada, disgustada por el nuevo olor. Aquello no progresaba. Saqué el ratón de ahí, con las pinzas. ¡Vaya fracaso!

¿Y qué hacía ahora con esa asquerosidad? Finalmente me decidí por el desagüe del retrete. Iba tan cargado de disolvente que al menos funcionaría para descongestionar las cañerías y dejarlas cual patena reluciente.

Aquel olor tóxico que invadió el aseo era tan penetrante que desenrosqué el ambientador de mecha, «eliminador de olores con tecnología de iones de plata de efecto higienizante», leí en el frasco. Reconforta saber que estás respirando nada menos que iones de plata invisibles. Milagros de la tecnología moderna.

Los Viudos Negros

Al fin encontré el libro de relatos de Asimov, *Cuentos de los Viudos Negros*, y lo leí de una sentada. *Mon Dieu!* Todos los cuentos tienen como personajes a un grupo de amigos unidos por el instinto de averiguar misterios, que una vez al mes se reúnen a cenar en un elegante restaurante, acompañados por un invitado al que, terminada la cena, es sometido a un hábil interrogatorio, a lo largo del cual se propone y se resuelve un delito. Los Viudos Negros no son ni viudos ni negros, sino tipos cultos e ingeniosos, un toque *gentleman*, a los que les gusta entrometerse en la vida de los demás y encontrar respuesta a los problemas difíciles. Sólo podrían matar a una mujer que hurgara en sus asuntos, o eso afirman, aunque en realidad serían incapaces de tal cosa. Y era cierto que a todos los invitados les preguntan cómo justifican su existencia, pero no tiene ningún sentido metafísico: es su forma de pedirle al invitado que les hable de su vida, de quién es y a qué se dedica. Funciona como un *leitmotiv*. El invitado empieza a hablar y ellos, con preguntas sutiles, lo guían hasta el delito que cometió. Cómo justificas tu existencia es, también, el modo elegido por el traductor. Así que no había mucho que hurgar en Asimov. Todo había sido un delirio inducido por internet. Estaba casi avergonzada por haberme dejado llevar por las retorcidas sospechas de Aurora.

En la primera oportunidad que tuve de verme con ella a solas en la consulta, se lo comenté, sin darle excesiva importancia. Le pedí que se tranquilizara. Se supone que nosotros sabemos cómo hacerlo, que entendemos la base de los problemas y los tratamos. Sin conocerlo siquiera, estaba sobredimensionando la peligrosidad y malignidad de mi paciente. A pesar de mi tono neutro notó mi enojo. Este análisis no le gustó en absoluto.

—Gracias por el consejo. Si quieres uno tú, deshazte de él. Tendrás que hacerlo ya, aunque sé que te gusta.

—¿Qué dices? ¿Cómo que… me gusta?

—Sí, lo noto, Isabel. Estás loca por él. Te da morbo.

—¿En qué te basas para…?

—¿Ves? Ni siquiera quieres admitirlo, eres demasiado doctora, demasiado eficiente, objetiva. Cómo vas a colarte por un paciente. Eso iría contra el rigor profesional. Sería una contratransferencia masiva.

—Te equivocas. No hay nada de eso.

—Te lo noto. Ahora mismo estás temblando.

—No voy a echarlo.

Me lanzó una mirada furiosa, impropia de ella, una mirada en la que ya no deseaba tenerme en su cuadro de visión.

—Gracias por tenerme en cuenta a mí. Así da gusto trabajar contigo.

Resoplé, desanimada.

—Es… un caso muy difícil, Aurora, un caso que me desafía, me motiva. Es el caso que me ayuda a encontrar interesante este trabajo. Y no pienso claudicar ahora. Es una razón de orgullo profesional, pero también de… no sé, de comprensión.

Había querido decir «de afecto», pero por suerte cambié la última palabra por otra más profesional.

—Claro, ahora eres una misionera. Te desvives por los que sufren. Mira, Isabel, no quiero quedarme aquí para ver cómo termina esto. Sé que tendrá un mal final, y no pienso participar en él. No deseo estar presente cuando caiga el telón.

—Lucharé para que no sea así.

Me sacudió de los hombros, con tal ímpetu que me asusté un poco.

—¿No crees que necesitas el consejo de alguien externo? ¿No tenías la ayuda de un especialista? ¿Qué te dice él?

Me separé de ella y suspiré. No tenía ganas de reconocer que él también me había aconsejado que lo dejara.

—Ricardo no es una mala persona, aunque haya cometido una gran maldad.

—¿Te refieres a un asesinato? Sí, creo que podría entrar en esa categoría.

—¿No crees que tú y yo podríamos matar?

—Ésa no es la pregunta pertinente.

—Contéstala.

Dedicó unos segundos a reflexionar.

—Bien, si es un tipo que trata de matarme, por ejemplo, estrangulándome con una cuerda, y resulta que tengo una pistola en la mano, creo que sí, le metería un tiro en la cabeza. Pero no sería agradable.

—Bueno, ya ves que hay situaciones en las que el asesinato puede estar justificado.

—Isabel, creo que te estás engañando a ti misma. Este caso no tiene nada que ver con el que tú tienes.

—No lo sé. No sé qué caso tengo.

Pareció alegrarse de que al menos reconociera mi impotencia.

—Un caso muy malo. Y muy peligroso para ti. Te lo he advertido. Pero esto no es una advertencia banal. Hiciste caso omiso de mis primeras peticiones. Ahora ya veo que vas a seguir con tus propósitos. Y eso me duele y me preocupa. Adiós.

Se retiró de malos modos.

Una chica preciosa si no fuera por su extrema delgadez, de edad imposible de determinar, entre los catorce y los veinte años, con la piel casi transparente y tensa en el rostro, permanecía acodada ante una mesa, mirando con expresión absorta y muy poco interesada un plátano apenas mordisqueado, sobre un plato de postre, junto a un vaso de agua y una botella. Lo miraba como si fuese un pescado podrido, una cabeza de rape. Las venas azules se dejaban traslucir tras sus párpados. El pelo castaño le raleaba en la parte delantera de la cabeza. Su mirada reflejaba el efecto de los sedantes. A su lado, una enfermera la animaba a darle otro mordisco. «Venga, cariño, apenas has comido nada hoy», le decía. Ella asentía y seguía mirando la fruta, y finalmente avanzó la mano, con un esfuerzo supremo de su voluntad, la tomó y le propinó un mordisquillo de ratón, que apenas tuvo nada que masticar. La enfermera la felicitó.

Adrián y yo esperábamos sentados en un sillón de aquel pasillo por donde deambulaban, como cadáveres andantes, las muchachas y jóvenes internadas en el pabellón de endocrinología. La delgadez de sus piernas y brazos encogía el ánimo. En un pasillo que formaba encrucijada en la sala de espera se pasaba consulta a puerta cerrada. Donde nosotros nos encontrábamos, era como un escaparate de un mundo dominado por la lentitud y la languidez. Era como una sala para experimentar la falta de gravedad. Allí se hablaba en voz muy baja, las paredes estaban decoradas con flores de vivos colores, algún que otro arco iris, y había una gran tabla de alimentos y calorías, patrocinado por Hojiblanca, con la proporción idónea que necesita nuestro organismo de cada componente: vegetales, legumbres, lácteos, pescados y mariscos, carnes y grasas. La carne era un bistec de muy buen aspecto, pero seguramente no lo suficiente para aquellas criaturas incorpóreas que deambulaban en bata y zapatillas de felpa.

—Qué mundo. —Resoplé.

—Pues mejor no te asomes por el pabellón de los niños agresivos.

Adrián conocía al psiquiatra jefe del pabellón de menores, Santiago Rivas. Hacía muchos años que no se trataban. Se acordó de él cuando le mencioné el centro terapéutico de protección de menores Cristo Rey, donde había estado interno mi paciente. Había anotado esa clave en mi memoria, el primer dato concreto de su pasado, y no estaba dispuesta a dejarlo pasar. Podía conducirme a alguna pista importante, así que enseguida acudí a Adrián, la única persona de mis círculos que había frecuentado estos dominios.

Siles y el doctor Rivas habían coincidido en un congreso de trastornos graves de la conducta, a principios de los noventa. Muchos años atrás

Santiago le había comentado, confidencialmente, que el Cristo Rey era un centro muy duro, y que creía que no aguantaría ni dos meses más. Existía la posibilidad de que Rivas hubiera tratado con el chico y pudiera aportarme alguna información relevante sobre ese fragmento de su vida que todavía bullía en su interior, y del que era incapaz de hablar.

Por fin, el doctor Rivas apareció por ese pasillo silencioso, por el que las pacientes discurrían como ánimas flotantes. Rivas tenía un andar lento y seguro; sus zapatos negros, lustrosos, resonaban con golpes secos en las baldosas recién fregadas. Podía ser su forma de anunciarse. Barba cana, bien recortada, era delgado, con gafas oscuras, llevaba bata blanca arremangada y pasaba de los sesenta años. Un tipo serio, que sonrió con timidez cuando reconoció a su amigo. Se estrecharon la mano e intercambiaron unas frases de cortesía. Adrián nos presentó e inmediatamente Rivas nos condujo a su despacho, al final de un pasillo donde se cruzaron con una muchacha que lloraba desconsolada, sola en una silla, bajo la mirada de una enfermera, que se mantenía a prudencial distancia. Su despacho era pequeño, pero acogedor, con pósters de flores y una mesa color caoba atestada de documentos.

—Sí, señor, un lugar poco acogedor —dijo Santiago—. A mediados de los noventa lo echaron abajo y ahora han construido un bloque de oficinas. Ha cambiado mucho ese barrio, Vallecas, como sabe. Ya no es ni sombra de lo que era. ¿Así que usted es psicóloga?

—Así es. Pero no hago esto con todos mis pacientes.

Santiago sonrió.

—Es un hombre hermético —añadí—. No quiere hablar del asunto. No le molestaría si no fuera importante.

Durante unos minutos, Santiago nos habló de ese mundo tan desconocido, los hogares de tutela, los centros de acogida, los de internamiento, de régimen abierto… En pocos y breves trazos describió cómo es la vida de esos muchachos de alma dislocada, maltratados por la vida y por sus familias. De agredidos pasaban a ser agresivos. Era lógico, pues si has crecido en un lugar hostil, te vuelves hostil contra el entorno. Esto lo comprendía bien. El animal amenazado puede huir o bien encararse y mostrar los colmillos. El ataque puede ser una buena opción de defensa. El problema es cuando crees que todo el mundo tiene malas intenciones, e interpretarlo todo como una provocación, como una amenaza. Los chicos que describió Santiago eran recelosos y en extremo suspicaces. Cualquier comentario lo podían malinterpretar.

Lo contó sin énfasis ni dramatismo, como si fuera una realidad natural, un escenario familiar. Tenía un leve tic, de vez en cuando chascaba los dientes como si masticara grano. Bruxismo. Por lo demás, se le veía muy relajado, inclinado sobre el respaldo, al contraluz de la ventana.

—El Cristo Rey se hacía llamar terapéutico, pero de eso tenía poco.

Pertenecía al Patronato de Protección de menores, más pensado para proteger a la sociedad de esos niños, depurando las calles y colegios, que al revés. Para mí era simplemente un centro de coacción de menores. Se lo digo crudamente, como lo siento. Tenía algo de cárcel química. Me presionaban para que los medicara. No les entraba en la cabeza que los sedantes no los calmaban, sino que los ponían más agresivos. Cuando llegué allí, la filosofía educativa era palo duro, control, disciplina. El problema es que cuando se aplica el autoritarismo y la fuerza con chavales desgarrados, en vez de pacificarlos, se revuelven y muerden. No se puede extinguir un incendio rociándolo con gasolina, ni calmar a una pantera golpeándola con saña. Otros preferían utilizar el castigo moral, esperando que se avergonzaran de sus actos, pero para ello es necesario que tengan escrúpulos morales, o que les importe lo que piensen los demás. El problema es que muchos de estos chicos no le tienen cariño a nadie, y les da igual la opinión ajena. Parece mentira que lo llamaran «centro terapéutico». Había delincuentes muy cuerdos, y también toxicómanos, pandilleros de la calle de once o doce años, con padres de borrosa presencia. Y había niñas con conductas sexuales precoces, manipuladoras, de barriada pobre, gitanillas; en fin, de todo un poco. Yo sólo aguanté tres meses allí y pedí el traslado. Veía cosas que no me gustaban. Las celdas de castigo estaban forradas con gomaespuma. Camas con correas de sujeción. Los lavabos y enchufes estaban protegidos con refuerzos antivandálicos. Las camas iban atornilladas al suelo. Los armarios carecían de puertas para que los cuidadores pudieran ver lo que contenían en su interior. Las persianas estaban hechas con una tela rígida de velcro para evitar suicidios. Las medidas de seguridad resultaban asfixiantes; la rutina estaba marcada por el sonido de las llaves de los vigilantes abriendo puertas metálicas. Era un centro terriblemente ruidoso. Los chavales estaban siempre gritando y armando jaleo, era difícil encontrar un lugar donde ponerse a resguardo de tanto ruido.

—¡Qué barbaridad! —exclamé.

—Ahora es fácil escandalizarse —intervino Adrián—, pero eran otros tiempos, otra cultura, la gente apostaba por la mano dura mucho más que ahora.

—¿Y quién es su paciente? No sé si lo recordaré.

—Ricardo Alvear.

El doctor Rivas se quedó unos instantes pensativo, mirando al suelo, con el ceño fruncido.

—Sí, a ése sí lo recuerdo bien. El jugador de ajedrez. Tenía un mote: Karpós, o algo así. Allí, un chico aficionado al ajedrez era poco menos que un marciano. Era inquietante verlo concentrado. Huraño, listo, esquivo con todos nosotros, pero no conflictivo. No andaba por ahí desafiando ni provocando. No se parecía a ningún otro del lugar. No tenía amigos allí.

No participaba en las algazaras. Jugaba con un educador social muy bueno, ¿cómo se llamaba? Ya no me acuerdo. Es igual. Este educador tenía un trato especial con él. Era el único que lo comprendía. Sabía sacarle lo mejor. Vaya, hombre; me fastidia no recordar su nombre.

—Así que no era un camorrista —dije.

—En absoluto. Estaba allí porque no tenía familia, y porque arrastraba un pasado sórdido, como tantos otros. Creo que venía rebotado de otros centros, o se había fugado, no me acuerdo. Se le veía mal, pero no se quejaba. A éste sí lo mediqué, con antidepresivos. Le expliqué para qué eran y no puso objeción. Se tomaba él solo su pastilla al día, o al menos eso nos parecía. Algunos chicos las escupen cuando no los vemos. Manteníamos una relación entre fría y cordial. Alguna vez traté de conversar con él, pero no estaba por la labor. ¡Bernardo Ruiz! Eso es, así se llamaba. Él es vuestro hombre.

Sonrió, satisfecho por haberse acordado al fin. Memoricé el nombre, con una tímida esperanza de poder encontrarlo no muy lejos.

—¿Nunca demostró una conducta abiertamente agresiva? —preguntó Adrián.

El otro meneó la cabeza, en un gesto que no acababa de ser una negación, o en todo caso era la manifestación de una duda.

—No lo llegué a conocer bien. Era desconfiado, pero eso es bastante normal, cuando te han tratado a palos. Allí todos los ingresados eran inflamables como bidones de gasolina. Si no se metían con él, trataba de pasar desapercibido. Alguno debió de provocarlo al principio, cuando entró, y recibió tal paliza que ya no volvió a intentarlo. Así que era un elemento extraño allí, en ese ambiente de elementos extraños. Por eso lo recuerdo bastante bien. ¿Cómo le ha ido la vida?

—No le ha ido mal. Se ha convertido en un verdadero ejecutivo del software.

Santiago Rivas alzó las cejas, sorprendido. Una enfermera nos interrumpió con una disculpa. Una de sus pacientes acababa de vomitar todo el almuerzo y ahora estaba llorando desconsolada en su habitación. Santiago se levantó. Nosotros también.

—Siempre supe que sabría salir adelante —dijo Santiago—. Bernardo le ayudó mucho. No puedo deciros mucho más, pero seguro que él sí conoce aspectos que yo ignoro. Ahora, dónde vivirá ese hombre, no tengo ni idea.

Nos dejó allí, en el pasillo, y se despidió con un ademán.

Fue esa sensación, te están mirando por la espalda, te giras y ahí está. Estaba retirando de la cama de mi hijo la sábana y el cubrecolchón, cuando sentí que una presencia me taladraba por detrás, y al volverme descubrí a Viola con la cabeza alzada, en vilo, y sus ojos amarillos

atravesados por una línea negra, fijos en mí, al otro lado del sucio cristal. Se me erizó la piel. Me desplacé a un lado y a otro, y ella orientó la cabeza para seguir mis movimientos. ¿Por qué me miraba de esa forma? Tenía una buena razón, yo era la envenenadora. Esa mirada me estaba diciendo: «Acércate». Claro, eso no podía ser, ellas no… Le estaba atribuyendo sentimientos humanos. Me aproximé al terrario y la encaré, sosteniendo su mirada, que empezó pronto a resultarme hipnótica. Su pensamiento me llegaba como si sonase un susurro sibilante en mis oídos: «¿No hueles todavía?».

Me latían las sienes. Si detectaba mi miedo, era su presa. Así que murmuré con voz engolada y una sonrisa nerviosa:

—Viola, Violita…

Con un salto relampagueante se lanzó contra mí, y del susto retrocedí con un grito, tropecé con una silla, y caí al suelo. Y ahí, sentada de culo junto a la cama de mi hijo, reparé en que el cristal era una barrera infranqueable y no había peligro.

Cuando me levanté de nuevo, Viola había girado y se enroscaba sobre sí misma, desdeñosa o airada, o simplemente aburrida.

Hice un gurruño con las sábanas y abandoné a toda prisa la habitación.

En cuanto cerré la puerta a mis espaldas me dije a mí misma que era una estúpida al creer que Viola quería vengarse de mí. ¡El miedo me hacía delirar!

Fui a la cocina a servirme una bebida fría y serenarme. Zumo de arándanos, antioxidante revitalizante regenerante. Tienes un problema, me dije, y no acabas de ponerle solución. ¿Estaba en mis manos? No podía eliminar de la ecuación a Zalo. El inconveniente era que su mascota exótica significaba demasiado para él. Era la gran ilusión de su vida. La había ido mimando gramo a gramo, igual que a un perro desde cachorro. Y podía alcanzar los cinco metros de longitud. La iniciativa de tener esa mascota había sido suya, no me lo había consultado siquiera, la compró con sus ahorros, la trajo en el terrario, con ayuda de un amigo. Me enteré dos días después, y puse el grito en el cielo, y él me amenazó con romper toda relación conmigo si me desembarazaba de su *constrictor*. Eso podía significar fugarse de casa o algo peor. Tras una desagradable trifulca, al final lo acepté como un mal inevitable, resignada, pero también me engañé a mí misma pensando que cuando fuera más grande perdería el interés por ella y sería más fácil eliminarla de mi vista. Y no había sido así. Su pasión había crecido al mismo ritmo que ella. Había engordado, se había adueñado de mi casa.

Me senté a reconsiderar la situación. No hacer nada era lo peor, claudicar. Una derrota. Pero mi relación con Gonzalo me parecía lo más importante, y si eso exigía aceptar a ese ofidio en mi casa, estaba dispuesta a pasar por ese trance.

Ricardo Alvear regresó puntual, bien vestido, pero sin chaqueta, con educado recelo, sin hostilidad. Ocupó su butaca y me observó con curiosidad antropológica, los pantalones planchados y las puntas de sus lustrosos zapatos italianos apuntándome, impávido ante mi repudio de su crimen, indiferente a mi reprobación moral. A veces incluso me parecía que comprendía cómo me siento y eso me absolvía a sus ojos de su velada acusación de ser una estúpida, aunque probablemente lo pensara. Mi vecino melómano había sintonizado un canal de baladas de jazz, y en ese momento sonaba un tranquilo tema de Julie London con un gran título: *I Lost My Sugar in Salt Lake City*.

—Pues no lo sé —comencé, rompiendo así la lámina de silencio—. No sé cómo justifico mi existencia.

—¿Perdón?

—Era su pregunta.

—¿Qué pregunta?

—La escribió usted en la nota que me dejó, antes de abandonar la consulta de forma brusca, por decirlo de modo suave.

Necesitó unos segundos para caer en la cuenta.

—Ah, pero no era una pregunta dirigida a usted, sino a mí mismo. Quería arrancármela. La dejé en la mesa, como una nota de despedida, para que pudiéramos tratarlo en la siguiente sesión. Por cierto, siento haberme enfadado.

Su tono al hablar, y muy especialmente cuando dijo esto, fue como una tregua en una guerra cruenta y silenciosa, y no declarada. El mundo volvía a ser un lugar habitable.

—¿Lo siente de verdad?

Asintió y esbozó una sonrisa en la que no participaron sus ojos, y con la que pretendía tranquilizarme. Era el gesto de quien ha perdido el don natural de sonreír, pero aún cree que lo puede necesitar. Me pareció posible que tuviéramos una sesión tranquila.

—Aquí hablo de cosas en las que nunca pienso. Me resulta molesto.

—Entiendo.

—Son cosas en las que prefiero no pensar.

Hizo crujir las falanges y mudó la postura.

—¿Y qué es eso en lo que nunca piensa?

—En lo que hablo aquí. Simplemente no pienso en ello.

—¿Y en qué piensa cuando no piensa en nada?

—Sólo en trabajo. Desarrollo aplicaciones, diseño arquitecturas.

Eso ya lo sabía.

—¿Sabe? Todavía me pregunto por qué sigue acudiendo a mí. Hasta ahora no le he servido de mucho. Y usted tampoco parece confiar, se lo

reserva todo, así que no avanzamos.

—Es verdad. Creo que debería confiar en usted.

Eso me alegraba, llegados a este punto. Me dejaba cierto margen para asumir riesgos.

—He estado averiguando algo acerca del centro Cristo Rey. No tiene buena fama. ¿Cómo acabó en un lugar así?

Se tomó su tiempo para contestar. Era uno de sus puntos sensibles. No se sentía cómodo en ese terreno. Pero estábamos en terapia, y había que entrar en harina.

—Que naciera en un barrio de mala muerte a comienzos de los setenta tiene algo que ver. Tuve esa infancia que jamás representará Walt Disney. A falta de familia, me apadrinó el Estado, pero a mí no me gustó esa nueva familia, sus preguntas y sus hospicios. No me gustaron sus métodos para conocerme. Prefería la calle. Así que me fugaba, y ellos me recogían de nuevo, y me llevaban a otro peor. Y de malo a peor, fui a dar con mis huesos en el infierno. Allí conocí a Satanás, con su caldero humeante, y todas las almas en pena. Eso es todo lo que puedo contarle. O por decirlo más claro, ya he dicho más de lo que debería. Dejémoslo así.

Asentí.

—Pero ha rehecho su vida. Se ha convertido en un jefazo de una multinacional de software. Tiene un despacho insonorizado.

—No lo suficiente.

—He notado que tiene muchos problemas con el ruido.

Asintió.

—¿Por qué?

—Bueno, ha habido ruidos siempre.

—Eso no es una gran explicación. ¿Por qué no me cuenta qué ruidos le han perturbado en su vida?

Volvió a sumirse en un silencio reflexivo, su expresión comenzó a ser más personal, con un punto desgarrado, apenas detectable, en el rictus de su boca.

—Eran las chanclas de mi madre antes de morir de sida, arrastrando los pasos, sus gemidos de dolor, día y noche. Me hacían temblar. Eran los pasos de mi tío antes de entrar en mi cuarto, como si aplastara cucarachas; era su voz edulcorada, su hipócrita dulzura. Eran las puertas cerrándose. Las manos subiendo por sábanas. Ruidos, voces de extraños, preguntas sádicas, coches que me llevaban, llaves, puertas que se cierran. La misma ciudad es un infierno de ruidos. El estruendo de la estupidez humana, por todas partes, clamando por ser escuchado.

—¿Por qué se marchó a Estados Unidos?

—Me atraía el entorno computacional y una ciudad flemática. Hay más respeto que aquí.

Eran patentes el esfuerzo y el disgusto que le resecaban la garganta, al

carraspear. No supe qué hacer, qué decir, salvo lo que no debía intentar, insistir. Aun así dije algo más para evitar que nos rodeara el silencio (del cual es difícil salir). Mi voz comenzó a sonarme extraña, como si sonara dentro de una lata, o como cuando escuchamos nuestro propio eco por el móvil, y las bobadas que decimos nos rebotan a la cara, nos hacen detestar nuestra voz. Nunca he podido continuar una conversación telefónica cuando salta el eco. Me consolé pensando que por fin tenía algo, un centro de menores donde estuvo internado, donde pasó años difíciles, y conoció a un educador social que pudo ser un tutor de resiliencia para él, Bernardo Ruiz. No me atreví a preguntarle por él. Podía ser un error irreparable. Enseguida se extrañaría de que supiera ese nombre, querría saber cómo había llegado hasta ese dato. Pero él no era el único camino para averiguarlo. Había mucho que indagar por esa nueva fisura. Quién sabe qué galerías encontraría.

—¿Por qué regresó a España?

—Quería montar aquí mi propia empresa, con mis propias ideas, mi propio equipo. Poner en práctica todo cuanto había aprendido. Me llevé a gente de allí, algunos amigos de distintas nacionalidades, y a mis dos secretarias. Era una pequeña aventura, crear nuevos mercados. Pero con el tiempo, también esto me ha cansado. Se ha convertido en una repetición de patrones. El ruido del mundo vuelve a llegar.

Consideré atentamente sus palabras, observando la geometría irregular de la sombra sobre la pared contigua al ventanal. Su relato era siempre una crónica del vacío. Un vacío pleno de significado.

—Ya es la hora —murmuró mirando el reloj.

Fuera de mi alcance

¿Doctora Isabel? —escuché a mi lado.

Me giré y, ¡horror! Cual macaco de Jigokudani saliendo de las aguas termales con un gorro de goma en la cabeza, ahí estaba Julia Ferrer, una de mis languidecientes, que tenía la manía de llamarme doctora. Casada con el rico propietario de una tienda de embarcaciones deportivas, tenía dos hijos que iban a la universidad con sus mochilas Hilfiger, se hacía la limpieza de cutis electrónicamente, se depilaba las axilas con láser, escribía sonetos que me recitaba de memoria en la consulta y jamás comería en un establecimiento que no cumpliera rigurosamente las medidas de prevención de parasitosis por anisakis. Sus labios (engordados) brillaban con la humedad. Traté de corresponder a su alegría al reconocerme ahí, en la piscina termal del gimnasio Wellness, y enseguida se animó a conversar.

—Me emocioné con el poema. ¡No sabe cuánto lloré! Gracias, doctora, mil gracias por la recomendación.

—¿Qué poema? —titubeé tratando de recuperarme.

Recitó con voz solemne y sofocada emoción, *Palabras para Julia*, mirándose las puntas de los pies que sobresalían del agua:

—Te sentirás acorralada / te sentirás perdida y sola / tal vez querrás no haber nacido… Entonces siempre acuérdate / de lo que un día yo escribí / pensando en ti como ahora pienso.

A cuarenta y cinco grados y sumergida hasta el mentón, no era ciertamente el lugar más adecuado para recitar poemas de Goytisolo, pero no pude sustraerme al hechizo o maleficio de su mirada esperanzada. Ella, Julia, sentía que era la destinataria de aquellos versos.

—¡Describe tan bien cómo me siento! ¡Es tan bonito que te consuelen así!

—De acuerdo, Julia, pero cuando dice «pensando en ti» no era en usted. La hija de José Agustín Goytisolo se llamaba Julia. También su madre.

Frunció el ceño para reprocharme que no era de buen gusto coartar la fantasía con datos tan prosaicos.

—¿Acaso no sirve la poesía al capricho de nuestra libre interpretación? —dijo—. He ahí el milagro de la poesía, hacer que el mensaje llegue íntegro a cada alma. —Y añadió—: Encontré el audio en la web, cantado

por Paco Ibáñez. Pasé toda la tarde escuchándola una y otra vez, doctora.

Podía imaginármela repitiendo el ritual de dar cuerda a la caja de música, derramando lágrimas a vuelta de manivela.

—He escuchado que se suicidó —dijo—. Pobre hombre.

Conocía este delicado momento en que la oscuridad se adueña de los pensamientos y tiñe de amargura las palabras, tenía sólo un par de segundos para reaccionar, encontrar una excusa no demasiado impertinente y abandonar la piscina, pero mis tímidas tentativas de fuga fueron boicoteadas con su mirada implorante.

—¿Se ha fijado en los tres focos bajo el agua? —preguntó—. No sé por qué los ponen ahí, el agua podría colarse dentro y… ya sabe. La electricidad, el agua, ¡una corriente que te fulmina!

—¿Qué?

Una voz en mi cabeza me decía: «No, nooo, no lo hagas», pero la mirada ansiosa de mi languideciente me tendió una soga alrededor del cuello, me hizo su rehén. Había en ella un ruego sordo. Se ahogaba y yo estaba cerca. Me habló de la muerte por electrocución, uno de mis temas favoritos, en ese momento. Le expliqué —y no debería haberlo hecho, no estábamos en la consulta— que esos focos tienen diferenciales, dispositivos para evitar eso.

—Todo en este lugar conspira para mejorar nuestra salud y bienestar. Cierre los ojos y relájese.

En vez de hacerlo, se agrandaron como sarpullidos.

—Cuando hablas de las cosas que se te pasan por la cabeza es cuando realmente te das cuenta de las cosas que se te pasan por la cabeza. De pequeña vi *Psicosis* y pasé semanas sin poder ducharme. Tenía pesadillas todas las noches.

Sus voluminosos pechos flotaban como boyas de silicona. Prosiguió:

—Salía una mano de entre las cortinas con un cuchillo, y ese ruido estridente, ríiii, ríiii, ríiii… Me despertaba sobresaltada y me metía en la cama de mi madre. Ahora no puedo ducharme con cortinas. Prefiero salpicar el suelo.

Entró un hombre de edad madura y se sumergió lentamente, soltando leves bufidos. Se detuvo al reparar en que había emprendido una línea equivocada de discurso.

—Aquí no, por favor —dije con el tono apremiante de cópialo cincuenta veces o se lo digo a la seño.

Asintió con aire contrito, y yo salí del agua y me alejé de allí chapoteando en el suelo. El aire ahora estaba frío.

—Nos veremos en la consulta.

Tras ducharme y vestirme, me dirigí al restaurante cafetería, tratando de olvidar el desagradable encuentro. Llevaba el portátil que había dejado en la taquilla, aprovechando que era zona wifi. Pedí la ensalada de queso

de soja y tomate (rico en licopenos), acompañada de un vino (rico en polifenoles). Todo ahí era asquerosamente salutífero. La letra pequeña del menú informaba que ningún producto contenía tiroxinas ni histaminas. Ser un naturópata es hoy en día lo más parecido a ser un psicópata. Allí se exhibían en coquetas vitrinas de cristal productos de cuidado del cuerpo, y me entró por un ojo y parte del otro un frasco de aceite de rosa mosqueta para masaje, que por supuesto compré, con la esperanza de encontrar también masajista para mi rosa.

Tras el frugal almuerzo me conecté a internet. No me costó mucho dar con el hombre que buscaba, un educador social llamado Bernardo Ruiz. ¡Por fin Facebook me ofrecía una utilidad! Según su perfil, Bernardo contaba cincuenta y un años, se conservaba bien, según la foto, en la que aparecía con una mueca simpática, con un remolino de pelo oscuro en la nuca, como si volviera de una fiesta. La foto era muy informal, irreflexiva, y su sonrisa inspiraba confianza. Entre sus actividades e intereses reflejaba su miedo a pisar las bandas sonoras de la carretera, por si le cobrara la SGAE, la cerveza Tinima de Camagüey, el sushi, el humor absurdo, el sello Deutsche Grammophon, Albert Camus y la rana Gustavo. Aún vivía en Madrid, lo cual era una suerte. Le escribí un par de líneas, presentándome como una amiga de Ricardo Alvear, amante también del sushi, la música clásica, y devota incondicional de Epi y Blas. Le pasé un correo electrónico.

Cerré el portátil y salí de allí. En el vestíbulo, un gran panel anunciaba el programa de entrenamiento personal, basado en los cuatro pilares HCEU: *Harmony*, *Control*, *Emotion*, *Urban*. Armonía perfecta para tu cuerpo y tu mente. Control para el equilibrio que necesitas. Emoción para obtener autocontrol. Urbanita, porque te gusta la vida moderna. Cuanto peor nos va, mejor se vende la felicidad. Esos cuatro pilares HCEU hacían la competencia a mis cuatro pilares ABC, de Albert Ellis, y estaba claro que a los dueños de este negocio del Wellness les iba mejor que a mí. A nadie le duele prendas decir que va a meditación o a Tai Chi, o a yoga Sivananda, para mejorar su equilibrio personal, pero parece que admitir que acudes a un terapeuta fuera reconocer que tu azotea necesita un trabajillo de urgente revoque.

En cuanto me vi de nuevo en la calle sentí que la ensalada había sido un mero aperitivo. El hambre me punzaba el estómago.

Allí mismo, a treinta metros, brillaba el rótulo luminoso de un Häagen-Dazs. La tentación fue irresistible. Me senté junto a la vidriera con mi bolso y mi ordenador y me zampé un bote entero de helado de fresa con tarta de queso. La tarta tenía la galleta crujiente. Absolutamente espectacular.

Al barrer la habitación de Zalo —estaba tan horriblemente desordenada que ya había renunciado a darle un aspecto más decente, pero, puesto que él tenía tanta fobia a la escoba como yo a los reptiles, había decidido al menos retirar la mugre del suelo un par de veces a la semana—, tratando de no mirar el terrario y la criatura enroscada en su interior, reposando bajo la lámpara de infrarrojos, extraje algo extraño bajo el chifonier. Me agaché a mirarlo: era una tira amarillenta, escoriada, una lámina larga y áspera que al principio no supe identificar ni conjeturar qué hacía esa cosa allí. Parecía algo… orgánico. La sostuve, observé los pequeños orificios y de pronto la solté al suelo dejando escapar un pequeño grito. ¡Era la muda del bicho! La apestosa piel que había excretado quién sabía cuánto tiempo atrás. ¡Puaj!

La metí en el recogedor, asiéndola por un extremo milimétrico, y fui a toda prisa a tirarla a la basura. Aunque estaba sólo a medias, cerré la bolsa, la saqué a la terraza del lavadero y puse otra.

Decidí no comentarle nada a Zalo. No quería propiciar otra de nuestras largas discusiones. Viola era como un catalizador de energías negativas entre nosotros. Y él estaba más aplicado en los estudios.

Las cosas empezaban a marchar un poco mejor, desde que había pedido ayuda a Elvis para prepararse los exámenes del segundo trimestre. Llegaba su amigo; me saludaba con un «buenas, señora», y se ponía con Zalo. Me gustaba ese chico, respetuoso y brillante; una buena influencia. De vez en cuando oía que Elvis lo llamaba «gilipollas mamón», «pedazo de capullo» y «descerebrado de los cojones» (esto último sonaba especialmente bien en su boca), y en una hora le daba un repaso de todo. A ratos me asomaba a la puerta entornada y veía cómo le resolvía los problemas más complicados con cinco garabatos en un papel, casi molesto por tener que revelarle algo que a él le parecía tan evidente que hasta un cabeza de chorlito podía entenderlo. La didáctica no era su fuerte, porque no sabía explicarse bien, pero Zalo era rápido como un halcón y los insultos de su amigo lo estimulaban y metían combustible en sus turborreactores.

—Hostia, tío; no sé cómo me molestas por estas capulladas que tú mismo sabes hacer en cuanto te pones.

—Eso es porque tú me las explicas de coña.

—Yo no explico nada. Toma, resuelve ésta y vámonos a patinar, que ya me están picando los pies. Oye, ¿en esta casa no se merienda?

Era la señal para que yo pudiera entrar con mi bandeja de pequeños bocadillos de chistorra, beicon con queso y salmón ahumado con lechuga, y un par de Coca-Colas bien frías. Elvis tenía siempre un hambre de lobos, parecía no haber visto nunca una loncha de salmón, lo devoraba todo con fruición, y Zalo lo encontraba muy divertido y se cachondeaba de él, preguntándole si acaso no lo alimentaban en su casa.

Elvis hacía dibujos tétricos: calaveras, zombies, cabezas por el suelo,

ensangrentadas; en uno de ellos una rata lo desorejaba. No parecía darles importancia, ya que los dejaba en cualquier parte de la mesa, eran apuntes rápidos, a bolígrafo, y denotaban un talento extraordinario para el dibujo. El mundo de los adolescentes estaba hecho de muerte e imágenes macabras, y Elvis no era una excepción. A Zalo le encantaban y decoraba el corcho de su cuarto con los más extravagantes, junto a carteles de denuncia, que circulaba por ahí, como: SI TIENES UNA PISTOLA PUEDES ROBAR UN BANCO, PERO SI TIENES UN BANCO PUEDES ROBAR A TODO EL MUNDO.

Sin embargo, y a pesar también de su trapajerío, Elvis trabajaba para mi causa. En los ratos de la merienda le gustaba que yo estuviera presente. Y a mí me encantaba que me llamase «señora» (Zalo se echaba a reír).

—Creo que vas muy bien en el curso —le dije a Elvis.

—Pse.

—Esperamos que lo pueda acabar —dijo Zalo.

Elvis se aplicaba a comer sin darle importancia al asunto.

—El banco —añadió Zalo— quiere largarlos a Rumanía.

Elvis se encogía de hombros.

—¿Tenéis problemas con la hipoteca? —pregunté.

Él asintió con la boca llena.

Zalo contestó por él:

—Dejaron de pagar hace muchos meses. Y el juez que trabaja para el banco lo ha decidido: ¡a la puta calle!

—No trabaja para el banco —dijo Elvis—. Es sólo un juez. Su trabajo consiste en hacer cumplir la ley.

—La ley no es igual para todos —objetó Zalo.

Elvis estaba avergonzado, quizá por su condición de hijo de insolventes, y metía las manos en el bolsillo de su sudadera con la capucha raída.

—Vendrá la policía a echarlos —anunció Zalo—. Ellos también trabajan para la banca. Viva la banca.

Elvis cogió de la bandeja el bocadillo de beicon con queso. Siempre lo dejaba para el segundo lugar.

—La cuestión es cuándo lo harán.

—Habrá que estar preparado —dijo Elvis—. Por lo menos, tener los calzoncillos puestos cuando entren con la porra.

Me di cuenta entonces de que Zalo le miraba de una forma extraña, y se fijaba en sus partes. Detecté un interés especial.

—Lo llaman «proceso de ejecución hipotecaria» —dijo Elvis—, que significa, «o te largas o te crujo».

¿Estaba soñando? ¿Se sentía atraído físicamente por él? ¿Era ése su doloroso secreto? ¿El motivo de su «S.O.S»?

Zalo le apoyaba, confraternizaba con él de una forma casi conmovedora. Volver a Rumanía sería un fracaso. Fuga de talentos, dijo Zalo, como si hablaran del exilio de los científicos. Era divertido

escucharlo, porque mezclaba los bancos, la ley, los derechos humanos, el declive de la monarquía y el derecho a una vivienda. Era un discurso mal articulado, saturado de tópicos, aunque él lo sentía realmente, no era indiferente a los acontecimientos. Y eso era una virtud en él.

Elvis era menos dado a hablar de estas cosas. Pertenecía a una de esas plataformas de afectados. Asistía a las reuniones, que se iban caldeando a cada minuto. Acudía a concentraciones de protesta. Con qué poco se arruina la vida de una familia, el futuro de un muchacho con talento, uno de los mejores del instituto.

Observé un rato a Zalo. Observé su grado de contacto físico con él. Era tal vez un contacto disimulado, pero efectivo, de aparente camaradería —la mano al hombro, a la espalda, al cuello, un pescozón, un pellizco afectuoso—. ¿Lo sabía Elvis? ¿Lo consentía? ¿Lo apoyaba? ¿Le gustaba? ¿Había más, en la intimidad? ¿Era mi hijo gay? ¿O sólo un amigo cariñoso? Nunca me había hablado de chicas, ni conocía yo que hubiese tenido novia, ni intención de tenerla. ¿Por qué le había mirado las partes, cuando él insinuó lo de pillarles en bolas? Puede que sólo fuera un movimiento instintivo, una comparación, los chicos comparan el tamaño de su sexo, miden así su autoestima varonil. O tal vez no era sólo eso, tal vez sentía deseos de acariciarlo, retenerlo entre sus manos, duro, excitado.

Elvis era guapo, de eso no había duda, y no le gustaba hablar de sí mismo, no presumía, y pronto se iban a patinar. Se despidió de mí con un «todo riquísimo, señora». Y Zalo fue detrás.

Durante una semana, nada aconteció digno de reseñar, hasta que él regresó a la consulta, a la misma hora, con una americana de ante prácticamente nueva, ojeras de haber dormido mal, algo más flaco (observé que estaba adelgazando, mal asunto). Le gustaba la regularidad, las siete de la tarde era una buena hora para él. Su postura había experimentado un cambio; ahora lo tenía más cerca, más en mi punto de mira.

—¿Cómo ha ido?

—Nada especial —dijo—. ¿Tenemos algo diferente hoy? Por cierto, me gusta esa pieza. Prokófiev. *Romeo y Julieta*.

—Mi vecino melómano.

—Querrá decir su *recinto* melómano.

—¿Cómo?

Hizo un gesto como el inicio de una risa contenida.

—Sí, ese cuarto que ha preparado, ahí, al otro lado de la pared, para hacer musicoterapia encubierta. Me gusta la idea. Me gustan sus elecciones. Hace que los silencios tengan significado. Creo que hoy me voy a quedar sólo escuchando. ¿Qué vendrá después?

Suspiré, halagada por el piropo.

—De acuerdo. ¿Qué tal si hacemos una actividad diferente? Sobre los sentidos. La acústica.

—Bien.

—Entonces, cierre los ojos.

Lo hizo inmediatamente.

—Empecemos por… Descríbame lo que ve sin los ojos.

Comenzó a señalar, con bastante precisión:

—Butaca colonial, tiene una fisura en uno de los reposabrazos, entre un potos y una… ¿yuca?; escritorio de melamina y acero cromado, con estación de trabajo debajo, donde asoma un tablero de ajedrez artesanal, tengo curiosidad por ver las piezas; impresora HP 1018, muy desfasada, conectada a un portátil HP, metalizado, un modelo de 2005, caduco, pronto no encontrará tóner de reemplazo; lámpara de pie, con pantalla imitación de piel de cocodrilo; la alfombra color aceituna es de pelo largo y no le vendría mal un pase de aspiradora. Al fondo, reprografía de un cuadro del Art Institute of Chicago, de Grant Word, me gusta. A mi izquierda, un cartel del Whitney Museum of American Art: «*Making Mischief: DADA Invades New York»;* estantería de nogal, libros de Albert Ellis, Beck, David Burns, no recuerdo más, guías ilustradas con acuarela de Londres, Amsterdam, París, Venecia, Nueva York, con los rincones más turísticos, un libro sobre la pintura de Renoir, el manual de diagnóstico psiquiátrico DSM-IV TR y el CIE-10, por ahí no me encontrará. Tres focos halógenos en el techo, archivador de madera, de cajones y bandejas, ahí tendrá los expedientes X, y confío en que no haya ninguno mío.

Abrió los ojos. Estaba abrumada por la exactitud de sus descripciones. Me miró inquisitivamente.

—Buen trabajo.

—Bien, y luego está usted, frente a mí, que viste de una forma que no corresponde a su forma de ser.

—¿Por qué dice eso?

—Es una impresión. Su envoltorio es más sofisticado que su persona. ¿Lo hace por esas señoras rancias? A mí tampoco me gusta vestir de ejecutivo.

Me aterraba la idea de que comenzara su radiografía sobre mí.

—¿Y qué ve si se mira a sí mismo?

—Ni idea. No me interesa.

—¿Qué es lo que no le interesa?

—Conocerme a mí mismo.

—Entiendo.

—Hay cosas que es mejor dejarlas donde están.

—De acuerdo. Fíjese en este instante, usted y yo aquí. En este espacio que tan bien ha descrito. En este momento de la tarde.

—Pero todo esto ocurre remotamente.

—Yo lo siento muy real.

Sonrió, como si me llamara, irónicamente, afortunada.

—¿Sabe? Una de las cosas que más me ha llamado la atención de todo lo que ha contado en esta sala es que la ira le ha salvado. Habla de esta emoción como si fuera algo positivo.

—Es una pulsión poderosa que mueve el mundo.

—Pero nos conduce a errores trágicos.

—A mí siempre me ha alimentado esa fuerza. Era mi motor de arranque.

—¿Era? ¿Ya no lo es?

—Por desgracia, lo he perdido.

—Pues si lo ha perdido, debería sentirse liberado.

Hizo un rictus de disconformidad. Sus ojos se volvieron hacia dentro. Estudiando su expresión, empecé a descubrir un nuevo atractivo en sus facciones graves. Por primera vez sentí que había algo humano ahí dentro, algo trémulo y delicado.

—¿Y por qué cree que el odio le hacía bien?

No supo cómo contestar. O lo hizo con una pregunta:

—¿Usted no tiene enemigos?

Ante mi silenciosa negativa de cabeza, dijo que no comprendía cómo se puede vivir sin enemigos. Estaba en lo cierto, tenía montones de enemigas. Antiguas compañeras de clase, por ejemplo. Pero no era yo quien debía hablar de mi vida.

Permanecí a la espera de que me contara lo que le rondaba por la cabeza; lo incité con una mirada expectante.

—¿Y su éxito, no le interesa?

Negó con la cabeza. Unos segundos después me preguntó si acertaba a entenderlo. Respondí afirmativamente. Ésa era la razón de que siguiera acudiendo a mí. Esta evidencia no era consoladora.

—¿Qué me dice del amor?

—*Ah, amour, l'amour!*

Me crucé de brazos, para reafirmar mi posición. No iba a conseguir que me avergonzara.

—Ya le dije que no entiendo esas canciones.

Un hombre que no entiende el amor no puede ser libre, pensé. Se lo dije. Le hizo gracia, y replicó:

—Ahora es cuando me habla de esas pastillas milagrosas.

—No se burle. Le evitarían ese dolor.

—Tiene gracia. Me recuerda a una película de… Liz Taylor y Paul Newman…

—*La gata sobre el tejado de zinc* —apunté, estremecida al recordar a mi Paul.

—Sí, ésa. Aparece un médico, y le preguntan si no tendría alguna

píldora para calmar el dolor, y él contesta: «A veces quisiera una píldora que hiciese desaparecer a los hombres».

Sólo una cosa me espantaba más que encontrarme una noche a Viola en mi cama, y era que Gonzalo descubriera que había rociado un ratón de su almuerzo con tetracloruro de carbono, en un intento de liquidarla sin dejar huella. Las serpientes, claro está, no hablan, no cuentan estas cosas, pero a veces parecen tan taimadas, y mi hijo poseía un sexto sentido vibrátil, tal vez tenía una forma de comunicación telepática con la serpiente, o captaba sus estados de ánimo. O tal vez detectara algún retazo de olor a tóxico. Por eso me recorrió un calambre de pánico cuando Zalo vino a mí muy disgustado porque Viola ya no quería comer, y creí leer en su queja una velada acusación.

—¿No te parece extraño? —dijo.

Sostenía un infecto ratón por la punta de la cola. Pateaba el aire.

—Desde luego. —Retrocedí, temiendo que se le escurriera y tuviéramos que perseguirlo con la escoba—. ¿Se puede saber qué haces con eso?

—No puedo comprenderlo. Es el tercero que desecha.

—Por cierto, he encontrado su… muda en el suelo. Por favor, si cambia de piel, encárgate de que no me la encuentre.

—No cambia de piel. Es la capa de queratina, un envoltorio superficial que la recubre —replicó en tono docto.

—Bien, gracias por la lección. Ahora, si me haces el favor, mata ese pobre animalillo que sostienes y procura que quede en el fondo de la basura y yo no lo vea.

Lo hizo, para mi alivio, sin rechistar. Se dio la vuelta y al otro lado de la puerta escuché un par de pisotones. Así supe su método de ejecución.

—Joder, qué desperdicio —gruñó.

Fue a arrojar el despojo y pronto estaba de nuevo conmigo, buscando respuestas al mal de su mascota. Y cuando Zalo busca respuestas, a veces es mejor encontrarse lejos.

Tratando de conservar la calma y la cordura, y hurtándole mis ojos, por si en ellos pudiera percibir un atisbo de mi miedo a un terremoto maternofilial, apunté la posibilidad de que estuviera enferma y por eso hubiera perdido el apetito. Esto lo desalentó, porque no encontraría veterinario para una boa, y ese día Zalo rehusó comer y cenar, no sé si por solidaridad con su mascota o por animadversión y venganza hacia su sufrida madre. Y si era el inicio de una huelga de hambre, no cesaría hasta que, cerca ya su definitiva consunción, admitiera, arrodillada en el suelo, que la culpa era mía por haber tratado de envenenar al reptil, por lo cual merecería el más punible de los castigos.

Afortunadamente, no hizo falta tanto, ya que al día siguiente se me

ocurrió una posibilidad más halagüeña, y es que hasta una serpiente acaba cansándose del mismo menú. ¿A quién le gustaría comer todos los días la misma hamburguesa?

—¿Te das cuenta? —le dije—, esto significa que pide un cambio de dieta. Puedo ayudarte.

Se quedó valorando mi conjetura, y pareció convencerle, tal vez porque era optimista y ofrecía soluciones fáciles.

—¿Lo harás?

—¡Pues claro! Ahora mismo.

En su mirada leí un atisbo de ruego y esperanza que me conmovió.

Regresé al cabo de una hora con un par de pollitos de cálido y algodonoso tacto. Vivir en una gran ciudad como Madrid tiene esas ventajas, poder encontrar pollitos o fetos de ratones en un periquete. Zalo salió de su postración y se acercó conmigo al terrario, a observar la reacción de Viola con curiosidad de investigador microbiológico. Nunca imaginé que pudiera desear con tanto fervor la muerte de un pollito, para terminar con las tribulaciones de mi hijo y las mías. Arrojar así, sin escrúpulos, a una criatura tan vulnerable y desguarnecida a las fauces de una serpiente hambrienta, en qué nos hemos convertido, cómo hemos llegado a esto.

Aquel animalillo desvalido ni siquiera intentó escapar, como los ratones, dando vueltas enloquecidamente al cuadrilátero de cristal y cortejando su apetito; tan pronto como lo vio dentro, Viola se abatió sobre él con la eficacia del relámpago y lo hizo desaparecer a través de su mandíbula lustrosa, donde durante unos segundos abultó su silueta, todavía viva. Imaginé cómo se sentiría allí dentro, en esa oscuridad bullente, al ser empujado mediante movimientos peristálticos hacia el estómago, mezclado con ácidos flujos que lo irían arrasando y descomponiendo, al tiempo que se asfixiaba. Una vida corta, acompañada de un final sobrenatural. Como un cuento de Poe.

Zalo dio un grito de alegría y enseguida me preguntó si, tras varios días sin probar bocado, no querría un segundo plato.

—Dáselo —dije, resignada a no poner nombre tampoco al segundo pollo.

Le echó alegremente la segunda presa. La escena se repitió, o fue incluso más veloz: la primera fue un simple aperitivo, pues apenas tuvimos tiempo de presenciar cómo aquella cabecita amarilla ingresaba en la elástica boca. Y así, con dos de una panzada, pareció satisfecha y se entregó a un sueño de laboriosa digestión. El mundo había vuelto a la normalidad y mi hijo me agradeció mi buena idea con un apretón justo ahí, en mis michelines, algo que no ocurría desde… bueno, ya no lo recuerdo. Y no obstante, me sentí como debió de sentirse Judas cuando besó a Jesucristo. Había recuperado su afecto con mentiras y la vida de dos

pollitos inocentes. Y los que vendrían. Él se apresuró a enviar un mensaje electrónico a todos sus amigos, era vital que conocieran la primicia al instante.

Tal vez las cosas empezaban a cambiar para nosotros. Merced a mi tentativa de envenenamiento, estaba diluyéndose la toxicidad de su relación conmigo.

Y entre serpientes sibilinas me movía. Mi insaciable curiosidad me llevó a seguir investigando sobre la psicopatía, para terminar de descartar que fuera la patología de Ricardo Alvear. Leí una entrevista de un especialista mundial, nada menos que Robert Hare, autor del único test de detección, la Escala PCL-R o *Psychopathy Checklist Revised* que Ricardo había rehusado realizar. En ella hablaba de cómo funciona el cerebro de estos pacientes. Hare explicaba: «En efecto y de hecho lo que sucede es que si a un psicópata le mostramos la palabra "violación" en la pantalla del ordenador, la trata como una palabra neutra, como las palabras "mesa", "silla" o "árbol". Parece ser que hay muy poca diferencia en la forma que responden, o en las partes del cerebro que se activan. Esto es muy curioso. ¿Por qué es así? Tenemos los resultados de varios experimentos en los que enseñamos imágenes muy desagradables, como escenas de crímenes, y las tratan —a nivel de funcionamiento del cerebro— como si estuvieran mirando algo normal y corriente, como a un perrito o a un árbol. También hemos descubierto que hay partes del cerebro que no activan, y son las partes del cerebro asociadas al procesamiento de emociones, el sistema límbico, el cerebro emocional. O sea, lo analizan lingüísticamente, no emocionalmente». Una descripción reveladora. Si de algo estaba persuadida era de que la idea de violación lo repugnaba. Él no pertenecía a esta categoría. La descripción de Hare me alejaba de la hipótesis que había manejado en un principio. Y eso era un alivio.

Y otra buena noticia: por fin había obtenido una respuesta de Bernardo Ruiz en mi bandeja de correo:

> Hola, amiga invisible. Todo cuanto tenga que ver con Ricardo me interesa mucho. Estoy intrigado. Contáctame, por favor.
> Saludos, Bernardo

No tardé yo tampoco en darle la réplica. Un par de correos después me propuso un encuentro en el bar La Piola, «bohemio y tranquilo», en una calle peatonal del barrio de las Letras. Por sus breves respuestas, tenía la vaga sensación —ignoro por qué— de que sabía quién era yo, o al menos que sospechaba que no era una simple amiga de Ricardo.

Bernardo Ruiz me esperaba a media tarde ante una mesa, junto a la vidriera no demasiado limpia de ese viejo bar con encanto, de olores

antiguos, de maderas gastadas, como un taller de antigüedades. Lo reconocí enseguida por su fotografía de la red social, mientras cruzaba la calle y me aproximaba al local, y antes de entrar ya había decidido que me caía bien. Parecía tener siete u ocho años menos, por su complexión atlética. Llevaba un jersey de lana gruesa, color crudo, y una badana al cuello. Tenía la convicción de que sería fácil y natural entendernos. Un grato calor envolvente me acogió dentro. No era elegante, pero sí entrañable, concurrido, alegre, mestizo, tenía ventiladores en el techo, mesas de color nogal, y franjas de muro de piedra junto al escaparate. Bernardo Ruiz alzó la vista de una novela de DeLillo, *Submundo*, cuando me acerqué y le tendí la mano, y me la estrechó con aire tierno y divertido. Recio, de complexión fuerte, me hubiera gustado que fuera mi padre, o mi tío; su mirada irradiaba calidez.

—Es buena —dije, señalando su novela.

—¿La has leído?

Asentí.

Él vivía en esa misma calle, le encantaba la vida social que confluía en el barrio, incluso la noche, con sus ruidos, su música, su animación. Ya no tenía edad para pasarse la noche de farra, pero aun así, le gustaba dormirse con los ruidos, y a veces aún se daba el lujo de bailarse unas rondas en un local afrocubano, con unos amigos. Finalmente me dirigió una pregunta que me dejó perpleja:

—¿Eres su terapeuta?

Le pregunté que cómo lo sabía.

—Vino a verme hace un par de meses. Nunca hemos perdido el contacto. Prefiere llamarme él. Me agrada mucho verlo, aunque no está para muchas alegrías.

Guardó silencio durante los segundos en los que el camarero puso sobre nuestra mesa mi café largo.

—Se interesó por cómo me iban las cosas. Hace cinco años dejé de servir a la patria juventud. Empezaron a recortarnos tanto que lo próximo iba a ser la castración. Así no se podía hacer nada. Así que ahora es tu paciente.

—Sé que le ayudaste mucho en los viejos tiempos.

Sacudió la cabeza en un gesto desenfadado. Me enseñó una foto que llevaba entre las páginas del libro. Posaba él, en un patio, con cinco adolescentes rapados, con aspecto de chicos de la calle. Reconocí a Ricardo en el extremo, casi en perfil, como mirando a otra parte, indiferente. Tenía un roto en el pantalón, a la altura de la rodilla. Y estaba muy delgado. Calculé que tendría quince años.

—Ha pasado mucha agua bajo el puente, desde entonces. Llegó con trece años. Se había fugado ya de varios centros de menores. Su historial era así de gordo. —Y separó los dedos pulgar e índice unos cinco

centímetros.

—¿Recuerdas a un psiquiatra llamado Santiago Rivas, que trabajó en el Cristo Rey?

Tamborileó un momento en la mesa, antes de asentir con agrado.

—Estuvo poco tiempo con nosotros, por lo que acabo de contarte. Me caía bien, pero no llegué a tratarlo mucho. Tenía un enfoque distinto al de la directiva. Un buen tipo. Se fue o lo echaron, en realidad no lo sé. En su lugar llegó otro que era el típico maníaco de la medicación. Los educadores de la vieja escuela creían que endureciendo el régimen se acabaría con la resistencia de las fierecillas, hundirlos para recomenzar de nuevo. El problema es que eso es hablarle con el único lenguaje que entienden: la lucha de poder. Y eso los cabrea más. Había motines, fugas, incendios… Un grupo de educadores nos pusimos en huelga, y con las medidas de presión conseguimos que cambiara la dirección. No queríamos un centro deformador, ni siquiera un centro reformador, sino uno transformador. No hay que ayudarles sólo a adaptarse, sino ayudarles a convertirse en personas. Eso implica una transformación. Todo esto nos llevó a mudarnos a otra instalación, más amplia y moderna, y le cambiamos el nombre, pasó a ser el centro Rayuela. Y cuando nos mudamos a Rayuela, la directiva contrató a otro mucho más cabal, en la línea de Santiago. Esa renovación de plantilla nos vino muy bien. Los veinte internos eran los mismos, pero nosotros teníamos más libertad de maniobra.

—¿Conseguisteis que fuera un centro transformador?

—Lo intentamos de veras. Creamos nuevos talleres motivadores, uno de teatro, otro de arcilla, además de los que ya había, de formación profesional: chapa, electricidad, peluquería y pintura. Creamos un equipo de fútbol sala y otro de voleibol para las chicas. Todo esto fue muy bien acogido por los chicos. Pero no te creas que la vida allí era fácil. Nos legaron una herencia desastrosa. Andábamos todo el día saltando de conflicto en conflicto. Nos retaban, nos llevaban al límite, pero nosotros estábamos bien entrenados. Encajábamos los golpes con la mandíbula apretada. Era la única forma de que comprendieran que no éramos enemigos. Aunque se cagaran en nuestra madre, debíamos tratarlos con respeto. Aunque les importase un carajo la cultura, teníamos que alfabetizarlos. Y aunque prefirieran el lenguaje de los puños, teníamos que enseñarles a usar bien la lengua.

—Me parece una labor heroica. ¿Realizabais terapia?

—Diván no teníamos —bromeó—. Ellos vienen de mundos donde impera la arbitrariedad y el caos, las reacciones extremas. Un trato humano en un entorno predecible y acogedor es terapia. Una discusión sobre una película que trata algún valor es terapia. Un partido de baloncesto es terapia. Una salida a tomar una Coca-Cola a una terraza,

también es terapia. Cualquier oportunidad era buena para ayudarles a distinguir lo que está bien de lo que está mal. También les hacíamos ser conscientes de que no controlaban. Un síntoma de progreso era que nos pidieran ayuda cuando sentían que perdían el control. En vez de liarse a leches, nos iban a buscar. Eso significaba que anticipaban las consecuencias negativas de una pelea. Y eso era un gran avance.

—¿Cómo podías aguantar tanta presión?

—Éramos un equipo. Nos ayudábamos unos a otros. Además, yo siempre he sido muy aficionado al alpinismo.

—¿Ah, sí?

—Me gusta el reto de trepar por paredes altas, verticales, ascender clavando en el hielo los crampones y el piolet. El alpinismo fortalece el corazón, te endurece, te prepara para los malos tiempos. Y tú, ¿eres aficionada a algún deporte?

—No, por eso practico el deporte de quienes no somos aficionados a ningún deporte: ir a un gimnasio con spa.

—Eso está bien.

En una mesa no muy apartada un grupo de amigos comenzó a cantar el «cumpleaños feliz». Habían llevado una enorme tarta de nata y chocolate, y las velas estaban encendidas. El homenajeado, treintañero, de un largo soplido logró apagar todas las velas excepto una. Después llegaron los aplausos. Bernardo observó divertido la escena. Durante cosa de un minuto, el bullicio nos impidió continuar la conversación. Pero fue un buen minuto, en el que nos miramos con simpatía, como si ya hubiera entre nosotros algún tipo de lazo entrañable.

Me enseñó algunas fotos de su móvil. Se le veía en una cumbre con otros compañeros.

—Éste es el Cervino. Otoño de 2005. Fue mi último cuatro mil. Una hernia discal me ha retirado, pero ¡que me quiten los años buenos!

Esa imagen me recordó, no sé por qué, a mi infancia. De pronto, lo visualicé: caja de pinturas Caran d'Ache.

La mesa del cumpleaños estaba de brindis. Habían conseguido acaparar la atención de los clientes del bar. Hicieron tres o cuatro brindis seguidos, el último y más satírico, por la familia real. Me encontraba muy a gusto con Bernardo. Le confesé mis dudas sobre la patología de Ricardo. Él nunca había creído que padeciese un trastorno antisocial.

—Recuerdo que defendió a un interno. Era gay, muy amanerado, buen chaval, en el fondo. Lo hostigaban, le tocaban el culo; en fin, le hacían escarnio. El chico se sentía impotente, y en una de éstas, Ricardo se enfrentó a sus acosadores, se lió a puñetazos con ellos, y salió perdiendo porque eran tres, pero lo mismo que recibió, repartió. Fue un asunto de honor. Después, el acosado quiso ser amigo de Ricardo, pero él pasaba.

—Tal vez no sepas lo que ha hecho —objeté.

Me miró, serio. En mi silencio obtuvo una especie de confirmación de su sospecha.

—No quiero saberlo. En realidad, porque ya lo sé.

Asentí.

—Es un veneno que sólo conoce el que lo padece. Una humillación terrible. A menudo tenía terrores nocturnos. Se despertaba gritando cosas como «¡fuera de aquí, no me toques!». Y cuando me acercaba para tranquilizarlo, forcejeaba conmigo. Eso me partía el corazón. Encendía la luz y le hacía despertar, y comprender dónde estaba, y que todo había sido una pesadilla. Entonces dejaba caer la cabeza, vencido. Lo abrigaba, le susurraba algo, como haría un padre.

Estaba sobrecogida. Tenía aún la vieja fotografía sobre la mesa. Apenaba verlo tan vulnerable, posando de mala gana.

—También recuerdo que se encariñó de una pastor alemán que llamábamos Lucy. Le llevaba todos los días comida, la acariciaba largo rato, le hablaba en voz baja. Por desgracia, uno de aquellos chavales mató al perro golpeándolo con un palo en la cabeza. Un lamentable incidente, de los muchos que allí eran rutinarios. Convencí al equipo educativo de que Ricardo era diferente, tenía empatía, sentía afecto por los animales, y no participaba en los sabotajes colectivos. Prefería encerrarse en su cuarto, jugar al ajedrez con un programa o conmigo, y leer. Era mi predilecto, ¡aunque se supone que no podíamos tener predilectos! —Sonrió—. Superó todas mis expectativas, entró en el Bachillerato de Ciencias, fíjate lo que te estoy diciendo. Sus notas empezaron a ser sobresalientes. Me lo llevé a un piso de emancipación; siempre estaba estudiando. Las matemáticas le encantaban. Recuerdo su partida a Estados Unidos, le fui a despedir al aeropuerto; fue un momento muy emotivo. Ganó una beca, y yo también le ayudé algo económicamente, en el primer año, tampoco mucho. Trabajó de camarero y se hizo autosuficiente. Nos telefoneábamos una vez al mes. No le gustaba mucho el teléfono. Hizo todo lo posible por reinventarse, borrar su pasado, asumir una nueva identidad. Y esta identidad era huidiza, distante. Era como pretender borrar sus propias cicatrices. En fin, yo iba viendo que se alejaba de mí, tenía ya su proyecto. Era lo natural. Ley de vida. Se van unos, llegan otros. —Sonrió con acritud—. Pero él nunca cortó del todo el cable. Siempre sabía por dónde andaba yo. Siempre me encontraba sin esfuerzo. Se interesa por mi vida. Me pone al corriente.

—Tú fuiste como un padre para él. Imagino que si fue tutelado por el Estado, no vino de una familia modélica.

—Su madre era heroinómana, murió de sobredosis, con sida, cuando él tenía seis años; su padre… desaparecido, y al final se hizo cargo de él su tío, hermano de su madre, un tipo llamado Mariano Avellaneda.

Me miró para observar mi reacción al escuchar ese nombre. Tal vez se

preguntaba si había oído hablar de él. Le dije que no me sonaba.

Bebió un trago, pensativo. Después me miró a los ojos. Esa mirada cálida inspiraba confianza.

—Verás, es una de esas historias sórdidas.

—Me lo puedo imaginar.

—Sí, es exactamente lo que imaginas. Lo peor de todo.

Hicimos uno de esos silencios de respeto que se hacen en los funerales y en las conmemoraciones funestas.

—Él, ya sabes, es experto en sistemas de encriptación. Sabe cómo hacer algo inaccesible, sabe cómo ocultarse en un anonimato o invisibilidad. Es por sus secretos, que le laceran. Han hecho de él el hombre que es, esquivo y desconfiado. En fin, espero no haber hablado más de la cuenta. Él no debe saber esto.

—Soy una tumba.

—El cabrón de su tío se libró del trullo. Tenía un hábil abogado. Nada pudo demostrarse.

Observé que había conjugado el verbo en pasado.

—Y ahora está criando malvas —observé.

Asintió.

—Hace ocho meses.

Vaya, un mes después de que le viera inclinarse sobre el antepecho de la terraza, aquella noche. Curiosa coincidencia.

—Hay quien, con el paso del tiempo, se enfría y el odio se vuelve rencor, la ira se desvanece en un desprecio que no busca venganza. Ricardo nunca permitió que esto sucediera. Mantuvo la llama viva mes a mes, año a año. Él me iba contando, sobre la marcha. Hace años le hackeó en casa y en el trabajo. Le robó archivos de fotos comprometedores, los divulgó por otros ordenadores. Empezaron a aparecer esas imágenes perturbadoras por todas las pantallas de la oficina. Las borraban, pero volvían. Se reproducían. «Cortesía de Mariano Avellaneda», decía el mensaje. Esos ciberataques le trajeron problemas. Despidos. Sospechas insidiosas. No se bromea con esto. Ricardo no dejó pistas. Nadie pudo rastrearle.

—¿Llegaste a conocerlo?

—Vino a visitarlo una vez, al centro de protección, pero apenas lo recuerdo, y su visita duró poco, y acabó mal. Ya no apareció más por allí. Aquella visita puso a Ricardo de muy mala leche. Estuvo mal dos o tres semanas. Con pesadillas.

—Sé que superó sus problemas de sexo.

—Sí, ha tenido muchas novias, todas muy guapas. Las ha tratado bien. En el extranjero y en Madrid. Una norteamericana que estaba casada con un sargento. Una finlandesa muy morena. Algunas le duraron casi un año. Él seguía cebando sus demonios. Y espiándose a sí mismo, como un Orson

Welles sombrío, tras una esquina, como en *El tercer hombre*. Convertido en un prestigioso ingeniero en una empresa puntera, en el fondo era el mismo de siempre. Detrás de su propia sombra, ocultándose al mundo, huyendo de los ruidos.

—Encadenado a su destino. Como en las tragedias griegas.

Le hizo gracia mi comentario, pese a su pedantería. Replicó:

—En los griegos el destino lo fija un ente superior, los dioses del Olimpo, o las tres Moiras, esas hilanderas siniestras e implacables. En Ricardo, el destino era un asunto interior. Una cuenta pendiente. Esa sed devoradora. Confiaba en que el tiempo y la vida acabarían enfriándola.

Posé mi mano sobre la suya. Él la asió y la apretó. Sus ojos se humedecieron.

—Ahora me dedico a otras cosas, no te puedes imaginar el descanso.

Lo entendía muy bien. Había estado en el barro, en el fuego cruzado. Había luchado para cambiar ciertos esquemas de un sistema viciado, pasado por muchos tipos de centros; venía de ese mundo de las familias tóxicas, y con el tiempo había comprendido que nunca tendrían un apoyo institucional. Estaban solos y sin cobertura. Solos y con ellos.

—Verás, no es como trabajar en una oficina, que una vez que apagas el ordenador y guardas los documentos, te vas a cenar a un italiano con tu mujer o tus amigos. Es un trabajo que desgasta y quema. Hay muchas bajas por estrés, rotación de personal, y eso supone inestabilidad con los chicos, que ven cómo van cambiando sus tutores; en fin, que nada en sus vidas es sólido o fiable o duradero, en eso consiste el desarraigo. Lo que me quemó no fueron los chicos, sino el maltrato institucional. Pero, en fin, ésta es otra historia. Por lo que respecta a él, a Ricardo Alvear, después de la muerte de su tío cayó en barrena. Descubrió que, a pesar de todo, lo necesitaba. Necesitaba ese objetivo. Le aconsejé que buscara ayuda profesional, alguien que realmente pudiera reconducir su vida en alguna dirección. Lo noté reacio al principio, y supuse que no lo haría. Y a la vista está que me equivoqué.

Me conmovió saber que su visita a mi consulta venía precisamente de aquel consejo. Y que yo había llegado a la fuente. Vaya paradoja.

—Supongo que es difícil de entender que haya acudido yo a ti, ahora —dije.

—Me gustan las personas que se toman en serio su trabajo.

—El problema es cuando no puedes hacer tu trabajo. Él está fuera de mi alcance.

—No digas eso. Claro que está a tu alcance. Y espero que ahora más.

—Lo has humanizado —dije—. Eso para mí es suficiente.

En ese momento entró en el bar una mujer morenaza de anchas caderas y unos centímetros más alta que Bernardo, quien hizo las presentaciones. Se llamaba Lena. Me gustó su forma de mirarme, me pareció una mujer

apasionada, vibrante. Le refirió un asunto de los carpinteros que estaban arreglando la puerta de la casa. En fin, debe de ser su mujer, o su novia, pensé, sintiéndome horriblemente fea a su lado, e incluso torpe de movimientos. Me invadió una oleada de tristeza. Conocía este sentimiento. Y no lo esperaba, en aquellas circunstancias. Debía irme cuanto antes.

Miré el reloj, y exclamé: «¡Vaya, se me ha hecho tarde!», y aproveché para despedirme, sin demostrar excesiva prisa, y agradeciéndole a Bernardo su ayuda. Creo que me siguió con la mirada hasta la salida del bar, más allá de la entrada, hasta que desaparecí.

Un recuerdo malsano

Me encontraba en la cocina, tratando de hacer varias cosas a la vez: vaciar el lavavajillas, llenarlo de nuevo y mantener sin que se me quemara un guiso de albóndigas con tomate, reflexionar sobre un paciente, y por el pequeño aparato de música con el que consuelo mi soledad y desconcierto por el mundo que nos ha tocado vivir —el que nos dejan— sonaba Stacey Kent, *What a Wonderful World*, precisamente, y me dio por derramar un par de lagrimillas, de esas que no por escasas son mal recibidas, e incluso confortan el corazón quebrantado, cuando empezó a sonar el móvil que había dejado en la mesa del salón y una vez más decidí dejar que la llamada se perdiera. Entonces ocurrió algo inesperado: Zalo entró en la cocina con mi móvil.

—Te están llamando, mamá, ¿no lo oyes?

—Gracias, cielo, pero ahora tengo las manos mojadas.

El móvil seguía sonando y fui a secármelas, sin prisa, para dar tiempo a que la llamada cesara.

—¿Cómo es que no contestas?

Su interés, su tono reprobatorio, me conmovieron como si estuviera desdeñando la Gran Oportunidad. Y a lo mejor era así, qué le vamos a hacer.

—No sé. —Eché un vistazo al número, que no constaba en mi agenda de contactos—. Tampoco creo que me pierda nada. Y si tiene algo que ver con dinero, será para pedirme que invierta en un nuevo producto del banco o cambie de compañía de teléfono, porque acaba de salir una oferta tan buena que no la puedo rechazar.

—No tienes ni idea de quién te llamaba.

—Tú no has sido, eso está claro. —Alcé las manos, alegre—. Así que, quienquiera que fuera, no sería importante.

Esto lo dejó unos segundos desconcertado. También yo estaba admirada de habérselo dicho tan alto y claro, sin pensarlo. Pero ¿qué es lo que sorprendía a mi hijo? ¿Saber que para mí él era lo más importante del mundo, o que perdiera las llamadas?

Estaba claro que para él una llamada de teléfono tenía un gran valor. Me miraba fijamente con esos ojazos que heredó de su padre.

—Si me llamas tú —dije—, aunque sea desde el salón, acudiré de mil amores. ¡Ésas son las llamadas importantes para mí!

—Has estado llorando.

Me pasé la mano por los ojos.

—¿De veras? Es por las dichosas cebollas que he cortado.

Recorrió con la mirada la encimera y no vio rastros de peladuras de cebolla, pero se reservó el comentario. Después se rascó la nuca, como siempre que calibraba su respuesta. Tal vez había encontrado que era el momento adecuado para darme una noticia consoladora.

—He sacado un ocho con cinco en el examen de Física y un nueve en el de Mates. El de Historia lo hice ayer, y espero buena nota.

Posé mis manos en sus hombros, para recibir, directa, su sonrisa. Dejé que me envolviera y embriagara. Por fin estaba ahí, mi hijo.

—Eso es lo más bonito que pueden decirme ahora. ¿Ves como he hecho bien en no contestar? Tú eres mi más querido interlocutor. Por ti desecharía una llamada de la Moncloa.

—Nunca atiendas una llamada de… ésos.

—No lo haré.

Me arrimé a él con dos pasitos tímidos y le di un abrazo breve, del que se despegó sin brusquedad. Me quedé con ese recuerdo de su olor, deseando que se pegara para el resto del día. Su olor, que había ido cambiando desde que era un bebé, y yo me había ido adaptando a esos cambios, me seguía pareciendo irresistible. Satisfecho de mi cambio de humor, deambuló por la cocina, con aire distraído, levantó la tapa de la cazuela y echó un vistazo al guiso. Estaba guapo, iluminado por la luz indirecta, sobre el vapor de agua que ascendía hacia su cara. Se giró hacia mí.

—Elvis me ha estado ayudando.

—¿Ah, sí?

—A veces, en vez de ir a patinar, me quedo en su casa y él me resuelve todas las dudas.

—Eso es un amigo.

—Él se aprende todo sin estudiar. ¿Cómo lo hará?

—Tendrá una facilidad especial. Hay gente que la tiene, ya sabes.

—Resuelve los problemas de derivadas a una velocidad increíble. Y lo mismo con las integrales. Nada le cuesta.

Le entendía muy bien. Todos conocemos alguna vez a gente de esta clase, gente con un don especial.

—En su casa están las cosas chungas. No pueden pagar el piso. Cualquier día tiran de la cuerda.

Suspiré. Poco podía hacer yo por él. Y de nada servía hablar. Ahora me interesaba más arrancarle un compromiso de conseguir graduarse. Cogió una manzana y la lavó.

—Si apruebas nos harás muy felices. Y sobre todo, quiero un sobresaliente en Inglés, por si pronto tienes que irte a trabajar al

extranjero, visto como está el panorama por aquí.

Se quedó unos instantes pensativo, mientras mordisqueaba la manzana.

—Este verano papá se va de viaje a París. Me ha preguntado si quiero ir con él. Supongo que lo sabes. Queremos subir a la cima de la Torre Eiffel corriendo.

Me sorprendió la noticia. Y lamenté que Luis no me hubiera dicho nada. Tal vez pensó que no me interesaba. O iba a decírmelo muy pronto, cuando fuera cosa segura.

—¿Tú quieres acompañarle?

Asintió.

—Pues no hay más que hablar. Si apruebas todo en junio, el viaje es tuyo.

—Bien —torció la boca, una media sonrisa—, creo que podré regalarte un sobresaliente en Inglés. Tenemos una tonta de profesora que lo da todo en español, porque no sabe hacerlo en otro idioma.

Me senté junto a él y le hice una fugaz caricia en el hombro.

—De paso, podrías llevarte a Viola y dejarla suelta por el Sena… Tendrá ratones con sabor natural, lagartos y muchos conejos. No echará de menos el terrario.

Él me concedió una sonrisa indulgente.

—No creo que me dejen embarcarme con ella. Ahora lo examinan todo en los controles.

—Tampoco tiene permiso de residencia aquí.

Hizo un gruñido de incomodidad. Añadí:

—Zalo, si me la dejas aquí, me obligas a encargarme del catering.

Cabeceó, malhumorado.

—Y cuál es la alternativa, ¿matarla de hambre?

Traté de establecer un giro a la situación, recuperando un tono de confidencia. No quería herir sus sentimientos, pero tampoco los míos.

—Sabes que me mortifica. Me da miedo que venga mi madre y la vea. Ya no querrá venir. Yo misma estoy tentada de hacer las maletas. Pero no debería decirte eso, sé que te encanta esta refinada forma de tortura mental. Has encontrado el modo perfecto de controlarme.

En una fracción de segundo, su semblante pasó de la ironía a la hostilidad.

—No empieces con ese rollo. Me aburres —dijo, girando sobre sus talones para salir de la cocina.

Le seguí, aun a sabiendas de que era un error por mi parte ir tras él, perder mi posición.

—¿Ya te has cansado de hablar? —Me salió un tono algo suplicante.

—¿Sabes lo que no soporto de ti? —dijo sin volverse—. Siempre estás histérica. Papá tiene razón cuando dice que es imposible mantener una conversación normal contigo, siempre la pifias.

—Eso no es cierto —repliqué, pero creo que ya no me oyó.

Su ostensible portazo anunció que acababa de encerrarse en su cuarto y no deseaba ser molestado. Una buena madre nunca llama a la puerta del hijo en estas circunstancias, sobre todo cuando tiene razón. Él debería darse cuenta. Él es quien debería llamar a mi puerta. Además, tenía un guiso abajo que debía atender, para que no acabara requemado.

El retrato iba cobrando forma, golpe a golpe de cincel. Tenía ya el testimonio de Bernardo, el educador social que lo arrancó de una infancia rota en un centro de tutela para chicos desamparados. Tenía ya algunos retazos tenebrosos de su vida antes de que marchara a Estados Unidos, donde se convirtió en otra persona, o al menos así pudiera parecerlo, aunque Bernardo lo pusiera en entredicho. El hombre que acudía a mi consulta iba vestido con el traje de ejecutivo de desarrollador de software, con sus zapatos nuevos, brillantes, su cartera de hombre solvente, su buena posición social, pero en cuanto empezaba a hablar, aparecía un ser humano marcado por un tiempo remoto y sumido en la oscuridad. Le habían amputado la alegría y el juego. Se había alejado tanto de sus propias emociones que las había perdido en algún recodo del camino. Lo que dejas atrás o mutilas o enmudeces se convierte en vacío.

Fue una suerte de corazonada lo que me decidió acudir al lugar donde lo vi por vez primera, inclinándose contra la barandilla, al otro lado del patio interior, una madrugada fría y desapacible. Era un noveno piso, y el número del portal no me fue difícil averiguarlo. El portero era un hombre bajito, con una voz de eunuco, pelo blanco y peinado, o más bien enmarañado a lo Rod Stewart; de hecho, se daba un aire al roquero, con ojos pequeñitos, nariz grande y sonrisa guasona, pero en versión enana y panzuda.

—¿Vive aquí Mariano Avellaneda?

Tras recorrerme con la mirada de arriba abajo y decidir que merecía su confianza, me contestó que no.

—He oído que murió.

Sonrió, satisfecho. Por mi aspecto, grato a sus ojos depredadores, debió de juzgarme digna de confianza.

—Sí, señora; el señor Avellaneda se rompió la calamorra hace ocho o nueve meses. Se arrojó de noche por la ventana. Se ve que el hombre tenía problemas. La casa está en venta —dijo y señaló un cartel.

Rod Stewart en miniatura observó atentamente mi reacción. No fue especialmente elocuente. Siempre tranquiliza saber que algo es como una se lo había imaginado, cosa que ocurre rara vez.

—¡Vaya!

Me entregó la tarjeta de la vendedora.

Me pareció uno de esos hombres que, a fuerza de relacionarse con tanta gente de un mismo barrio, acaban desarrollando cierta intuición sobre cómo es cada uno y de qué pie cojea.

—¿Era un hombre deprimido?

Le sorprendió mi pregunta, o le halagó que me interesara tanto su versión.

—Ya le dije que las cosas no le iban bien. La dueña me ha dicho que no comente nada, como si no fuera a enterarse el primer día. Aquí no escasean los cotillas.

Al sonreír me enseñó la dentadura color lodo.

Me fui de allí pensativa. Quedaba sólo conjeturar el ritual, cómo un hombre entra de noche en una casa sin dejar huellas, cómo consigue hacer que parezca un suicidio. ¿Hubo forcejeo? No le habría costado izarlo de la cama, sacarlo a la intemperie de la noche en brazos, y soltarlo al vacío.

De pequeña siempre pensaba en ese último momento en que uno se estrella. ¿Le da tiempo al cerebro a sentir el dolor? Nadie puede dar nunca la respuesta. Antes de quedar aplastado, desmembrado, carnaje enfangado en su propio charco de sangre y sesos, debió de pensar algo importante. Al menos: «Así voy a morir». O bien: «¿Por qué así? ¿Por qué ahora?». «¿Por qué yo?» Nada donde agarrarse, sin asideros, caída libre. Y a saber qué imágenes habrán pasado por su mente a velocidad vertiginosa, que un segundo antes de morir puede dilatarse hasta lo inverosímil. Quizá su vida entera.

Probablemente Ricardo no se habría quedado a ver su estado final, ya estaría saliendo de la casa, sigilosamente, cuidando de no dejar huellas dactilares, pronto franquearía el portal, tras asomarse cautamente a la calle, y echaría a andar por la acera en dirección contraria, tras asegurarse de que nadie le había visto, que nadie pudiera identificarle en ese lugar y a esa hora, puede que parapetado con una gorra o enfundado en un abrigo con el cuello alzado, hasta su automóvil aparcado muy cerca. Y al punto viajaba yo al momento en que lo había visto calculando su propia caída, inclinado sobre el antepecho de la terraza en una noche en la que coincidimos, separados por un oscuro patio interior, y entonces me decía que yo tenía que tratar de evitarlo, tenía que salvar a Ricardo Alvear de su propia tiniebla. Y era una abrumadora responsabilidad.

Por supuesto, no iba a acudir a la policía, los muertos no resucitan y los asesinos no se redimen, y no me competía jugar a justiciera sin pruebas. Mi único papel era ahora ayudar a un hombre a no saltar al vacío.

En cuanto tengo oportunidad de hacerlo, en la consulta, cuando termino con los casos de la jornada, cierro los ojos, extiendo mi cuerpo cansado y me voy dejando llevar por la corriente. Tengo una butaca especial para

eso, con un sistema para inclinar el respaldo y extraer un reposapiés. Está en la habitación del vecino melómano. Es un viaje lento y esforzado hasta el estado libre; lento porque exige un cambio de velocidad, y esforzado porque cuesta mucho descansar cuando te exiges tanto; cuesta soltar el pedal y suavizar los miembros, cuesta abandonar el flujo de pensamientos intrusos, unos te enlazan con otros, no se acaban nunca. Lo primero que hago es descalzarme, liberar los pies de la opresión de los zapatos es esencial; me aplico la misma técnica de relajación, respiración honda, aflojar las manos, relajar los músculos y fibras, desde los pies hasta el cuello, como si flotasen en un lago silencioso y solitario mirando el cielo azul, y cuando se llega a esa suave laxitud, ir deponiendo tanta rabia acumulada, dejar de pensar en el cuello de esa persona que una desearía estrujar con fuerza por tantas afrentas, y es como si por fin aceptas que la vida es así y transcurre de ese modo, y está bien que así sea.

El problema es que justo cuando todo empieza a ir bien recibo una llamada, la dejo sonar y perderse, por no acudir, y ese timbre insistente vuelve a contraerme el estómago. La boa *imperator* me mira desde el terrario transparente, mi hijo está tirado en mi mejor sillón dándose un atracón de aperitivos con salsa picante y dejándome la alfombra hecha un asco, y cómo no, también Luis, su último movimiento de peón para dominar el tablero en la zona Gonzalo, y Aurora, celosa y esquiva, entrando y saliendo de la consulta, y alegando cualquier excusa para rechazar mi ofrecimiento a almorzar juntas, y mi corazón se acelera cuando, sin quererlo, convoco a Ricardo Alvear curvado sobre el antepecho mirando al vacío, seducido por la negrura.

Los terapeutas no nos dedicamos a hacer justicia en el mundo; guiamos, hacemos reencuadre, ayudamos a tomar distancia. Y hay vidas que nos interpelan y nos atrapan. Podemos imaginarnos que hubo algo horrible en el pasado, la humillación sexual, la culpa, la degradación de un alma infantil, el miedo y el rencor, la furia, el afán de destruir. Y luego el tránsito por centros de acogida, psiquiatras, funcionarios de los juzgados de menores, preguntas lacerantes, interrogatorios. Forcejeos, huidas, capturas. Es la triste historia de aquellos que nacieron para huir.

Ya adulto, salió de España, hizo por borrar su identidad, su pasado, ser invisible. Había hecho de sí mismo una obra maestra del camuflaje, ni siquiera en la Red, donde trabajaba, había dejado un esbozo de su personalidad ni de sus ideas. Su tarjeta de presentación estaba en blanco. Custodiada en una caja de seguridad, cuya combinación sólo él conocía, su personalidad era un enigma. Y ahora que había consumado la gran venganza que había mantenido viva la llama, descubría que se había consumido en su propio fuego. Sin alicientes, por consejo de Bernardo había acudido a mí, y por probar algo distinto, una vacuna contra sí mismo.

Nadie queda del todo impune de lo que hace, nada es insignificante, todo cambio opera un cambio: las heridas sangran y las muertes pesan en su ausencia, todo lo que eliminas deja un vacío doloroso. La mano que carga el arma criminal ya no vuelve a ser la misma, cuando uno trata de borrarse se disuelve, y llega ese día en que es incapaz de reconocerse.

Sentía el aguijonazo de la conmiseración, y deseaba ayudarle, pero ¿cómo? Y al mismo tiempo, compadecerme de un criminal tampoco era reconfortante. Sobreponiéndome a la repugnancia moral, me concentraba en el momento en que arrojaba al vacío a su tío, me recreaba en aquellos instantes fatales, la caída de ese cuerpo que, apenas despertado, se debatía en el aire frío sin encontrar asidero, cada vez más consciente de su inminente final, del golpe sordo y definitivo, y sin remisión, en plena noche, de forma intempestiva y sin testigos.

En la siguiente sesión llovía a mares. Madrid parecía sumida en una prisa caótica, embebida en ruidos de tráfico, cláxones, carreras. Sonaba la lluvia en las ventanas, y su eco se propagaba por todo el piso. Y ahí estábamos los dos otra vez, mirándonos un poco en la sombra, casi frente a frente, y sin nadie más perturbando ese momento de extraña intimidad. Era hora de avanzar.

Sin acritud, pero con cierta severidad, le reproché que, tras meses de terapia, la relación seguía sin fluir bien porque él no estaba jugando limpio. No quería asumir riesgos, comprometerse, abordar el tema central. Y cuando yo sacaba un tema importante a relucir, hacía lo posible por variar el rumbo de la conversación.

—Usted se presentó aquí el primer día diciendo que no pasaba nada, que había matado a un hombre pero eso no tenía importancia en su código moral, y, no obstante, consideraba pertinente aclarármelo para que estuviera advertida, por si declinaba tratarlo. ¿Es así?

—Correcto.

—Pues no, no es correcto. No lo es en absoluto.

Me pareció que asentía, o tal vez fue un movimiento muy leve, equivalente a un asentimiento, y en cualquier caso, su expresión, su mirada, denotaban que entendía perfectamente mi queja y, desde luego, no la negaba.

—De hecho, ese asesinato es clave para entender por qué ha acudido a mí, precisamente en este lugar, con estas vistas.

—¿Y cómo está usted tan segura de que le mentí en eso?

—Bien, imaginemos que usted nunca me hubiera confesado haber cometido un crimen, ¿habría cambiado algo? Realmente, puesto que es un tema que no podemos tocar, todo habría seguido igual, e incluso habría sido más fácil para mí, sin este dato que me lo distorsiona todo. Tiene que

haber una razón por la que me lo reveló asépticamente en la primera sesión, y no acabo de creerme que fuera sólo para saber a qué atenerme con usted. Es un gesto que no encaja, como presentarse aquí con una pistola cargada, cedérmela y, a continuación, decir que era sólo un detalle de cortesía.

Asintió.

—¿Pretende redimirse? ¿Descargar su conciencia?

—No lamento nada.

—Sin embargo, tiene que ver con su crisis.

—Tiene mucho que ver.

Le había empujado al escenario, bajo los focos. Avanzábamos, no sabía aún adónde.

Se quedó un rato reflexionando, inclinado sobre mis palabras como quien trata de encontrar su reflejo en las aguas turbias de un río.

—¿Quiere saber lo que pienso de usted y de lo que hizo?

—Sí, por favor.

—Es usted abyecto. Repugnante.

Mis palabras lo reconfortaron. Llevaba tiempo esperándolas. Era como si al fin hubiera visto que coincidíamos.

—Un ser vil, un maníaco, despreciable. Un monstruo —agregué, tratando de que el tono de voz fuera de repulsión.

Ahora me miró con cautela. Había notado, en mi reiteración, una maniobra curiosa. Bajó la cabeza, se miró los zapatos y, cuando volvió a alzarla, me miró con simpatía.

—No lo cree.

—¿Por qué no?

—Es un truco. Trata de apresarme.

—Puede ser. Y he notado que le aliviaba escucharlo.

Se quedó unos segundos calibrando mi osadía y me pareció advertir un temblor en la comisura de la boca. Él era ese hombre con quien tenía que levantarse todas las mañanas y acostarse todas las noches. Alzó las cejas en un gesto apreciativo.

—Pero eso no es lo que vemos los demás —añadí—. Vemos un hombre serio, atractivo, que sabe cuidar su imagen. Inteligente y cauto. Nosotros no vemos lo que usted ve. Imagino que se da cuenta.

—Sí, pero eso no significa nada para mí. Yo sé algo de quién soy.

—Usted no me produce asco, sino una extraña simpatía. Me gustaría darle una justificación para seguir existiendo.

Osciló la cabeza, en un mensaje dubitativo.

—Ha sabido luchar —proseguí—, ha puesto empeño, su vida está jalonada de éxitos, ha llegado alto, como suele decirse. Ha superado terribles dificultades. Hay una emoción que ha guiado esa lucha.

—La ira.

—Bien, sea cual sea, la ha habido.

Esperaba que estas palabras fueran un lenitivo.

—De poco me sirve todo eso que usted llama logros. Usted me sorprende, pero no me fío del todo. No se lo tome como algo personal. Nunca es descartable nada de nadie.

Asentí. Era más que lógico que pensara así alguien a quien, desde su más tierna infancia, habían vejado y martirizado. Iba en solitario. No creía en las buenas intenciones.

Tras un largo silencio, para asimilar las palabras duras que habíamos intercambiado, se agotó el tiempo. No le gustaba prolongarlo. Lo consideraba una ventaja innecesaria. Él tenía su material vidrioso, al que yo no podía referirme. Pero había hecho una vaga alusión. Parecía mareado cuando se levantó. La voz le salió ahogada cuando se despidió:

—Hasta la próxima.

Una vez sola, tomé mi cuaderno de sesiones y apunté: «Por fin, una dirección clara».

El cambio de actitud de Aurora, si antes había sido suavizado por el disimulo, ahora rugía como una legión de leones. Nubes oscuras se acercaban. En las últimas semanas la había notado nerviosa, falta de espontaneidad, fingiendo una alegría que no le salía natural. Mantenía una amabilidad sólo aparente. Hablaba de asuntos triviales, cuando salíamos juntas del trabajo, y nos tomábamos una cerveza al anochecer, y de pronto me deslizaba un regalito, un bombón venenoso.

Su presencia en la consulta, antes reconfortante, ahora comenzaba a ser desasosegante. Me vigilaba por el retrovisor. En cuanto llegaba Ricardo a la sala de espera, ya estaba acechando desde la puerta de su consulta. Él hacía por no notarlo. Y cómo no iba a hacerlo, si había desarrollado un instinto de lince para saber cuándo lo acechaban.

No podía dejar de preguntarme si Aurora se iría de la consulta. Eso sería un fracaso para mí, pues significaría la ruptura de una amistad de muchos años, y además me sumiría en una situación económica insostenible, pues no podría pagar yo sola un alquiler tan caro, en aquel barrio exclusivo de Madrid.

Aquella noche, en casa, traté de relajarme. ¿Me gustaba Ricardo, como afirmaba mi compañera? Estaba casi segura de que no, aunque lo encontraba atractivo, interesante. Un hombre distinto a todos los demás. Un hombre que me movía por dentro, me provocaba una insólita fuente de curiosidad, me daba impulso para ir todas las mañanas a trabajar.

El problema era que me lo llevaba a casa, como si necesitase esa dosis de intriga. Y no tenía a nadie con quien hablar de esto, salvo Adrián Siles, pero él ya lo había dejado bien claro, y consultarle algo habría sido insistir

en el error, o preocuparlo innecesariamente. Al final, me ocupaba con un buen libro, o un buen filme, que es la mejor manera de apartar los pensamientos indeseables.

Me preguntaba si no estaba siendo ambigua, aceptando una relación de amistad con Adrián Siles, cuando la mayoría de los hombres no creen en esta fórmula con el sexo opuesto, o la entienden como un preámbulo. ¿Era así Adrián? ¿Trataba aún de retenerme, de conquistarme?

Me pesaba en la conciencia no responder a las llamadas de Adrián Siles, y cuando ya me empezó a molestar tanto remordimiento injustificado, me di una oportunidad, o se la di a él, y le dije: de acuerdo, salgamos el viernes, nos tomamos algo, hablamos, aclaramos. Así que le dije: de acuerdo, por qué no, echan una de Woody.

Fuimos a ver esa preciosidad, *Midnight in Paris*, un gran comienzo de velada, y a la salida nos dirigimos a un local de copas y charlamos animadamente del filme. Adrián había recobrado la ilusión, estaba alegre, elegante sin exageraciones ni florituras, exhibió su cultura cinematográfica hasta la pedantería. Me preguntó qué andaba leyendo, y le contesté que *Bajo el volcán*, y él me acompañó en mi entusiasmo ponderando lo bien que ambientaba aquella Nápoles del siglo XVIII… un momento, pensé, ¿Nápoles? ¡Si se desarrolla en Quauhnáhuac, México! Pronto me di cuenta de que se refería a otra novela, *El amante del volcán*, y no pude reprimir una risa que le incomodó. Sentí un poco de piedad por él, por su afán de complacerme, por su ignorancia en cuyo huerto siempre había algo que arrancar de la tierra.

Bien pensado, la culpa era mía, por esperar que un hombre guapo y educado fuera también cultivado. ¿Y quién era yo para exigir tanto? Una tiquismiquis desfasada, anacrónica, que ni participaba en las redes sociales, ni veía las series de la HBO, ni me sometía a tratamientos de belleza. Mis cada vez más menguadas esperanzas me llevaban a querer convencerme de que en los buenos modales de Adrián había alguna de las cualidades que mi corazón descarriado le había atribuido la primera vez que le vi. Y lo cierto es que mi ánimo, antes expansivo como una ola de mar, había comenzado a retraerse por la arena porosa.

Entre conversaciones regadas por el granate cristalino del Martini, me preguntaba qué había visto este hombre en mí, qué había hecho yo para merecerlo, aparte de haberle dado una noche de placer y trajín, que para su infortunio o extrañeza no se había vuelto a repetir. ¿Acaso era mi osadía terapéutica? ¿Mi progresivo alejamiento, el verme cada vez más fuera de su alcance, el orgullo herido por no haber podido sucumbir a su afán conquistadora, lo que avivaba su fuego interior? El amor de otro siempre nos sorprende, a menos que una se crea irresistible, y no era

precisamente mi caso. Por otra parte, había sido desde el principio una amistad interesada; él tenía una información y una visión que a mí me convenían, era el especialista al que había acudido en busca de orientación. Él ya me había dado su consejo, lo había argumentado (es peligroso, no lograrás modificar sus esquemas, te puede seducir). Me había puesto en contacto con un psiquiatra que lo había conocido en el centro Cristo Rey, y que fue el cabo que me sirvió para conocer a un educador social de raza que me abrió a nuevos desvelamientos. Y me había prestado la prueba diagnóstica de Robert Hare, el cuestionario de psicopatía, que me había sido de gran utilidad, aunque no como yo había pretendido al principio, sino porque, con su negativa a colaborar, habíamos destapado una esencia de su baúl de los demonios. Ya le había devuelto la prueba, con su hoja de protocolo en blanco, y él había observado que, a pesar de todo, lo seguía tratando (en mi descargo aludí terquedad profesional), y él se había limitado a fruncir el ceño y a mostrarse abierto a cualquier colaboración, a ayudarme en lo que necesitara, y añadió «hablo en serio», ya que, dado el rumbo por el que se había deslizado nuestra relación (que era cualquier cosa menos profesional), su propuesta sonaba, en principio, poco verosímil e interesada.

Y mientras hablábamos, bromeábamos, sobre todo él, me preguntaba qué me había llevado a acostarme con él. No creo que hubiera nada más allá de un deseo inocente de disfrutar de un poco de sexo, después de años de abstinencia, y la experiencia distaba mucho de haber sido buena, y eso me había esclarecido algunos aspectos importantes. Y de nuevo me preguntaba si nuestro afán por tener buen sexo es tan importante y legítimo en sí mismo o era más bien inducido por una cultura audiovisual erotómana. Y en cuanto a él, Adrián Siles, como hombre, era sin duda un tipo interesante, atractivo y sagaz, pero, desde luego, no era mi tipo.

Le pregunté qué planes tenía en el futuro próximo. Él me contó que había mantenido tres entrevistas por videoconferencia con el MMB, Center for the study of Mind, Brain and Behaviour, en Sidney, y les había interesado su perfil y su trayectoria, porque la investigación de la mente se decantaba cada vez más por cómo ver mejor la mente, con más resolución, sus mapas neuronales, su implicación en las emociones y actos. Los incentivos no eran pequeños: un buen sueldo y lo último en tecnología: tomografía por emisión de positrones, imágenes por ultrasonidos 2D, topografía óptica, y la que más le interesaba por su precisión, la tomografía por computación activa de microondas, dijo, que podía medir las propiedades fisiológicas de los tejidos en tiempo real. Esto le permitiría avanzar en la búsqueda de un remedio farmacológico para la psicopatía, algo que aún estaba pendiente de hallarse (los sedantes los ponían de muy mala leche, y los antipsicóticos les alteraban otras funciones). Era un campo que estaba aún en sus inicios. ¡Descubrir el fármaco activo capaz de

dar en la diana sin efectos neurológicos colaterales podría salvar muchas vidas! Aquí lo vi realmente emocionado, como si me hablara de una chica preciosa que acababa de conocer. Eso me gustaba de él, la capacidad de vibrar. No obstante, era lo único sincero en un escenario más bien borroso. Le pregunté si estaba dispuesto a irse allá, nada menos que a las antípodas. Le atraía empezar de nuevo, con un equipo distinto, y en un puesto sin competencias directivas, y en parte como aprendiz de nuevas técnicas que nunca había utilizado. Era una vía prometedora, ya que en Madrid no veía salida ni desarrollo profesional, tan sólo precariedad, espera, burocracia, engaños y carestía. Exiliarse era una opción.

Y mientras Adrián me contaba todo esto, con un estremecimiento gélido descubrí a Luis, mi ex marido, al fondo del local. Ah, no, por favor, eso no. Estaba hablando con una rubia jovencísima, no mayor de veinticinco años. Se me cortó el cuerpo (era estúpido, injustificado, ruin, y no lo pude evitar). Pero pronto llegaron, en mi salvación, cuatro chicas como ellas, y comprendí que eran amigas, que se habían encontrado con Luis, a quien conocían, y tras unos saludos, la rubia se unió a su grupo, y Luis se quedó solo, y ese retrato suyo, allí, bebiendo solo, me estrujó como una bayeta. Sentí una ternura reconfortante hacia él. Y temí que me descubriese con otro hombre, aunque, dada nuestra situación, fuera normal y lógico. Y este impulso de no querer que me viera con otro hombre, para que no experimentara la desazón que acababa de sufrir yo, al creer que estaba ligando con la joven, me llevó también a cuestionarme qué me estaba pasando, cuáles eran mis verdaderos sentimientos hacia él, mis inconfesas intenciones o expectativas.

Como un resorte me puse en pie, impelida por un impulso ciego de dar la espalda a esa escena, salir de su línea visual. Alejarme.

Mi reacción había sido extraña e inopinada. Siles se hallaba bajo el abatimiento de la incomprensión. Buscaba alguna clave en mi semblante, pero yo ya no miraba hacia el lugar crítico, sino que rebuscaba en mi bolso. Alegué sentirme mareada, indispuesta, tenía la regla y la bebida había interferido con un analgésico. Cosas de mujeres. Abandoné el local con cierta prisa y zozobra, con Adrián siguiendo mis pasos; salí al aire impuro de la calle, donde las luces de las tabernas y pubs caían sobre las aceras húmedas, se repetían en los escaparates, y antes de que pudiera hilvanar una explicación convincente ya estaba parando desde lejos un taxi que se aproximaba por Narváez. Apesadumbrado, me ofreció llevarme a otro sitio, a lo que alegué encontrarme fatigada. El problema es que no hacía ni cinco minutos estaba en plena forma, y esa cualidad súbita de mi fatiga resultaba sospechosa.

Finalmente, por agotar su último recurso, me ofreció ir a su casa, y fue casi cómico cuando insistió, como aliciente, que allí podríamos «ponernos cómodos y calientes». «Calientes, desde luego», aduje.

No quería dejarme escapar, percibiendo tal vez que era su última oportunidad (y seguramente lo era). Había en sus ojos un brillo de fiebre y desesperación y murmuraba «Isabel, Isabel». El alcohol acrecentaba su sinceridad, lo cual no me lo hacía más fácil. En aquella calle iluminada por los rojos y amarillos de los pórticos de neón de los pubs, junto a un escaparate de un local irlandés, me robó la mano y la besó y me juró que estaba loco por mí, y que quería llevarme a Sidney. Me atrajo hacia sí, pero yo aparté la cara contra la solapa de su abrigo. Noté sus brazos rígidos, su pulsación rápida. Empezaba a dejar de ser él, o acaso tenía ahí, ante mí, al verdadero Adrián, un hombre inseguro, ansioso.

—Dime entonces que te deje en paz —murmuró.

—Para qué.

—Dímelo, para que me olvide de ti para siempre. Pero dímelo sólo si es verdad. Tienes que convencerme. Sería tan idiota y capaz de hacerme ilusiones.

—Vamos, Adrián; somos adultos, no es necesario aclarar lo que es obvio. Te estás poniendo un punto melodramático. ¡Y yo no pinto nada en Sidney! Allí te espera un buen puesto. Hablaremos por teléfono y tú me dirás que estás encantado con el cambio, y pronto te ligarás a una exuberante rubia surfista. Y descubrirás el efecto terapéutico del sol y el mar.

Me soltó, bajó la cabeza, se llevó las manos a la frente. Temí que fuera a montarme una escenita, ahí, en medio de la calle, pero no lo hizo. Se recompuso.

Anduvimos unos segundos en silencio.

—¿Volveremos a vernos? ¿O esto es el final?

Había acertado.

—Te has portado bien, me halaga que me quieras, pero ya sabes cómo son estas cosas: la química elige, no la eliges tú.

—Ya. Claro. La química.

Paré un nuevo taxi cuando vi aproximarse por la calzada la débil luz verde de la esperanza en la llama vacilante de la noche. Nos despedimos con un abrazo, y murmuró, en mi oído:

—Ha sido un placer.

El Gran Pagliacci

Dormía en una esquina del terrario, enroscada sobre sí misma, desde la punta de la cola, bajo la cálida lámpara infrarroja. Estaba gordita y bien alimentada con su nueva dieta de pollitos desvalidos, que entraban por sus tragaderas como bolitas de anís. Zalo parecía cansado de estudiar, con el libro de matemáticas en su regazo, en la cama deshecha, las sábanas derramadas por el suelo, para acompañar a la almohada descarriada, y un dedo gordo del pie asomando por un agujero del maloliente calcetín. La habitación olía a sudor rancio, y allá donde se posaran los ojos no se veía otra cosa que abandono, desorden, ropa hecha un gurruño entre otros objetos, papeles, libros, juguetitos electrónicos. Para contrarrestar aquella peste, llevé un ambientador de mecha con olor a lavanda. Lo puse en lo alto de una estantería, no muy lejos del apestoso terrario, cuyos cristales necesitaban un buen lavado.

—¿Qué tal lo llevas?

—No sé —gruñó.

—¿Cuándo lo tienes?

—Mañaaana —dijo en ese tono suyo que resutaba tan irritante.

—No te acuestes tarde, que es bueno descansar. Mientras duermes se acomoda en la memoria toda esa sopa de fórmulas, y te levantarás con la sensación de que los números se han ordenado solos.

Me miró como si le hablara chino mandarín. Como si me dijera: «¿Quieres dejar de hablarme como una maldita psicóloga?».

Estaba tranquila porque había preparado el examen con Elvis el Fantástico (o con Elvis el Seductor, o con Elvis el Delator). Y él nunca me había fallado hasta el momento. Si mantenía una relación con él, o si se sentía atraído por él, no debía preocuparme. En ese caso era su naturaleza la que debía respetar. Entonces mi misión consistiría en hacerle ver que yo soy una persona abierta, tolerante, partidaria del matrimonio gay. No es que me hiciera ilusión que lo fuera, pero si era el caso, podía ayudarlo a vivirlo de una forma natural, sin tener que andar escondiéndose, o sintiéndose culpable, o incómodo ante los demás. Antes debía asegurarme de que mi intuición era certera. De cualquier forma, Elvis ayudaba a mi hijo en los estudios, era un ejemplo positivo para él. Por eso me esmeraba mucho en sus bocadillos de salmón ahumado con lechuga y queso batido, cuando venía de invitado. Me gustaba ver cómo se chupaba los dedos,

disimuladamente. En cuestión de modales al comer, no le habían enseñado bien, pero, por lo demás, era muy educado. Me daban ganas de pagarle por sus clases magistrales (él se hubiera sentido ofendido con la propuesta, aunque su familia necesitaba dinero, ya que estaban al borde del desahucio. Deseaba ayudarles y no sabía cómo).

—Ha dejado ya a la rubia, espero que te agrade saberlo.

—¿Qué rubia?

—La rubia joven adicta al sexo. Hace poco tuvieron una discusión, ya no me acuerdo de qué. Ella tenía un rollo diferente. Ah, sí, ella quería llevárselo a no sé dónde y él no quería ir de ninguna manera por no sé qué. Al final, quedó claro que papá sólo quería rollitos con ella, nada más, y que como interlocutora era una castaña, de las pilongas. La echó de casa. Fue divertido.

—¿Cuánto tiempo les ha durado?

—Un par de meses. Yo creo que se alegra, se siente más libre. ¿Sabes una cosa? Él te sigue queriendo.

—¡Y tú qué sabes!

—Te aseguro que si alguien de este mundo sabe eso, ése soy yo.

Me quedé desconcertada, pero fingí que me importaba un pimiento. Estaba preparando el salón para la llegada de mi madre. La esperaba con tanta impaciencia como aprensión; no podía sustraerme al miedo de que descubriera la presencia de una inquilina enroscada bajo una lámpara de rayos infrarrojos. Por fin llamó a la puerta. Zalo fue a abrirle escuchando *Zooropa* a todo trapo por los auriculares.

—Buenas tardes nos dé Dios —saludó mi madre—. ¿Qué escuchas?

—Ponte esto.

Ella se quitó el audífono y se introdujo en su lugar uno de los auriculares. Durante unos minutos compartieron la música, hasta que ella empezó a bailotear, cosa que Zalo celebró con una risotada.

—¡La abuela está loca!

—¡Chico! ¡Estas cosas no las teníamos en mis tiempos!

—¿Sabes que tengo una boa en mi cuarto? —le dijo con perfecta naturalidad.

Me dio un bote el corazón. Le había prohibido tajantemente referirse al bicho delante de mi madre, pues sólo me faltaba que dejase de hacernos visitas. Acudí allí inmediatamente, tratando de disimular mi angustia.

—¿Que tienes en tu cuarto una qué? —preguntó a gritos poniéndose el audífono.

—Una broma —dije yo.

—Una boa —dijo él—. Ya sabes, una enorme serpiente que se lo traga todo sin masticar. —Separó los brazos exageradamente ante su cara.

Ella se quedó pálida. Acudí en su socorro, muy apurada.

—¡Zalo, cállate la boca! —Y luego a mi madre, con una obsequiosa

sonrisa—: No le hagas caso, ya conoces su extraño sentido del humor.

—No será verdad eso de la boa, ¿no? —Me miró con un leve temblor en los labios.

—Zalo, ¿te importaría dejar de molestar a la abuela con esas fantochadas?

A él le entró la risa floja. Yo lo empujaba para que se alejase de allí y dejase de perturbar los ánimos.

—Abuela… te juro que… no es coña.

—¿Cómo pretendes que me crea eso? —dijo bastante alterada—. Isabel no aceptaría tener en casa un bicho de ésos por nada del mundo. Les tiene tanto miedo como yo, ¿verdad?

—Absolutamente —rubriqué, descruzando las manos en el aire con un gesto taxativo.

—Ya no tanto como al principio, ¿verdad, mamá? Te has ido acostumbrando.

Intervine con tono firme, verosímil:

—Sabes que tengo pánico a las serpientes y ya hemos discutido muchas veces ese asunto. Cuando seas adulto y tengas tu propia casa, te compras las serpientes que te dé la gana. Como si te agencias una hidra de siete cabezas. Pero ahora estás en mi casa, y aquí mando yo.

Mi madre asintió para respaldar mi decisión.

—Tú también estás loca —se burló Zalo—. ¿Me acompañas a mi cuarto, abuelita? Tengo algo que te gustará.

Ella se sintió halagada ante una invitación tan personal, impropia de alguien tan celoso de su privacidad.

—No vayas —advertí a mi madre.

—¿Por qué no?

—Es una leonera. ¡Apesta! —grité, como si no llevara el audífono.

—Sí, ¡a serpiente! —Zalo rió.

—Sus calcetines sudados huelen como reptiles del pantano —expliqué precipitadamente—. Pero un calcetín, por muy escamoso que esté, nunca será una serpiente.

—Ah, entonces creo que me quedaré en la cocina ayudándote.

—Excelente idea, mamá.

Se vino conmigo mientras la asía del codo.

—Tú te lo pierdes, abuela —se despidió Zalo alegremente.

—No le hagas caso —le dije mientras la atraía hacia la cocina con suaves tirones del brazo—. Últimamente está muy rarito. Venga, ayúdame a preparar la cena. Quiero freír unos calamares.

Ella se agachó a coger la sartén de un cajón bajo y la puso sobre la vitrocerámica. En ese movimiento le vi la ropa interior, blanca, de encaje, y me compadecí de sus piernas llenas de varices. Mi buena madre.

—Pues a mí me parece muy cambiado.

Abrí el congelador entre una nube de vaho frío y saqué una caja blanquecina de calamares a la romana, a la que quité la pátina de polvo de nieve antes de abrir. Tal era mi enojo por el juego cínico de Gonzalo que sentí deseos de calentarlos golpeando frenéticamente la caja contra la encimera. Todo se puede calentar con el suficiente número de golpes, incluso un congelado de calamares.

—¿De veras?

—Sí, Zalo me toma el pelo, y eso me hace sentir joven. También tú me tomabas el pelo a su edad.

—Tú no tenías entonces el sentido del humor que tienes ahora, ni el desparpajo. ¡Quién te ha visto y quién te ve!

—Toda mujer tiene que emanciparse alguna vez en su vida. A mí me llevó tiempo, pero ahora soy feliz.

—Me alegro.

Oh, Dios, ya estaba ahí otra vez. Zalo entró en la cocina con aire fúnebre.

—¿No tenías un examen de matemáticas? —protesté—. ¿Qué haces zascandileando por aquí?

Se acercó a mí en silencio y me susurró al oído:

—Malas noticias. Se ha vuelto a escapar.

Me sentí desfallecer. Logré apoyarme en la encimera para que no me flaquearan las rodillas.

—¿Qué? ¿Cómo?

Soltó una carcajada. Disfrutaba con su juego. Y salió de la cocina con un hipido de risa.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó mi madre.

—Bobadas. —Suspiré, tratando de recuperarme. Abrí la ventana y respiré el aire frío.

—Deberías alegrarte de que esté más animado.

Lo cierto es que casi prefería cuando no me dirigía la palabra.

El aceite de la sartén ya estaba humeando. Vacié el contenido. Los calamares congelados crepitaron al contacto con el aceite y retrocedí un paso.

Cuando él entraba por esa puerta mis sentidos se erizaban. La adrenalina discurriendo por mis venas me sacudía el sopor de las languidecientes, obligaba a mi mente a trabajar deprisa, a percibir los más pequeños detalles, desde su atuendo hasta sus movimientos, atenta a cada detalle que pudiera revelar un pespunte de intención. Nos observábamos unos instantes y enseguida nos poníamos en guardia para un nuevo asalto. Y si me había preparado la sesión, no se dejaba conducir por mí, me rompía el guión. Era yo quien entraba en su rebufo. Y no podía permitirme nuevos

errores. Pertrechaba mi ánimo no como quien se defiende de un ataque, sino como el que pretende desfondar las defensas y contrafuertes del rival. Pero ahora, gracias a Bernardo, conocía algunas causas y algún posible desarrollo.

Apenas llevábamos unos minutos en la fase de encuadre y empezaba a oscurecer y me levanté a encender la lámpara de la mesilla, temiendo encontrarme con él en la penumbra, en esa estancia funcional diseñada para aquietar los procelosos pensamientos, sin garantías de éxito. Aproveché para mirarle el perfil desde otro lado, registrar su rostro anguloso, la boca fruncida en un rictus de amargura o profunda indiferencia. Alzó los ojos cuando viré la posición de los listones de la veneciana, sus ojos me recorrieron velozmente de abajo arriba, sin traslucir deseo, aunque quién sabe.

—¿Le importa que fume? —preguntó.

Nunca había consentido a nadie fumar allí, pero en realidad, deseaba que nos envolviera una nube de humo para aliviar la tensión, así que cedí. Sacó una cajetilla de «Minis» de Vega Fina y me ofreció uno. Negué con la cabeza.

Dejé vagar la mirada más allá de la ventana, hacia la mudanza del cielo, mientras daba unas caladas. Ricardo ya no me miraba, pero parecía conturbado. Se miraba las manos.

—Esto de la consulta es un poco como un show del ego. Esa palabra de tres letras que dirige el mundo, todos nuestros asuntos.

Era cierto. Yo trataba duramente con egos tercos, ensimismados, autocomplacientes, con egos que se enamoraban de su propia dramaturgia, melodramáticos y posesivos. El ego era importante ahí, en la sala donde nos encontrábamos. Y en el caso de Ricardo, creo que era un hombre que había luchado muy duro para mantenerlo a raya, anularlo. Por eso no le gustaba hablar de sí mismo.

Elegí un tejado que se atisbaba desde la ventana, junto a una antena, donde solía refugiarme cada vez que dejaba de escuchar la retahíla de mis languidecientes. Era mi refugio secreto, y ahora debía impulsarme de un salto hasta ese lugar para mantenerme alejada de la situación. Pero apenas logré moverme esta vez de la butaca. Y él sólo lo hizo para aplastar la colilla en la suela del zapato; la envolvió en un pañuelo y la guardó en el bolsillo.

—Desde aquí no se ve.

—¿Qué?

—La terraza de ese piso, al otro lado del patio interior —dije, señalando afuera—. Aquella noche…

No le gustó mi alusión. Echando un vistazo al cielo pálido surcado de cables, al mar de lejanas antenas por donde discurría la mudanza de las nubes, me pregunté si era sólo una tentación o una intención. No estaba

predestinada a ser testigo de este momento, fue sólo una casualidad, una ventana que se abre al mismo patio en el mismo instante, dos bocas que respiran el mismo aire y sus mentes se conectan con una sorda detonación en el espacio sin eco. Poco después acudió a buscarme. Pensó que tal vez le comprendería y podría torcer aquella tenaz inclinación, hacer de esa barandilla un lugar con un significado diferente, dar un propósito distinto a esas noches de fría soledad, arrebatárselo al tedio y al insomnio.

Mi vecino melómano no estaba allí para asistirme. Había olvidado sintonizar Spotify. Él había dejado de mirar a ningún sitio, como siempre que conectaba consigo mismo. Pero yo tenía un plan.

—Hay mucho mundo ahí fuera, y usted puede recorrerlo.

—He viajado bastante.

—Nunca me ha hablado de sus viajes.

—¿Quiere que le cuente sobre las góndolas de Venecia? ¿O sobre la travesía por el Sena en París? O algo más exótico, la vista del Taj Mahal desde Musamman Burj, la torre de Shah Janan en el Fuerte Rojo.

—Seguro que tiene algo más personal que un cuento de las *Mil y una noches*. Dígame sólo dónde le gustaría estar ahora.

Se quedó pensando unos segundos.

—El desierto. Me gusta. Muchas veces me acuerdo del sol de Nevada. Es el mismo sol que en todas partes, claro, pero aquella vez, en Nevada, lo sentí como una presencia terrible.

—Me interesa el sol de Nevada. Háblemе de eso.

—Era blanco, y blanqueaba el cielo al mediodía. Yo acababa de salir de un casino, donde había estado toda la noche apostando fuerte. Había sido una gran noche en el Planet Hollywood, jugué bien en el póquer y el blackjack. Sentí cierta euforia entre la vorágine del dinero y los jugadores.

—Tuvo una buena racha.

—Allí dentro me sentí vivo. Palpitaba de adrenalina. Montones de fichas. Colores, brillos, números. Salí a las once de la mañana, con la cartera abultada y aquella luz cegadora, ese sol blanco, hiriente. El sol de Nevada. Alcé la vista y me perforó los ojos. Derritió mis pensamientos, mis sueños noctámbulos; me hizo ver dónde estaba, en medio de la nada, forrado pero vacío. Rodeado de gente sin otra esperanza que ganar y gastar. Millones de personas, por todas partes, un hormiguero humano, un ruido infernal, coches, policías, gritos, risas, putas, gigantescos paneles publicitarios, la torre del Stratosphere, la falsa torre Eiffel, el falso Excalibur, el falso Luxor, el falso Cojón. Y más allá, las montañas grises, el desierto, cactus, piedras y escorpiones, y polvo, y nada. Todo ese enloquecedor contraste me envolvió y me gustó. Me sentí bien. Estaba en un lugar falso, de estúpido glamour, y sólo tiene una finalidad: acaparar nuestro dinero. Cuanto nos rodea participa de estos efectos pasajeros. Y todo lo que yo había hecho y conseguido en la vida, el dinero, la

consideración profesional, la cartera de clientes en grandes empresas extranjeras, la confianza del inversor, todo eso también era ficticio. Nada de eso dejaba poso dentro de mí, sólo era una ocupación para mantenerme a salvo.

Lo entendía. Asentí.

—Comprendes que, vayas donde vayas, ese sol te seguirá, por mucho que te rodees de objetos caros, de lujuria y lujo, y también por más dinero que acumules; el dinero hace perder el valor de las cosas. La luz pura, matinal, o del mediodía, cae a plomo, el desierto, ese vasto territorio para perderse, cuando por fin desaparece la conexión. Un lugar donde ya no hay microrredes, ya no estás interconectado con todo el maldito mundo. Sales del radar. Basta desconectar el móvil, entras allí, territorio de nadie, polvo, planicie, nubes, extensión donde la mirada se pierde. Lejos, muy lejos de toda presencia humana. Fuera de las voces, fuera de la curiosidad, de las habladurías, rumores, manipulaciones, ambiciones sucias. Y, por fin, todo eso parece crudamente real, sin maquillajes.

—La luz del sol es hermosa —objeté. Y ante su expresión incrédula, añadí—: Aunque también es cierto que no la podemos mirar fijamente.

—Eso es lo que hice. Tuve una especie de arrebato, o de inspiración. Me dirigí al desierto en un Saab alquilado, casi nuevo. Me perdí fuera de la Highway trescientos setenta y cinco, también llamada «extraterrestre», me perdí por esos caminos de tierra cuarteada y pedregullo, buscando la lejanía, el silencio, las montañas peladas, el sonido del viento. La extensión de la tierra de un ocre óseo. Al principio deambulé erráticamente por la meseta de Mojave, en dirección al norte, y, conforme me alejaba de la civilización, me fui sintiendo bien, por primera vez en mucho tiempo. Había apagado el móvil. Estaba fuera de toda cobertura. Incomunicado, por fin. Recorrí páramos a velocidad lenta. Sólo tenía una cantimplora, víveres para un día. Y cuando llegué allí, entre los cactus y las yucas, y esos arbustos magros, espinosos, que salpican el terreno, comprendí a qué había ido, qué buscaba. Dejarme morir. Desaparecer. Convertirme en osamenta seca. Agotaría el agua, los víveres, me dejaría consumir por aquel sol devastador, por las gélidas noches y el árido viento del día, me iría cuarteando, desecando, fosilizando. Descansaría.

»Lo había decidido, cuando me encontré en el camino a una mujer muy delgada, envuelta en un sayo negro, sentada en la puerta de una caravana vieja. Tengo que detenerme en esto, porque me ha dado que pensar. Me pregunté quién sería capaz de vivir allí sola, en medio de la nada. ¿Una inmigrante? ¿Una lunática? ¿Una especie de anacoreta? Me acerqué a ella, le pregunté en inglés si podía ayudarla en algo. Me respondió en un castellano perfecto: “Agua, por favor”. Bebió media cantimplora, y me fijé en su rostro, algo demacrado, y comprendí que era mucho más joven de lo que parecía, y que me recordaba poderosamente a alguien.

»Me dirigí al coche, confuso, guardé la cantimplora, consulté un mapa topográfico, pensando en recogerla y llevarla a algún lugar seguro, y me temblaba la mano, y tenía el alma encogida, aplastada, y cuando volví a ella, ya no estaba, sólo la caravana, y ni rastro de la mujer. Entré en aquel cacharro y me di cuenta, con asombro y miedo, que todo estaba viejísimo, rodeado de polvo y telarañas, como si llevara años sin usarse. Recorrí el interior, convencido de que no había sido pisado en mucho tiempo. Aquello era inexplicable: ¿dónde diablos se había metido la mujer? No había ningún lugar alrededor, en muchos kilómetros a la redonda, donde pudiera haberse ocultado, y desde luego, no detrás de alguno de aquellos matorrales y plantas de mezquite y creosota, o tras un cactus. Me giré, mirando en derredor, sobrecogido. ¿Acaso había sido una alucinación? La mujer había bebido la mitad de mi cantimplora. Recordaba su rostro. Como si lo tuviera ante mis ojos. Lo evoqué allí, mirando mi propia sombra, y entonces sentí, con un estremecimiento, que aquella mujer era mi propia madre, tal como la recordaba, antes de morir. Durante un rato estuve seguro de que era ella. Me acometió una tristeza reconfortante, como cuando me ponía enfermo de niño y ella se acercaba a mi cama y me tocaba la frente, y después me la besaba. Ganas de llorar. Incliné mi frente contra el volante húmedo. Pasé un buen rato allí, meditando sobre esta extraña aparición. ¿Era mi madre? Imposible. Sólo sé que la vi a ella, a mi madre. Como si no hubiera pasado el tiempo. Como si la muerte fuera ficción. Temí estar volviéndome loco, un efecto del sol, una alucinación, un espejismo, y sin embargo, no tenía esa cualidad, tenía voz, los espejismos no beben. No te miran así a los ojos, con esa mirada que te perfora, que sabe quién eres, qué triste destino te espera.

—¿Y qué hizo? ¿Siguió buscándola?

—Decidí aferrarme a la vida. Ya había tenido bastante muerte. Puse rumbo a Las Vegas, de vuelta a los espacios habitados. Había recuperado las pulsaciones. Me sentía vivo. Vibraba. Hubiera dado todo el dinero que había ganado aquella noche por poder comprar este sentimiento, para que no huyera de mí en los próximos días, o semanas. Para retenerlo al menos un mes. En fin, los sentimientos son pasajeros, y los míos, especialmente infieles. El tiempo borra esa sensación de maravilla, y al final sólo te queda la duda de cómo diablos se las ingenió para desaparecer allí.

—Tal vez se escondió debajo de la caravana —bromeé.

Sonrió.

—En fin, ésa es mi historia del sol de Nevada.

Era, sin duda, una buena historia, de esas que no se escuchan todos los días. Sin embargo, le había dejado un poso amargo en la boca. Estábamos hablando del valor de existir, de por qué nos levantamos cada mañana y seguimos.

—No estamos excluidos de nuestra propia vida. Ella nos pertenece

realmente.

Se tomó unos segundos para rememorar.

—Me concentré en mis pequeñas pasiones como un niño con sus juguetes nuevos. Podía comprármelos en las mejores tiendas. En Londres adquirí una moto BMW, cuatro cilindros en línea de mil centímetros cúbicos. Arrancaba como un rayo. Descubrí que lo que me gustaba era la velocidad, el vértigo de las curvas cerradas. He recorrido las carreteras de muchos estados. Me han empapelado a multas. He saltado en la moto de nieve y en la de agua, me he tirado en paracaídas y una vez estuve a punto de no abrirlo. Siempre espero demasiado, es como si disfrutara ante esa posibilidad. El sol de Nevada siempre me acompaña allá donde voy.

Se quedó en silencio. Quise expresarle que aunque la vida no sea divertida, al menos era interesante (y estaba segura de que lo era de veras), pero a veces no bastan las verdades cuando tu interlocutor no sabe apreciarlas y el mensaje se pierde en el camino. No obstante, detectaba un cambio significativo. Me mostraba sus llagas sin reparos. Su voz tenía una vibración ligeramente diferente, menos opaca, con una reverberación más carnal. Pero aquello se estaba deslizando demasiado hacia el lado dramático. Corría el riesgo de deprimirme con él. Tenía que poner un punto desenfadado, me estrujé el magín buscando un contrapunto. Recordé una historia de humor negro que podía venir al caso.

—Escuche esto, Ricardo. Tómelo como un chiste. Un hombre va al psiquiatra. Le cuenta que se siente vacío, que sólo ve a su alrededor falsedad y alienación. Le atormenta la soledad. Tras escucharlo, el doctor le responde: «El tratamiento es sencillo, sólo tiene que mirar el mundo con los ojos de un niño. ¿No ve cómo los niños siempre se están riendo? Siga mi consejo y vaya a ver al gran payaso Pagliacci, que se encuentra esta noche en la ciudad. Es un gran acontecimiento. Eso le animará». El paciente se cubre la cara con las manos y se echa a llorar, y al final dice: «Yo soy el Gran Pagliacci».

Me mostró una sonrisa hecha de ángulos cruzados. Bueno, ya era algo. Traté de animarme yo también, pues su suicidio sería mi fracaso, una mancha en mi expediente, un vertido tóxico en mi conciencia. Ciertamente, no le veía voluntad de seguir, aunque la buscaba denodadamente. Me dirigía a un hombre ahogado en un teatro de sombras, opaco a mi análisis, lejano a mi voz.

—Me gusta ese tipo, Pagliacci —dijo—. Hace reír y está desolado. ¿Podría presentármelo?

—Por desgracia, ya se ha ido de la ciudad. Quién sabe dónde andará ahora.

Pagliacci salía al escenario con su cara pintarrajeada, su peluca y su sombrero hongo, bajo los focos, ejecutando su papel, dando unas volteretas subrayadas a golpe de tambor, carcajadas en la oscuridad, a su alrededor.

Zapatones de punta gruesa. La torpeza que hace que todo se caiga y se aleje. Es un micromundo, cerrado, bajo la lona. Dura un rato y no está mal. Después, nadie se acuerda, porque le sigue la chica envuelta en sedas que se desenrollan cuando ella gira en la cuerda, boca abajo, abriendo sus gráciles piernas. Aplausos.

La muerte le hacía arrumacos. El deseo de morir puede ser más fuerte que el de vivir. Él estaba aún calibrando pesos. Quería querer vivir. Por eso me hablaba del sol de Nevada, de esa fascinante aparición. Sus hechos, con todo, eran elusivos, sombras en la pared, que temblaban ante mis ojos.

¿Quería huir de aquello que le imantaba? Porque si decidía finalmente hacerlo, yo no podría ayudarle. No trabajo en un gabinete de reanimación y resucitación.

—Usted es libre para decidir. No estamos predeterminados.

—No somos libres. Sólo los estúpidos ignorantes creen que saben por qué actúan.

—¿De qué le sirve pensar así? Sólo conseguirá hundirse.

—Ahora es cuando me habla del poder del pensamiento positivo.

Chasqueé la lengua, desanimada. No estaba de acuerdo en que no somos libres, y se lo dije.

—No manejamos el juego, como creemos —replicó—. No decidimos. Actuamos de forma inconsciente.

—Deme un ejemplo.

Tras pensar un par de segundos, dijo:

—Algo tan cotidiano como sentarnos.

—¿Qué ocurre al sentarnos?

—Perdemos el control. Nos dejamos caer a ciegas, confiando en que nos sostenga el asiento. Es algo inconsciente.

No iba a entrar en un debate, entre otras cosas porque no estaba segura de mi posición (y puede que él acabara convenciéndome). De todas formas, tenía que cambiar el curso sórdido que me proponía. A veces consuela darnos cuenta de que otros han tenido antes la misma idea luminosa. Me pareció una forma original de terminar la sesión, con una pincelada poética.

—Habrá oído hablar de los poetas románticos, Lord Byron, Shelley, Keats… Comprendieron lo que usted ha dicho, que el inconsciente guía nuestros actos. Creían en el inconsciente creativo como una fuerza del espíritu.

—Ya le dije que no entiendo las canciones de amor.

—No lo es. Ellos cantaron a la muerte. La muerte los sedujo. La muerte les dictó el verso.

Frunció el ceño, sorprendido. Continué:

—Por desgracia, el término «romántico» se ha degradado, se equipara a cursi. En su sentido original, en los poetas románticos encontramos la

fuerza y la pureza de una tempestad. Ellos rozaron el misterio.

Me levanté. Siguió con los ojos mis movimientos a lo largo de la biblioteca. No fue difícil encontrarlo, porque era un poemario que releía a menudo. *Obras completas* de Keats. Lo extraje y busqué el poema en el índice.

Recité de pie, en voz baja, amparada por su silencio expectante y respetuoso.

> *Escucho entre la sombra; muchas veces estuve*
> *enamorado casi de la hermosa Muerte,*
> *y le di dulces nombres en rimas de mi Musa*
> *que se llevara al aire mi aliento silencioso;*
> *hoy más que nunca pienso que es riqueza el morir,*
> *acabar sin dolor hacia la medianoche.*

Él me pidió el libro y leyó el poema atentamente, encorvado sobre las páginas. Lo leyó y releyó, durante varios minutos en los que el tiempo pareció detenerse, con absoluta concentración. La mortalidad siempre está más cerca que la inmortalidad. Keats había acercado ambas, equidistantes.

Trigonometrías

Seguía intrigada por el lugar que marcaba la aguja de su brújula sexual. No era que fuese gay lo que me preocupaba, sino que se hubiera roto el canal entre nosotros. Que se sintiera solo, incomprendido, incomunicado. O que temiera mi reacción. No habíamos hablado mucho de sexo él y yo, quizá porque cuando ya había llegado el momento de hacerlo, al entrar en la adolescencia, probablemente ya sabía mucho más de lo que yo estaba dispuesta a revelarle. O temía que frivolizara con el asunto, que hiciera bromas sin gracia, toscas, o que me reprochara no haberlo hecho antes. O, como es más cómodo decir, no encontré tiempo para hacerlo.

Ahora estaba en casa ese chico, Elvis; había llegado a las cinco y a las nueve seguían allí, encerrados en el cuarto de Zalo. En teoría, su presencia allí tenía como misión ayudarle a prepararse un examen de trigonometría. Esto hacía el asunto un tanto sospechoso, porque Zalo no era de los que invitaban a sus amigos de clase a estudiar a su casa, o a que le explicaran la lección. Con Elvis todo esto había cambiado de la noche a la mañana. Y me había parecido bien desde un principio, ya que se operó un cambio de actitud, Zalo se mostraba mucho más aplicado y traía mejores resultados escolares, pero sólo ahora caía en la cuenta de que todo eso podía ser la estrategia para invitarlo a casa y estar con él a solas en un cuarto (en un dormitorio, para ser exactos) en la intimidad. Quién sabe si para intentar acercarse a él, o para perfeccionarse en el acercamiento.

Todo esto me erizó el vello y no pude por menos que subir, con la excusa de que tenía preparada la merienda, y entrar, a la brava, para sorprenderlos. Tras acercarme a la puerta sigilosamente, irrumpí con la bandeja, alerta y ojo avizor. Se volvieron los dos hacia mí, muy juntos, asustados.

—¡Joder, qué susto! —dijo Elvis.

—¡Ya está aquí la merienda! —dije con una cantinela alegre, como una chica en un pícnic de amigas.

Ante ellos había un ordenador, y quería saber si lo que había interrumpido era una escena porno (lo deseaba fervientemente), así que me acerqué a ellos y disimuladamente eché un vistazo a la pantalla y lo que vi fue sólo un imponente Lamborghini Murciélago, mate brillante, de puertas abatibles hacia arriba, como alas negras, lleno de aristas relucientes, junto a las correspondientes rubias que lo flanqueaban en traje

negro ceñido y escotado. Y todo eso giraba en *traveling* circular, pasando del culo de las chicas al del automóvil. Observé un gesto furtivo de Zalo, pasándose el dorso de la mano bajo el labio inferior, como si se limpiara algo, un resto, quizá. Era el gesto de quien desea estar presentable, o el de quien pretende borrar algo. Dejé la bandeja sobre la mesa tras apartar un clasificador abierto, y tomaron sus bocadillos, y mantuvimos una conversación inocente sobre el examen, en la que pude observar que sus ropas estaban en perfecto estado, no olía a nada extraño, y sólo podía advertirse el desorden rutinario de Zalo, su boa dormitando bajo el flexo de infrarrojos, apuntes del instituto sobre la cama, libros abiertos; en fin, nada concluyente, pero tampoco nada del todo inocente.

—¿Vas progresando? —pregunté a Zalo, señalando los folios de apuntes.

—Un montón. Ya sé pronunciar la palabra. Tres tristes tigres hacen trigonometría en un trigal.

—¡Eso ha estado bien! —dijo Elvis, aplaudiendo festivamente. Había un punto de sorna, pero agradable.

—Ahora dilo tú, cabronazo.

—Los tres tristes tigres de la trigonometría.

Se rieron los dos.

Vi que preferían seguir solos y me retiré discretamente, y con la idea de que su relación no era nada inocente, a pesar de que sabían disimular muy bien. En cualquier caso, Elvis era un chico equilibrado, maduro y responsable. Zalo estaba en buenas manos, de eso estaba segura.

Él era el diapasón de mi semana. Sus sesiones marcaban el ritmo de los días, daban el toque trascendental a mi trabajo, me situaban en un plano distinto, de responsabilidad casi dramática, de tener que estar a la altura, y de ir abriéndome paso en el enigma. En algunas avanzábamos poco, estaba más impasible. En otras salía un retal de material importante, en un comentario como deslizado al descuido. Eran fragmentos que guardaba, conservaba en mi memoria y luego analizaba.

Nunca se había retrasado un minuto, y ésa fue la primera señal de que algo anómalo ocurría. Comencé a pensar que esta vez Ricardo no se presentaría, ni en esta sesión ni en las siguientes, que dejaría de ser mi paciente, y no avisaría, certificando así mi fracaso. Esta posibilidad me aliviaba en cierto modo, me descargaba de una penosa responsabilidad, de un temor latente, pero por otra parte me producía frustración y amargor, ahora que sentía un legítimo deseo de ayudarlo.

Mis temores eran infundados: llegó con media hora de retraso, algo sudoroso, con aspecto cansado, y se disculpó antes de tomar asiento. Se secó con un pañuelo blanco el sudor del cuello y comentó que se le había

complicado la tarde con una reunión, para el relevo de su empresa.

—En la última sesión hablamos del sol de Nevada.

Asintió.

—Me gustó esa historia. La aparición. Su madre muerta. Es un dato importante. Además, dijo algo que me llamó mucho la atención.

—Que la viera, estando muerta. La aparición.

—No, es decir, sí, eso también me sorprendió, pero ahora quiero retomar una frase que dijo, me parece que fue algo así como «por fin, todo eso era real». ¿A qué se refería?

Se quedó unos instantes pensativo antes de responder:

—El desierto, esos páramos del sur, esa abrasión en la roca, la arena, el contacto, el calor, todo lo que tocas y ves y escuchas y respiras es auténtico. Todo está ahí de veras, es un realismo abrasador, no lo ha puesto nadie, no lo han trucado, no lo venden, ni lo anuncian, no está habitado, no está asimilado. No forma parte del mercado. Las cosas que nos rodean no tienen esa cualidad. Usted y yo aquí, por ejemplo, es una situación artificial. Usted hace su papel y yo el mío. Está estipulado así. Cada uno su rol.

—No está ensayado.

—No, pero aun así, tiene algo de ficticio. Es una relación establecida, como un contrato. Vayas a donde vayas, te inunda el artificio. Madrid no es Las Vegas, pero lo es a pequeña, a muy pequeña escala. Un tipo de esas tribus perdidas en la selva no entendería nada. Es una maraña de lazos interconectados, de suposiciones, de maquinaciones, de intereses, de comercio y aspiraciones y fantasías.

Corrigió su postura para hacerme frente directamente.

—No somos quienes queremos ser. Pero soy una persona reservada. Detesto que otros sepan lo que ni yo mismo quiero saber. A menos que consigas creerte lo que no eres, que no tocaste lo que tocaste, que no sentiste lo que sentiste. Tenemos mil recursos para eso, usted lo sabe. Nos contamos la historia como nos conviene. Buscamos fórmulas, gastos, caprichos, acumulamos cosas o nos vendemos a algún idealismo. Convocamos a la familia, organizamos cenas, fiestas, jugamos al simulacro.

—No pretendo inmiscuirme. Es muy importante la confidencialidad.

—Los demás, la mayoría, apartan la vista, buscan distracciones, copas, grandes parques comerciales, mezclarse en la jauría. Pero, en el fondo, nos arrastra el mismo río.

Se le había arrugado el rictus, pero rectificó. Era de ver la perfección con la que recuperaba sus buenos modales, su instinto de hombre instruido y capaz. No venía de cuna, desde luego, sino de una férrea autodisciplina. Y cuando su semblante recuperaba la expresión, no serena, pero sí cabal, equidistante, y me miraba sin juzgarme, me parecía un hombre realmente atractivo (aunque no me inspiraba todavía suficiente confianza, sino más

bien la precaución de quien se encuentra ante un posible felino hambriento).

—¿Quién nos embauca?

—Todo gira alrededor de una palabra. Es una palabra simple, corta, tres letras. Nos contiene. Nos mueve. ¿Comprende?

—No estoy segura.

—Si examinas tus razones, por qué hiciste esto y no lo otro, por qué te comportaste así, de un modo que tarde o temprano puede avergonzarte, la razón es siempre: ego. Lo que nos gustaría ser y por tanto somos, lo seamos o no. Lo ansiamos y protegemos, lo exhibimos, inflado, lo hacemos relucir por las calles y pasillos y escenarios.

—Es interesante. Siga.

—¿Qué ve a su alrededor? Un hormiguero de egos deambulando, mostrándose, intercambiándose.

—Nadie está inmunizado de su ego —contemporicé—. Aunque, es cierto, conviene saberlo. Ahora bien, odiarse tampoco me parece una actitud demasiado positiva. Querer destruirse también puede ser un deseo egoísta. ¿No lo cree?

Se encogió de hombros.

—Me gusta que se haya referido al ego —comenté—. Una palabra breve, sólo tres letras, que nos define muy bien.

—Qué le parece ésta: mal.

Pensamos ambos en el mal que nos rodeaba. Bastaba abrir un periódico, escuchar por ahí. Un silencio después, alzó la cabeza y me miró fijamente.

—Cuando cierro los ojos llegan las hordas.

—¿Qué hordas?

—Hordas al galope. Bestias. Bárbaros. Yo estoy con ellos. Lucha a muerte, espadas que restallan de metal, golpes que ensordecen, gritos, hachas que caen sobre cabezas. Largos filos que se hunden. Estoy ahí, en medio del remolino. En cuanto cierro los ojos, comienza la matanza. Todo gira y se vuelve veloz, en pocos segundos estoy dentro.

—Suena… primitivo.

—Son armas con las que sientes cómo matas. Cómo se hunde el hierro, como parte, arranca, trocea. Normalmente en un bosque, pero a veces también en el polvo, en zonas deshabitadas. Pedregales, esas cosas. Se repiten como un ciclo. Me tranquilizan. Tengo que sobrevivir. Y para ello hay que matar. ¿Usted cuenta ovejitas?

Sacudí la cabeza en gesto de negativa.

—¿Qué efecto tiene en usted? ¿Es como… si se montara una fantasía erótica?

—No, no hay placer. Sólo necesidad. Me alivia. Soy la persona que no puedo ser.

—Miedo y odio.

Se quedó unos segundos pensativo. Observé en el contraluz de la ventana su frente sombría, inclinada.

—Supongo que el desierto tiene atractivos para usted. El silencio. Y la ausencia de personas.

Pareció satisfecho con mi observación. Me dirigió una expresión de simpatía o aprecio.

—El ruido del mundo nos envuelve, se cierne sobre nosotros. Es un clamor, desde todos los polos del globo. Es hambre, sed, mugre, moscas, trapos, tierra, sangre, es el grito de mil bebés escuálidos y la huida por caminos peligrosos, es la guerra, detonaciones, gritos de cuervos, el hacinamiento, el saqueo, llega de muy lejos y muy profundo, es la ronca angustia del mundo, la maquinaria pesada, fábricas, hormigoneras, oleoductos, obras de ingentes rascacielos, motores, el desgarro, el metal, la trepanación de la tierra, el éxodo masivo, millones de pies y manos arañando la tierra, cruzando fronteras, huyendo de todo ese ruido infernal, buscando pozos, revolviendo vertederos, contenedores, miles de toneladas de detritus, residuos tóxicos, tumbas de desperdicio, selvas arrasadas, maquinaria bélica ganando terreno, está ocurriendo, usted lo sabe, más cerca de lo que imaginamos, están tomando posiciones, estrangulan las ciudades, invadiendo nichos, comercios, la población crece exponencialmente, este planeta se va agotando entre ruido y basura y expolio y hambre y violencia. Es el ruido del mundo.

—¿Qué emoción le produce? ¿Asco? ¿Odio?

—Vergüenza.

—¿Dónde se refugiaría usted?

—El norte polar. Me gusta Islandia. Hay civismo, respeto por las vidas ajenas, saben solucionar las crisis. En un viaje de negocios fui a Reikiavik. Aproveché el viaje para conocer el país.

—¿Dónde estuvo?

—Estuve en el Vatnajökull, y en el Snaefellsjökull, estuve en Reykholtsdalur, metido en vapores calientes, en el Blue Lagoon. Algas azuladas y montañas de nieve, glaciares. Cuevas y cascadas de lava, páramos desiertos, salpicados de cabañas, y el silencio ártico. Sí, es un país diferente a los demás. Lástima que tuviera que regresar tan pronto. Mucha gente inteligente ha encontrado ese país como refugio.

—Boby Fischer.

Asintió.

—¿Busca la autenticidad?

—No. Sólo trato de alejarme lo más posible del ruido.

—¿Ha probado los tapones?

—Me acercan a otros ruidos, los de mi organismo. Mi respiración, mis latidos, mis flujos. Los tapones me hacen demasiado consciente de que

existo. ¿Ha probado cepillarse los dientes con tapones en los oídos? Es una de las peores experiencias.

Permanecimos un minuto en silencio. En este tiempo recapitulé sobre lo hablado. Sus palabras me daban colores nuevos, relieves desconocidos de su retrato. Un retrato que le desagradaba contemplar.

—Pero usted vive en la vanguardia, en las redes tecnológicas avanzadas. Se dedica a algo tan artificial como la inteligencia artificial.

—Por descontado. Pero al menos tiene una cierta belleza… matemática. No olvidemos que el creador de esta fiesta fue un gran matemático, Turing.

—Entiendo.

—Vas por ahí, ves lo que te rodea, todo tiene una pátina niquelada. En cambio, el desierto, ese suelo, ese aire, esa extensión de luz, te llega hasta el tuétano, te convence de que estás vivo y estás ahí, de verdad.

Nos tomamos un descanso, un silencio que fue incluso de agradecer.

—Bueno, pregunta aclarada. Ahora dígame qué es eso de que ha preparado el relevo de su empresa. Espero que no sea lo que he creído entender.

—Es un ingeniero catalán. Ha dirigido una *startup* española en la incubadora USMAC, en San José, capital de Sillicon Valley. Este hombre tiene propuestas interesantes para nuestra empresa, creo que es el director ideal para continuar el rumbo.

—¿En sustitución suya?

—Desarrolla software empresarial y servicios B2B. Tiene enlaces con LG, Intel y McAfee, que están todas por la zona. Aquello es un parque tecnológico donde se hace *coworking*, una forma de colaboración abierta para perfeccionar ideas en equipos. Esto en España es impensable. Aquí sólo sabemos crear barreras, amurallarnos. Cada cortijo defiende sus ideas como si todas ellas fueran dignas de patentarse. Con esta mentalidad, no es de extrañar que estemos como estamos.

—¿Y usted? ¿Trabajará con él?

—Me retiro. Es lo que trato de decirle. ¿No me escucha?

—Pero… es absurdo. Le va muy bien.

—En los primeros años me divertía y no ganaba dinero. Después me divertía y ganaba dinero. Luego llegaron los años de ganar mucho dinero sin divertirme. Ahora ni siquiera me divierte ganar mucho dinero. Ahora no me divierte nada.

—¿Y qué planes tiene ahora?

—No tener planes.

No me pareció una resolución tranquilizadora. De pronto, donde creía que había avance, constataba parálisis. Bien, dejaba el trabajo, no se lo iba a discutir. Era joven, pero contaba con dinero suficiente para vivir y disfrutarlo. Aunque no era bueno que se quedase parado, estancado, dando

ventaja al enemigo. Tenía que moverse, mantener activa su curiosidad.

—Podría hacer muchas cosas —me interrumpió, espantando una mosca invisible ante su cara—. El problema es que no me apetece. Perdí el interés.

Consideré la situación una vez más, con los pocos e incompletos datos de que disponía. No dejaba de ser extraño que, si había vivido toda su vida con esa gran reserva de ira, de pronto se esfumara. La ira, su aliciente perdido.

Una bruma invisible ya empezaba a envolvernos, elevándose desde el suelo. Dos perros comenzaron a ladrar abajo, en la calle. Parecía que se estuvieran peleando. La dueña de uno de ellos lo llamó severamente. Imaginé que tiraba del collar del animal, para separlo. Ahí estaba también la cólera, esa emoción arrolladora, como un remolino que nos absorbe en su turbulencia. Uno de los ladridos se alejaba, el animal sería arrastrado por su dueña hacia el final de la calle. El otro perro dejó de ladrar, justo abajo. En la inmediatez estaba la diferencia. Si no se veían ni olían, los perros se aplacaban. El silencio se convirtió en algo sonoro, estábamos él y yo allí presentes, compartiendo un momento importante, conscientes de que lo compartíamos.

—Se puede perder la ira cuando tu enemigo desaparece —observé.

—Depende de lo que entendamos por desaparecer. ¿Se refiere a que se van a otra ciudad o a otro país?

—No, si siguen vivos.

—Exacto. Eso no alivia.

—Se sacia cuando eliminas al ser odiado.

Me miró con semblante serio, alerta. Tal vez había dado un paso demasiado audaz al pasar al singular.

Me arrellané en la butaca y con un tono neutro en el que me ponía a resguardo de mis propios sentimientos, como si hubiera entrado en una representación ajena a mí, esgrimiendo un bolígrafo a la altura del mentón, encuadré nuestro presente y comencé a montar las palabras, lentas, cadenciosas, y luego un silencio, una mirada sin rectificación, pero con un conato de disculpa y de aceptación de lo que definí como la dificultad ante el dilema que me planteaba.

—¿A qué se refería cuando hablaba de hacer que una persona a la que odias desaparezca? ¿A liquidarla?

Asentí.

—Se refiere a… ¿una venganza?

—Por ejemplo.

—Eso no tiene sentido —murmuró con desagrado.

—La venganza puede ser también el sentido de una vida. Te prepararas para el momento culminante. Y después, cuando está cumplido, ¿qué queda?

Se quedó callado, hermético. Me asusté un poco, pero decidí seguir, borrando rastros, como una presa que trata de escapar de su depredador. Tenía que llevarlo por otra senda, alejarlo de la pista que acababa de darle.

—Hay un libro escrito por una persona judía que sobrevivió a un campo de concentración nazi —dije—, y relata su dramática experiencia: la desnudez, los trabajos forzados, el hambre, las humillaciones, las vejaciones constantes, la degradación física y moral, la tortura, el maltrato… Cuenta el autor, Viktor Frankl, que compañeros suyos optaban por el suicidio, tirándose a las alambradas. No temían a la muerte, pues contaban con ella. Es la mutilación del sentir.

Alzó las cejas, en un gesto apreciativo.

—Lo ha expresado bien.

—Sin embargo —alegué—, algunos de ellos lograron encontrar, como paliativo, un sentido. El sentido del humor. Humor donde sólo hay dolor. Humor para distanciarse de todo eso. Frankl escribió que el humor es una especie de arma humana contra el sufrimiento.

Hizo un gesto de impotencia. La verdad es que no me lo imaginaba tomándose a sí mismo con humor. Quizá era pedirle demasiado.

Podía entender que hubiera vivido en la rabia. Arruinaron su infancia. Sin embargo, se alzó de las cenizas, estudió, se especializó en programación computacional, en microrredes, en patrones y sistemas, en desarrollar complejos edificios de muchos megabytes, ensamblarlos, ponerles su propia impronta. Trabajaba en un dominio poco frecuentado por emociones humanas, libre de ciertas asechanzas. Sentía la caricia de aquellos entramados conectados, del orden que reinaba en ellos, previsibilidad, control. Un mundo matemáticamente consistente, en códigos binarios y profusos desarrollos. Diseñaba para mercados cuidadosamente escogidos. Creó una corporación, creó su propio equipo, todo a su medida. Secretarias bellas y discretas, que le filtraban las llamadas. Clientes solventes. Salas insonorizadas. Pantallas multitarea. Viajes. Almuerzos de negocios en hoteles bien acondicionados. Y nada de eso le había librado de su destino.

—La furia le ha mantenido activo, creativo. Fue su batería energética. Y un día se acaba, le deja tirado. No sé por qué puede suceder algo así, el caso es que ha sucedido. Resulta irónico, ¿no?

Me devolvió un silencio ceñudo; lo estaba perdiendo. Había hablado demasiado y era tarde para rectificar.

—No está siendo sincera. Ha hablado de matar por venganza. Eso me raya. ¿De dónde se ha sacado esa idea?

Debía retraerme sin que se notara demasiado.

—Bueno, le recuerdo que fue usted quien afirmó… el primer día…

Me temblaba la voz. Mi tono vacilante y progresivamente ahogado era ya de por sí una declaración de culpabilidad. Añadí, tratando de enderezar

la voz:

—Dejemos de escarbar en las razones y miremos hacia el futuro.

—Nunca dije que matara por venganza —insistió.

—No lo estoy afirmando. Sólo…

—Lo ha hecho ya. No trate de negarlo. Suena hipócrita.

—¿Y qué puede importarme si lo hizo por venganza o sólo por placer, o por cualquier otra razón?

Me taladraba con los ojos. Mi corazón empezaba a latir deprisa. Sentí rabia, porque no me dejaba avanzar, me interponía siempre ese obcecado y pétreo escrúpulo a que supiera más de lo que él había decretado. Sólo quería avanzar hacia el lugar donde palpitaba su herida, ahora que había eliminado a su verdugo y se había quedado sin guerra, sin enemigo.

—Cómo no va a importarle. Usted es lo que es. Indaga en causas y en razones. Mis causas y mis razones.

—De acuerdo, podemos dejarlo aquí. No quiero discutir.

—No, no. Me intriga que haya llegado a esa conclusión. Y que lo relacione con lo poco que le he contado de mi pasado. No debí haberlo hecho.

—No sé nada. Sólo trato de entrar en su espacio.

—Combina elementos. Cree haber encontrado el móvil.

—Por favor, dejémoslo. —La voz me temblaba, también las rodillas, el mentón—. ¿Pretende asustarme?

Nos quedamos en silencio. Se había roto el frágil hilo de la confianza. Sentía deseos de romper a llorar. ¡Qué impotencia no saber cómo hacerle ver que estaba de su parte, que sólo buscaba su bien!

—Quién le ha informado.

Me puse en pie.

—Esto me ofende. Sesión terminada.

Él también se levantó. Esquivé el escrutinio de sus ojos. Abrí la puerta. Salí primero.

—La confidencialidad —murmuró, ronco.

Sabía a qué se estaba refiriendo. Había jugado sucio. Le había traicionado. No tenía sentido negarlo, malgastar esfuerzo —dado mi penoso estado de nervios— en tratar de convencerlo de que no era así.

Me adelantó por el pasillo, hacia la entrada. Sólo estábamos él y yo en la consulta. Nos quedamos frente a frente, su ancha espalda contra la puerta, y comprendí súbitamente la topografía. Estaba bloqueando la salida.

—Le advertí que no indagara.

Escuché mi respiración ansiosa hasta que sonó el teléfono fijo. Él, sin dejar de mirarme, me indicó con una negación de cabeza que no lo atendiera. Contenía una velada amenaza.

Sentí el frío tacto del gatillo del miedo. Un miedo que él olía como

huele la serpiente al ratón. Y yo era un ratón agazapado en un lugar donde no podía ocultarme. Hacer algo, cualquier cosa mejor que quedarme ahí, expuesta ante él. Ganar tiempo, buscar una salida de emergencia. El receptor siguió sonando hasta que se perdió la llamada.

—De acuerdo —murmuré con voz nada firme—, vamos a zanjar este asunto, pero no aquí, y sólo unos minutos.

Porfié en que me siguiera al despacho, sin éxito.

—No me ha contestado.

Era testigo de mi temor, mis ojos me delataban, mi voz se había desmoronado. Ya sólo quería salvar la relación terapéutica, dejar una puerta abierta a que pudiéramos continuar, abordar las cosas con calma, sin insidiosas sospechas. Pero para eso necesitaba que confiara en mí. No lo creía capaz de agredirme, pero miraba alternativamente su rostro y sus manos, por si se alzaban o iniciaban un viraje extraño. Me sentí perdida.

Inicié un movimiento de aproximación. Él no se retiró de la entrada.

—Qué pretende hacer —murmuró.

Respiré profundamente, cerré un instante los ojos. Notaba las sienes palpitando.

—Me siento responsable de mis errores —admití.

Él relajó su postura y se retiró de la puerta. Se apoyó en la pared, en actitud de espera, mirando hacia otro lado, hacia la sala de espera.

—Sólo quería saber más —murmuré.

Asintió.

—Fue por impotencia.

—Entiendo.

—Acudí a Bernardo. Lo siento. Es una larga historia.

—Me sorprende que lo haya localizado. Seguro que es larga. Es un gran hombre. Tiene toda mi confianza.

Nos miramos. Se había rebajado la tensión. Mis rodillas apenas me sostenían. Me encaminé a la sala de espera. Me senté en el sillón, apoyé la espalda, respiré de nuevo. Sigiloso, gatuno, se había sentado en otro sillón, en ángulo recto.

—No pretendo remover nada. Sólo necesito entenderle.

Quería salvarlo de sí mismo. Eso me parecía más importante que respetar sus límites.

—No soy una amenaza para su seguridad, sé guardar un secreto profesional. Es parte de nuestro trabajo, la confidencialidad.

—No me preocupa la seguridad. No le doy tanto valor a mi vida. Pero soy una persona reservada. En esa reserva cifro mi dignidad. Detesto que otros sepan lo que ni yo mismo quiero saber.

—Sé a qué se refiere.

Se quedó unos segundos pensativo. Observé en el contraluz de la ventana su frente sombría, inclinada.

—Es un asunto malo —agregó—. No quiero removerlo.

—Hace bien. Por mí, conforme.

Se quedó callado, suspiró y yo no supe qué decir. Me incomodaba esta situación, en la medida en que iba leyendo, sobre la marcha, que era una despedida final. Alzó las manos.

—Bien.

Le pedí, no obstante, que volviera la semana próxima, para abordar el asunto de la medicación.

—Usted no puede terminar este trabajo. He reunido el valor y el grado de libertad que necesitaba para seguir adelante. Quizá sea la única decisión verdaderamente libre que he tomado en mi vida.

Esta observación aumentó mi desazón interior. No me eximía de responsabilidad, sino que me dejaba fuera del tablero de los acontecimientos. Se encaminó a la puerta, más tranquilo.

—Aquí me tiene para lo que necesite —dije, ya en la salida, como despedida.

Él me cogió la mano, murmuró un agradecimiento sincero, y añadió: «Adiós».

La palabra quedó flotando en el aire. Volví a mi sala, por ir a alguna parte. Quedé sentada un rato más, con esa palabra aún, cercándome, interpelándome. Adiós. Mis pensamientos erraban al ritmo dispar de mis latidos. ¿Sería capaz de hacerlo, de cometer esa insensatez? Cuántas veces un paciente deprimido amenaza con hacerlo, y qué pocas se produce el hecho. Cuántas veces nos torturamos con la idea de que lo haga. Muchas, demasiadas, pero en esta ocasión había advertido en él una verdadera voluntad. ¿A quién podía avisar? ¿Quién podía impedirlo?

Sonó mi móvil. No era capaz de contestar. Me alegró saber, sin embargo, que era Luis. Tenía las mejillas húmedas de lágrimas.

Silencios

Condujo Luis a través de la noche por una circunvalación de tráfico fluido, y las luces rojas y amarillas y verdes atravesaban el parabrisas levemente empañado. No le había contado nada de lo sucedido, y él lo respetaba, ni siquiera me preguntaba. Supo por mi voz al teléfono que estaba en apuros y, sin pensarlo dos veces, se pasó a recogerme.

Aturdida y medio ovillada en el asiento, la mente vacía, incapaz de dar forma a ningún pensamiento coherente, más allá de los ecos de los gritos, las amenazas, la imagen del rostro furioso de Ricardo. Me ganaba un frío interior, una destemplanza que no paliaba la calefacción del coche, y le pedí que la subiera. Le gustaba cambiar de carril todo el tiempo, con un suave swing, y me relajaba el diapasón del intermitente como un metrónomo, y las luces azuladas del salpicadero, y su voz cadenciosa, sin esperar respuesta, porque nos conocíamos demasiado bien, y habíamos recuperado la familiaridad en los últimos meses. Zalo estaba en su casa, y le telefoneó con el manos libres. Le dijo que había unos filetes de ternera en la nevera, que cenara solo, que él acudiría más tarde, quizá ya de noche, porque se le había complicado la jornada laboral y tenía una reunión urgente. Me gustó escuchar la voz amable de Zalo (era obvio que su relación con él era mucho mejor que conmigo), de fondo se oía el ruido del televisor.

Cuando llegamos ya estaba en su cuarto, leyendo. No salió a saludarme, y me pareció mejor así. En el salón, que por fortuna no estaba muy desordenado, Luis me preparó una doble infusión de tila y luego abrió una botella de brandy, preparó las copas y bebimos, y él, con su habitual cortesía, no quiso insistir en la pregunta, me dejó callar si así lo prefería, y me contó, para animar el ambiente, las últimas ocurrencias de su jefe, el director ejecutivo, como lo llamaba con sorna, para relanzar el negocio, subiéndose al carro de internet. Me hacía bien escucharle, precisamente porque no tenía nada que ver con el trance que acababa de pasar. Me hacía bien su compañía, las copas de brandy, el calor del alcohol color miel, su cercanía, su intento de recuperar la vieja complicidad bibliófila, y de redimirse ante mis ojos, de mostrarse afectuoso, con sus propias y legítimas preocupaciones, defensor de la literatura, contrario al saqueo, condescendiente con los best sellers, pero no complaciente. En fin, en algún momento dejé de escucharlo, me limité a observarlo, como si lo que

saliera de sus ruidos fuese sólo un rumor agradable, su pequeña música, sus gestos ya familiares, que amortiguaban los míos, me limitaba a asentir, y finalmente puso su mano sobre la mía, la dejé ahí unos segundos antes de retirarla, le sonreí, y le dije, finalmente, que estaba agotada. Nos separamos pronto.

Acababa de entrar en la consulta a las nueve de la mañana cuando un estrépito formidable procedente del despacho de Aurora me paralizó en el recibidor. Parecía que acabaran de desmoronarse varias estanterías. Acudí enseguida, alarmada.

La luz brillaba en su rostro sudoroso cuando abrí la puerta de su despacho. No iba vestida para el trabajo, llevaba unos raídos vaqueros, camisa arremangada y pañuelo negro en el pelo. Estaba pálida. Con rabia y empecinamiento se aplicaba a arrastrar muebles y arrumbar cajas rebosantes de enseres. Reinaba un caos de cachivaches y material de oficina.

—¿Se puede saber qué haces?

Tuve que repetir la pregunta para que se dignara contestarme.

—Ya lo ves. —Le salió un tono resentido, más que por el fastidio de realizar una tarea ingrata, por hostilidad hacia mí.

Cartapacios y documentos formaban una pila de cajas adunadas junto a la puerta, y los libros todavía no habían sido empacados y quedaban dispuestos en cinco inestables columnas sobre la mesa atestada de papeles. Todos los enseres al desnudo, expuestos en su impúdica inutilidad. Esa tribulación de papeles que uno no puede tirar ni desearía conservar. El panel de corcho con algunas notas prendidas yacía en el suelo, junto con un flexo doblado como un pato de pescuezo retorcido. Y el equipo informático salvaguardado en un rincón, en medio del maremagno. El suelo era una pista de obstáculos, chinchetas, grapadoras, tijeras, pilas, clasificadores, cuadernos de anillas… En aquel momento se encontraba decidiendo qué arrojaba a la bolsa de basura y qué preservaría en una caja tan grande como difícil de transportar. Durante unos instantes observé con incredulidad su nervioso ajetreo. No se dignó mirarme cuando le pregunté si dejaba el despacho.

Los cables del ordenador, la impresora y la pantalla se habían enredado de forma ignominiosa, y al parecer no estaba en su mejor momento de paciencia para desenredarlos. Sus movimientos eran impulsivos, torpes tirones. Ante mi amago de ayudarla, su mirada fue tan disuasoria como la de un perro al que pretenden retirarle el hueso.

Me agaché hasta su altura y traté de mostrarme afectuosa.

—Si es por el dinero —balbucí—, yo puedo ocuparme del alquiler. Vendrán tiempos mejores. Tenemos que seguir juntas. Es nuestro proyecto.

No dijo nada, pero no como si no tuviera nada que decir, sino para hacer ostensible su distancia glacial, y siguió desmontando y diseminando, y arrumbando objetos, ahora con denodada saña.

—Sabes perfectamente —dije— que si tú te vas yo también me tendré que ir.

—Es tu problema.

—Vale, pero dime al menos por qué estás así. No creo haberte dado motivos.

—¿Ah, no? —dijo, arrastrando la voz en la oscuridad de su garganta—. Pensaba que éramos amigas. Ya me has demostrado que no te importo. —Se puso en pie y se encaró a mí—. ¡Te traen al fresco mis sentimientos!

Me hería el odio que destilaban sus ojos, me oprimía al punto de anularme cualquier intento de discutir su injusta acusación. Nunca la había visto así. Parecía otra persona. Tras desenmarañar los cables a tirones, arrastró una caja hasta la puerta, y por el camino se cayeron varios cedés al suelo. Me apresuré a recogerlos y a meterlos dentro, gesto que no fue bien recibido por su parte.

Me apartó de su lado con un flojo empujón, pero asegurándose de que me clavaba las uñas en el esternón, y continuó recogiendo, tratando de ignorarme, de hacer como si mi presencia allí no supusiera nada para ella. Su rechazo era un zarpazo. Consiguió que me sintiera ruin y mezquina.

Una caja se había desfondado por el peso. Su contenido variado incluía una caja de chinchetas que reventó al caer, y todas corrieron a esconderse por los rincones, pequeños insectos de colores y patitas invisibles. No fue lo único que cayó: notas de sesiones, cuadernos, grabaciones, el trabajo de meses. Irritada, comenzó a pisotear la caja para plegarla al mínimo espacio posible. La hacía añicos bajo sus zapatos, hasta que podía caber por la ranura de un contenedor reciclable de cartón.

—No creo que vuelva por aquí. Se ha despedido.

—Demasiado tarde. Ya me he hartado de esperar.

Como se mira algo inmundo, reprobable, así me miraba, sin pestañear. Parecía mentira que, habido sido tan amigas, todo lo construido durante años se desvaneciera como ceniza en el viento.

Cuando cesó la pugna con la caja de embalaje, se dejó resbalar con la espalda contra la pared, hasta quedar sentada en el suelo. Todos acabamos cayendo, sólo ansiamos hacerlo sobre algo acogedor.

—No es justo —protesté con un hilo de voz.

—¿Y dónde están mis sentimientos? Mira a ver si todavía tienes alguno pegado a la suela de tus zapatos.

Permanecí allí quieta, asistiendo a su humillante derrota, en aquella escena de caótica mudanza.

—Si me he extralimitado, es un error mío. Lo asumo. Y he pagado por ello. Siento que hayas pasado miedo. La situación era bastante absurda, y

no pude evitarlo.

—He agotado por completo mis reservas de paciencia femenina. Todo tiene un límite.

Salió a zancadas del cuarto. Llamaron al timbre y acudió enseguida a abrir, con la resolución de quien estaba esperando una visita.

Eran los mozos de la mudanza, cachazudos, cuatro en total. Rumanos, polacos, qué sé yo, muy del Este, desaliñados, optimistas, ruidosos, en tropel, con esas ganas locas que tienen de trabajar los que más padecen esta crisis. Las botazas resonaban sobre el parquet.

—Por dónde empezamos, señora.

Ella los precedía.

—Por aquí, por aquí.

En cosa de segundos la consulta se convirtió en un zafarrancho. Los mozos parecieron multiplicarse, entraban y salían por todas partes, rebosantes de vitalidad, dejando en el aire una emanación de axila agria y testosterona, empujando, acarreando, guardando, silbando. Eran como una máquina de múltiples piernas y brazos bien sincopados, trasteando, empacando en cajas con el emblema de su empresa. Llegaron nuevos sonidos: el celofán acolchado y el breve petardeo de las burbujas al pincharse, como palomitas de maíz, el seco y desagradable rasgado de la cinta de embalar al estirarla, las interjecciones, el apilado de libros y el arrastrar de sillas y el desagradable frufrú de los papeles sobre el suelo sucio de tierra, al pisarlos. Me tropezaba con ellos por el pasillo, mientras trataba de alcanzar a Aurora, para continuar la conversación en algún punto truncado. Hubiera querido —aunque ya era imposible— explicarle que mis intenciones no habían sido tan torcidas, y mientras hablaba, o farfullaba, ella me daba la espalda, repartía órdenes, indicaciones, abría puertas, señalaba objetos. No eran ellos los que estorbaban, los que se interponían, sino yo, una extraña en aquel lugar. Molestaba en cualquier parte. Me invadió un terrible cansancio. Ganas de volverme invisible o de estar en otra parte. Ganas de disolverme en un silencio.

Una noche en Collado Ventoso

«...Q*ue se llevara al aire mi aliento silencioso; / hoy más que nunca pienso que es riqueza el morir, / acabar sin dolor hacia la medianoche*.» Estos versos de Keats me rondaron durante los días siguientes. Desde luego, es extraño terminar la vida por propia mano, sin dolor, con el dogal a la garganta, hacia la medianoche, sobre todo si gozas de buena salud, fortuna, si la vida te trata bien. Hacemos lo posible por perseverar, nos aferramos a la vida con uñas y dientes, en la salud y en la enfermedad, y por eso, cuando ocurre que alguien juega a favor de la muerte y despliega velas en la dirección de su viento, nos es imposible comprenderlo cabalmente. La muerte no se entiende, a pesar de Keats y de Ciorán. No puede imaginarse desde dentro, no se puede recrear. Es algo que nos deja paralizados por el estupor, aunque en este caso ya me habían llegado varias notificaciones de aviso.

Fue con la luna nueva, en un bosque de Navacerrada, en Collado Ventoso. Ricardo Alvear había pasado la cabeza a través del ojo de la soga y se había dejado caer desde una rama alta de encina, a la que se había encaramado trepando a una roca. A la espalda cargaba una mochila llena de piedras; el cuello quedó tronchado, no hubo agonía. Un trabajo limpio, eficaz, silencioso.

Era anacrónico y extraño, pero también estético. Rodeado de la naturaleza. Sin ruido. El bosque y la noche, un escenario para un final. Dejaba un testamento con un legado solidario y sus asuntos personales más o menos arreglados.

Qué pasaría por su cabeza en los últimos momentos. Tal vez no pensó en nada ni en nadie, sólo en garantizarse un final rápido y limpio. O tal vez se dedicó a disfrutar de los olores del bosque, a indagar los lejanos ruidos, la brisa en el árbol, en la hierba, o a sentir la presencia del planeta, sus latidos. Prefería imaginarme una despedida serena.

Era sobre todo un fracaso mío, que me interpelaba, me obligaba a admitir que no había sabido evitarlo ni convencerle, no había sido persuasiva, no había insistido lo suficiente en la medicación (esos maravillosos antidepresivos de tercera generación), y en los primeros meses había trabajado con una hipótesis diagnóstica errónea, y con demasiado miedo para juzgar objetivamente lo que tenía delante. No era una psicopatía, sino el mal de vivir cuando te han robado la infancia. Y

puede que ya no tuviera mucho sentido preguntarme por qué lo había hecho, si era una vocación largo tiempo aplazada, un final que él sabía que tarde o temprano llegaría, y había llegado cuando perdió el impulso justiciero. Nada podía evitarse. Los suicidas se acaban suicidando. Ellos eligen el momento y la forma.

Dios mío, cómo me equivoqué y no me di cuenta de que lo que tenía ante mí no era la furia, sino su llama extinguida, y el desolador vacío que deja.

Acudí a la breve ceremonia de incineración, en Móstoles, avisado por Bernardo, el organizador. El crematorio era un lugar frío, pragmático, arquitectónicamente neutro, hecho para lo que se supone que debe hacer: convertirnos en cenizas desprovistas de alma. Todo arde y se consume, y desaparece. Un espectáculo muy edificante.

Las despedidas son breves, la ceremonia la pone uno mismo, el protagonista es ese fuego que no se ve, pero que nos quema mientras arde el difunto, el fuego que tanto simboliza en tantas culturas, y que ahora no es más que el instrumento de destrucción total, la forma de transformar la materia en calor, de devolver al universo lo que un día fuimos. Un fuego encerrado e implacable, alimentado desde sórdidas calderas.

Se desarrolló con esa celeridad de los trámites vidriosos, en medio del pasmo generalizado, rostros serios, murmullos. Había personal de su empresa, muchos extranjeros, cuatro mujeres atractivas, una de ellas de no más de veinticinco años, las otras superadas la treintena, bien conservadas, de aspecto natural (nada encopetadas) con las que probablemente había mantenido relaciones de pareja, o de amistad. Era su equipo de trabajo, compuesto por quince hombres y tres mujeres, una de ellas su secretaria escandinava, bien trajeados, con la circunspección que requería el momento. Nadie se lo explicaba. Nadie se atrevía a preguntar, a conjeturar. Sólo la perplejidad. Hubo ramos de orquídeas, de claveles y de crisantemos. A un colega de trabajo de Ricardo le escuché un encendido elogio sobre su sentido de la responsabilidad y la exigencia de calidad, el compromiso con la empresa y el rigor. Aludió a que era una persona solitaria, pero noble y fiel. Parecían apreciarlo sinceramente. Llevaban sus pequeñas tabletas de última generación y en cuanto el asunto se llevó a término, cada uno se conectó al navegador, que también es una forma de desconectar del mundo real y sus desagradables aristas.

Las mujeres, que permanecían juntas, aunque no parecían tener mucho trato entre sí, salvo lo que las unía en ese momento, se secaron discretamente los ojos, y con una de ellas llamada Fleur, muy bella, estilizada y nada coqueta en sus modales, pude mantener una breve conversación en un aparte, en la que me confesó que habían estado saliendo el año pasado durante seis meses, hasta que un día él rompió la relación. Creo que ella le había querido de verdad, aunque apenas llegara a

conocerlo. Dijo que con ella había sido «un terrón de azúcar» (empleó la *rr* francesa). Me sorprendió esta comparación. Es lo más insólito que había escuchado de Ricardo. De hecho, me costaba imaginarlo. Y eso podía ser una prueba de lo poco que lo había llegado a conocer.

Me alegró y consoló ver allí a Bernardo, el más sinceramente afectado, junto con Fleur. Permaneció conmigo un rato después de la fría ceremonia, mientras los demás se alejaban en sus coches de alta gama. Antes de desaparecer, Ricardo había puesto en orden sus asuntos financieros y arreglado el testamento para que sus bienes no fueran a parar al Estado; así, dado que carecía de familia, o si tenía parientes desconocía su paradero y no mantenía contacto alguno con ellos, dispuso que cuanto poseía fuera para beneficio de los niños que sufrían maltrato, abusos y pobreza en el mundo; había encargado a un abogado que se ocupara de vender su chalet de la urbanización Mirasierra y destinara íntegramente los beneficios, junto con sus cuantiosos ahorros, a Unicef, Save the Children, ACNUR, Intermon Oxfan Aldeas Infantiles SOS y otras organizaciones humanitarias que trabajan con la infancia, como el centro Padre Arrupe, en Camboya. De esa forma, su dinero iría a parar a las mejores manos, para evitar abusos y sufrimientos.

Me acompañó hasta el coche. Allí me puso una mano afectuosa en el hombro:

—No le des más vueltas, Isabel. Nadie pudo haberlo evitado. Ni tú ni yo. Nadie.

Asentí, porque apenas tenía voz.

—Sólo cuando te perdones a ti misma lo comprenderás. Perdonarte realmente, quiero decir. Sentirlo. Nadie tiene la culpa. Ni tú ni yo, nadie.

Me cogió la mano y la acaricié. Era dura, cálida. La mano de un escalador.

—Escribió una nota. La dejó sobre su escritorio. Quiero que la leas.

La guardaba en la cartera. Estaba escrita con estilográfica y tinta azul.

Me aseaba cuando advertí en el espejo un brillo fugaz.
Era el pájaro de la muerte.
Conducía cuando pasó, rasante.
Oscuro como un tuareg; solitario y silencioso, como un tuareg.
Lo he esperado y ha venido a mí.
En la noche, en la calma del bosque.
Dejo atrás el ruido.
Gracias a los que lo habéis intentado.

R. A.

Cae el telón

Llegaron días oscuros. Me levantaba con un peso en la conciencia y un bolo en el estómago. Me decía que debía asumirlo, como el cirujano al que se le muere su paciente. Su ausencia, no obstante, me pesaba. Era como si yo cargase ahora con sus faltas. Me planteé retirarme de la consulta, cerrar el negocio, ya que podía ser incluso una influencia perjudicial para mis pacientes. El problema era que, con los tiempos convulsos que corrían, no encontraría otro trabajo que me mantuviera activa. Se lo confesé a Bernardo, con el que seguí viéndome, pues encontraba un consuelo extraño en él, en compartir unas cervezas con él y dar voz a estos pensamientos, mientras examinaba su expresión comprensiva. Él y yo estábamos en la misma fase, nos necesitábamos de alguna manera.

—La gente se muere, no lo olvides, Isabel. Algunos están en terapia y otros no, algunos quieren morirse ya, algunos dudan y buscan ayuda, entre el deseo y el miedo. Muchos están acorralados por la crisis, sin recursos. Algunos piden consejo, agotan todas las tentativas antes de hacerlo. Algunos mejoran, encuentran un asidero, y algunos no. De eso va el asunto. El éxito nunca está garantizado. Y un fracaso no equivale a todos los fracasos.

Tenía razón, sin duda, y eso me apaciguaba. No obstante, me preguntaba si no estaría mejor sola, para reprocharme mejor mi negligencia y mi falta de visión, mi ineptitud. Hasta ahora había logrado protegerme de las desdichas de mis pacientes, las languidecientes, pero esta vez había caído con todo el equipo. Imagino que todos tenemos nuestras estrategias para guardar la distancia emocional, cuando tratamos con el dolor humano. Ahora me encontraba viviendo su muerte como la de un amigo misterioso y esquivo. Un amigo al que una de sus amantes, francesa, lo había calificado de «terrón de azúcar».

—Voy a cogerme unos días de vacaciones —le dije, a la quinta o sexta cerveza, en el Black and White—, a uno de esos pueblos, no se cuál, donde muera la carretera. Un pueblo no atravesado por carretera alguna, todo de calles de piedra, rodeado de montañas, sin tiendas ni motos, donde me despierte por la mañana y sólo vea a mi alrededor bosque, y sólo escuche cencerros de vacas, alguna fuente, y pueda bajar a la plaza y saludar a unos pocos lugareños afables, y darme un paseo por un bosque o subir a una colina y sentir el aire puro, el sonido de ese aire que recorre ríos y

montañas. Ah, y sin turistas ni domingueros. ¿Queda algún pueblo así en España?

Tras pensarlo un poco, dijo:

—Aún quedan muchos pueblos así. Estoy pensando en Camero Nuevo. Por ejemplo, Peñaloscintos. O Montemediano. Son aldeas preciosas, fuera de las rutas turísticas, rodeados de montañas, bosques, embalses… Huelen a paja y el viento te guía por los prados.

Me habló de estos pueblos, y de otros parecidos. Finalmente, él sentía una devoción especial por Montemediano. Le unía a este lugar una vieja e intrigante historia. Le pregunté por ella.

—Es un poco larga. Tal vez un día te la cuente, pero necesitaría tiempo.

—Escojo Montemediano.

—¿Qué te parece si vamos juntos? —propuso, mirándome fijamente.

—¿Cómo dices?

Me sonrió, alzando las cejas, divertido con su osadía, y a la espera de que superase mi aturdimiento. Su propuesta me había dejado desconcertada.

—Pero tú… estás comprometido. Quiero decir, tienes novia, o pareja.

—Aquella chica que vino al bar no es mi novia. Sólo una amiga, que por cierto está casada, con otro amigo, montañero, pero mucho mejor que yo.

—¿Estás seguro de que… quieres pasar unos días conmigo… allí?

—Si aceptas, allí te contaré la historia que me une a este lugar, y el inquietante suceso que tuvo lugar allí.

Dejó caer su mano sobre la mía en el centro de la mesa, entre las bebidas color malva. Me pareció cálida, grande, dura en las yemas, sentí ganas de llevármela a la mejilla. La acaricié. La besé. El corazón me despegó. Respiré hondo, pues sentí una breve acometida de ansiedad, deseo, qué sé yo. Nunca había pensado que mis encuentros con Bernardo acabaran así. Quiero decir, era sólo una cuestión de ir asimilando mi fracaso profesional con una persona que podía comprenderme, que sentía también esa pérdida. Ahora me daba cuenta de que también estaba el deseo, llamando suavemente a la vieja puerta. Ahora esa puerta se había abierto. Y aún no podía ver nada de lo que había al otro lado, pero sentí ese olor reconfortante, primavera y luz clara, aire limpio, voces nuevas.

Él también se llevó mi mano a los labios y la besó.

—Bernardo —dije—. Estás loco. De remate.

Y allá que fuimos. El viaje en su Toyota todoterreno se nos pasó en un suspiro. Agradecí en mi interior este cambio de paisaje, físico y anímico.

Todo era perfecto, envueltos en aromas de roble, hayas, bajando por una mala carretera ascendente, sin arcén, entre barrancos y pequeños

riscos, y al cabo de un rato, a mil cincuenta metros de altitud, Bernardo anunció que estábamos llegando. Tomamos un nuevo desvío por una carretera aún más secundaria que la anterior; de pronto nos saludó una vieja y pequeña iglesia en la franja derecha, precediendo la curva que permite ver, en el último y recto tramo de la carretera, el comienzo del pueblo.

Así que todo aparecía de súbito tras esa curva: primero nuestra casa rural, después una hilera de casas, tras los viejos chopos de troncos agrisados, y antes de la plaza central, viejas casonas totalmente destartaladas, cuyas vigas de madera seca asomaban entre los descabalados bloques de adobe, y bajo cuyos techos hollados sólo podían hospedarse aves, roedores e insectos. La amenaza de derrumbe era tal que habían puesto una cinta amarillenta a guisa de cordón de seguridad a tres metros de los descabalados muros, para que a nadie se le ocurriera acercarse demasiado o aparcar allí su coche. Pasado este escenario ruinoso, volvían las casas habitables y te encontrabas con la pequeña y modesta plaza del pueblo, apenas una fuente de más de un siglo de antigüedad, un abrevadero y una barbacana circular que rodea un imponente chopo centenario. Allí dejamos el coche y unas mujeronas se asomaron a observarnos.

La empinada calle de empedrado flanqueada por casas viejas, algunas en estado ruinoso, otras remodeladas, conducía a trompicones al fin del pueblo, que era un bosque de robles, atravesado por un camino forestal.

Allí residía una docena de personas todo el año, sorteando el crudo invierno, y durante las vacaciones de verano la población llegaba al medio centenar, con las familias que se trasladaban de las ciudades, la mayoría de las cuales tienen miembros que disfrutaron de una feliz infancia en esta aldea. Era imposible perderse, puesto que sólo había una calle, a modo de eje, desde la plaza hasta el camino del Vallejuelo, que daba vista a los huertos y a las lomas de robledales.

El cielo se había despejado en las últimas horas. Los campos segados adquirían un brillo dorado al atardecer y crujían bajo nuestros pasos. Caminamos en un silencio rasgado por el chillido lejano de los vencejos, volando en quiebros y sorteando las balizas de heno. Un hombre de mediana edad con pantalones raídos afilaba una guadaña sentado en un poyo de piedra. Sonaba como si rasparan hojalata. Había una pila de leña junto a un alpendre. El sol caía en un arco oblicuo. ¡Qué lejos parecía Madrid y qué detestable su bullicio! El agua fría del pilón se escurría en el hueco de las manos. ¡Qué delicia, aquel silencio! Le hubiera gustado a Ricardo.

Bernardo tenía un ánimo alegre y campestre. Los vecinos nos miraban con curiosidad. Nuestra habitación daba vistas a los pastos y a la verde colina que llaman «el cumbrero». Amplia, luminosa, con vigas de madera

oscura en el techo inclinado, una cama era de gruesa armazón, junto a una pequeña mesa de trabajo, el radiador, un armario empotrado y la puerta del cuarto de baño. El dueño, Santi Elías, nos condujo con gran amabilidad al salón comedor donde podríamos servirnos lo que quisiéramos de la variada repostería confinada en una campana de cristal, y de la máquina de cafés por cápsulas. De las cinco habitaciones dobles y una de matrimonio, sólo había otra ocupada por una pareja de vascos. Bernardo comentó que había estado en el pueblo veinte años atrás, y que había hecho amistad con Benito Herráinz.

—Le operaron de cataratas el año pasado —nos informó Santi—, y ahora está estupendamente, hecho un jilguero, todo el día moviéndose de aquí para allá. En invierno, si hay alguna emergencia, es el más disponible. Mete al viejo en la camioneta y… ¡al hospital!

La luz doraba los campos mientras subíamos al cumbrero por una senda entre hierbajos. Nos sentamos en los crestones musgosos de unas rocas graníticas, que sobresalían más de un metro del suelo herboso, y nos quedamos mirando el pueblo, su configuración lineal, o en forma de L, y desde allí escuchábamos algunos sonidos de la plaza, a un tipo de unos setenta años o más cortando cilindros de leña a golpe de hacha. Aspiré el olor fuerte de la lavanda. Nuestras sombras se estiraban sobre el soto. A nuestra izquierda empezaba un bosque de pinos negrales, camino del pantano. Allí había, casi oculto, un pequeño helipuerto, marcado con cal, para labores de protección de incendios. Dejé que me embriagara el olor del brezo, del campo abierto sin prisa, ni planes.

Eran las ocho de la tarde cuando ganamos la parte más alta del pueblo, por una calle empedrada que al final daba vista a los huertos. Me señaló a un hombre que podaba unas plantas.

—Ése es Benito —dijo—. Al parecer, hace veinte años, presenció el despegue de un ovni.

—No me dirás que crees en esas cosas.

Me miró con simpatía.

—Yo no, pero, al parecer, él sí lo vio. Encontramos unas huellas muy extrañas, en el llano de Palavieja. Por allá —señaló.

Examinamos su figura achaparrada y robusta. Nos quedamos quietos junto a la cancela, observándolo, escuchando los tajos de la azada cuando caían en la tierra con mansa paciencia. A lo lejos ladraba un perro. Tenía una frente rugosa y despejada y parecía canturrear algo entre dientes. Estaba fuerte, a pesar de que tendría más de setenta años. Tiré a Bernardo del brazo, invitándole a acercarnos, pero en lugar de eso se dio la vuelta y comenzó a bajar por la callejuela.

—Si no me recuerda, cosa probable, pareceré un extraño que viene a husmear su vida con preguntas absurdas. Han pasado veinte años, date cuenta.

Me eché a reír de su indecisión. Nos abrazamos.

De noche nos paramos junto a la iglesia. Él se había traído un software de astronomía para iPad con el que, enfocando a las estrellas del cielo, podía ver las constelaciones clásicas, un mapa estelar en el que, a partir de los puntos luminosos, reconstruía la figura astrológica, con sólo apuntar hacia arriba. Vimos la Osa, Escorpión, Tauro… El programa se llamaba GoSkyWatch Planetarium. Fue como un viaje en el que se solapaba lo científico con lo mágico. Después me enseñó el programa SkySafari 3, que nos proporcionaba una rica información sobre cada estrella y planeta al que apuntáramos, sólo con un golpecito con la yema de los dedos.

Nos sentíamos pequeños en medio del universo. Nuestro planeta era… una mota de polvo. Y ni siquiera así habíamos conseguido cuidarlo un poco, mantenernos a salvo de la destrucción. ¿Podíamos, todavía, salvarnos? El final de Ricardo no era una respuesta positiva.

Era una herida aún abierta. Tenía que ver con nuestro cometido, con nuestro trabajo, nuestras herramientas, nuestra creencia en que éramos figuras transformadoras. ¿Dábamos algún material útil para que las personas pudieran superar sus círculos torcidos o aletargados, o tóxicos? Bernardo y yo habíamos fracasado con Ricardo, aunque él no lo viera exactamente así. Para él, Ricardo había superado su estado de autodestrucción precoz, había continuado su vida con estudios superiores, había creado un proyecto, y había llegado a un cruce del que no había sabido cómo continuar, pero sí, gracias a personas como nosotros, había habido una ayuda y un desarrollo. ¿Cuántas personas habían mejorado conmigo?, me preguntó. Me costó contarlas; ocho de mis pacientes habían conseguido el alta, merecidamente y cuatro de ellas me seguían telefoneando para felicitarme las navidades, y me agradecían lo que había hecho por ellas. De otra paciente sabía por otra persona, amiga común: había rehecho su vida, se había divorciado y mudado a otra ciudad y a otro país, lo cual eran buenas noticias. De las que actualmente seguían yendo a mi consulta, tres de ellas empezaban a pensar por sí mismas, a darse sus propias respuestas, y estaban adquiriendo una percepción más justa y equitativa de su realidad. El resto se encontraban bien hundidas en su conflicto, tergiversándolo todo, encantadas en su tristeza y claudicación. Él estaba seguro de que era una buena trayectoria profesional: con esto debía quedarme.

No obstante, no era fácil, ni siquiera allí, bajo el firmamento, que nos reduce a nuestra pequeñez, dos alientos en medio del universo. Me apesadumbraba mirar hacia atrás y ver mi actuación. Los significados que no supe entrever, mis torpes y medrosos intentos, rebullendo en el mundo de la psicopatía, consultando a Adrián Siles, cuando en realidad me estaba alejando de la persona, en busca del diagnóstico. Me había perdido en adecuarme al perfil psiquiátrico, cuando su problema era precisamente lo

que necesitaba ocultar.

Para él tampoco había sido fácil, como amigo. Precisamente, como yo, temía que diera ese abrupto final, que ya le había anticipado. Había seguido su vida paso a paso, había conocido a sus novias, le había ayudado a buscar los regalos para ellas, en fin, tenía muy buenos recuerdos. La misma noche en que se ahorcó, a una hora en que sabía que Bernardo dormía, le dejó dos mensajes en el móvil. En el primero le indicaba —previo sincero perdón—, dónde debía ir a buscarlo temprano a la mañana siguiente, las coordenadas exactas del árbol donde se balanceaba, en Collado Ventoso, con una bolsa negra cubriendo su rostro. En el segundo le aconsejó que acudiera con un agente de la policía, para resolver pronto el tema. Le nombró albacea y le dijo dónde le había dejado el testamento, sobre la mesa de su despacho. Su voz sonaba tranquila, como si el mensaje tratase de un asunto banal. Lo más personal eran sus palabras de gratitud hacia él.

En su testamento, además de especificar la generosa cantidad de dinero a las ONG que trabajan con la infancia, dejó también una cantidad para él, en gratitud y como compensación por el duro golpe de bajarlo muerto de un árbol. Una cantidad con la que podía vivir tranquilamente ocho o diez años, y que a él le creaba cierto cargo de conciencia aceptar (aunque no le quedaba más remedio, y se lo agradecía internamente). Había sido desgarrador para él bajarlo del árbol, reconocer su cara tan pálida y demacrada, tantear su cuerpo flácido y pesado para meterlo en el furgón policial. Los servicios funerarios se encargaron de elegir el recinto de cremación.

—Tenemos que asumir estas fatalidades, Isabel. Por eso yo también necesito ahora este paisaje, esta noche abierta, este amplio universo. Quién sabe si aún nos acompaña después de muertos. Y tú, a mi lado, me ayudas.

Y, al decírmelo, me apretó de la cintura y la estrechó contra sí.

Estuvimos más de una hora allí, escudriñando el cielo, viendo, por la pantalla, lo que nuestros ojos no alcanzaban a ver. Cuando volvimos a la casa rural, me encontraba casi mareada.

Su cuerpo era una fragua. Nos entrelazamos en luchas quejumbrosas, como un par de gatos, abriendo la fruta ácida del placer, paladeándola lo mismo que si fuera la primera vez. Y puede que ciertamente fuera esa primera vez en que uno descubre, con maravilla y sorpresa, algo que creía alejado de mí para siempre, en la larga oscuridad de las horas: el amargo deleite de los besos, los mordiscos, la entrega. Ya ovillada en su calor, en la envoltura de su olor tenue —creo que al final casi todo se resuelve en hallar fragancias en los pliegues del cuerpo, en poder reconocer por el olfato el cuerpo de tu amante y, cuando esto sucede, experimentar el instinto de

enroscarte en él y cerrar los ojos—, en la penumbra, en la plácida fatiga de los sentidos, tras esos breves sueños en los que no llegamos a desconectar del todo y a olvidarnos de que no estamos solos, con el contacto de una piel que te recuerda dónde y con quién te hallas, cuando el aire se exhala despacio, y las palabras nacen con vocación de susurros, redondas como arabescos, flotantes como un puro ronroneo de los pensamientos. La noche nos envolvía con cálidos susurros. Fue como cuando levantas suavemente el caparazón de una gran nécora a la plancha y te encuentras ese manjar que sabe a mar y a coral, y te lo llevas a la boca y lo paladeas con los ojos cerrados, dejando escapar un murmullo de placer. Después, claro, una nunca se siente del todo tranquila, sabiendo que en su vida el sexo empieza como una historia feliz y acaba en formato de tragedia shakespeariana.

Nos levantamos tarde, hacia las once, desvelados por la intensidad de la luz inundando la estancia a través de una ranura de las cortinas. Afuera, una polifonía de trinos. Bernardo se vistió a saltos, y eso me hizo reír.

Tomamos el camino de Pradillo, bordeando la colina, por los prados escarchados que brillaban con el sol del mediodía, más allá de los abrevaderos y los grandes robles de hoja verde y plata, bajo cuya sombra descansaba plácidamente un hato de vacas que nos miraba sin inmutarse. El aire puro entraba en los pulmones, y hacía un poco de daño, hasta que el sol se extendía.

Vimos buitres ondeando en círculos, llamando a otros buitres. Debía de haber carroña por alguna parte. Ganado muerto. Las ramas y la hierba alta crujían bajo nuestros pies. Atravesó la fronda con vuelo tan rápido como silencioso un pájaro carpintero.

El estío se abría paso lentamente en las colinas, pero aún soplaban vientos serranos; nos rodeaba el gris de la retama, los cardos y espinos y el lánguido violeta del biércol en las faldas del cumbrero. Pequeños brotes de roble se adivinaban en la ladera sur. La aldea de tejados de ocre anaranjado salpicado de verdín desaparecía tras la colina. La sensación del tiempo desaparecía en mi mente.

—Me gustaría escuchar esa vieja historia de Benito —dije.

—Si era falsa, habrá cambiado. Yo recuerdo todos los detalles. Me hizo hasta un dibujo.

—¡Podríamos pillarlo ahora! —Nos echamos a reír.

Yo seguía mirando al cielo el vuelo de los buitres. Con su vuelo circular, llamaban a otros buitres. Hay comida en delicioso proceso de corrupción, decía su aleteo. Una forma de solidaridad. Venid, venid todos a comer.

—¿Te imaginas que nos están observando ahora? —dije.

—Por supuesto. Los satélites de *Google Earth* —dijo él.

Por fin llegó el momento tan esperado. Benito Herráinz acababa de dejar una carretilla con tejas rotas cuando nos acercamos a él con paso vacilante. Tenía un cuerpo robusto, algo encorvado, llevaba heno revuelto en el pelo y los hombros. Reconoció a Bernardo de inmediato, sorprendido por su repentina aparición allí, después de tanto tiempo. Le dio una amistosa palmada en el hombro, con tal fuerza que él se tambaleó. A mí me estrechó la mano y puso cuidado en no apretar, porque era puro callo. Llevaba barba cana de tres días, olía a sudor y no me resultó desagradable.

Se sentía inseguro por su aspecto ante mí, así que se disculpó, ordenó a su mujer que nos preparase acomodo en su casa y fue a asearse. María, su hija de veintidós años que vivía en Logroño y había subido por las vacaciones, nos ofreció un queso de vaca artesanal y un porrón de zurracapote también casero. A los quince minutos volvió Benito con un aspecto más presentable —una vieja camisa de cuadros, descolorida, bien planchada y limpia— y muy contento por la visita inesperada. Nos ofreció chorizo de un jabalí que había cazado él mismo, cuando vio que se metía en su huerto.

Era un hombre bondadoso, amigo de la charla tranquila, curtido en campos de glebas arcillosas, conocedor de todos los oficios útiles: afilador, herrador, fontanero de casona vieja, hortelano. Dijo que hoy soplaba el cierzo. Conocía la procedencia de todos los vientos, del ábrego, el bochorno cálido y húmedo, el descuernacabras, frío e intenso del norte, la tramontana francesa, o el solano cuando soplaba del este.

Cuando el licor nos calentó el ánimo, fui yo quien le pregunté por aquella extraña aparición de aquel aparato volador cuyo despegue él presenció en el llano de Palavieja. Me moría de ganas de escucharlo con sus propias palabras. Y, sorprendentemente, no tenía ningún inconveniente en contarlo de nuevo, para mí.

Carecía de retórica, era absolutamente natural. Lo que presenció desde su tractor, a tres o cuatro metros de distancia, fue un «aparato plateado» con forma de bala y un «ser enano» (así lo llamó) que salió corriendo bajo el roble y se metió dentro, el despegue fulminante, vertical.

—Dices que escuchaste un fuerte ruido en el despegue —le dijo Bernardo.

—No, ningún ruido. Sólo el viento que levantó tierra y hojas.

Bien, ya había conseguido sortear su primera trampa.

—Entonces viste a ese ser entrar en la nave. ¿Cómo era la puerta cuando se abrió? —le preguntó.

—Yo estaba en un ángulo que no pude ver la puerta, así que no puedo decirte cómo se metió dentro. Pero sé que entró, porque cuando despegó el

aparato, ya no estaba ahí.

—¿Durante cuánto tiempo viste al ser extraño?

—Pocos segundos. Dos o tres. Si hubiera tenido una escopeta, no creo que me hubiera dado tiempo a acertarle un tiro.

—La llamarada del despegue debió de ser fuerte —dijo Bernardo.

—No, no, llama no hubo ninguna. Se elevó sin fuego, sin humo, sin ruido. Levantó un poco de tierra y hojas y ascendió al cielo y en nada desapareció completamente.

—¿Sentiste al menos el calor?

—Ni calor ni frío. Lo que me impresionó fue la velocidad con la que desapareció en el cielo. Y ahí se terminó todo.

—¿Ha cambiado tu vida desde aquello?

Sonrió y se rascó el pelo ralo bajo la boina.

—¿Y en qué quieres que cambie?

—Pues no sé… —sonrió—, tu modo de pensar, tu modo de ver el cielo. Desde entonces sabes que no estamos solos. ¿Has pensado en todo esto?

Lo miró revirando un poco los ojos, preguntándose tal vez si le estaba tomando el pelo. Era obvio que le traía sin cuidado lo que hubiera más allá de la Tierra, mientras el sol saliera cada mañana y el sustento diario llegara a su mesa.

—Yo no sé qué era aquello que vi —añadió sin impacientarse, ante la terca insistencia de Bernardo.

—No me digas que no has pensado en la vida extraterrestre —insistí yo.

—De eso sabréis más que yo, que tenéis estudios.

Le pregunté si el asunto todavía suscitaba curiosidad, si estaba vivo para la gente de la zona.

—Ya que se lo conocen, no preguntan gran cosa. Además, ha pasado mucho tiempo de aquello.

Echó mano al vaso de vino.

—¿Más chorizo de jabalí? —Y nos acercó el plato.

Acepté el ofrecimiento, y mientras masticaba me fijé en la decoración, la chimenea, los viejos sillones, la vitrina con la vajilla, un televisor de un viejo modelo cabezón, retratos enmarcados de los hijos, y también de los nietos, de su mujer y él en tiempos pretéritos, azaleas en un jarrón de baratillo, una alfombra de rafia, viejos aperos de labranza, una hoz desportillada, una cincha de caballo. Entonces llegó su mujer, la Emilia, flaca, de ojos acuosos y mirada dulce, y Benito hizo las presentaciones, y ella estuvo en todo momento amable y hospitalaria.

Hablamos de la vida en el pueblo; en este punto su mujer evocó algunos de los momentos más memorables, para recalcar que la supuesta visita de los hombrecillos no había sido el único acontecimiento extraordinario vivido en Montemediano, y retrocedió a aquel invierno del 88 en que cayó tal nevada que al abrir la puerta una montaña blanca se

desplomó dentro, y Benito tuvo que saltar por la ventana porque se había dejado la pala en el cobertizo. O las tres calaveras que encontraron en el fondo del pantano la única vez en que se quedó sin agua, durante la sequía del 82, cuando se abastecían mediante camiones cisterna de Protección Civil, calaveras que pertenecían a un batallón de reclusos forzados, tras la Guerra Civil, a quienes transportaban en un camión desde la cárcel de Logroño para construir la presa. No le quitaba ojo a Benito, que a veces movía los labios cuando hablaba su mujer, en un casi imperceptible mimetismo. Su vida no había cambiado, seguía siendo el mismo tipo sencillo, campechano, un jayán del terruño, indiferente a la revolución tecnológica y a la crisis de los mercados bursátiles, pero no a las heladas que perjudicaban la maduración de las verduras de la huerta. Se diría que nada añoraba, que estaba satisfecho con su vida, con lo que tenía. Comparados con él, todos parecíamos un puñado de neuróticos estresados.

Nos invitó a cenar, es decir, Emilia empezó a llenar la rústica mesa de viandas (como si no hubiéramos comido nada todavía) y sin darnos tiempo a interponer alegación alguna, nos puso delante un planto de garbanzos con cecina, rebanadas de pan que partía apoyando la hogaza contra el pecho, tomates de la huerta con ajo picado, y otra botella de vino.

Se nos había hecho tarde. Afuera aguardaba una noche apacible. Agradecidos por tanta hospitalidad, no queríamos importunar más, aunque ellos dijeran «nada de eso, nada de eso».

—Vuelvan cuando quieran. Serán bienvenidos —añadió su mujer con afabilidad, mientras nos acompañaba a la salida.

Por el camino de regreso a la casa rural, estábamos como bajo los efectos de un hechizo. El hombre más normal del mundo nos había contado la historia más extraña jamás imaginada, y nosotros nos retirábamos a dormir, como si de un día cualquiera se tratara. Nos echamos a reír.

—Lo cierto es que el muy cabrón me ha contado la misma historia, detalle por detalle. No he podido pillarlo en un sólo renuncio —dijo riéndose.

—¿Conclusión?

—Caso sin resolver.

—Es una historia extraña.

—Tendrás que haber visto las huellas. Muy profundas. No se parecerán a nada conocido. ¡Vaya enigma!

Nos atraía y desconcertaba de la historia su simplicidad: carecía de mística. Ninguna emanación sofisticada, explosiones de luz, vibraciones seráficas, ecos y emanaciones paranormales. No se parecía a ninguna historia típica. Hasta el biotipo humanoide resultaba simple en sus rasgos, inteligible en su reacción. La nave era pequeña, discreta, sólo el despegue sin ruido y su velocidad de ascenso hacían pensar en un prodigio

tecnológico.

Cuando regresamos a la casa rural, Santi aún estaba levantado, viendo un partido de pelota vasca por el televisor.

Le hizo gracia saber que habíamos estado con Benito, hablando sobre un viejo ovni.

Santi era un tipo chistoso y dijo que sin duda los marcianos querían visitarnos y habían escogido la mejor tierra del mundo para aterrizar. Porque tomates y calabacines como los de Montemediano no los había en ninguna parte.

Aquella noche, mirando en la semioscuridad cómo dormía plácidamente Bernardo junto a mí, se me ocurrió que cuando miras a una persona dormida estás entrando en un territorio vedado, estás viendo lo que ya no puede ocultar ni fingir.

Tuve una idea un tanto absurda, pero decidí probar. Me levanté, me vestí, salí sigilosamente y me encaminé al caserío de Benito. La cancela emitió un gemido de columpio viejo al doblar sus bisagras, ladró un perro a lo lejos, pero después volvió el silencio de la noche, la brisa que mecía las copas de los robles y los chopos erguidos en la sombra.

Me acerqué a su ventana, la que daba a su dormitorio, junto a la cual tenía la cama, y, como era de esperar, no pude verlo porque la ventana estaba alta y cubierta.

De súbito sentí una presencia sobre mí. Algo me hizo volverme y mirar arriba, estremecida por una suerte de presentimiento. No fue un ruido, sino la desasosegante sensación de que me observaban. Recorrí los alrededores en panorámica. Nadie a la vista. Entonces alcé los ojos y lo vi. Quieto, sobre la rama de un árbol, emboscado en las sombras. Un majestuoso búho me escudriñaba el alma con los denarios de oro de sus ojos. Me sentí sobrecogida y traspasada por aquella mirada, tan intensa y penetrante que no parecía de criatura de este mundo. Y sentí como si fuera un resto de la presencia de un muerto reciente, que aún me vigilaba.

El regreso

La vuelta a Madrid fue dura. Sobre todo, la vuelta al trabajo sin Aurora. Me sentí sola, perdida. Ya no podía reírme con ella del absurdo cotidiano. Una amistad malograda es una de las peores desgracias que pueden ocurrirte. Cada vez que telefoneaba a Aurora cortaba la llamada no bien aparecía mi número en la pantalla de su móvil. Ahora yo era la llamada perdida.

Al final desistí, asumiendo que la solución al conflicto no dependía de mí. Su deserción de la consulta la había dejado convertida en un lugar frío, silencioso y, en cierto modo, extraño. Tampoco saldríamos juntas al final de la jornada, para tomarnos algo en el café de la esquina. Cada vez que entraba en el piso de la consulta, tan desangelado, me preguntaba qué hacía yo allí, y sentía que debía estar en otra parte. En fin, mi futuro económico era más que dudoso, pero al menos mi corazón tenía un lugar donde quería permanecer. Un hombre a quien amar.

Semejante a dos timones unidos por un eje cilíndrico, una elegante estación espacial gira lentamente en la inmensidad del espacio. En el exterior del eje se abre una compuerta rectangular y a lo lejos se aproxima una nave de punta alanceada, que se detiene frente al rectángulo luminoso de la compuerta como un colibrí suspendido ante la flor. Y la estación espacial sigue rotando y la pequeña nave, en su maniobra de entrada, establece un movimiento sincronizado de rotación. Es una hermosa coreografía espacial con la música de *El Danubio azul*. Al principio no entendemos por qué demora el ingreso. Pronto vemos la centelleante entrada de la estación desde la cabina de mando de la nave, tras la nuca de los dos pilotos, y todo adquiere una electrizante simetría. Sin embargo, hay algo que no encaja: en este nuevo plano, la compuerta de entrada permanece estática, a pesar de que la estación gira con sorda ingravidez. Con la satisfacción de haber detectado un fallo de *raccord* al mismísimo Kubrick, lo comenté en voz alta:

—¡La entrada debería estar girando!

—Mamá, no tienes ni idea —dijo Zalo, sentado junto a mí y con los pies apoyados en el puf—. Así es como la ven los pilotos.

—Sí, y sin embargo gira —insistí, mirando a Bernardo, en busca de

apoyo.

—Tiene razón Zalo —terció alegremente él—. Los pilotos giran de forma simultánea con la nave, y no hay referencias en el espacio, no hay arriba, ni abajo, ni cielo, mar ni tierra.

Era cierto, me mordí la lengua sin apartar los ojos de la pantalla plana, mientras la nave atravesaba la compuerta de la estación con una estremecedora belleza y pulcritud. Bernardo la había traído de su colección particular, en disco Blu-Ray de alta definición. Había dado por seguro que Zalo no aguantaría ni diez minutos, acostumbrado a un cine de más acción y ritmo, y para mi sorpresa permaneció absolutamente concentrado, sin dejar de comer pipas, hasta que, mediada la película, puso el portátil sobre sus rodillas y lo encendió.

—¿Qué haces? —espetó Bernardo, perdiendo la concentración.

El tono brusco de su pregunta desconcertó a Zalo. Lo miró, intimidado.

—Voy a entrar en Twitter.

Bernardo paró la película pulsando la pausa.

—¿Quieres decir que, mientras ves la película, quieres comentarla con tus amigos? —dijo mirándole con severidad.

Su tono acusatorio desconcertó al chico. Tras unos instantes de vacilación, apagó el ordenador y lo cerró.

—Vale, vale.

—Oye, no te voy a pedir que veas el cine como lo vimos nosotros, que sientas lo que yo sentí la primera vez que vi esta película, eso ya es imposible, pero creo que esta obra maestra exige más respeto por tu parte.

Dejó el portátil sobre la mesilla de centro.

—De acuerdo.

Reanudó la película y apenas se movió hasta el final. Diría que las apariciones del monolito lo dejaron sin respiración. El viaje dimensional del final a una habitación estilo Luis XVI consiguió que hasta las pipas se le quedaran quietas, pegadas a las yemas de los dedos.

Para culminar mi asombro, concluido el filme, Zalo no hizo amago de levantarse del sillón. Tenía ganas de hablar, de preguntar, necesitaba comprender lo que había visto.

—¿Tiene algo que ver con los extraterrestres?

—Así parece. —Bernardo sonrió.

—Al principio, cuando lo de los monos esos, pensé que la columna era un ser alienígena. Después parece más bien algo que han dejado los seres de otra civilización.

—Ajá.

—Pero no se dice para qué.

Zalo estaba expectante. Eso me gustaba de él, no se conformaba con respuestas vagas, necesitaba esclarecer los hechos.

—¿Qué opinas tú? ¿Qué simboliza el monolito? —le preguntó

Bernardo.

—Bueno, el último monolito lo proyecta a un viaje por el espacio. Podría ser un portal dimensional, un agujero de gusano, pero claro, cuando llega a esa sala extraña, en la que se ve a sí mismo, no aparecen los aliens.

—Hay cosas que, al mostrarlas, pierden su poder de seducción. Pero que no las veamos no significa que no estén. La gran idea de Kubrick es hacernos sentir sus presencias de forma indirecta.

—Eso mola —dijo Zalo.

Zalo se aprestó a guardar el vídeo de *2001, una odisea del espacio* y se levantó resueltamente a preparar unas palomitas en el microondas. Como a todos los adolescentes, le encantaba ese prodigio de cocinar sin tener que poner ni una sartén en el fogón. Todo estallaba en su interior en menos de tres minutos. Una traca festiva, algo bullendo dentro, esa panza a punto de reventar, que hay que abrir con cuidado, tirando de las pestañas, para liberar el humo con olor a maíz.

—¿Estás de visita o vienes para quedarte? —preguntó a Bernardo a quemarropa mientras realizaba la delicada operación de apertura con cuidado de no quemarse.

No detecté hostilidad, sino sólo su habitual estilo directo, ineducado, pero también sincero, y por eso mismo me mantuve al margen.

—Depende de muchas cosas —dijo él—. Y son cosas, te lo advierto, de las que vamos a hablar.

—Por mí no hay problema. Yo hablo de lo que sea.

Bernardo me miró, reprimiendo una sonrisa. Tenía su aprobación, lo cual era una apreciable ventaja, dadas las circunstancias. Me gustaba mucho ese esfuerzo de Bernardo por crear vínculos.

El bol crepitaba. Volvimos al salón. Picar del mismo comedero une mucho a las personas que buscan acercar posiciones, disuelve las distancias generacionales, sobre todo cuando comes a manos llenas y algunas se caen antes de llegar a la boca.

—A tu madre no le gusta Viola.

—¿Quieres que la suelte en el jardín de palmeras de Atocha?

—No necesita otro hábitat artificial.

Se quedó de nuevo pensando con expresión de disgusto.

Estuvieron conversando unos minutos más. Me gustaba el tono de voz de Bernardo, despojado de cualquier matiz de acusación, cálido y levemente irónico, cuando le hizo ver que la boa era su poder. Le confería poder sobre mí. Me tenía confinada en una jaula de cristal. Me alimentaba con repugnantes ratones. Todo eso le procuraba un enorme placer.

Zalo bostezó, o más bien se provocó un bostezo, como elocuente réplica.

—Me voy al catre —murmuró, levantándose.

Ahí seguía Viola, escrutándome en el terrario con su mirada torva, engordando semana a semana. Su mera presencia me recordaba mi cobardía y sumisión. Aproveché una mañana en que Zalo estaba en el instituto para pedir a Luis que me ayudara a cargar la urna en el maletero del coche. Lo había decidido y no había marcha atrás.

—Hay una solución mejor que devolverla —objetó Luis—. Puedo llevarla a mi casa. A mí no me importa tenerla allí. Así no tendrás que padecerla.

—Escúchame bien, Luis. Si tú le permites que lleve allí a Viola, es él quien gana. Esto es una lucha de poder. Si él gana, yo pierdo. ¿De qué parte estás tú? ¿Sabes lo que he sufrido ya por causa de ese… reptil? ¿Sabes que se escapó del terrario y me dio un susto de muerte? El problema no es el animal, es Zalo, es cómo lo estamos educando, qué mensaje le llega. «Alíate con tu padre contra tu madre» es el erróneo. El correcto es: «Tu padre y tu madre están en el mismo bando, y están contigo».

Sabía que Luis estaba tan preocupado como yo, aunque, para él, Viola nunca había sido un problema, sino que más bien la consideraba un aspecto positivo de su aprendizaje, un distintivo de personalidad. Tras mi alegación, se tomó unos segundos para considerarlo.

—De acuerdo. Tienes mi apoyo.

¡Qué liberación poder descansar al fin de la presencia del reptil! Ya no tendría que buscar ratones, ni pollitos, ni pasar miedo cada vez que venía mi madre a casa, o a recibir cualquier otra visita. Ya no habría más ataques de pánico si se escapaba de su habitáculo.

Tuve que conducir con el maletero semiabierto, dada la altura del terrario, y con sujeciones de ganchos pulpo, para que no se abriera del todo. También portamos la lámpara de infrarrojos, para que no echara en falta nada en su nuevo hábitat. Cubrimos el cristal con una manta, para amortiguar los golpes que estaba bien dispuesta a propinarle. La sola idea ya me excitaba incomprensiblemente. Conduje por la circunvalación asegurándome de tomar bien cerradas las curvas, sobrepasando el límite de velocidad, para que la urna de cristal se sacudiera bien en el lance, obligándola a desenroscarse, a preguntarse, atónita, ¿adónde me llevan? ¿Es éste mi fin? Luis se daba cuenta y se sonreía; a veces, incluso, cuando el vaivén por un cambio de carril en plena curva era tan brusco que se tenía que agarrar al asidero superior, se le escapaba una risilla. «Cuidado con ese camión.»

El animal se desprendió de su rama, a la que se anclaba con la cola, y fue sacudida y zarandeada, la rama también debió de despegarse del fondo, con la tierra, con todos sus adornos selváticos, para rodar libremente: ahora sabría ella lo que era recorrer varias veces el mismo

circuito, quedar aplastada contra el cristal. Disfruté conduciendo de forma temeraria, a volantazos, pisando el pedal a fondo, y me gustó que él no me lo reprochara, que fuera comprensivo con mi desquite.

Orillé el coche frente a Bichorium, en segunda fila, junto a un contenedor. Luis respiró aliviado. Habíamos llegado sanos y salvos. Ahí estaba de nuevo, en la tienda, ese olor a serrín sucio, a desinfectante, a alpiste rancio. Y en las esquinas, iluminadas de ultravioleta, esos animales del demonio, pétreos de un verde mortuorio.

Cargamos de nuevo el terrario (la boa había sido centrifugada y levantaba la cabeza como si todavía tratara de ubicarse en el espacio, o averiguar qué era arriba y qué abajo; nunca la había visto tan nerviosa, y eso me produjo una explosión de consuelo) y lo dejamos sobre el mostrador.

—¿Te das cuenta de que se le ha quedado pequeño? —dijo Luis.

—Es cierto. —Suspiré, secándome el sudor de la frente—. Es una pena, porque no tenemos dinero para comprarle otro.

—Ni siquiera para mantener su dieta de ratones. Además, pronto necesitará conejos.

El tendero nos miraba sin comprender. Llevaba algo tatuado en el cuello, una inscripción con dibujos, que no pude leer.

—¿Qué desean los señores, exactamente?

—Atendemos el deseo de nuestro animalillo de volver a donde pasó su tierna infancia.

—¿Pretenden devolverlo? Pero, señora, eso es… una irregularidad.

—¿Irregularidad? No me importa. Es toda tuya. Haced con ella lo que queráis: monederos, cinturones…

—Pero, señora…

—Es muy dura la vida de una madre. Cuando tengas hijos lo sabrás. ¡Adiós!

Volviendo por la circunvalación, esta vez a la velocidad reglamentaria, y sin cambiar de carril, Luis me felicitó. Dijo que había sido un acto de valentía. En realidad, obedecía a la pura y simple desesperación. Llegas a un punto en el que ya no te importan las consecuencias. La paciencia se agota, la furia te invade, el mundo resulta un lugar suficientemente inhabitable como para andar entre serpientes.

En realidad, la perspectiva de la reacción de Zalo me asustaba. De todas formas, había sido tan gozosa la experiencia de la devolución, tortura incluida como tercera pasajera, que estaba dispuesta a afrontar las consecuencias sin arredrarme.

Zalo regresó a casa a las ocho. Había estado jugando a baloncesto y volvía todo sudado. Luis ya se había ido a su casa.

—Hola —saludó, extrañado de que estuviera allí, de pie, mirándole. Ya se maliciaba algo.

—Si vas a tu habitación no la encontrarás —le avisé.

—¿Qué?

—Me he deshecho de ella.

—¿Estás… estás diciendo que la has…?

—Devuelto a la libertad —repliqué.

Zalo se quedó paralizado. Pálido. Se apoyó en la pared. Estuve esperando una reacción dramática, agresiva, pero apenas le salió un hilo de voz.

—¡Cómo has podido!

—Bien, ya era hora de que me conocieras. Tu padre me ha ayudado.

Gonzalo se dirigió a su cuarto. Fui tras él, decidida.

—¿Te gustaría que un gigante te metiera en una caja de cristal? Si amaras los animales desearías algo mejor para ella.

—Viola nació en cautividad. No conoce la libertad.

—No seas ingenuo. La libertad está en sus genes. ¿Acaso no caza como si llevara toda la vida en la selva? En esa caja de cristal era una desgraciada.

—¿Dónde está? —exigió.

—En este momento debe de estar ya en la bodega de carga de un barco con destino a Puerto Ayacucho; por ahí hay buenas selvas y buenos ríos.

—¡Gilipolleces! ¡La has devuelto a la tienda! Voy a ir a buscarla. La llevaré a casa de papá. Allí no te molestará.

Se encerró en su cuarto. Le escuché hablar por móvil con su padre. Fue una conversación larga, en la que él apenas habló, salvo para gruñir y articular un conato de protesta. «Es injusto —decía—. Es una cabronada.» Poco a poco fue comprendiendo las razones. Necesitaba esto de Luis. Una conversación franca. Él conseguía mucho más de Zalo que yo. Él tenía autoridad sobre él. Y ahora me defendía, y eso me gustaba.

Cuando terminó la llamada, entré. Creo que nunca me había visto tan seria. Tenía el rictus contraído, los ojos despedían fuego de hielo. Vi las llaves de casa sobre la silla y me las guardé en el bolsillo. Mi gesto no le gustó. Sólo era el principio.

—Mira, Gonzalo. Que te quede esto muy claro. En esta casa, no. No te dejaré entrar con ese animal, así te estés muriendo. No dormirá aquí. Tú verás lo que haces. Mi decisión está tomada y es granito.

Él me miró, calibrando el peso de mis palabras, enfrentado a mi ataque. No tuvo réplica. Cogió su sucia mochila y salió dando un portazo.

Lo que me impedía dormir era saber que era martes, saber que habían dado ya las dos de la madrugada, saber que Zalo no había vuelto a casa, que no contestaba al móvil (debía de tener registradas unas veinte llamadas perdidas en la última hora), y su silencio al otro lado de la línea tenía una oquedad fúnebre; tampoco estaba con su padre, a quien había llamado por última vez a la una de la mañana (y me había prometido que

me avisaría, así fueran las cinco, si Zalo aparecía por ahí), ni tenía noticia de que esa noche tuviera ningún plan de quedarse con sus amigos. A partir de la medianoche ya me había empezado a inquietar. No dejaba de pensar que todo esto tenía algo que ver con mi decisión de quitarme de en medio la boa. Desde entonces su ánimo estaba más ensombrecido. Y cuando dieron las dos, me revolví, me incorporé como un resorte. Llamé a Luis.

—¿Te quieres calmar? —susurró, tras bostezar—. Se estará divirtiendo por ahí. Ya volverá.

—No, Luis. Conozco a Zalo. Él no hace estas cosas. Si sale, lo hace el viernes o el sábado, y me avisa, nunca un martes, nunca así. Mañana tiene un examen de matemáticas a primera hora. Algo está pasando. Tengo un mal pálpito.

—Tendrá el móvil apagado o sin batería.

Me levanté y empecé a dar vueltas por la habitación. Fui al baño, me senté, me levanté, me lavé la cara, evitando mirarme al espejo. Me dominaba una creciente agitación. Cuando regresé al dormitorio, sentada junto a lamparilla de noche, pensé en Elvis. ¿Y si estaba con él? Tenía el móvil de su madre, Vera. A veces le consultaba fechas de exámenes. Pero ahora era muy tarde.

Vera era una mujer muy agradable. Me inspiraba confianza. Las manos me temblaban un poco cuando marqué los dígitos, las teclas parecían aún más pequeñas; lo conseguí al tercer intento.

Vera atendió el móvil cuando no había transcurrido ni un segundo desde que comenzó a sonar. Se ve que lo tenía en la mano. Su voz sonó muy apremiante, angustiada. Tanto es así que me obligué a adoptar un tono suave, sereno. Primero me disculpé por la hora de la llamada. Ella me reconoció enseguida. Me agradaba su acento rumano. Le expliqué la situación.

—Nosotros tampoco sabemos de Elvis —repuso con voz ahogada—. Estamos muy…

No pudo acabar la frase. Escuché un sollozo, atemperado por una mano cubriendo el auricular. «Es la mamá de Zalo —le dijo a su marido—. Zalo no ha vuelto a casa.»

La situación pareció calmarla un poco. Ahora, al menos, sabía que su hijo no estaba solo.

—No te preocupes —le dije—. Yo me quedo más tranquila ahora, sabiendo que están juntos. ¿No tiene móvil?

—No tenemos mucho dinero.

No supe qué decir.

—Hemos perdido la casa. Nos la han quitado —añadió.

—¿Cómo?

—Estamos en casa de amigos. Muy buenos. Nos dejan una habitación para los tres.

—Dios mío. Créeme que lo siento. Estaba informada de vuestra situación. Mi hijo siempre me habla de Elvis. Le preocupa. ¿Cuándo ocurrió?

—La semana pasada. Ahora está muy mal. Triste y enfadado. Por eso tenemos miedo de que hace una locura. —Suspiró, haciendo esfuerzos por no llorar.

—Es natural, Vera. La situación es extremadamente difícil para vosotros.

—Le escribió una carta al ministro de Educación, una tontería de chiquillo. Le pedía compasión. Le puso fotocopia de las notas de últimos cursos, todos sobresalientes. Una tontería, ya le dijo su padre que no lo hace, pero él quiere. Dice que así el ministro sabe que es buen estudiante. No quiere volver a Rumanía. Le manda esa tonta carta al ministro, el pobre. No la va a leer su secretaria.

—Ese ministro no se merece una carta de tu hijo.

—Sí, claro, y no tiene la culpa de nada. Pero Elvis es así. Tiene que intentar todo. Quiso trabajar de camarero, para ayudarnos, pero no le dieron trabajo, por suerte. ¡Es tan bueno!

—Tu hijo es maravilloso. No te preocupes, ahora mismo estará con Zalo. Tienen cosas de qué hablar. Yo me quedo mucho más tranquila, y tú también, ¿verdad?

—Espera, están llamando al móvil de mi marido.

Hubo un compás de espera. Escuché la voz ronca del marido.

—¡Tengo que dejarte! Nos llaman de la comisaría de policía. Por Elvis.

Y cortó la comunicación.

Quedé sobrecogida, el teléfono en la mano. Algo malo estaba ocurriendo. Iba a telefonear a Luis, para darle la noticia, cuando, repentinamente, sonó el fijo. Fui corriendo al salón, a por el inalámbrico. Con la confusión y la angustia, estuve a punto de perder la llamada. Finalmente encontré el auricular en la estantería.

Sonó una voz tranquila de mujer. Era una agente de la comisaría de Leganitos. Me informaba que Gonzalo estaba detenido, y que podía ir a recogerlo.

—¿Detenido? ¿Qué ha hecho?

—Aquí le explicamos.

Ni un minuto había pasado cuando sonó de nuevo mi móvil. ¡Qué trajín! Era Luis. Venía hacia mi casa. Me llamaba desde el coche.

Cuando llegó y le informé de lo ocurrido, se lo tomó con más serenidad que yo. Alegó que yo estaba demasiado nerviosa para coger el coche y se puso al volante.

En la misma calle Leganitos había un night club bastante cutre, Club Copas, de cuyo interior emanaba esa iluminación roja tan distintiva. Un par de jóvenes penosamente vestidas hablaban casi a gritos en la puerta,

con grosero desparpajo. Parecían ebrias y una tenía la sombra de ojos corrida y las medias estropeadas. Seguimos hasta la comisaría. Dentro, bajo una luz mortecina de fluorescente, reinaba una formidable confusión, apenas entendíamos nada. «Sinvergüenzas, maltratadores —repetía uno—. Quiero hablar con mi abogado.» «Fascistas, que sois unos fascistas», repetía un tipo de melena blanca. Nos recibió una agente en servicio, de aire apático y maneras mecánicas, tomó nuestros datos y nos explicó que unos jóvenes, entre los que se encontraba mi hijo, habían invadido una oficina bancaria poco antes del cierre, con pancartas e insultando a gritos. Allí estaban Zalo y Elvis, con la camiseta de STOP DESAHUCIOS.

Me dolió que a mi hijo lo hubieran encerrado. Se revolvió mientras lo liberaban.

—Cuánta amabilidad se respira aquí —gruñía Zalo.

Le aconsejé que se tranquilizara y que mantuviera la boca cerrada.

Pegó la cara a mi hombro y sollozó. Estaba tan agotado que le temblaban las rodillas, los brazos. Sentí pena por él, por toda la tensión que debía de haber sufrido allí. Lo estreché con fuerza, reprimiendo las lágrimas. Luis le hizo una caricia en la cabeza. Zalo nos abarcó en un abrazo, ante la mirada complacida de una agente.

Elvis también suspiró con alivio cuando vio llegar a sus padres. Eran jóvenes, vestían de modo humilde y limpio. Él llevaba una vieja corbata mal anudada. Se notaba que había hecho un esfuerzo por mostrarse presentable. Ni siquiera le había dado tiempo a peinarse, y llevaba el pelo revuelto de forma cómica. Ella también llevaba ropa sencilla, vaqueros holgados, era una mujer muy morena, bonita, de ojos dulces, ahora anegados de lágrimas.

—¿Ve a esos hombres? —dijo Zalo a la agente—. Les han quitado la casa. Los han dejado en la puta calle. ¿Esto es justicia? ¡Nos detienen por manifestar nuestra repulsa!

Elvis corrió a abrazarse a sus padres.

—Déjalo, Zalo —le aconsejé—. No empeores la situación.

—Somos una familia trabajadora y honrada —aseguró el padre de Elvis —. Esta noche aún no hemos cenado.

—Estoy segura de ello —dijo ella—. Comprendan que sólo cumplimos con nuestro deber. Son muy jóvenes.

Firmamos en unos documentos, acreditando que habíamos venido a recoger a nuestros hijos y que se encontraban en perfecto estado físico. Zalo se empeñó en que quería hacer una reclamación por malos tratos psicológicos de los agentes, pero teníamos prisa en irnos de allí, alejarnos de esa sordidez, y le convencí para que lo hiciera otro día.

Nos despedimos de la familia de Elvis en la esquina.

Nunca más volvería a verlos.

Luis pasó la mano tras la espalda de Zalo y le apretó el hombro. Nos

sentíamos orgullosos de él.

Un bebé probeta

Vivía Bernardo Ruiz en el barrio de Colombia, en un octavo piso de unos cien metros cuadrados. La decoración era una amalgama entre pop y vintage. El salón, amplio y todo en tonos pastel, tenía una colección de vinilos de los Beatles, y un tocadiscos de platos accionados por correa, en muy buen estado, y una mesa con caballetes con papeles y un teléfono de rosca, color marfil, un balón de cuero, muy viejo (aunque tal vez fuera una falsa antigüedad, ahora las hacen tan bien) con la insignia *The Wembley* y lámparas acampanadas en el techo, embellecidas por el óxido, cestas de rejilla, sillas giratorias de hierro y enormes afiches en las paredes de filmes de serie B, véase esa chica de expresión desencajada porque está siendo atacada por un paramecio radiactivo. Y un par de pósters de escaladores colgados de una pared de hielo con los crampones de sus botas y un piolet que destellaba al sol. Al fondo se veía un paisaje de montañas nevadas. Extensión y libertad.

Me encantó su librería, especializada en ciencia ficción, y presidida por un retrato a color de Philip K. Dick, de Pete Welsch. Me enseñó con orgullo el ejemplar número 1 de la revista de fantasía y ciencia ficción *Minotauro*, editado en 1964. Estaba amarilleado y algo polvoriento. Con suavidad y amor, le pasó un paño por encima antes de entregármelo. Era la edición en castellano de *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*.

—Tengo una especial querencia por este número, porque tiene un relato de Bradbury, además de otros muy buenos de Clarke, Reed y Anderson. Se titula *La costa*.

En realidad, tenía todos los números de la revista, perfectamente alineados por orden de aparición. Detalles propios de un escrupuloso coleccionista.

—Qué pena que dejáramos de creer en ellos —dijo—. Eran la promesa del gran cambio en el mundo. Un salto al futuro. Un deslumbramiento en la noche.

Las dos habitaciones de invitados también conservaban el espíritu de la casa, con viejos carteles de películas de los años cincuenta poco recomendables, en tipografía grandilocuente, como *Los infraseres del espacio*, por no hablar de *Cromosoma 3* o *Los espeluznantes de Marte*, con esos monstruos robóticos provistos de trompetas laterales y que emanaban rayos por los ojos, atmósferas de ultimátum apocalíptico. Me encantó uno

en el que aparecía un humanoide mayestático y colosal llevándose en brazos a la rubia y angustiada heroína, y el homérico título *The Day The Earth Stood Still*, mientras el ejército terrícola, con sus inútiles escopetas, disparaba al alienígena que se alzaba sobre ellos, llevándose el botín.

Era como una galería de pequeños fetiches icónicos, fantasías cósmicas del Dr. Quanta y sus neocriaturas, que cuidaba como un niño su colección de sellos de Egipto.

A partir de esa noche, me sentí más optimista con respecto a mis posibilidades de reconciliación con Gonzalo. Había estado pensando mucho en él desde el suceso de la detención. Quería arreglar las cosas entre nosotros. Le propuse salir a dar un paseo y almorzar en un Pizza Hut, donde todo es de color rojo y sus joviales camareros de gorrita beisbolera hacen todo lo posible por que salgas de allí completamente hinchado. Mi propuesta le gustó. Supuso que tenía algo importante que decirle y estaba intrigado. Y en cuanto nos sentamos a la mesa, frente a frente, se lo dije:

—No sé por qué te lo cuento ahora, cuando ya eres tan mayor, pero pensé que antes nunca llegarías a comprenderlo.

Tras meterse un triángulo anaranjado en la boca, que separó del resto con esa textura de chicle de la *mozzarella* caliente, y dobló para contrarrestar su flacidez, asintió, sin gran entusiasmo.

—Fuiste un bebé probeta, Zalo.

—¿Un bebé… qué?

—Probeta. Bueno, lo llamábamos así en nuestros tiempos. Quizá te suene más fecundación *in vitro*. Imagino que un prometedor biólogo como tú sabe lo que eso significa.

Estaba tan desconcertado que se olvidó de la pizza y del líquido con aspecto de Coca-Cola. Pestañeó varias veces, asimilando la noticia, calibrando sus posibles consecuencias, y puede que preguntándose por qué se lo comunicaba ahora.

—¿Quieres decir que no empecé a crecer en tu útero, sino en un tubo de ensayo?

Sonreí, conmovida por su candor.

—Cuando se inventó la técnica, sí eran probetas, pero ahora todo es más sencillo, se llaman placas de Petri, son planas y de plástico. Allí… bueno, más o menos juntaron un espermatozoide de tu padre con un óvulo mío y parecieron entenderse bien. Es más natural de lo que pueda parecerte ahora.

Confuso, perplejo, me pidió que le explicara el procedimiento, que escuchó con suma atención, ya que él era el protagonista indiscutible: diez días de inyecciones de unas sustancias llamadas gonadotropinas, para estimular los ovarios, extracción de los ovocitos, fecundación y cultivo de

embriones en situación de control. Los de mejor calidad me los introdujeron por un catéter muy fino a través de la vagina, y allí se desarrolló el pequeño Zalo, multiplicándose y haciéndose más bonito, completando sus órganos, forjando su carácter, hasta que salió a la luz mi frágil bebé en una pequeña sala de luz austral, una noche extenuante en la que Luis siempre estuvo a mi lado, apoyándome, bufando, inhalando, instándome a que respirara hondo y empujara y empujara.

Tras evaluar mi explicación, y sin salir de su asombro, me pidió que le explicara mejor el asunto del catéter. Supuse que quería saber si me había resultado doloroso. Queríamos hablar de nosotros, pero no sabíamos cómo, así que era más fácil recurrir a detalles del procedimiento. No recordaba gran cosa, la verdad, habida cuenta de que permanecí sedada.

—Es una operación delicada, en la que creo que preferimos no saber muchos detalles. Lo que trato de explicarte, cariño, es…

—¿Qué?

Me conmovía lo receptivo que estaba. El camarero se paseaba entre las mesas con un brazo en alto, repartiendo pizzas al corte, y a través de la puerta abierta de la cocina podíamos ver al cocinero, también con la gorrita de visera exhibiendo el logo de la marca y girando la masa en el eje de un dedo, como un platillo.

—Lo más importante de todo esto —insistí, mirándolo fijamente— es que fuiste un niño muy buscado, muy querido. No viniste del sueño de una noche de verano. Tardé tres años en saber que tenía las trompas obstruidas, y tu padre y yo tuvimos que hacer dos intentos de fecundación antes de que el tercero saliera bien. Fue una decisión difícil, porque si los dos primeros intentos salen mal, te desalientas, hay que empezar de nuevo desde el principio, y te aseguro que es un proceso muy desagradable. Cuando nos avisaron de que el ovocito evolucionaba bien, fue una de las mayores alegrías de mi vida. Recuerdo una anécdota, en el control del aeropuerto de Barajas, un tipo de la aduana con pinta de mafioso quiso pasarme por todo el cuerpo un chisme detector de metales, y yo le dije que de eso nada, que estaba embarazada y podía crear daños a la criatura, y la verdad es que estaba tan reciente que parecía cualquier cosa menos una embarazada, pero fue tal mi terquedad y crispación que aceptó hacerme un registro táctil. Cuando se lo conté a mi ginecólogo, me felicitó por mi cautela. ¡Tenía tanto miedo de perderte! Ahora se han perfeccionado las técnicas. Todo ha evolucionado. Tú heredarás un mundo donde con una pastillita serás más inteligente y te recolocarán el genoma para que vivas muchos años y muy buenos. A mí eso no me llegará.

—Quién sabe.

—Este mundo convulso que ya empiezas a conocer y a sufrir, quizá no es el más idóneo para educar a un chico como tú, inteligente y capaz, pero es el reto que hemos tenido que afrontar. ¿Comprendes?

Asintió, y me pareció más maduro, con esa expresión seria y reflexiva que adoptaba cuando algo le interesaba de veras y, sobre todo, cuando sentía que la franqueza guiaba las palabras.

—Sé que he sido una madre imperfecta, conoces bien mis defectos, sé que he cometido errores contigo, y espero que sepas perdonármelos, pero no olvides nunca que todo lo que hice por ti, con mayor o menor fortuna, fue sólo por amor.

—Yo también tengo defectos.

—Sí, y me consta que me blogueas frenéticamente para tus amigos.

—Sólo para unos pocos elegidos y siempre con la debida discreción —dijo, sonriendo apenas.

—Sí, ésos con los que te gusta partirte los huesos tirándote por las escaleras, Tomás y los otros a los que les gusta lucir calzoncillos. Pero yo te lo perdono todo. Va en el paquete, cuando eres madre. Ahora espero que guardes nuestro secreto.

Suspiró, y apoyó una sien en la mano, mientras describía círculos con la punta de la pajita en el plato de pizza progresivamente endurecida e inodora. Ahora él sí pensaba en mí, trataba de ver las cosas desde mi punto de vista, sobre todo, teniendo en cuenta que concebirlo y alumbrarlo había sido un auténtico trance.

—En el fondo tú no tienes la culpa, mamá. Me han dado la matraca, los profesores gilipollas y todas esas cosas que no necesito explicarte.

—Ya sabes que me puedes consultar cualquier duda. No soy ninguna cotilla, pero…

—Papá me entiende.

—Él es un buen padre.

Más que una afirmación, era una pregunta, un comentario que buscaba ser corroborado. Lo necesitaba. Nos miramos a los ojos y él sonrió levemente, de esa forma con la que sabía cómo cautivarme en una fracción de segundo y hacerme sentir la más afortunada de las madres.

—Me ha gustado lo que me has contado. ¿Y por qué sentiste ese impulso tan… fuerte de tenerme? Todavía no me conocías, no sabías lo que podrías encontrarte.

—Son cosas que no entiendes o no sabes cómo explicar.

Él frunció el ceño, insatisfecho con la respuesta.

—No siempre podemos analizar lo que sentimos con tanta intensidad, Zalito. Pero hay cosas que recuerdo… Por ejemplo, la primera vez que me agarraste la yema de un dedo con tu puñito rosado, sentí que me atabas a tu vida. Y en momentos como éste, noto que te necesito.

La pizza se había quedado tiesa como el cemento —su estado natural una vez que llega al estómago, donde empieza una ardua labor gástrica—, y Zalo levantó un nuevo triángulo con poco interés, antes de dejarlo de nuevo en su grasienta caja circular de cartón, con sus anchoas como retales

retorcidos de cuero en salazón, y ya sin el fraudulento brillo de la *mozzarella* sobre el tomate.

—Hay algo de lo que quería hablarte. Algo personal. Muy personal.

—No hay problema.

—Es sobre… sobre tu relación con Elvis.

—Es mi mejor amigo. Y va a desaparecer muy pronto de mi vida.

—Hay amistades muy especiales, en fin, más íntimas. A mí me encanta él. Es un chico fantástico. Es una lástima que se vaya.

Él frunció el ceño. Ya se olía que había algo más.

—¿Qué tratas de decirme, mamá?

—Que entre Elvis y tú… hay algo más que una amistad. Lo sé.

—¿Qué? —se alarmó.

—Bueno, he visto algo. Tengo… una intuición.

Quedó un instante en silencio, mirándome como si fuera una boba.

—¿Una… intuición?

—Bueno, que tú, en fin, cómo decirlo, que a ti te gusta él. Te gusta Elvis.

Se quedó perplejo. Y a los pocos segundos se echó a reír con tantas ganas que todas las miradas convergieron por un instante en nosotros.

—¿De verdad has pensado eso? —Se carcajeó—. ¿Creías que soy… marica?

No supe qué contestar.

—¡Me gustan las tías! ¡Muy tetonas, a ser posible!

Respiré hondo y resoplé. Luego él continuó riendo, hasta las lágrimas. Hacía tiempo que no le escuchaba reír, y me alegró el corazón. Debí de sonrojarme, y me llevé una mano a la frente, y al final acabamos riéndonos los dos del malentendido. Le pedí disculpas por mi torpeza, cosa que sólo acrecentó su risa.

—Mamá —dijo al fin, secándose los ojos—. Eres flipante, eres genial. ¡Nunca pensé que ser llamado marica fuese algo tan cojonudo! ¡Esto sí que no me lo esperaba! Te mereces un gran beso hetero.

Y me lo dio, bien sonoro, en la mejilla. Y siguió riéndose.

Isla Spinalonga, Creta

A Bernardo le gustaba la zona indie de Malasaña, por su aire castizo, viejo, y en especial el bar Pentagrama, que solía frecuentar Antonio Vega, durante los años de la Movida, y que inmortalizó en su canción *La chica de ayer*. Allí aún se podía escuchar a Radio Futura, Gabinete Caligari y El Último de la Fila. Frecuentábamos otros garitos cercanos de las callejuelas, en uno de ellos siempre me tomaba un cóctel margarita, que me ponía especialmente alegre y tierna. Nos tomábamos unos pinchos vascos en The Wall, donde se vende ropa, vinilos y cómics, y se bebe buen vino, en compañía de noctámbulos modernos y de algún que otro friqui. En esa calle había un local donde un artista melenudo podía tatuarte cualquier cosa en cualquier parte de tu cuerpo, para lucirla en los años que te queden. Nos besábamos en esas esquinas nunca bien limpias, contra los muros deteriorados, o frente al cine porno, ya obsoleto, símbolo de otros tiempos, en la bifurcación de la calle Ballesta, zona frecuentada por vendedores orientales, que siempre tienen vistosos sándwiches y cerveza fría en sus mesas plegables. Me daba pena que esa sala X, antro de palilleros, tuviera el inmerecido nombre de Cervantes.

Otras noches nos quedábamos en su salón, apurábamos unas copas. Reconocía su calor en cuanto me envolvía en sus sábanas. Y cuando, dormida, sumida en la inconsciencia, no estaba segura de si él formaba parte de mi sueño, si seguiría ahí al despertar, bastaba adelantar un pie o una mano, sentir su cálida textura para convencerme de que estaba allí de veras, junto a mí. Ignoraba aún si la semana próxima o el mes siguiente iba a seguir allí, pero de momento me bastaba con ese instante de calor, me bastaba con el presente que era, con gran diferencia, el mejor desde hacía mucho tiempo.

Qué rápido se pasa de los quebrantos morales a los económicos. Habiendo realizado la contabilidad de los últimos meses y constatado el saldo negativo y la quiebra segura a la que me exponía si trataba de sacar adelante yo sola la consulta, con la exorbitante cuota de alquiler en tan exclusivo barrio, la opción más prudente era negociar con la dueña del piso para rescindir el contrato de alquiler antes de su vencimiento (era una mujer razonable y consciente de las dificultades laborales por las que

atravesaba, y hasta ahora yo había sido puntual pagadora); en fin, liar el petate, como había hecho Aurora, mudarme a un local más barato, probablemente en el extrarradio, con lo que perdería buena parte de mi clientela de languidecientes (y hasta puede que las acabara echando de menos). A esto se le podía llamar un plan de deslocalización, lo que hacen ahora las grandes compañías que se trasladan a otras latitudes en pos de mano de obra barata. El problema es que yo no era una compañía, sólo una solitaria empleada al servicio de la neurosis occidental, en tiempo de bonus menguantes, insania política, corruptelas, paro y desafección.

Era importante para mí tener a alguien cerca como Bernardo. Alguien con ideas claras, inmune al desaliento. Quise tener un detalle especial con él, por todo lo que me estaba ayudando con Zalo, y como brindis por nuestro reencuentro, cuyo futuro era aún imprevisible. Tras pensar un rato, me decidí por unas flores. Me pareció personal y original.

Acudí a Coco's, la floristería de la calle Castelló por la que paso diariamente camino del trabajo. Solía ver al risueño florista al otro lado del escaparate, me gustaba su bonhomía y la forma como trataba a sus clientes. Cuando le dije que era un ramo para un hombre, me sonrió con simpatía. Era bajito y algo tripudo, y su cara también tenía una configuración redondeada, afable, con dos ojos vivaces e inteligentes. Tenía acento andaluz, malagueño diría yo, y sus gestos desprendían un leve aroma femenino. Llevaba la camisa desabotonada hasta el tórax. Se encontraba inclinado sobre la mesa de trabajo, preparando con gusto excelso una cesta de orquídeas y hojas de roble rojo cuando entré, y era la única cliente. Me invadió enseguida esa fragancia dulzona, fresca y optimista de la mezcolanza de miles de pétalos en epifanía de tonalidades.

—¿Y cómo es el afortunado?

—Digamos que es culto, unos pocos años mayor que yo, con sentido del humor, amante de lo exótico. Él me gusta, pero ése no es el mensaje. Quiero decir que no quiero que sea un mensaje pasional, sino de gratitud, no sé si me explico.

—De gratitud.

—Eso es, pero sin excluir la pasión. ¿Comprende?

—Gratitud sin descartar deseo.

—Sí, creo que es eso.

—¡Perfecto! —exclamó el florista con una mirada de chispeante aprecio —. Veamos… le gusta lo exótico. Eso es importante. ¿Qué colores le gustan?

—No lo sé. Voy a apostar por un ramo sin rosas, colores de gama fría, como violetas, azules y combinado con blancos. ¿Qué flores son ésas tan bonitas? —señalé.

—Tulipanes importados de Holanda. Sale por noventa y cinco el ramo.

Cabeceé, disuadida por el precio. Me enseñó un catálogo precioso. Iba

buscando algún *bouquet* que bajara de los sesenta euros, y no encontré ninguno. Él advirtió mi vacilación.

—Los *bouquets* rondan estos precios. Si quieres algo más barato, puedes comprar el ramo por internet. Hay buenas ofertas en *Interflora.com*. La verdad es que te puedes ahorrar una buena cantidad.

Debí de abrir los ojos con repentino interés, porque me indicó que le acompañara a su ordenador, entró en Interflora.com y en menos de un minuto vi ramos preciosos y mucho más asequibles. Él incluso me recomendó uno muy exótico, compuesto de violetas africanas, rosas blancas, crisantemos y peonías. Éste sí entraba en mi presupuesto. Ya había decidido no comprarle nada y me sentía avergonzada, dada su amabilidad y la sinceridad que derrochaba.

—¿Cómo marcha el negocio?

—Pues ya lo ves —dijo, señalando la sala sólo habitada por seres vegetales—. Hace tres años tenía cuatro empleados, y ahora estoy solo yo, y me basto y me sobro.

—Pero ésta es una floristería de toda la vida, hace un montón de años que paso por esta calle y la veo, y por cierto, me encanta cómo tienes decorado el escaparate.

Asintió, halagado, y me miró de una forma que me hizo sentirme considerada, incluso importante.

—Sí, pero todo se termina. Puede que eche el cierre y me vaya. Ya no sale rentable. Me apetece probar en Canadá.

—¿Canadá? Suena lejos.

—Tengo una hermana en Toronto. Está en la costa del impresionante lago Ontario. Tiene un pequeño velero allí. Contactamos por Skype. Es una ciudad cosmopolita, abierta, rebosante de cultura. Los floristas españoles somos muy apreciados allí. Hay sueldos altos, claro que a costa de trabajar muy duro, pero eso no me importa. Siempre quise conocer Canadá. Me gusta el frío, los grandes paisajes, los grandes lagos. Sueño con visitar sus parques naturales. Cada mes hago el balance de cuentas y me digo que ha llegado el momento, que el mes que viene parto para Toronto y enviaré un montón de postales llenas de osos y lagos a todos mis amigos. Postales de verdad, de cartulina, escritas a mano con tinta verde, o violeta.

—El mes que viene.

—Exacto.

Me acompañó afablemente a la salida, satisfecho por haberme ayudado a encontrar lo que buscaba e irme de su tienda con el monedero intacto. Y al llegar a la puerta, con el tintineo de la campanilla, me sentí descorazonada, y tuve un impulso de volver y rogarle que me dejara llevarme ese precioso ramo de tulipanes malvas, importados de Holanda. Sin embargo, ya era demasiado tarde, se notaría que lo hacía por una punzada de remordimientos, o peor aún, por lástima; no resultaría creíble,

y él se sentiría incómodo, y al traste con el clima de afable naturalidad que se había creado, así que me resigné a agradecer tanta amabilidad y me alejé por la acera, disgustada conmigo.

En cuanto llegué a casa, me castigué entrando en Interflora.com y encargando el ramo llamado «Exotismo», con toques blancos, morados y azules. Zalo aún no había llegado a casa. Estaría jugando a baloncesto con sus amigos, en un instituto de Secundaria de la urbanización. Mientras daba cuenta con escaso apetito de una lasaña precocinada y excesivamente especiada, no dejaba de pensar en el florista, y, tomando conciencia de mi ánimo en declive, por contribuir a su ruina, decidí hacer un cambio de enfoque, mirarlo desde otra óptica más optimista, y me dije que puede que le hubiera hecho un favor. En efecto, no era positivo alargar la agonía de un negocio ya insolvente, con aportaciones que lo único que conseguirían sería dilatar su decisión de dejar una ciudad en la que ya no le iban bien las cosas. El florista debía empezar una vida más próspera y dichosa en Toronto, junto a su maravillosa hermana, en una casita con vistas al lago surcado de barcos, cuyas velas relumbrarían al atardecer. Tal vez, incluso, era su estrategia, espantar a los posibles compradores para llegar a un punto de no retorno, a ese momento en el que sólo cabía hacer las maletas y despedirse de familia, amigos y allegados. Ya no podía esperar más tiempo, debía liquidar el negocio, y yo había puesto mi granito de arena para que iniciara su nueva aventura en Toronto; así pues, los dos habíamos salido ganando con la transacción, o con la no transacción.

¿Qué mierda es ésta?, me dije, disgustada. La villana convertida en benefactora. Qué sabía yo si realmente el florista quería irse a Canadá o a Botsuana, si albergaba la sincera intención de trasladarse, o más bien era una fabulación para entretenerse con un cliente en una mañana aburrida y, de paso, contribuir a que no se sintiera mal por no hacer gasto en su local. Él había sido sincero y yo había pagado su virtud con mi cicatería.

Cada vez que pasaba por la plaza Duque de Pastrana me acordaba de ellas. Mi estómago, entonces, se replegaba. Trataba de evitar la plaza, los alrededores del colegio. Así había sido durante demasiados años. Una táctica equivocada, tal vez. El colegio había cobrado vida en mis pesadillas. Ellas seguían existiendo allí, en ese mundo donde nada cambiaba, ellas seguían siendo niñas (como yo) crueles, sádicas. Era un mundo inmutable, que cambiaba ligeramente de apariencia, pero siempre era reconocible desde el primer momento, cuando llegaba a esos rincones del patio, esos puntos ciegos de la vigilancia. La oquedad bajo las escaleras. Un cuarto de baño con el suelo enlodado. Ellas aún me acechaban.

Esta vez cambié de rumbo y me dirigí hacia el lugar, el epicentro

sísmico. Y en cuanto lo hice, con ciega resolución, animada por el valor que había demostrado profanando el santuario de mi hijo, devolviendo el animal, noté cómo volvía a mí esa sensación de hormigueo, la presión en la boca del estómago, el vértigo. Me dirigía al colegio «El Recuerdo», como llamábamos al colegio Nuestra Señora del Recuerdo. Ahora era exactamente eso para mí. Me preguntaba si aún era un lugar real, o sólo un escenario que había ido cambiando en mi mente. No obstante, se me aparecía en la memoria como un puzle de pequeñas piezas, cada una con su sórdida historia, con su sabor salado en la boca. El lugar era esa yuxtaposición de zonas oscuras, un relato de humillaciones y escarnios. Pero si lo presenciaba ahora, a plena luz del día, tras el paso del tiempo, puede que consiguiera conjurar el fantasma, arrebatarle la sábana y descubrir que no había nada.

Dejé el coche en la plaza y bajé caminando. Necesitaba moverme.

Ahí estaba aquel cartel mítico, la inscripción del Ayuntamiento de Madrid, un rombo sobre el muro de ladrillo: AQUÍ ESTUVO EL RECUERDO, QUINTA DE LOS DUQUES DE PASTRANA, DONDE NAPOLEÓN BONAPARTE SE ALOJÓ EN DICIEMBRE DE 1808.

Al trasponer la cancela tuve la primera visión del colegio, del edificio San Ignacio, con su tejado de ladrillo, y el nombre del colegio con las letras *u* en forma de *v*. Cuántas veces había cruzado esa entrada. La mano me temblaba cuando tiré de la puerta de cristal. Tomé aire y me di una instrucción sencilla: dirígete al departamento de secretaría, preséntate, sonríe, muéstrate natural. Me atendió una mujer muy arreglada, rígida en su chaqueta con hombreras, que sonreía de forma poco natural. Tratando de no reflejar mi nerviosismo, pregunté si quedaba aún algún profesor de la vieja guardia. Le nombré trece de ellos, y tuve suerte: el padre Cavero aún no se había jubilado. Seguía impartiendo la asignatura de Plástica e Historia del Arte. Me alegró saberlo, puesto que Ignacio Cavero era uno de mis predilectos.

Tenía un hueco libre a mediodía. Antes de reunirme con él me di un paseo por el patio. La sensación de peligrosidad iba disipándose a cada instante. Fui reconociendo lugares familiares de aquella región, lo antiguo y lo renovado y lo novedoso. Lo que en aquellos años me parecía inmenso, ahora lo veía con proporciones distintas. Jugué a identificar lo que seguía igual. Las pistas de deportes, las escaleras. Me rondaban olores que ya no podía percibir. Los olores estaban asociados a canciones. Allí estaba el comedor con el tejado de cristal, casi podía oler los canelones con bechamel, los cuidados jardines, las columnas del patio principal, el ventanal circular, un grupo de chicos jugando a futbito. Poco a poco me fui tranquilizando: no iba a sentir aquella horrible sensación que me arrastraba al vómito. Todo tenía una apariencia corriente, más bien incitaba la curiosidad por advertir qué instalaciones habían sufrido cambios favorables. Las afrentas no pugnaron por salir. Y no sólo porque

todo estaba bastante cambiado, sino porque yo había cambiado. Me entraron ganas de reír cuando comprendí este hecho tan simple. Ellas también habían cambiado. Nada permanece inalterable, ni siquiera en la mente.

Me halagó que el padre Cavero se acordara de mí, de que era una alumna brillante. Era una suerte de anticura: iconoclasta, mundano, irónico, progre, de izquierdas, siempre contaba chistes salaces, impropios de un jesuita. Sabía cómo hacernos reír, cómo hilar un comentario ingenioso sobre un desnudo de Praxíteles o sobre esas hojas de parra aparentemente casuales que cubren las partes pudendas de Adán y Eva en un lienzo de Tiziano. Seguía calvo, con una pelusa blanca en las sienes y su expresión desenfadada. Y su forma de hablar seguía siendo directa, franca e irrespetuosa. Se alegraba mucho de mi inesperada visita. Le pregunté si seguía dando las clases igual que entonces. Sonrió y vi sus dientes pequeños, oscurecidos.

—Es imposible, con estas nuevas generaciones. En vuestros tiempos os entusiasmabais con unas diapositivas del Louvre. Ahora tengo que ponerles la película *El código Da Vinci* y salen bostezando. En fin, me queda sólo un año para jubilarme.

Dimos un paseo y nos sentamos junto a la fuente del jardín, un lugar recóndito. Se interesó por mi vida. Le conté algunos detalles, tratando de darle amenidad, le confesé que estaba divorciada, con un hijo adolescente y que trabajaba como psicoterapeuta. Le ofrecí un cuadro sugerente. Él llevaba la sección de ex alumnos, y deslizó un comentario que me dio que pensar. Un año atrás yo había recibido un correo electrónico de la asociación de antiguos alumnos, para informarme de un evento, un reencuentro de los de mi promoción. Contesté rogando que me borraran de la lista de contactos.

—Sé que no guardas un grato recuerdo de tu paso por aquí —dijo.

Me alegré de que él, al menos, sí lo supiera.

—No fue agradable, en absoluto —concedí. Enseguida decidí cambiar de tema, porque aquel asunto me alteraba—. Tengo buen recuerdo de ti, de tus clases, y de tus chistes. Cómo nos reíamos. Historia del Arte era mi asignatura favorita. Tú tuviste algo que ver.

—Gracias, me consuela saberlo.

—Lo contabas todo con mucha pasión, transmitías ese sentido de la belleza.

Teníamos ante nosotros la fuente bajo el crucifijo, con sus amplios peldaños, y el relieve del ángel portador de la rama de olivo, con la inscripción en el marco de piedra: VUESTRA SANGRE NO CONSIENTE EL OLVIDO, LA ESTERILIDAD NI LA TRAICIÓN. Le pregunté quién era el autor de la frase.

—¿Quién dirías tú? —preguntó él.

—No sé… Por su lírica de epopeya, quizá ¿algún clásico grecolatino?

—Exacto. Es una frase de *La Ilíada*.

—¿Dicha por Aquiles?

Él soltó una carcajada.

—Era broma. No es de *La Ilíada*, ni de ningún autor clásico. Es una frase del NODO, cosecha del Generalísimo, en el desfile de la Victoria en Madrid en 1939, y la sangre a la que hace referencia es la de los caídos. Caídos por Dios y por España, ¡Presentes!

Sonreí yo también, perpleja.

—¡Vaya!

—Decepcionante, ¿verdad? A mí también me lo pareció. La frase exacta es: «La sangre de los que cayeron por la Patria no consiente el olvido, la esterilidad y la traición». Así era la retórica pomposa del nacional catolicismo. Y la esterilidad era una desgracia terrible, pues había que traer muchos retoños a la madre patria. Qué iba a hacer una mujer si no procreaba. Mi abuelo murió en Pamplona, fusilado por un pelotón de requetés. Era comunista y libertario, y ansiaba un mundo más justo. Por eso mi padre salió rojo, y yo por ahí me ando, también.

También yo me consideraba una demócrata de izquierdas. Socialdemócrata. El problema es que cada vez entendía menos qué significaba.

Él soltó una risa suave, un murmullo, con el que expuso su coincidencia.

—Sé por qué has vuelto aquí, Isabel.

—¿Lo sabes?

Asintió.

—Aquello que viviste y padeciste, año tras año. Entre nosotros, los profesores, hubo enfrentamientos, pero nunca os lo comunicamos.

—¿Qué clase de enfrentamientos?

—Bueno, estaba el equipo directivo, que no era partidario de sacar a relucir los trapos sucios, siempre velando por la buena imagen del colegio, por nuestros excelentes alumnos, y el maravilloso clima escolar y de convivencia que reinaba. Y, mientras tanto, tus enemigas iban aumentando en número. Sus padres las defendían a capa y espada, nunca admitieron nada. Hubo un pacto de silencio, sí, y yo me opuse, no me gustaba verte sufrir así, pero tampoco podía acercarte y revelarte la verdad, y me gané cierta exclusión, pero todo esto hacíamos como si no sucediera, todo era de puertas para adentro. Un asco.

—Mi tutor siempre lo negó ante mis padres. Decía que yo tenía demasiada fantasía. Que exageraba mucho las bromas típicas de la edad. Cosas así. Y al final dedicaban elogios a mi talento como estudiante. Decían que era una de las tres o cuatro mejores del colegio.

—Sí, verdaderamente lo eras.

—Por eso yo siempre pensé en envidias, rencores.

—Los grandes son descabezados por el pueblo mediocre. Siempre fue así. Pero te debo una disculpa, por no haber hecho nada.

Removió la grava del suelo con uno de sus zapatos.

—Teníamos un director muy duro, que nos imponía sus consignas. Nos enfrentábamos a familias con mucha influencia, metidas en la Asociación de Padres, en el Consejo Escolar. Una de ellas era amiga personal del director. Había que mantener como fuera la intachable reputación. El Recuerdo, colegio de élite de Madrid, cantera de jóvenes promesas.

Asentí. En el fondo, me imaginaba que habría sido así.

—Me encontré con una de ellas —dije—, hace unos meses, en una cafetería. Nos reconocimos al momento. Charlamos. Ella estuvo, en fin, amable, no sé por qué. No es que fingiera. Al principio pensé que estaba haciendo una pamema, para disimular, y luego comprendí que era honesta. Y eso me molestó aún más. No se acordaba de nada. Y quien no recuerda es porque no ha concedido importancia. Se sentía bien, creía que me alegraba de verla. Me trató como a una antigua compañera.

—Ya —asintió—. Qué pena. Qué mundo.

—En cualquier caso, ya no importa. Debo pasar página.

Me cogió la mano. La apreté. Y me sentí bien haciéndolo. Le agradecía su apoyo.

Realmente, él no había hecho nada, pero aun así, en ciertas circunstancias, no hacer nada es lo mejor que puede hacerse. Por mi parte, comprendía de otra manera, con las tripas, que era un episodio pasado, una historia muerta, a la que me había aferrado, de forma estúpida. Estas cosas siguen pasando, tantos muchachos las sufren, y nadie hace nada. Había sobrevivido, podía contarlo, podía olvidarlo.

Se alegraba de encontrarme tan bien; me lo hacía saber con su mirada, un punto paternal, apreciativa.

Seguimos paseando un rato por los jardines. Me contó su proyecto de jubilación. Quería dedicarse a pintar al óleo. Me enseñó algunas fotos de sus cuadros, en la pantalla de su viejo móvil. No estaban mal, pero tampoco estaba segura de entenderlos. Eran bastante abstractos. Con texturas. Le animé a disfrutar de su tiempo. La jubilación es un momento privilegiado para hacer lo que nunca te dejaron hacer. Y él aún se sentía joven, con ganas de experimentar.

Nos despedimos un rato después, pues tenía una de esas reuniones de coordinación pedagógica cuya eficacia es inversamente proporcional al número de participantes. Le estreché la mano y después le di un abrazo. Le deseé una jubilación llena de creatividad plástica.

Salí de allí reconfortada.

Mi móvil entonó la melodía de un mensaje. Era de Bernardo: la imagen en vivos colores de un precioso ramo de flores exóticas. La seguía una fotografía aérea: Spinalonga, «larga espina», isla rocosa en medio del mar

verde de Creta, circundada de espuma blanca, con su fortaleza y sus murallas antiguas, y el verde bosque, en medio de un arrecife esmeralda. Todo ahí junto, en poco espacio: luz mediterránea, soledad, arena caliente. Sentí un imperioso deseo de bucear con él por sus aguas cristalinas. Venía acompañada de un mensaje: «Un plan de verano. ¿Te apuntas?».

Sentí que esta vez sí debía contestar. Aceptar la oferta era, como sabría, algo más que unos días felices en Spinalonga. Era un futuro posible.

Ignacio García-Valiño nació en Zaragoza en 1968. Trabaja en el mundo de la educación como psicólogo. Es autor del libro de cuentos *La caja de música y otros cuentos* (1993) y de las novelas *La irresistible nariz de Verónica* (1995, Premio José María de Pereda), *Urías y el rey David* (1997), *La caricia del escorpión* (1998, finalista Premio Nadal), *Una cosa es el silencio* (1999), *Las dos muertes de Sócrates* (2003) y *El corazón de la materia* (Plaza & Janés, 2008).

Fue finalista del Premio Ciudad de Torrevieja en el año 2006 con *Querido Caín*, que ha sido adaptada al cine. Además, ha trabajado como guionista de cine, ha publicado una novela juvenil y un libro infantil: *Yago, el cocodrilo vegetariano* (2008). Sus últimas novelas han sido traducidas a diez idiomas. Colabora habitualmente en prensa y en publicaciones de psicología. También ha escrito un libro de ensayo sobre cómo tratar a los adolescentes conflictivos, *Educar a la pantera* (Debate, 2009).

Edición en formato digital: marzo de 2014

© 2014, Ignacio García-Valiño
© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Gemma Martínez
Imagenes de la cubierta: © Shutterstock y © Thinkstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-34296-7

Conversión a formato digital: M. I. Maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Índice

El ruido del mundo
Mi huésped traga ratones
Mi hijo quiere ser biólogo
Tiempos convulsos
Ciertos ruidos molestos
Una puesta a punto
El mundo en retirada
Adrián Siles
La madriguera científica
Una noche ajetreada
¿Cómo justificar tu existencia?
Guerra química
Los Viudos Negros
Fuera de mi alcance
Un recuerdo malsano
El Gran Pagliacci
Trigonometrías
Silencios
Una noche en Collado Ventoso
Cae el telón
El regreso
Un bebé probeta
Isla Spinalonga, Creta
Biografía
Créditos